

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”



BUAP

**“Nos fuimos a la bracereada con la esperanza de ganar un centavo más”.
Masculinidades, movilidad laboral y experiencia de clase en un pueblo
minero zacatecano**

Tesis presentada como requisito para obtener el grado de

Maestría en Antropología Sociocultural

Presenta:

Jeaqueline Flores Alvarez

Directora de Tesis:

María Eugenia D´Aubeterre Buznego

Enero del 2018

AGRADECIMIENTOS

En mayo del 2013 buscaba afanosamente graduarme de la licenciatura en Antropología Cultural en la Universidad de las Américas Puebla (UDLAP). En medio de la incertidumbre de si lograría graduarme a tiempo, ya con el tiempo encima, recibí los comentarios de quienes conformaron mi Comité. En general, las correcciones que me marcaban eran breves, no así, las de María Eugenia D'Aubeterre, quien fungió como segundo vocal, cuyos comentarios me pusieron a pensar y generaron dudas que en aquel momento no tenía capacidad de entender, mucho menos de resolver. Afortunadamente, la vida me ofreció una segunda oportunidad y volví a tener a María Eugenia frente a mí, como maestra, como directora de tesis, ahora sí, para ayudarme a entender sus señalamientos y proveerme una nueva visión de la antropología.

Considero este proceso de dos años de la Maestría en Antropología Sociocultural como un despertar: a la vida, a la forma de hacer antropología, a las desigualdades sociales, a las injusticias de género, a las atrocidades de capitalismo. Como un balde de agua fría que te aviva, te provoca e intensifica tu deseo de ser y conocer, de entender, de pensar bien (en los términos expuestos por Antonio Gramsci) y contribuir a realizar otro tipo de antropología que se aleje de la meramente cultural, la Maestría en Antropología Sociocultural ha cimentado bases sólidas que me incitan a continuar en este trayecto, bajo el entendido de que sí existe una antropología con el potencial crítico que aporta análisis a manera de proyecto político.

Para este despertar tuvieron que confluír diferentes factores, instituciones, eventos, situaciones y personas. Nada de esto hubiese sido posible sin la beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), organismo que solventó los gastos de mi estudio y manutención durante dos años. Agradezco a quienes se convirtieron en mis gurús y se empeñaron en exorcizarme de una visión acotada y clasista, de una pobre antropología culturalista que no hace más que apoyar la reproducción de un sistema injusto por naturaleza: Ricardo F. Macip, Leticia Rivermar, Dení Lozada. A Martha Patricia Castañeda, investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por dar seguimiento y lectura a mi tesis, por sus valiosas aportaciones. De manera especial,

agradezco a María Eugenia D'Aubeterre, mi directora de tesis, quien de manera decidida y contundente guió mi trabajo de tesis con esa fina y clara visión que le dan sus años de experiencia como investigadora y docente. Por sus consejos, sugerencias, correcciones e infinita paciencia.

A mi compañero y cómplice Jafet Guerrero, por su inspiración, por su amistad y sustanciales contribuciones a mi trabajo.

A la señora Josefa Coyópol y a su familia, por brindarme un hogar para vivir, comida, amistad y un ambiente amoroso para estudiar, escribir y desarrollarme de manera segura y tranquila.

Para poder subsistir en tiempos de tesis volví a la Yoga. En este rubro, agradezco a la señora Leticia Martínez por su apoyo incondicional, por las facilidades brindadas para compartir yoga en su espacio. A Azucena Rojas Pineda y a mis alumnos de yoga que me permitieron culminar con este proceso. A Rogelio Maldonado, Presidente de la Federación de Cultura Física por proveer un respaldo jurídico y valor curricular a mis entrenamientos de yoga.

A mi papá, quien desde California me echaba porras. A mi mamá, que desde Zacatecas no paraba de llamarme recordando a la hija “suelta” que seguía aferrada a estudiar. A mis nueve hermanos: Oscar, Rubén, Ramiro, Efrén, Eleazar, Aurelia, Aurelia del Carmen, Angélica y Javier que aunque regados por México y Estados Unidos siempre encuentran la manera de manifestarme su amor.

A mi compañero, aliado y confidente. El que sabe cómo hacerme reír: Víctor Manuel Paredes Caballero.

Al pueblo de Chalchihuites. A todos esos hombres y mujeres de Chalchihuites que me abrieron su hogar, me compartieron sus vivencias y parte de sus dolencias. Gracia a Sergio García por compartirme las fotos de su colección. A Martha Gallegos por sus libros de Chalchihuites que proveen datos históricos significativos.

Mis ojos se abrieron. Ha sido un despertar que he disfrutado mucho. Sinceramente, no deseo volver a dormir.

Gracias.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	ii
Índice.....	iv
Lista de mapas y tablas.....	vi
Lista de fotografías.....	vii
Introducción.....	1
Chalchihuites. Topes, topes y más topes.....	2
Planteamiento del problema de investigación.....	6
Objetivos y pregunta de investigación.....	10
Metodología.....	11
Estructura de la tesis.....	12

Capítulo 1. CLASE, MASCULINIDADES Y MINERÍA EN CHALCHIHUITES

1.1 La categoría de clase como herramienta analítica.....	16
1.1.1 ¿Cómo definir la clase?.....	17
1.1.2 Realismo histórico como forma de hacer etnografía.....	21
1.2 El feminismo y los estudios de género.....	22
1.2.1 Las investigaciones de género y las masculinidades.....	24
1.2.2 El enfoque de género en las investigaciones antropológicas.....	25
1.2.3 Feminismo y marxismo.....	27
1.2.4 Hombre proveedor versus mujer de hogar. El Estado de Bienestar y la implantación del “salario familiar”.....	36
1.3 El despojo histórico. Minería y acumulación de capital.....	42
1.3.1 Chalchihuites, un municipio minero.....	47
1.3.2 La llegada de las compañías mineras a Chalchihuites.....	55
1.3.3 Chalchihuites, “el lugar de las piedras verdes”.....	58
1.3.3.1 La minería durante la época colonial.....	60
1.3.3.2 Esplendor y caída de la minería en el siglo XX.....	66

Capítulo 2. EL PROGRAMA BRACERO. EXPERIENCIA DE CLASE Y MASCULINIDADES

2.1	Los Programas de Trabajadores Temporales.....	72
2.1.1	El Programa Bracero.....	75
2.1.2	Las fases del Programa.....	77
2.2	Masculinidades, ciudadanía y modernización en México.....	82
2.2.1	Nacionalismo y masculinidad hegemónica.....	86
2.3	El perfil de los entrevistados. Pluriactividad y experiencia de clase.....	95
2.3.1	Braceros, ¿pobreza o afán de aventura?.....	100
2.3.2	“Bracero”: indagando el término.....	101
2.3.3	Las contrataciones. Entre intermediarios, “transas”, “mordidas” y engaños.....	102
2.3.4	La sequía de 1957.....	110
2.4	El proceso de selección de los braceros.....	114
2.4.1	Revisando, vigilando y sancionando cuerpos.....	116
2.4.2	El cuerpo de los braceros como alegoría de la nación.....	121
2.4.3	El capitalismo y la venta de fuerza de trabajo.....	122
2.5	El adeudo histórico: el pago del Fondo de Ahorro de los ex braceros.....	124

Capítulo 3. CUERPO, TRABAJO Y DEPORTE

3.1	Deportivización, clase y capitalismo.....	134
3.1.1	Los orígenes del béisbol y su llegada a México.....	135
3.1.2	El deporte y las masculinidades en Chalchihuites.....	137
3.1.3	La fiebre del béisbol en las décadas de 1940 y 1950.....	140
3.2	Generación, identidades y memoria colectiva.....	150
3.2.1	Ricardo “Pajarito” Moreno. “El barretero de Chalchihuites”. La estrella fugaz del boxeo mexicano que salió de las minas.....	152

3.2.2 Las versiones de los entrevistados. “Pajarito” Moreno, ¿minero?.....	165
3.2.3 “La enfermedad de la sílica, aterrado o cascado le llaman vulgarmente”. Enfermedad e identidad minera.....	170
3.3 La antropología en México y el estudio del alcoholismo.....	182
3.3.1 Fordismo, masculinidades y alcoholismo.....	185
3.3.2 Los mineros de Chalchihuites y la ingesta de alcohol.....	188
3.4 “Con lágrimas y hambre”. Las “casas de ensueño” de los migrantes.....	200
3.4.1 El cuerpo masculino como sede de significaciones y proyecciones.....	212
3.4.2 ¿Vivir en México o en Estados Unidos? Preferencias a partir del género.....	214
 Conclusiones	 221
 Bibliografía	 230

Lista de mapas y tablas

Figura	Página
Mapa 1. Ubicación geográfica del municipio de Chalchihuites, Zacatecas.....	59
Tabla 1. Perfil de los ex braceros chalchihuitenses entrevistados.....	95-96
Tabla 2. Minas activas en Chalchihuites en 1930.....	69-70
Tabla 3. Número de contrataciones durante el Programa Bracero.....	80
Tabla 4. Toneladas de algodón cosechadas.....	106

Lista de fotografías

Número de foto	Página
Foto 1. Braceros de Chalchihuites en los campos agrícolas de California.....	79
Foto 2. Uno de los primeros equipos representativos de beisbol del municipio de Chalchihuites.....	141
Foto 3. Novena de los “Mineros de Guantes”.....	142
Foto 4. Ricardo “Pajarito” Moreno y su entrenador Lupe Sánchez.....	153
Foto 5. Pesaje de Ricardo “Pajarito” Moreno previo a la pelea contra el nigeriano Hogan Bassey.....	156
Foto 6. Ricardo “Pajarito” Moreno en una de sus visitas a Chalchihuites.....	159
Foto 7. Ricardo “Pajarito” Moreno noqueado en su pelea por el título mundial contra Hogan Bassey.....	162
Foto 8. Ex braceros del Ojo del Toro, Chalchihuites, en un coleadero.....	194

Introducción

En 2008, como estudiante de la licenciatura en Antropología Cultural en la Universidad de las Américas Puebla decidí realizar mi tesis acerca las masculinidades y la migración en Chalchihuites, Zacatecas; un trabajo de corte culturalista enfocado en varones de entre 15 a 25 años de edad. Es así que, buscando dar forma y contenido a mi tesis de licenciatura, llegué al municipio de Chalchihuites en julio de 2008. Al iniciar el trabajo de campo para emprender mi primera aproximación a las masculinidades, aún tenía dudas acerca de cómo abordar las entrevistas con varones. Me preguntaba hasta qué punto ellos estarían dispuestos a hablar conmigo. Sentí que necesitaba tiempo para tomar confianza y dar ese gran salto que me llevaría de charlas triviales, al tema que me atañía: las identidades masculinas.

Durante este período de vacilación comencé a entrevistar a varones de diferentes edades. El panorama era amplio y variado. Historias matizadas por una trayectoria de vida particular y las demandas propias del entorno. Poco a poco, mi confianza incrementaba y la lluvia de ideas también. Quería abarcarlo todo. Cada varón, cada generación; todos tenían algo que aportar al análisis de las masculinidades y la migración. Apenas comenzaba el trabajo de campo de aquel primer intento por estudiar a los hombres como sujetos de género y ya pensaba en algo más. Otros grupos, otras generaciones. El territorio me parecía por demás fructífero e interesante. Como antropóloga primeriza pensaba en todo, menos en la importancia de acotar, delimitar y clarificar los temas de estudio. Pese a la violencia que predominaba en la región en aquellos años (2008-2010), mi curiosidad y el encantamiento de un noviazgo que sostuve con José, un “norteño” de Chalchihuites, así como la cercanía con mi familia, que en aquel entonces residía en el municipio, me ataban a ese lugar.

La estancia de dos años en el municipio me permitió advertir la profundidad de las redes de migración y establecer conexiones con varones migrantes de diferentes generaciones. Entre los varones de mayor edad (70-90 años) aparecían mineros y migrantes, ex braceros que me hablaban de otra época, otro Chalchihuites, otra migración, otro trabajo, otra economía. En este ir y venir, tuve contacto con Jesús, un ex bracero de 78 años de edad que visitaba el municipio periódicamente durante las vacaciones, con quien

sostenía charlas esporádicas. Oriundo de la ranchería del Ojo del Toro, Chalchihuites, Jesús vivió la mayor parte de su vida en Estados Unidos. Luego de jubilarse, compró una casa en la cabecera municipal de Chalchihuites, la cual habitaba por períodos cortos de tiempo, a veces en compañía de su esposa, otras veces solo. En una de sus visitas al pueblo, Jesús sufrió una embolia cerebral. Luego de esto, según las versiones de sus familiares, Jesús se recuperó favorablemente, pero por cuestiones de salud, ya no le permitieron regresar a México.

Finalmente, este hecho desventurado, aunado a la defunción de otro de los ex braceros que conocí, me llevó a reflexionar acerca de la importancia de rescatar a tiempo los testimonios de los ex braceros que aún viven. Por tal razón, con el fin de ingresar a la Maestría propuse como tema de investigación nuevamente las masculinidades y la migración. Una vez que aceptaron mi proyecto, volví a Chalchihuites en julio del 2015. El municipio ya no era el mismo y yo tampoco. El enfoque del feminismo marxista comenzaba a dotarme de nuevas herramientas, nuevos ojos. En esta ocasión hablé con Ramón, otro ex bracero de 74 años de edad, un comerciante de la cabecera municipal, quien luego de platicarle mi intención de acercarme a los ex braceros, no cesaba de animarme con respecto a la posibilidad de ayudarme a contactar con algunos de sus compañeros. “Si, ¿cómo no?, ¿cuántos quiere que le junte? Usté nomás dígame. ¿Para cuándo los quiere?”

Chalchihuites. Topes, topes y más topes.

“Las múltiples visitas al mismo sitio de trabajo de campo hacen difícil ignorar el paso de lo cotidiano y las ráfagas *staccato* de lo extraordinario”
-Kemper y Peterson (2010, XVIII)

A mi llegada a Chalchihuites, luego de estar varios meses fuera del municipio, me volvieron a llamar la atención la cantidad de topes que se encuentran en caminos y carreteras del municipio. Topes, topes y más topes. En la cabecera municipal, en los municipios cercanos, en las comunidades aledañas al municipio: topes, topes y más topes. Aún en zonas despobladas, donde no existe una razón aparente o lógica por la cual se podría utilizar un escollo como recurso para obligar a los autos y camionetas a bajar la

velocidad: topes, topes y más topes. Llama la atención las dimensiones, la altura y la extensión de algunos topes, sorprende también la ubicación y el sin sentido de éstos. Quieres correr libremente en tu auto por las carreteras y, simplemente, no se puede. Apenas vas tomando velocidad y pronto te topas con estructuras que asemejan un cerro, una montaña de asfalto que reta a los automóviles; dispositivos de contención que se alzan en las calles y carreteras las cuales exigen buenas suspensiones para el aterrizaje. A primera vista, los topes parecen más bien estar diseñados especialmente para las “trocas” altas, modificadas, con buenas suspensiones, que ostentan un valor simbólico importante en la región, mientras que los automóviles, sobre todo los que son muy bajitos, se ven en aprietos al momento de enfrentar el tope, lo más seguro, es que saldrán raspados.

Al respecto, el señor Ramón, uno de los ex braceros entrevistados, narraba la anécdota de una “gringa” que al venir a México, vio tantos topes que lo único que aprendió a decir fue “topes”. ¿Por qué y para qué tantos topes? ¿Cómo interpretar esto? Entre las personas del municipio, existe un consenso de que los topes son para que los automovilistas no anden “como locos”, para contener su euforia, para “silenciarlos”, para “apaciguarlos”, para frenar la velocidad inconsciente a la que corren algunos vehículos. Sin embargo, es visible que más allá de ser funcionales como frenos, los topes son percibidos como un desafío. Así, sobre todos los jóvenes, se empeñan en hacer notar que los topes no representan un obstáculo que pueda frenar la potencia y la velocidad de su automóvil. Pero ¿qué puede hacerse? Las estructuras están ahí para frenarte, para detenerte, para fijar la manera en la que debes transitar. Y cualquier acto de rebeldía, está siempre condicionado por estas estructuras, que tarde o temprano, de una manera u otra, terminan afectando a los autos.

Con el paso del tiempo y el avance de las entrevistas, los topes me parecieron una buena analogía de las estructuras sociales, las cuales condicionan nuestra manera de vivir y van marcando topes, restringiendo, moldeando, condicionando nuestro transitar por el mundo, delineando nuestras experiencias y prácticas. Pensaba que, dentro de un entorno condicionado por la clase y el acceso a ciertos bienes materiales y simbólicos, quienes pueden adquirir una “troca”, es decir, quienes poseen ciertos privilegios de clase y género, tienen la posibilidad de saltar con mayor facilidad los topes, es decir, “la libran más fácil”, pero para quienes ostentan posiciones subalternas, los topes representan un verdadero

perjuicio, y, cada vez que intentan cruzarlos, o se quedan atorados o salen raspados. Así, los topes pasan a formar parte del paisaje, proveyéndole un perímetro propio, que organiza y limita nuestros actos.

Al escuchar las historias de los ex braceros, las estructuras de asfalto que se interponían continuamente en mi camino, me hacían recordar las vivencias de los braceros, que, con el deseo de salir adelante y mejorar su situación económica, se vieron obligados a abrigarse en el Programa Bracero, en el cual, en cada momento del proceso, desde la selección municipal, en los chequeos y revisiones, en la entrega de documentos, en la obtención de una carta de recomendación, en sus trajinares por Empalme, Sonora y su esfuerzo por alcanzar la cuota de 2,000 kilos de algodón, en su trabajo en los campos de cultivo de México y Estados Unidos, con los patrones, con los intermediarios del gobierno: topes, topes y más topes. Obstáculos, “transas”, “mordidas”, extorsiones, engaños, abusos, maltratos, vejaciones.

Los topes me recordaban finalmente, el nuevo enfoque teórico con el que llegué a Chalchihuites en este segundo trabajo de campo, distinto al equipaje culturalista que cargaba aquella primera vez. Esta vez, podía ver y entender cómo, aunque la gente pueda aparentar “agencia” y mofarse de ser “agentes de su destino”, moviéndose de un lado hacia otro, trabajando en una y otra cosa, expresando sus propias formas, delineando sus relaciones sociales, adaptándose o distanciándose de ciertas exigencias sociales, abrazando, recreando y defendiendo ciertas costumbres y tradiciones, lo hacen casi siempre en un espacio sin salida, por imposición de fuerzas de dominación que los exceden (Sider, 2003).

En este sentido, la historia de los ex braceros chalchihuitenses es una historia de hombres solos de una zona rural y relegada del estado de Zacatecas, quienes narran sus oscilaciones entre el trabajo minero y la siembra de temporal, las condiciones de pobreza en las que vivían en su pueblo, y los pocos centavos con los que emprendieron su viaje hacia los centros de contratación. Su historia es la historia de las relaciones de clase y las fuerzas capitalistas cambiantes que aseguran la obtención de plusvalía del trabajo de la gente. Sus historias dan cuenta de cómo se regula, se selecciona y se disciplina a la fuerza de trabajo. De cómo las personas van ondeando, zigzagueando, buscando alternativas para vivir, pasando de un trabajo a otro, alternando y entretejiendo actividades, en un lado y

otro, para ganarse el sustento. De cómo el capital los abraza y los suelta, de cómo los arroja de aquí para allá.

A propósito de los topes, el antropólogo Robert Shadow, quien fue mi profesor durante mis años de formación en la licenciatura, hacía una analogía de los topes, con el sistema político mexicano y con el capitalismo. Argumentaba que los topes, tan característicos de México, podían ser entendidos como la encarnación de las dificultades para avanzar en este país, a raíz de las trabas burocráticas, la corrupción, el clasismo, el racismo, las desigualdades económicas. Desde luego, los topes serían la representación de la manera en que funciona la “hegemonía” (Gramsci, 1986) como una “hegemonía de clase” (Ruccio, 2009), no solo entendida como superioridad material sino también como la forma en que las clases dominantes generan consenso ideológico (Liguori, 2009). Hegemonía hace alusión entonces, a la dominación económica y cultural, es decir, las relaciones sociales y económicas de desigualdad, así como las ideas que las justifican (Crehan, 2002).

Siguiendo esta lógica, los topes serían el reflejo de las condiciones económicas precarias que han obligado a los chalchihuitenses a migrar a Estados Unidos, contratados, pagando “mordidas”, o valiéndose de un “coyote”; abstracciones concretas que delinean un paisaje que condiciona la reproducción de la vida, las cuales tienen un efecto estructurador, es decir, “unas capacidades que fluyen desde posiciones en un conjunto de relaciones investidas con el poder de controlar la conducta mediante el control del acceso a los recursos naturales y sociales” (Wolf, 2001: 375). Los topes serían aquello que permitió saltar a la fama al boxeador chalchihuitense Ricardo “Pajarito”, y que al mismo tiempo, luego de elevarlo, lo regresaron a sus orígenes de clase. Los topes encarnarían esa “violencia estructural” (Bourgois, 2001; Holmes, 2013) que impidió que Chuy formara un sindicato minero, que llenó los pulmones de Pedro de sílice, que obligó a Lupe a trabajar apenas había sido operado del apéndice, que orilló a Toño a aceptar las humillaciones de su patrón en la mina, lo que forzó a millones de hombres a desnudarse y aceptar ser revisados y “fumigados” en los centros de contratación.

En la teoría social, el concepto de estructura se ha usado para entender la dinámica de las relaciones sociales, la estructura no determina pero provee marcos de acción, constriñe y condiciona la práctica (Connell, 2015; Marx, 2001 [1859]; Roseberry, 2014).

Históricamente creadas, moldeadas por la actividad humana a través del tiempo y revitalizadas en la cotidianeidad (Connell, 1987), las estructuras son aquello que limita la libertad en el mundo social, aquello que te marca, que te obliga, te ciñe, lo que habla por ti, lo que te define de manera anticipada; aquello en lo que puedes incidir, pero solo a partir y dentro de determinadas restricciones. Visto así, el concepto de estructura social nos remite a las constricciones enraizadas en las instituciones, a las regulaciones en una organización social dada, a las determinaciones del Estado, a las imposiciones del capitalismo.

Adentrándonos en el tema de las estructuras que delimitan y configuran, cabe subrayar que en esta investigación pongo atención en las categorías de “clase” y “régimen de género” (Connell, 1987) las cuales son la guía y la parte medular del análisis. De esta manera, realizo una aproximación conceptual que me permite dar cuenta de la forma en que la clase, como estructura, siempre tiene una dimensión de género, que el marxismo ortodoxo dejó de lado al pasar por alto las injusticias, dominación y las desigualdades que caracterizan las relaciones de género en la sociedad capitalista. Los regímenes de género se gestan en contextos particulares y determinan patrones ideales de masculinidad y femineidad, fundamentan una división sexual del trabajo y diferencias de estatus entre hombres y mujeres, los cuales se derivan de un “orden de género” (Connell, 1987) hegemónico, global e histórico. Al hablar de régimen local de género, me refiero a la manera en que localmente se ejerce, se demuestra y se practica la masculinidad. Para tal fin, me apoyo en el feminismo marxista y autoras como Raewyn Connell, Nancy Fraser, Celia Amorós e Iris Young cuyos trabajos me permiten dilucidar la existencia de un orden cultural y una estructura económica que asegura la dominación de las mujeres en la cual el patriarcado y el capitalismo se fusionan en complicidad.

Planteamiento del problema de investigación

En esta investigación se analizará cómo se monopolizó la fuerza de trabajo a través de un acuerdo binacional entre México y Estados Unidos (Programa Bracero 1942 – 1964) para proveer de trabajadores temporales a la economía estadounidense. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, frente a la escasez de mano de obra para laborar en el campo, Estados Unidos busca en México esta fuerza laboral por medio de la contratación selectiva

de mano de obra masculina. Así, fueron movilizados un aproximado de cinco millones de varones de zonas rurales de México (Durand, 2007) que eran requeridos temporalmente para satisfacer las demandas en la agroindustria estadounidense. A la par de la migración contratada, otros cinco millones ingresaron de forma indocumentada a Estados Unidos (Durand, 2007). Es decir, en los hechos se configuró un flujo regulado y otro desregulado, unos no libres sujetos por la dependencia a un contrato, despojados de medios de producción, y otros sin contrato, igualmente desposeídos; al final, ambos caracterizados por la inestabilidad que es parte constitutiva de su experiencia de clase.

El Programa Bracero estaba ordenado por el género al dar por sentada la histórica producción de las mujeres como fuerza de trabajo secundaria, marginal, e intermitente casi por “naturaleza”. En el régimen local de género en el Chalchihuites de los años 50 y 60, los espacios de la configuración de las masculinidades eran la parcela y los socavones de las minas. Los hombres se caracterizaban por su hipermovilidad laboral, yendo de un lugar a otro, oscilando por temporadas entre la minería, la agricultura y la migración temporal a Estados Unidos. Las mujeres, en cambio, permanecían atadas al espacio doméstico, aunque también allí anidan procesos de producción de valor. La categoría de “salario familiar” condensa estos dos vectores constitutivos de la experiencia de estas poblaciones: la clase y el género. El fordismo fue el horizonte histórico en el que emerge el modelo del hombre proveedor y la mujer reproductora, aunque en la práctica, este modelo tuvo múltiples expresiones que se cristalizan en el régimen local de género.

En este contexto histórico de coyuntura bélica, se produce un trabajador regulado, generizado y racializado, un varón masculinizado que trabaja con sus brazos: “el bracero”. Una mano de obra joven, dócil, disciplinada, sujeta. Un trabajador sometido, vigilado, a veces “libre”, a veces no, cuyas condiciones de control y espacios de reproducción cotidiana, vivienda, alimentación y descanso han sido homologadas a las de un cuartel militar (Mize & Swords, 2011; Wolf 1987). Un trabajador indispensable para la acumulación capitalista que requiere de mano de obra flexible, vulnerable, desechable y controlada. Visto así, como lo señala Harvey (1990: 375) “el capitalismo crea su propia geografía histórica específica”; moldea y reconfigura a los sujetos que necesita. De tal manera, siguiendo la lógica capitalista, las masculinidades cambian y se rehacen a partir de

las imposiciones ideológicas, económicas, políticas y culturales de la fase de acumulación vigente, y, en consecuencia, se rehacen también los regímenes de género.

Siendo interpelados por el Estado como “embajadores la modernidad”, los varones que formaron parte del Programa, son aquellos previamente excluidos por cuestión de clase y por ubicación física (Cohen, 2005). Así, el Estado moviliza una forma específica de “modernidad masculina” y “masculinidad moderna” (Cohen, 2005: 120), instaurando el modelo del varón migrante, en el que los braceros son interpelados como representantes de la modernidad en el horizonte de un país rural con aspiraciones de incorporarse a la modernidad, vía la industrialización. Además, el Programa impone un cambio en el patrón de migración, que deja de ser familiar, de larga duración y mayormente clandestina; para transitar, bajo la tutela del Programa, a una modalidad regulada y controlada, encabezada por varones de origen rural, quienes viajan por períodos cortos de tiempo para trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos (Durand, 2007).

Foucault asegura que la transición a la modernidad se vincula con el disciplinamiento, es decir, con las formas en que se gestiona el cuerpo. Evidentemente, el capital selecciona y mueve poblaciones de acuerdo a sus intereses. Michael Foucault (1990) provee el concepto de “biopoder” para referirse a la regulación de la vida por parte del Estado, así como a las diversas estrategias para someter los cuerpos y vigilar a los sujetos. En esta dirección, el autor asevera que el biopoder es un elemento esencial para el desarrollo del capitalismo, dado que requiere de cuerpos móviles, disciplinados y flexibles para la producción de bienes y servicios.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la crisis de 1973, el capitalismo se encontraba en una fase de expansión y desarrollo tecnológico, demandando fuerza de trabajo de países de los países menos industrializados hacia aquellos con un mayor nivel de desarrollo. En este período, el Estado de Bienestar fue una política económica acogida por los países capitalistas. El capitalismo estaba entonces en manos del Estado, que intervenía claramente para mediar entre el capital y el trabajo. El Estado de Bienestar se caracteriza por la promoción de la economía y la protección del Estado, que provee a su población de servicios y subsidios al capital que garantizan la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población. Offe (1992: 74) define el Estado de Bienestar como “una serie de disposiciones legales que dan derecho a los ciudadanos a

percibir prestaciones de la seguridad social obligatoria y a contar con servicios estatales organizados, en una amplia variedad de situaciones definidas como de necesidad y contingencia”. De este modo, mediando con el capital, el Estado Benefactor redistribuye los beneficios de la acumulación capitalista fomentando una vida vivible entre la población.

Durante este período en el que la producción en masa fordista y taylorista primaba, se hizo necesario incorporar mano de obra extranjera. Entonces surgen programas de trabajo temporal para movilizar a masas de gente hasta los sitios donde eran requeridos a través de acuerdos binacionales. La migración temporal contratada es el tipo ideal de migración, ya que se realiza de forma legal, ordenada y regulada, constreñida a períodos cortos de tiempo, la cual se espera que retorne a sus lugares de origen (Durand, 2007; Hahamovitch, 2010). Por ejemplo, “el bracero” era un trabajador ya formado, disciplinado, entrenado, un proletario fordista, un trabajador contenido, “no libre”, que transfiere riquezas a Estados Unidos. Como lo afirma Cravey (2003) estos trabajadores representan un subsidio importante para el país extranjero, tomando en cuenta que es su país de origen el que cubre los costos económicos y sociales que representa la crianza de estos trabajadores. Ahondando en esta idea, Cindy Katz señala:

La reproducción social de la fuerza de trabajo migrante se lleva a cabo en sus países de origen. Cuando ellos son empleados en otro lugar, esto representa una transferencia directa de riqueza generalmente de los países más pobres a los países más ricos. El capital variable producido en un sitio e intervenido en otro no es menos un capital transferido que la extracción de materias primas, la deuda de servicios y cosas similares¹ (Katz, 2001:710, mi traducción).

En este sentido, los trabajadores temporales representan una contribución importante a la economía estadounidense, a la cual México sigue transfiriendo capital a través de su mano de obra barata, “no libre” encuadrada en visados especiales (Preibisch, 2000). Así, con base a la definición marxista de que los trabajadores son libres para vender su fuerza de trabajo, los mexicanos que se enrolan en los programas de contratación temporal no son una fuerza de trabajo libre, ya que al ingresar al país receptor como trabajadores contratados, están

¹ The social reproduction of a migrant workforce is carried out in its members’ countries of origin. When they are employed elsewhere, this represents a direct transfer of wealth from generally poorer to richer countries. Variable capital produced in one site and tapped in another is no less a capital transfer than the extraction of raw materials, debt servicing, and the like (Katz, 2001:710).

obligados a mantenerse en el trabajo agrícola, sujetos al empleo, al empleador y a las condiciones de trabajo y vivienda que les sean designadas (Preibisch, 2000).

Objetivos y pregunta de investigación

El objetivo general de esta investigación es documentar la relación entre prácticas de clase y régimen de género entre los varones chalchihuitenses que participaron en el Programa Bracero (1942-1964).

Objetivos específicos:

1. Documentar el proceso de configuración de “masculinidades braceras” entre la cohorte de varones que participaron en el referido Programa (1942-1964), considerando probables diferencias entre trabajadores mineros y aquellos ligados a otras actividades económicas en la región.
2. Analizar el impacto de la conversión de los chalchihuitenses en trabajadores estacionales regulados, sujetos al Programa Bracero, en el régimen local de género.
3. Examinar si la posición de clase de los mineros y sus disposiciones corporales imprimieron singularidades en su reconversión en braceros.

Pregunta de investigación:

1. ¿Cómo se articulan la experiencia bracera y el pasado minero en la formación de clase y las masculinidades en el régimen local de género en Chalchihuites, Zacatecas?

Metodología

Utilicé el método etnográfico como una herramienta fundamental para lograr los objetivos propuestos en investigación. Para tal fin, durante el período de junio a septiembre del 2016, realicé trabajo de campo en el municipio, donde viví y conviví con las personas del lugar. Una vez instalada en la cabecera municipal, acudí con el señor Ramón, mi informante clave, quien me señaló a un par de prospectos, ex compañeros suyos de la “bracereada”, a quienes visité y entrevisté. Aparte de entrevistar a los varones, siempre que me fue posible, platicué también con sus esposas, con algunos de sus hijos y parientes. Además, entrevisté a ejidatarios, trabajadores y trabajadoras de la compañía minera *First Majestic*, dueños y concesionarios de minas, ex mineros, comerciantes del municipio, al cronista del pueblo Mario Lazalde, al director de comunicación social Sergio García, a Claudia Palacios, servidora pública encargada del pago del apoyo a los ex braceros. Para realizar las entrevistas, me basé en un formato de entrevista semi estructurada que elaboré previamente, dando cabida al zig zagueo narrativo, a los aportes espontáneos, a las historias no previstas, a los testimonios entrecortados, a las fallas de la memoria, a los silencios apremiantes, a los olvidos inevitables.

En el contexto de las entrevistas, varios de los ex braceros me permitieron ver y fotografiar sus contratos, la mica, cartas, recibos de pago del apoyo social (de 38,000 pesos) a ex braceros por parte de la Secretaría de Gobernación, el formato de entrega de documentación para el pago del apoyo a trabajadores migratorios mexicanos (1942-1964). En el caso de los beisbolistas, además de mostrarme fotos, también me dejaron fotografiar sus trofeos, diplomas, medallas. Por su parte, los mineros también me proporcionaron fotos, pero además, tuve oportunidad de retratar sus cascos y lámparas. Asimismo, algunas de las familias a las que entrevisté me mostraron fotografías antiguas y objetos antiguos de valor simbólico, por ejemplo, regalos que los ex braceros les enviaban. Todo esto lo registré en fotografías.

Luego de que me fue negado el acceso al Archivo Histórico Municipal, me enteré de la existencia de una colección de fotografías antiguas propiedad de Sergio García, quien amablemente me proporcionó aquellas que consideramos importantes y de utilidad para mi investigación. Las fotos de la colección de Sergio García, fueron reunidas “de casa en casa”

por el señor Alejandro Gallegos, ya fallecido, quien estaba estudiando una Maestría en Historia. El señor Alejandro, en alianza con Sergio, planeaba rescatar historias del municipio en una búsqueda por exaltar su “cultura” y “tradiciones”. El material gráfico que me aportó Sergio, resultó ser de suma importancia para ayudar a los ex braceros y ex mineros a recordar vivencias, experiencias, para reconstruir una época histórica que por momentos parecía muy lejana ya. Asimismo, considero importante señalar que en esta investigación hago uso de información que recibí en mi visita al Archivo Histórico de Zacatecas en 2010.

Es importante reconocer que, con excepción de los trabajadores de la presidencia municipal, la colaboración y disposición de las personas de Chalchihuites fue muy satisfactoria. En este sentido, la edad y las condiciones de los entrevistados, la mayoría de ellos ya retirados, algunos enfermos e imposibilitados para moverse o caminar largas distancias, facilitó la apertura de los varones y sus familias para recibirme en su hogar y charlar por horas. Generalmente, cuando los visitaba por primera vez preguntándoles a qué hora podía entrevistarlos, me respondían que ellos estaban ahí todo el tiempo, que cuando quisiera ir estaba bien. En varios casos, fueron los mismos parientes del ex bracero quienes me alentaban a visitar a su familiar, asegurando que a él “le encantaba hablar”. Hombres necesitados de compañía y de alguien que los escuchara. Por momentos, sentí que lo que hacía era visto como una especie de “acto caritativo” y que por eso me recibían de forma amable. En suma, ninguno de ellos se negó a hablar conmigo. Todos se mostraron participativos, contestando a mis preguntas y casi siempre añadiendo un extra: historias, anécdotas, chistes, comentarios, consejos.

Estructura de la tesis

En el primer capítulo relevo la importancia de la clase como categoría analítica. Al abrazar la clase como herramienta central, surge también la necesidad de atisbar el pasado y presente de Chalchihuites, un municipio históricamente minero, en las dinámicas de expropiación inherentes a las relaciones de producción capitalista, lo que a la vez, más adelante, me permitirá indagar en las formaciones de clase y género en este contexto. Las condiciones históricas de la minería, el modo de expropiación, la fase de acumulación

capitalista, la división sexual de trabajo y sus regulaciones, van moldeando un panorama de posibilidades de acción, delineando subjetividades, prácticas de género, procesos y expectativas de movilidad laboral.

Asimismo, en este primer capítulo, cuestiono el “giro culturalista” de la antropología y la teoría feminista, que, en sintonía con las corrientes hegemónicas que priman en la academia, uniéndose a lo que Nancy Fraser (2015) llama “el espíritu (neoliberal) de los tiempos”, ha demeritado la potencia del marxismo. Por ello, realizo una revisión del legado feminista de izquierda y de la manera en que éste abre paso a los estudios de género de las masculinidades. De manera que, retomando el rumbo y los aportes del feminismo marxista, planteo la necesidad de realizar estudios de género comprometidos que provean un marco analítico que examine las desigualdades sociales desde un enfoque de género.

El capítulo dos trata de los Programas de Trabajadores Temporales como una estrategia originada a principios del siglo XX, durante la fase ampliada del capitalismo, que asegura la transferencia de mano de obra barata y, por ende, la obtención continuada de plusvalía. De esta forma, países como Estados Unidos aprovechan la mano de obra de países vecinos como México, tratando de asegurarse que los trabajadores huéspedes regresen a su lugar de origen, eximiéndose así de los costos de reproducción del trabajador. Por consiguiente, a través de la transferencia permanente de mano de obra, México ha subsidiado históricamente los procesos de acumulación en la economía estadounidense. Enseguida, enmarcando el Programa Bracero como uno de los programas pioneros en este rubro, refiero cómo este programa aterriza desde sus inicios en Chalchihuites, bajo qué condiciones lo hace, el impacto y transformaciones que genera en el régimen local de género. A través de los testimonios de los ex braceros y ex mineros, describo y analizo la manera en que operó el proceso de selección y contratación, los trajinares, sin sabores, engaños y corrupción que configuran una experiencia de género, generación y clase. Así, trenzando actividades, oscilando entre la minería, la agricultura y la movilidad laboral contratada, la pluriactividad que caracterizó la vida de los entrevistados, deja ver lo contradictorio, zigzagueante y fragmentado del proceso de proletarización.

La masculinidad, se construye a partir del cuerpo, en oposición de lo femenino. Como práctica social y sin reducirse únicamente al cuerpo, la masculinidad se refiere al

cuerpo y a lo que se realiza con éste (Connell, 1997) por lo que se refrenda, se afianza y se debate a través de prácticas y experiencias corporales. Con relación a esto, el capítulo tres se enfoca en prácticas masculinas vinculadas con el cuerpo, entrelazándolas con el desarrollo capitalista y la formación de los trabajadores durante la fase de acumulación fordista. De esta manera, desde un enfoque de clase y género analizo el deporte, el trabajo minero y la ingesta de alcohol, a partir de rupturas históricas. En consecuencia, la deportivización es entendida como una forma de disciplinar al ejército industrial, una “práctica de clase” (Brohm, 1993) que legitima un orden hegemónico, emblema de modernización en México, un prolífico negocio capitalista.

Legado del americanismo, el beisbol cobra auge en México durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, convirtiéndose en una práctica común entre las clases trabajadoras. En Chalchihuites, el beisbol aparece como un juego de esparcimiento y un deporte de competencia entre los ex braceros y ex mineros, que provee tanto espacios de recreación como un contexto para obtener reconocimiento y prestigio. A partir de esto, relevo el anclaje del beisbol con el trabajo minero y la fuerza física, como elementos constitutivos de lo que Raewyn Connell (2000) denomina “masculinidades de protesta”.

El capítulo tres conjunta también un análisis de la ingesta de alcohol entre los mineros de Chalchihuites, que intenta reconstruir las dinámicas y la centralidad de determinadas prácticas masculinas entre las clases trabajadoras. El enfocar el alcoholismo y las masculinidades, hace perentorio vislumbrar el papel de la antropología en el estudio de la ingesta de alcohol. Por tal motivo, luego de una revisión de los principales trabajos y enfoques en México, cimento una crítica a las lecturas culturalistas que han caracterizado los trabajos antropológicos. De manera que, en esta sección, abogando por un análisis de clase y género, analizo el alcoholismo en las clases subalternas como el resultado de un proceso de explotación y dominación histórica, un legado del pasado de dominación colonial y un producto de las desigualdades estructurales propias del capitalismo, cuya regulación cambia y se modifica en concordancia con intereses hegemónicos que se gestan desde el Estado y las grandes corporaciones capitalistas.

Por último, en las conclusiones plasmo los resultados, aportes y las nuevas vetas a seguir a partir de los hallazgos y dudas que suscita esta investigación. En esta parte, planteo la posibilidad de dar seguimiento al tema de la minería, viendo el giro actual de la mega

minería a manos de compañías trasnacionales y su impacto en el municipio en términos ambientales, económicos, sociales y culturales. Interesa ver la forma en que cambia el régimen de género dentro del contexto neoliberal, con la llegada de las compañías mineras y la inmersión de las mujeres en el trabajo minero ¿Se trastoca el régimen de género?

CAPÍTULO UNO

CLASE, MASCULINIDADES Y MINERÍA EN CHALCHIHUITES

1.1 La categoría de clase como herramienta analítica

Estudiar la clase es un asunto complejo tomando en cuenta las corrientes dominantes que priman en la actualidad las cuales advierten la inexistencia de la clase o la consideran inútil para entender las identidades, las prácticas, las formas de acción social y las desigualdades en la era posmoderna o posfordista. En términos generales, la tendencia dentro de la academia en los últimos treinta años, es la de ponderar que la clase ha desaparecido (Carbonella y Kasmir 2015: 41). Por tal motivo, en la parte final del siglo XX, se produce una idea generalizada de que el análisis de la clase ya no tenía razón de ser, volviéndose casi irrelevante luego de la caída del muro de Berlín (1989) y la desaparición del socialismo real (Morgan 2005:166). De esta forma, en esta nueva era del capitalismo neoliberal, aunque las desigualdades y la explotación son cada vez más evidentes, la clase parece erosionarse quedando casi obsoleta dentro de los análisis e investigaciones sociales. En este contexto, surgen términos como “underclass”, o “exclusión social”, que abstrayéndose de profundizar en la complejidad de la clase, intentan dar una explicación a las desigualdades sociales (Morgan 2005:166). Así, el enfoque se ha volcado hacia las formas de consumo y los “nuevos movimientos sociales” de reconocimiento basados en la cultura y las identidades, dejando de lado la identificación como clase y la lucha por la redistribución (Comaroff y Comaroff 2001; Fraser 2015; Kalb2015).

Recientemente, el análisis de la clase ha vuelto a ser foco de estudio, recibiendo fuertes críticas hacia quienes aseguran que la clase y el trabajo han desaparecido en el contexto neoliberal. ¿Qué es lo que nos lleva a pensar que la clase y el trabajo han desaparecido? En realidad, la falta de adecuación y reformulación de teorías y métodos que nos permitan analizar la clase y el trabajo dentro de la fase de acumulación flexible. Es decir, no es que ya no estén o se hayan esfumado, sino que seguimos empecinados en percibirlos y estudiarlos bajo las concepciones y con las herramientas que usábamos

anteriormente, y, que obviamente, en la actualidad resultan incongruentes e inadecuadas. Tal como lo muestra Nancy Fraser (2003), lo que hace falta es una nueva lectura de los modelos teóricos fordistas con miras a una interpretación metodológica para el estudio y comprensión de la clase y el trabajo en la era de la globalización neoliberal.

Es así que, en un momento crítico en donde la clase aparece totalmente desdibujada dentro de las investigaciones etnográficas, mi investigación retoma este concepto por considerarlo de suma importancia como una herramienta analítica en la antropología. La clase está viva y presente, la clase no ha muerto y no solo somos consumidores, advierten Don Kalb (2015) y sus colaboradores, quienes separándose de aquellos que proclaman que la muerte de la clase, se dan a la tarea de reformular y adecuar el concepto de clase en la era neoliberal, elucidando las nuevas formas de proletarización. Visto de esta manera, tanto el capitalismo como las políticas de clase se van transformando en cada periodo histórico de acumulación de capital, de modo que la transformación del fordismo al posfordismo plantea nuevos retos teóricos metodológicos para abordar la clase.

Como Carbonella y Kasmir (2015) lo señalan, existe un vínculo estrecho entre la clase trabajadora masculina industrial fordista blanca y la clase, razón por la cual, una vez que, con la irrupción del neoliberalismo la industria en los países del norte global, antes llamado Primer Mundo, se esfuma, se cree que la clase se erosiona al mismo tiempo que se desmorona el Estado de Bienestar. Por consiguiente, en esas regiones, el fin de esta era de la seguridad perturba de sobremanera al trabajador masculino, tomando en cuenta que durante el fordismo tuvo un papel central, siendo reconocido como trabajador formal cobijado por las prestaciones y seguridad brindadas por el Estado, reconocido además como “hombre proveedor” (Fraser 2015:276).

1.1.1 ¿Cómo definir la clase?

En términos generales, la clase apunta directamente al asunto de las divisiones económicas y las desigualdades propias del capitalismo. Como lo asienta Kalb (2015:1) la clase se refiere a las divisiones sociales estructurales, avocándose en la forma en que dichas divisiones impactan el comportamiento individual y colectivo, enfocando además las problemáticas sociales, políticas y culturales en el contexto de la sociedad contemporánea.

Se define, además, como las relaciones entre aquellos que poseen riquezas y propiedades y los que carecen de éstas. De esta forma, quienes carecen de los medios para subsistir, se ven en la necesidad de vender su fuerza de trabajo a quienes monopolizan el capital. Como lo señala Kalb (2015), los intercambios entre las clases no se limitan únicamente a la negociación de la fuerza de trabajo y el pago, sino que además, incluyen la renta por el uso de propiedad (como es el caso de la vivienda y la tierra), las patentes, el dinero en forma de intereses, así como también, el consumo de mercancías elaboradas por la fuerza de trabajo en beneficio de los poseedores del capital.

Kalb (2015: 14) concibe el capitalismo como una configuración, un amasijo de relaciones contradictorias y antagónicas de interdependencia, de desigualdad, de expropiación y explotación, de asimetrías de poder; como “un modo de producción, un modo de acumulación, un modo de reproducción social, un modo de producción del espacio, un modo de ser y de llegar a ser”. En este sentido, señala que la clase sintetiza todas estas relaciones históricas bajo la idea de clase, por lo que la clase sería el nombre genérico de todas estas relaciones desiguales y cambiantes, caracterizadas por la interdependencia, el conflicto y oposición.

Es importante subrayar que la clase no solo se reduce a una cuestión económica, a un ingreso, o a un lugar dentro del proceso productivo, sino que ésta abarca y se refleja en diferentes ámbitos. Por consiguiente, entendemos la clase también como una subjetividad colectiva, una concepción del mundo. Es a través de la producción de una subjetividad colectiva como se implanta la hegemonía. Así, en la hegemonía, entendida en términos de Antonio Gramsci, la base y la superestructura se fusionan, por lo tanto, ésta “se refiere a las relaciones responsables de la desigualdad, así como a las ideas que la justifican, la explican y la regulan” (Crehan, 2002: 195).

La hegemonía en términos marxistas, se refiere al rol de la élite cultural para asegurar y perpetuar la dominación. Vista como una relación de poder, la hegemonía no puede ser subsumida o sustituida por el concepto de cultura o ideología. Raymond Williams (1983) releendo a Gramsci provee una definición en la que la clase y la cultura

se articulan para construir un sistema valores y prácticas estructurados y estructurantes. Williams define la hegemonía² como:

Un sistema vivo de significados y de valores- constitutivos y constituyentes- que cuando se viven como prácticas parecen confirmarse mutuamente. Constituye, así, un sentido de la realidad para la mayoría de la población, un sentido de lo absoluto por ser una realidad viva más allá de la cual la movilidad es muy difícil para la mayoría de la sociedad en prácticamente todas las esferas de la vida. Se trata pues, de “cultura” en sentido fuerte, pero una cultura que también debe verse como la dominación y la subordinación que vive cada clase (Williams, 1983: 110).

Por tal razón, la cultura se entiende como una experiencia de clase (Crehan, 2002). Como lo subraya Crehan (2002: 222), para Gramsci, la cultura es “la vivencia de clase en un espacio y un tiempo determinados”.

De acuerdo a Crehan (2002: 217), “la clase siempre representa una dimensión de género”. Así, señala que uno de los aportes del neofeminismo es mostrar que las actividades no remuneradas como la crianza de los hijos y el cuidado de los miembros de la familia que aseguran la reproducción social de los trabajadores, son parte esencial en la esfera de la producción. De tal forma, la división sexual del trabajo va moldeando una estructura de clase. En palabras de Anderson (1981):

Las relaciones capitalistas de producción colocan a hombres y mujeres en diferentes clases sociales, definidas por su acceso diferencial a los medios de producción. Estas divisiones son la realidad esencial del contrato salarial entre personas jurídicamente iguales y libres, que es la señal distintiva de este modo de producción (Anderson, 1981: 22).

Por lo tanto, la función del analista social es ver cómo se vive el género dentro de la hegemonía de clase (2009) que prima en la sociedad capitalista, notando la íntima relación

² En general, hegemonía se ha entendido como una forma de poder y no como la manera en que se produce y reproduce el poder (Crehan, 2002). En este sentido, Williams subraya la importancia de entender la hegemonía analizando el poder como una fusión entre cultural y material, es decir, la constante interacción de la base con la superestructura, que es lo que lo vuelve un concepto único y potente. De esta forma, entendiendo que la cultura es la forma en que se experimenta la clase, “el concepto de hegemonía nos ayuda a entender cómo se vive el poder en un contexto dado, y cómo se producen y reproducen ciertos regímenes de poder” (Crehan, 2002: 222). Para este propósito, Williams cuestiona el concepto de cultura que tradicionalmente se ha usado en la antropología.

entre el patriarcado y el capitalismo, quienes en complicidad, siendo parte de un mismo sistema, aseguran la subordinación de las mujeres. Esto lo trato a mayor profundidad en el apartado 1.2.3 de esta tesis titulado “Feminismo y marxismo”.

Por su parte, Narotzky (2015) habla de la clase como un concepto problemático, al ser definido como una posición dentro de la estructura vinculada con un modo de producción, además de ser un germen inmanente de conflicto social. Apunta que al abrimos a utilizar el concepto de clase en la investigación etnográfica, contribuimos de alguna manera a ponderar la clase como un instrumento de lucha y cambio. Al destacar la importancia de la clase como una herramienta básica para el análisis antropológico, la autora señala que ésta puede ser vista como una relación social dentro de un contexto histórico específico, así como un medio de lucha (Narotzky, 2015). En su análisis acerca de la producción de la clase en España, señala que el abordaje de la clase no puede desvincularse de la estructura económica actual que nos permite ver los objetivos que ésta persigue, así como tampoco puede pasarse por alto el vínculo íntimo entre la clase y las fuerzas estructurales que moldean la producción social, los sentimientos de la gente y las actuales luchas (Narotzky 2015:56).

Así por ejemplo, vemos cómo el Programa Bracero logra movilizar a cinco millones de varones, que son interpelados por el Estado, trabajando a través de los sentimientos que crean subjetividades, clasificándolos, distinguiéndolos genéricamente y movilizándolos para fines serviles al capitalismo. Evidentemente, “el capitalismo ha encontrado trabajadores cuando y donde los ha necesitado” (Wolf 2005: 437). Siguiendo a Wolf, podemos enmarcar al Programa Bracero como un flujo generizado, militarizado, de hombres solos que van a realizar “trabajo de hombres”, desgastantes, físicamente demandantes, socialmente calificados y reconocidos como específicos “de hombres”. Por medio del análisis de este Programa de Trabajadores Temporales podemos ver cómo se apuntala una identidad de clase y cómo se promueve una imagen de “hombre proveedor”. El ahondar en este Programa nos permite conocer la forma en que se edifican identidades y se produce la clase, en un momento histórico específico de acumulación capitalista.

Así, los reclutas industriales interpelan a aquellas poblaciones que proporcionan fuerza de trabajo, sectores particulares del ejército industrial de reserva que son necesarios para satisfacer las demandas de fuerza de trabajo en determinadas regiones del planeta.

Entonces observamos cómo suceden estas diásporas de proletarios que acuden al llamamiento del capital y cómo se engendran nuevas clases trabajadoras. Finalmente, esa es la cualidad del capital, “movilizar trabajo social comprando fuerza de trabajo y poniéndola a trabajar” (Wolf 2005:428). Imbricados en una relación asimétrica de clases, los compradores ofrecen salarios a cambio de trabajo y, los proletarios, que venden su fuerza de trabajo, reciben un pago por éste, a la vez que renuncian al valor excedente derivado de su labor que funge en beneficio de la clase capitalista.

1.1.2 Realismo histórico como una forma de hacer etnografía

Abrazando la propuesta de Narotzky y Smith (2010), mi investigación es una explicación histórica acerca de cómo un grupo de varones “se ganan la vida” entremezclando actividades, moviéndose de un lado para otro “con la esperanza de ganar un centavo más”. De cómo se emigra buscando mejores oportunidades, persiguiendo el trabajo, corriendo tras el capital, luchando por encontrar un medio de subsistencia, buscando cumplir con su rol de hombres, hijos, hermanos, esposos y padres dentro de una sociedad con exigencias particulares segregadas genéricamente; una sociedad en la que “la reproducción de la vida cotidiana depende de la producción de mercancías mediante un sistema de circulación de capital que tiene la búsqueda de beneficios como su objetivo directo y socialmente aceptado” (Harvey, 1985: 128).

Además, esta investigación es también la oportunidad de usar la etnografía como una herramienta para analizar procesos globales, y sus respuestas, de forma local³. En este caso, ver cómo se manifiesta el capitalismo fordista, cómo la Segunda Guerra Mundial cobra efectos y cómo aterriza tempranamente el Programa Bracero en un municipio al noroeste de Zacatecas. Inspirada en la propuesta de Narotzky y Smith (2010), apartándome de la etnografía cultural, me apoyo en la perspectiva del “realismo histórico”, entendida como un “modo de investigación y como compromiso político” (Narotzky & Smith, 2010:

³ Para Roseberry (2014), lo global solo puede captarse y analizarse a través de un estudio a nivel de lo local. El autor aboga por estudios históricos que capten procesos o eventos que se insertan dentro de redes más amplias. De manera que, “las redes mismas se configuran de manera única, social e históricamente, en lugares particulares y en momentos particulares. En esta visión, lo local es global, pero lo global solo puede comprenderse como siempre y necesariamente local” (Roseberry, 1998: 81, citado en Smith & Binford, 2014: 14).

18), el cual posiciona a la antropología no solo como una disciplina comprometida con mostrar la diversidad cultural, los distintos matices y la variedad de identidades, experiencias y prácticas, sino como una disciplina crítica y comprometida con el cambio político. Por ello, en esta tarea de emprender una investigación enmarcada como proyecto político, el uso del concepto de clase representa tanto una herramienta de análisis para dar cuenta tanto de las especificidades culturales y sociales de un contexto, como “un instrumento crucial en la transformación de las relaciones sociales desiguales” (Narotzky & Smith, 2010: 24).

Finalmente, esta investigación me permitirá ver los alcances de la categoría de clase en la conformación de un sujeto minero/bracero, analizando la conformación de este sujeto y sus espacios de reproducción, como son las minas. Las trayectorias de los entrevistados, con variadas experiencias de trabajo, evidencian que la realidad es compleja, que la clase no es una cuestión lineal, sino un proceso fragmentado, en el que se intersectan y combinan diferentes actividades, trabajos estacionales, períodos de siembra, momentos de desocupación; un proceso que, en definitiva, no puede ser reducido a un marco dicotómico de coerción y explotación. Entre los varones chalchihuitenses de los años 50, se observa cómo la minería y la agricultura fueron fundamentales en la conformación de la clase, pero a la vez, en un momento histórico de escasez de mano de obra en los campos agrícolas estadounidenses, estos mismos hombres fueron interpelados como braceros. Cabe resaltar que, tanto la minería como el trabajo agrícola, son actividades hipermasculinizadas, en las que se pone en juego la fuerza física, la resistencia, el disciplinamiento del cuerpo, todo ello, siendo absorbido por el capital.

1.2 El feminismo y los estudios de género

El feminismo de la “segunda ola” realiza una intervención revolucionaria durante los años sesentas y setentas, revitalizando el proyecto de liberación de las mujeres surgido desde el siglo XIX y cuestionando las desigualdades de género en sociedades capitalistas. De esta manera, delinea un marco para la reflexión y la acción política. Este nuevo feminismo denuncia la complicidad entre “un modelo de ser hombre”, “un modelo de hacer ciencia” (Nuñez, 2004: 14) y un modelo de acumulación capitalista (Connell, 2015). Así, en la

década de 1960, en el contexto de la Guerra de Vietnam y las luchas en contra de la discriminación racial en Estados Unidos, resurgen con fuerza movimientos sociales que, junto con el feminismo, critican las características esenciales de la modernidad capitalista como el sexismo, la heterosexualidad, el materialismo y el consumismo (Fraser, 2005).

El feminismo como proyecto intelectual y político, ha producido un corpus de investigación en torno a las “mujeres” y las feminidades que ha abierto paso también a los estudios de las masculinidades a partir de los años 1970’s (Coltrane, 1994). Íntimamente relacionados con la teoría feminista, los estudios de las masculinidades se desarrollan como una disciplina independiente influenciada por diferentes corrientes del feminismo, estructuralismo, humanismo y por la *teoría queer*. Connell (1998) reconoce que estamos en un período etnográfico de las masculinidades. No obstante, aunque en la academia anglosajona la literatura acerca de las masculinidades es un poco más vasta, en México apenas hace una década y media que comienzan a realizarse estudios de género que enfocan a los hombres y las masculinidades.

Por esta razón, en 2004, Guillermo Nuñez (2004) lanza una crítica al señalar que los hombres también han sido excluidos y dañados dentro del ámbito del conocimiento. Al evidenciar esto, nos invita a ver más allá de los estereotipos y los mitos del “macho arrollador”, para adentrarnos en las experiencias diversas de los hombres. En este sentido, la etnografía representa un medio privilegiado de acercarnos a los varones concretos y documentar la variabilidad de prácticas y formas de encarnar la masculinidad. Por lo tanto, el compromiso en este momento, es dar cuenta de los varones como sujetos de género, apartándonos de generalizaciones arbitrarias.

Para los fines de esta investigación, seguimos la propuesta de Connell (1997: 35), quien define al género como “un ordenamiento de la práctica social”. Esta práctica social es versátil, flexible, contradictoria y cambiante dependiendo de contextos específicos y situaciones históricas. El autor subraya que lo importante es el “proceso de configurar prácticas”, que nos orienta a ver a la masculinidad y a la femineidad como “proyectos de género” (Connell, 1997: 36). Al respecto, Connell (1997) enfatiza en el papel de instituciones como el Estado, la escuela y el trabajo, a las cuales considera nodales en la estructuración de prácticas y la regulación del género. En el caso particular del Estado, una institución androcéntrica que organiza las prácticas de género en torno al escenario

reproductivo (Connell, 1997), legitima la división sexual del trabajo y sienta las bases para que hombres y mujeres tengan un acceso desigual en términos de ciudadanía, a cargos de poder y prestigio, acceso a bienes materiales y simbólicos que reproducen la desigualdad misma.

1.2.1 Las investigaciones de género y las masculinidades

El feminismo contemporáneo apuntaló en las universidades y centros de investigación el campo de los estudios de género, donde son principalmente mujeres quienes toman la batuta para dilucidar el género en la academia y hacerlo visible a través de diferentes manifestaciones en el ámbito público. Al mostrar los dispositivos de la naturalización del género, salta a la luz la masculinidad, un tema, comparativamente, poco problematizado. De esta manera, se comienza a penetrar en un terreno poco explorado, avistando la especificidad de las diferentes masculinidades, las complejidades de la posición de los varones, las estructuras y las dinámicas que intervienen en su histórica conformación y reproducción.

En este trayecto, se sustituye masculinidad por masculinidades, advirtiendo que los hombres, no son un conjunto homogéneo. Se subraya que, si se pretende estudiar a los varones como sujetos de género, es necesario enfocar distintas dimensiones de la desigualdad. Como lo sugiere Connell, Hearn y Kimmel (2005), la generización de los varones solo sucede mediante la intersección de otras relaciones y modos de diferenciación social. De ahí que, en la actualidad, nuestra tarea sea la de investigar la intersección del género con otras desigualdades y jerarquías sociales que actúan en conjunto en la construcción de los hombres y las masculinidades. Asimismo, enfatizar la variabilidad de los hombres y las masculinidades a través del espacio y el tiempo, dando cuenta del cambio e historicidad, dentro de diferentes contextos y relaciones e incluso, en momentos específicos de su trayectoria de vida.

De acuerdo a Connell et al., (2005) los primeros análisis de las masculinidades se dan en el campo de la psicología a finales del siglo XIX, encabezados por Freud y Adler, quienes distanciándose de presupuestos biologicistas, apuntan que el carácter del adulto no es un producto que emana o descansa en el cuerpo, sino un constructo que se forja a través

de apegos emocionales hacia los otros. Posteriormente, a principios del siglo XX, aparece la injerencia de la antropología, representada por Bronislaw Malinowski y Margaret Mead, quienes a través de la implementación del trabajo de campo, subrayan las diferencias culturales, la trascendencia de las estructuras y las normas en la formación de sujetos de género.

Para mediados del siglo XX, las investigaciones de género maquilaron la idea de “roles sexuales”, razón por la cual la masculinidad se entendió como un rol o identidad, la internalización de las normas y valores de una cultura, un proceso en el que los agentes sociales como la familia, las instituciones y los medios de comunicación jugaban un rol fundamental en la formación de dichos papeles de género (Connell et al., 2005: 5). Pronto, la idea de “roles sexuales” recibió fuertes críticas todas encaminadas a delatar su arbitrariedad, su falta de adecuación y su visión acotada (Kimmel, 1987; Pleck & Sawyer, 1974; Fraser, 1997). A causa de esto, con el paso del tiempo, el concepto de “rol sexual masculino” fue perdiendo alcance explicativo, hasta ser desterrado por completo del campo de las ciencias sociales, lo que dio paso al surgimiento de un enfoque de construccionismo social (Kimmel, 1987).

Entretanto, durante los años setentas, surgen en los Estados Unidos los *Men's Studies*, un campo de estudio desencadenado a raíz de estas críticas y debates promovidos desde el feminismo (Connell et al., 2005). En el caso específico de México, el interés por el estudio de las masculinidades tanto en el ámbito académico como en diferentes plataformas públicas emerge durante los años noventa (Cazés, 1998; Gutmann, 2000; Huerta Rojas, 1996; Lerner, 1998; Nuñez Noriega, 1994). Actualmente, las investigaciones acerca de los hombres, las masculinidades y la posición de los hombres dentro de la jerarquía de géneros han dado un vuelco de envergadura mundial, con diferentes énfasis y perspectivas. En efecto, nuevos enfoques están desarrollándose en busca de un más logrado análisis de las masculinidades en diferentes contextos, abordando diferentes temas y problemáticas.

1.2.2 El enfoque de género en las investigaciones antropológicas

Pese a la fuerza con la que emerge el feminismo tanto en el ámbito académico como político durante los años setenta, sigue prevaleciendo la subestimación del género como

categoría analítica en las investigaciones antropológicas. Al mismo tiempo, la mayoría de los estudios con enfoque de género vinculan esta dimensión de la desigualdad social con el sujeto mujer, lo cual se manifiesta en una enorme cantidad de trabajos acerca de las mujeres y feminidades ligados a diferentes temas, que han relegado el estudio de los hombres y las masculinidades. Por añadidura, se piensa que la lucha por la igualdad de género y la justicia en este terreno competen solo a las mujeres. Abonando a este vacío lacerante en la producción de conocimiento, el concepto de clase en la investigación etnográfica yace en desuso, en tanto que actualmente los análisis y luchas feministas se empecinan en el reconocimiento y dejan de lado la cuestión de la redistribución (Fraser, 2015; Kalb, 2015).

¿Por qué pensar que solo las mujeres son portadoras de y configuradas como sujetos género? ¿No es acaso seguir asumiendo al varón como un universal, sinónimo de lo humano? En este sentido, comparto y me uno al reclamo de Verena Stolcke (2014), quien señala que cualquier rama de la antropología debería tomar en cuenta la importancia de cuestionar y analizar las diferencias entre hombres y mujeres desde un enfoque de género. Por ello, la relevancia de la “interseccionalidad”, un concepto que, fraguado en los años setenta, surge para captar las discriminaciones específicas resultantes de la articulación entre clase social, la raza y el género (Stolcke, 2014).

Como lo señala Ponce (2004), Amacháustegui y Szaz (2007), Nuñez (2004), Stolcke (1996, 2014) entre otros, los análisis con perspectiva de género y, específicamente, sobre masculinidades, son insuficientes, escasos, a menudo acusados de ser poco profundos. Lo mismo ocurre con las investigaciones etnográficas que combinan la antropología con los análisis de clase a través de una etnografía histórica (Mollona, 2015; Natozky, 2015). Aquí, la importancia de entrecruzar el género con la clase, yendo a contracorriente de los análisis culturalistas que priman en la actualidad. En este sentido, mi investigación se une a la tarea de investigar a los varones como sujetos de género, incrustando las masculinidades dentro de una estructura de relaciones de género en el marco de la sociedad capitalista. Como afirma Connell (1997), se requiere ubicar a las masculinidades y feminidades dentro del orden de género capitalista. Considerando que las masculinidades y las feminidades se construyen a la par, en tándem, es necesario poner atención a los hombres y las masculinidades como un punto de encuentro desde el cual se realicen críticas a las generalizaciones y estereotipos de las masculinidades, se evidencien

los artilugios y complicidad del Estado como institución masculina y se visibilicen las formas en que el capitalismo impacta, moldea y fragmenta la vida de hombres y mujeres de manera desigual.

1.2.3 Feminismo y marxismo

¿Cuál es el vínculo del feminismo y el marxismo? ¿Por qué es importante rescatar la unión entre feminismo y marxismo en un momento en el que se encuentran separados? ¿Cómo combinar las aportaciones de ambas vertientes teóricas-ético políticas en un análisis de las masculinidades? Feministas marxistas como Nancy Fraser (2015) denuncian la complicidad del feminismo con la tendencia hegemónica, señalando que el feminismo se ha amoldado a las corrientes culturalistas, por lo cual, se ha convertido en un “feminismo domesticado”, dado que ha roto los lazos con el marxismo y la economía política, dejando de lado la centralidad de la redistribución, para concentrarse en la lucha por el reconocimiento. Con el “giro cultural”, el feminismo de izquierda de la década de 1970, fue menguando, perdiendo fuerza, amoldándose al “espíritu de los tiempos” (Fraser, 2015: 189). Así, mientras en los años setenta el debate se centraba en la división sexual del trabajo y la violencia, para 1990, el marxismo y los objetivos materiales del feminismo desaparecen, hasta el punto que hoy en día, el género ha sido reducido a una identidad, una construcción cultural (Fraser, 2015).

Por su parte, al marxismo tradicional se le achacó el desatenderse de los asuntos de género, obviando las injusticias y jerarquización inter genéricas (Rubin, 1975). Por esta razón, a partir del concepto de clase como categoría central de marxismo, las feministas reclamaron la necesidad de dar cuenta de la opresión e injusticias que experimentan las mujeres dada su condición de género, particularidades que el concepto de clase no logra captar por sí solo. Interesado únicamente por el “problema de la mujer”, el marxismo ortodoxo no desarrolla un análisis de género y tampoco da cuenta de la subordinación de las mujeres, por lo que “se trata pues, de una teoría inadecuada de las relaciones de producción” (Young, 1992: 5). Fue precisamente esta ceguera, lo que condujo a feministas como Heidi Hartmann (1987) a proponer el sistema dual.

Para Hartmann (1987) la relación entre el marxismo y la teoría feminista de los años 60 y 70 no ha sido fructífera para estudiar la situación de las mujeres, por lo que, buscando

brindar solución a lo que considera una carencia teórica-analítica, propuso la teoría del “sistema dual”. En términos generales, su dilucidación plantea que el capitalismo y el patriarcado son dos sistemas distintos, ambos con la misma trascendencia, lo que de acuerdo a la autora, al tratarlos como esferas separadas, conduciría a una “unión más progresista”, “un matrimonio feliz”, que permitiría dar cuenta de la situación de la opresión y subordinación de la mujer en la sociedad capitalista de manera más certera. Sin embargo, como lo señala Young (1992) el marxismo feminista no puede conformarse con dos teorías diferentes -marxismo y feminismo- que postulan dos sistemas distintos: el capitalismo y el patriarcado. Es decir, pensar en la teoría dual es pensar que las relaciones patriarcales son un sistema distinto y separado de las relaciones de producción. A este respecto, Young (1992) subraya que no se puede restar peso material al patriarcado, enfatizando que las relaciones sociales patriarcales están imbricadas, se superponen e interactúan con las relaciones sociales del capitalismo. De manera que, “si el patriarcado y el capitalismo se manifiestan en estructuras económicas sociales idénticas, entonces pertenecen a un sistema, y no a dos” (Young, 1992: 3).

Por su parte, Fraser (2015) habla de la importancia de teorizar el sesgo sexista de la economía política y enfocar el androcentrismo del orden cultural, sin que sean absorbidos el uno por el otro. Por ello, su propuesta es la de estudiar el género como una categoría bidimensional, por un lado vinculada a la economía política que conlleva la redistribución, y, por el otro, la esfera cultural ligada al reconocimiento. Entendiendo al género como “una categoría compuesta de estatus y clase” (Fraser, 2015: 194), despliega su propuesta para estudiar y brindar solución a la injusticia de género que obliga tanto a cambiar la estructura económica, como la manera en que se determina el estatus. De tal manera, para Fraser (2015), erradicar la jerarquización y desigualdad de género exige una política de redistribución en conjunto con una política de reconocimiento.

El capitalismo es un sistema que históricamente ha ido moldeando la división sexual del trabajo, subordinando a las mujeres, dotando a los hombres de ciertos privilegios y estatus, produciendo una acumulación de capital segregada por género. Como lo plantea Young (1992: 15) “el capitalismo no usa o se adapta a la jerarquía de géneros, [...] desde su inicio se fundó en la jerarquía de géneros que definió a los hombres como primarios y las mujeres como secundarias”. Similarmente, Perry Anderson (1981) apunta que la

característica esencial del modo de producción capitalista, es el acceso diferencial a los medios de producción entre hombres y mujeres, que los coloca en posiciones distintas. En el capitalismo, las mujeres han sido históricamente las figuras representativas del ejército industrial de reserva, una mano de obra secundaria (Young, 1992) que ha obtenido menor remuneración y reconocimiento por su trabajo.

Entender y analizar la forma en que se experimenta la clase, implica indagar en asuntos de género. Si bien la clase es fundamental para entender las desigualdades sociales, también es importante subrayar que éstas no se pueden estudiar sin tomar en cuenta el género, dado que las relaciones de género y las políticas de género, son un eje central de la estructura social que organizan nuestro devenir como colectivo (Connell, 1997). Brindando solución a la ceguera marxista en torno al género, se pueden enfocar las relaciones de género, dar cuenta de la situación tanto de hombres como de mujeres, de manera crítica y con mayor profundidad. Un análisis de la estructura de género nos permite ver cómo se estructura el sistema de manera diferenciada a partir del género, de manera global y en contextos específicos.

Feminismo y marxismo, ¿cómo estudiar las masculinidades? Desde el feminismo marxista, Raewyn Connell, brinda aportes importantes a la teoría de género. Siendo uno de los primeros en teorizar las masculinidades (Connell, 1987, 1997), propone ver el género como “una estructura de práctica social” (Connell, 1997: 35) que puede ser estudiada a partir de varias subestructuras –“relaciones de poder, relaciones de producción, cathexis, simbolismo”– las cuales en el plano real interactúan y se entremezclan con otras estructurales sociales. Siguiendo la perspectiva gramsciana, Connell habla de la existencia de un orden de género que es hegemónico, global, histórico y, por ende, susceptible de cambio, del cual se derivan regímenes de género, los cuales se engendran en contextos particulares, en instituciones y organizaciones como pueden ser las minas, fábricas, escuelas, la milicia, clubes deportivos. Los patrones locales resultantes de los regímenes de género, son impactados por las fuerzas globales de la sociedad y generalmente están en consonancia con el orden de género, aunque puede haber variaciones.

La crítica que hace Connell (1987) a la mayoría de las teorías de género es que casi todas se enfocan a nivel del sujeto y sus relaciones, o en la sociedad por completo. Esta polarización deja un vacío en la esfera intermedia, es decir, se olvida de la organización

social. Por ello, Connell (1987, 1997) en su teorización de las masculinidades, explica la manera en que nuestras vidas están constreñidas por el género, lo cual se plasma en las instituciones, sitios donde se gestan regímenes de género específicos. Por esta razón, destaca la importancia de analizar la forma en que las políticas sexuales están enraizadas en las instituciones (que van desde el mercado, las escuelas, la familia, los grupos de pares, el Estado), la interacción entre éstas y su conexión con un orden mayor que las sustenta.

Las escuelas, son un ejemplo de un espacio donde se gesta un régimen de género particular que produce patrones hegemónicos de feminidad y masculinidad, contextos donde ciertas prácticas de género se privilegian, en tanto otras ocupan un lugar subalterno. En este caso, la masculinidad violenta heterosexual, sería la más usual, la cual se encumbra por encima de otras (Connell, 1987). En las escuelas se da una división sexual del trabajo, algunas actividades o deportes se promueven como “más aptos” para las mujeres, en tanto otros se consideran “propios” de los hombres. Existen además códigos de comportamiento y valores segregados por género. Lo mismo ocurre en el contexto familiar, en el trabajo, las calles, el Estado⁴. Este último está fuertemente implicado en cuestiones de política sexual y relaciones de género.

Para Connell (1987), el Estado no solo promueve y garantiza un orden social, sino que es un agente activo en la formación de una colectividad histórica específica, una colectividad que debe ser definida por medio de la clase y el género. “El Estado institucionaliza la masculinidad hegemónica y gasta mucha energía en controlarla” (Connell, 1987: 128). Así, a la par que surge el Estado moderno y asciende el capitalismo, se establece una forma hegemónica de masculinidad que se fundamenta en las dinámicas de clase impuestas por el liberalismo. Esto lo trato con mayor profundidad en el capítulo dos de esta tesis, en la sección 2.2.1 titulada “Nacionalismo y masculinidad hegemónica”.

⁴ El Estado tiene el poder de nombrar, clasificar, sancionar, y dichas categorizaciones expresan relaciones de poder, relaciones sociales, materiales, económicas, políticas (Roseberry, 1994). Aludiendo a la manera en que el Estado clama poder a través de sus leyes, registros e instituciones, “las clasificaciones sociales fundamentales, como la edad y el género, están insertas en las leyes, imbuidas en instituciones, rutinizadas en procedimientos administrativos y simbolizadas en los rituales del estado [...] esto tiene enormes consecuencias de acumulación y culturales, consecuencias en la forma en que la gente se identifica...a sí mismas y su lugar en el mundo”(Corrigan & Sayer, citados en Roseberry 1994: 363). En esta dirección, Connell (1987, 1997) destaca el papel del Estado como una institución androcéntrica desde donde se estructura, se instaura y legitima una manera de organización genérica que asegura la subordinación de las mujeres.

Como una esfera de organización mayor, el orden de género puede ser entendido de manera dinámica como “el estado actual de la macropolítica”, es decir, las tensiones de intereses a nivel sociedad a escala global, lo que regula y determina las relaciones entre instituciones (Connell, 1987: 139). Este orden de género se plasma en el Estado, en las empresas, en las relaciones internacionales, el mercado internacional y el mercado global. El orden mundial de género interconecta los regímenes de género y las instituciones, a la vez que vincula a los órdenes de género en sociedades locales, en una escala mundial (Connell, 2002); es de esta forma que se construye e hila lo que Connell (1987) denomina una “macropolítica de género”. El orden y los regímenes de género están directamente vinculados con el momento actual del capitalismo, con la generación y disputa de una hegemonía en torno a la sexualidad y las políticas que la regulan. En las sociedades capitalistas occidentales, las relaciones de género se enraízan en un poder patriarcal que va desde el plano individual hasta el institucional, de modo que las masculinidades y feminidades se gestan a partir de la premisa fundamental de la subordinación de las mujeres (Connell, 1987).

Connell explica la existencia de versiones de masculinidad y femineidad que ordenan la sociedad, pero es importante notar que Connell habla solo de “masculinidad hegemónica”, refiriéndose al hecho estructural de “la dominación global de los hombres sobre las mujeres” (Connell, 1987: 183). Raewyn Connell, es uno de los primeros en hacer uso del concepto de masculinidad hegemónica⁵, quien interesado en mostrar la multiplicidad de masculinidades, las complejidades y contradicciones que atañen a éstas, apoyándose en el concepto de hegemonía expuesto por Antonio Gramsci⁶, propone el término de masculinidad hegemónica para estudiar el orden de género, así como las

⁵ Junto con Connell, el concepto de masculinidad hegemónica empieza a ser utilizado en los años noventa por investigadores ingleses como Michael Kauffman y Michael Kimmel, quienes realizan análisis las relaciones de poder entre las masculinidades, así como de las experiencias contradictorias del poder en los hombres.

⁶ Antonio Gramsci (1891-1937), líder del Partido Comunista Italiano (PCI), es un teórico y analista de la hegemonía, es decir, de la manera en que el capitalismo se produce y reproduce, o sea, de la manera en que se formula y consolida un proyecto de clase. Simultáneamente, su proyecto plantea la posibilidad de una hegemonía no capitalista, en el que se erradique la explotación. El proyecto de Gramsci abre la posibilidad de una cultura proletaria capaz de hacerse de su propia historia, con capacidad de organizar y dirigir la vida social. De esta manera, aboga por una reforma civilizatoria de la sociedad donde prime la igualdad y donde las diferencias y la violencia de clase y género instauradas por el Liberalismo desaparezan. Así, Gramsci apuesta por una hegemonía comunista para liberar a los subalternos. Entre otras cosas, su trabajo permite entender cómo una minoría puede dominar a la mayoría, de cómo se gesta el dominio de clase. Puesto que la hegemonía es siempre en términos de clase, todos aquellos que no toman la clase como herramienta básica de análisis, quedan fuera de un análisis gramsciano.

relaciones de poder entre las masculinidades. A partir de la dilucidación de Connell (1987), el término cobra auge en diferentes áreas del campo académico, y con ello, surgen investigaciones que se apropian del término de formas variadas, la mayoría de ellas desprovistas del enfoque marxista del que se origina.

Derivado del postulado gramsciano, el concepto de masculinidad hegemónica debe ser entendido bajo la esencia de lo que Gramsci entiende como hegemonía⁷. En términos de Gramsci, hegemonía es la ascendencia de un grupo sobre otro, el cual subordina y establece los términos que definen una concepción del mundo. En palabras de Fontana (1993), relejendo a Gramsci:

Hegemonía es la formulación y elaboración de una concepción del mundo que ha sido transformado en el ensamblaje de ideas y creencias aceptadas y “normales” que interpretan y definen el mundo. Tal proceso es inmediatamente político, por lo que tal transformación no puede lograrse sin ver a la gente como una fuerza social. Hegemonía es por lo tanto, en un sentido muy real y concreto, el momento de la filosofía como política, y el momento de la política como filosofía (Fontana, 1993: 20-21, mi traducción).

Como una visión y orden del mundo legítimamente aceptada, una fusión ético política que también es económica (Anderson, 1981) que se gesta entre el consenso y la coerción en la que participan la sociedad civil y el Estado, esta ascendencia hegemónica de los hombres sobre las mujeres, otorga beneficios a la mayoría de los hombres. Cabe señalar que la hegemonía nunca es total y siempre está abierta al cambio.

De acuerdo a Roseberry (1994) la hegemonía entremezcla consenso y coerción, en contextos de dominación. Remarcando la hegemonía como un concepto material y político,

⁷ En la actualidad, el concepto de hegemonía se ha vuelto de uso común, siendo usado de múltiples y variadas formas desde los años setentas (Anderson, 1991), tantas veces malinterpretado, distorsionado, diluido en corrientes reduccionistas que menguan e invisibilizan la envergadura del proyecto de emancipación gramsciano. Hegemonía es un término usado por las corrientes culturalistas que priman en la actualidad, el cual se ha vuelto de uso recurrente en distintas disciplinas y discursos políticos. En lo que corresponde a la antropología, como lo plantea Crehan (2002: 186), el Gramsci que se cita recurrentemente dentro de la disciplina es un Gramsci “insustancial”, producto de “interpretaciones secundarias” de quienes no han leído directamente a Gramsci, en tanto la hegemonía de Gramsci yace fosilizado, reducida a una noción idealista, donde la materialidad del poder y el análisis de clase aparece completamente desdibujada (Fontana, 1993). Lo mismo sucede con el concepto de masculinidad hegemónica, el cual en los últimos años se cita de manera recurrente en las investigaciones sobre masculinidades, muchas veces equiparado o usado como sinónimo de dominación masculina o masculinidad dominante, desprovisto de su potencial marxista y de su enfoque de clase como categoría analítica clave.

Roseberry (1994: 358) insiste en ver la complejidad y heterogeneidad de los procesos que abarca el concepto, al cual describe como “problemático”, puesto que alude a un “proceso político de lucha y dominación”. Las relaciones entre lo dominante y los dominados, los dirigentes y los subalternos, los hombres y las mujeres, son complejas y variadas. Y con referencia a las clases dominadas y las clases subalternas, aclara que la “unidad histórica de las clases dominantes” que nombra Gramsci (1986), surge de la relación entre la sociedad política (Estado) y la sociedad civil. Así, aunque el papel del Estado es fundamental, no es solo éste el que articula dicha unidad. El Estado requiere de un bloque unificado para gobernar y controlar. Siguiendo a Roseberry (1994), es importante remarcar, que dicho control de las clases dominantes sobre los subalternos no es solo en términos políticos y jurídicos, sino también abarca la esfera moral y cultural. De esta manera, el grupo dirigente se encarga de dismantelar fuerzas contrarias a los intereses dominantes y convierte su historia en la historia de las clases subalternas⁸ (Gramsci, 1986).

En la teoría gramsciana, el concepto de clase es fundamental, puesto que la hegemonía “es una hegemonía de clase; es la hegemonía de las clases dominantes” (Ruccio, 2009: 153, mi traducción). Para diferenciarlo de otros usos y aplicaciones, de otros conceptos y categorías, es fundamental retomar la explicación de Ruccio (2009), quien apegándose a los *Cuadernos de la Cárcel* de Gramsci (1986), define la hegemonía como “el dominio dentro de una sociedad de una estructura de clase particular, una configuración específica de relaciones de clases y luchas capitalistas” (Ruccio, 2009: 53). Entendiendo en términos de Ruccio (2009) que la hegemonía es una hegemonía de clase, ello presupone ver no solo las formas en las que ésta se produce y se ejerce, sino que implica también enfocar a aquellos sobre los que se ejerce.

⁸ De acuerdo a Gramsci “la historia de los grupos subalternos es necesariamente disgregada y episódica. Es indudable que en la actividad histórica de estos grupos existe la tendencia hacia la unificación, si bien según planes provisionales, pero esta tendencia es continuamente rota por la iniciativa de los grupos dominantes” (Gramsci, 1986: 178, Q25 §2). Por lo tanto, aunque puede haber resistencias y los grupos subalternos se encuentran en un estado continuo de defensa, no se puede hablar de una fuerza contrahegemónica. Lo único que puede suceder, como lo explica Gramsci, es que una sublevación derrumbe la hegemonía y se la apropie, lo cual no sería una contrahegemonía, sino una nueva hegemonía. Sin embargo, reconoce que los medios de defensa de los subalternos son forzados, limitados, carentes de organización y se dan en los términos de los grupos dominantes, por lo que no se puede hablar tampoco de autonomía política⁸. Con relación a esto, Gramsci (1986, Q 25 §4) se refiere a la manera en que los grupos subalternos representan la alteridad al ser (convertidos) normalmente de otra raza, especie. Así por ejemplo, habla de la situación de las mujeres en la historia romana, como similar a la de los grupos subalternos, aunque aclara que el “machismo” no puede tomarse como un dominio de clase, sino más bien sugiere volcarnos hacia la historia de las costumbres.

Hegemonía es entonces la forma en que se reproducen las relaciones de clase y se ocultan las contradicciones, la manera en que se vive el poder en contextos y tiempos históricos particulares. La hegemonía en términos marxistas, se refiere al rol de la élite cultural para asegurar y perpetuar la dominación. Bajo esta perspectiva, la masculinidad hegemónica, es definida por Connell (1997: 39) como “la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”. Fungiendo como referente estructural de las relaciones en toda la sociedad, el modelo hegemónico cimenta las bases para las relaciones no solo de hombres y mujeres, sino también de los hombres con otros hombres.

Fundamentalmente, la propuesta distingue entre masculinidad hegemónica y “masculinidades subalternas”, mientras que define en términos de “complicidad” (Connell, 1997) al dividendo patriarcal del cual se benefician los hombres de diferentes maneras. La masculinidad hegemónica es normativa y los hombres se miden a partir de ésta. Esta hegemonía no solo se vale de la violencia y la dominación, sino que está fuertemente enraizada en la cultura, las instituciones, las organizaciones, generando consenso y persuasión. La masculinidad hegemónica es histórica y está abierta al cambio, así como la jerarquía intergenérica lo está. Es decir, es un modelo que delinea las relaciones de género el cual se plasma y reafirma en las prácticas cotidianas. Un patrón que es sede de luchas y tensiones, pero que finalmente estabiliza el poder patriarcal.

De particular importancia para esta investigación, son las “masculinidades de protesta”, un término que Connell (2000) usa para referirse a las masculinidades de grupos subalternos, configuraciones de prácticas que se producen en contextos de dominación. Para precisarlo mejor, la masculinidad de protesta se refiere a aquellas resistencias de los subalternos frente a una masculinidad hegemónica que los oprime, al mismo tiempo que determina márgenes de comportamiento y acción. Dichas configuraciones pueden ser definidas como:

Un patrón de masculinidad construida en espacios locales de clases trabajadoras, a veces entre grupos de hombres étnicamente marginados, que encarnan el reclamo de poder típico a las masculinidades hegemónicas regionales en los países occidentales, pero que carecen de los recursos económicos y la autoridad

institucional que respaldan los patrones regionales y globales” (Connell, 2005: 847-848, mi traducción).

Es importante comprender que las masculinidades hegemónicas regionales y locales, se constituyen en relación con procesos globales. En esta dirección, Kimmel (2005) señala que en sintonía con la masculinidad hegemónica global, surgen masculinidades de protesta regionales y globales (Al Qaeda en el Medio Oriente). Las masculinidades de protesta no representan una amenaza para la hegemonía, sino que por el contrario, éstas son incorporadas y trabajan en complicidad con la hegemonía, de manera que contribuyen para que ésta se afiance y siga funcionando. La hegemonía se encarga de desarticular alternativas y posibilidades de rebelión, obstaculizando cualquier medio por el cual otras masculinidades puedan emanciparse y obtener ascendencia cultural. Es así que contrario a ser negadas abiertamente, éstas se mueven entre la incorporación y la opresión, la tolerancia y el rechazo, la violencia y la celebración, el consenso y la coerción.

Las masculinidades de protesta son un reflejo de las tensiones que atraviesan las posiciones de clase, selladas además por un sesgo étnico-racial. De tal forma, las masculinidades de protesta son un tipo de masculinidad marginal, desprovista de privilegios y recursos, que busca obtener reconocimiento y respeto a través de la exaltación de la fuerza física, la hipersexualidad, los comportamientos de riesgo y la violencia. En este caso, si lo que se busca en una investigación es estudiar las masculinidades de la clase trabajadora, tal como lo sugiere Connell (1997), la manera apropiada de acercarnos a éstas es centrándonos en la clase y sus políticas de género.

Cabe señalar el papel activo de las mujeres en la construcción y la reproducción de las masculinidades, así como la interacción histórica entre la conformación de masculinidades y feminidades, que cambian y se ajustan en concordancia al momento histórico y la fase de acumulación capitalista. La hegemonía se edifica en relación con las mujeres y las masculinidades subordinadas (Connell, 1987). Así por ejemplo, Connell (1987) habla de “feminidad enfatizada” para referirse a aquella feminidad que actúa en complicidad con la masculinidad hegemónica, la cual ocupa un lugar subalterno dentro del orden de género patriarcal. Connell (1987) aclara que dadas las asimetrías de clase y género, no se puede hablar de una feminidad hegemónica, como lo proponen autoras como Schippers (2007), quien las entiende solo como un ideal de feminidad, que puede ser

comparable con un patrón ideal de masculinidad. Por su parte, Howson (2006) achaca a Connell olvidarse de teorizar otro tipo de feminidades, por lo que él desarrolla un esquema en el que añade además de la “feminidad enfatizada”, “feminidades ambivalentes” y “feminidades de protesta”, que al final, todas se insertan en la subordinación, la complicidad y la alianza, es decir, son subsumidas y funcionan para la hegemonía.

1.2.4 Hombre proveedor versus mujer de hogar. El Estado de Bienestar y la implantación del “salario familiar”

“El desarrollo capitalista da lugar a una jerarquía de trabajadores, pero las categorías marxistas tradicionales no pueden decirnos quién ocupará cada puesto. Son las jerarquías raciales y de género las que determinan quiénes ocupan los puestos vacantes”
(Hartmann, 1987: 14).

En el contexto del fordismo o Estado de Bienestar, resalta la institucionalización del “salario familiar” como un eje nodal que modela las relaciones de género (Fraser, 2005). Este modelo se fragua bajo la idea de una familia nuclear, con un varón como jefe de familia, sobre quien recae la responsabilidad de la manutención de la esposa e hijos, en tanto que, simultáneamente, en contraposición, se instituye el prototipo de la “mujer doméstica”⁹, responsable del cuidado y crianza de los hijos y el esposo. En lo que concierne a México, dicho modelo es regulado y vigilado por el Estado, plasmándose con claridad en el Código Civil del 1932 donde se define al hombre como responsable de la manutención del hogar y se designa a la mujer como la ama de casa; además, se establece que las mujeres solo pueden trabajar bajo el consentimiento de sus maridos (López, 2007). Como

⁹ Rosa Cobo (2015) apunta que desde la Ilustración, en el siglo XVIII, se genera una clasificación que define a los varones como seres racionales y como sujetos políticos, mientras que las mujeres son definidas como seres irracionales, apolíticos. La mujer dentro de la modernidad se constituye en un “deber ser” vinculado a la maternidad, el trabajo doméstico, el cuidado hacia los otros, el sentimentalismo.

Es importante recalcar que a partir de la Ilustración y bajo la premisa de que la razón era lo único que podía guiar y controlar la vida, se construye al varón como sujeto universal y se le da la potestad de hablar y significar a otros (mujeres, niños, ancianos). En este contexto histórico, se fragua la distinción entre naturaleza y cultura característica de las tradiciones del conocimiento científico del racionalismo ilustrado, que sigue influenciando la teoría social estructuralista y post-estructuralista. Cabe señalar las conexiones entre masculinidad, razón y conocimiento, como tampoco está de más recalcar que la masculinidad hegemónica es blanca y europea. En este sentido, las mujeres fueron concebidas como seres con mayor cercanía a la naturaleza y por ende, desposeídas de la facultad de pensar por sí mismas, especuladas como seres menos racionales.

deber femenino, el cuidado de la familia se consagra como la principal tarea de las mujeres, mientras que el trabajo asalariado para ellas se coloca en segundo plano, como algo complementario, poco deseable, que incluso pone en entredicho su calidad moral (Porter, 2006) .

La institución del salario familiar y del trabajador asalariado, congrega las nacientes clases medias, y a la vez, crea la ilusión de igualdad entre varones de clase obrera que oculta las relaciones subordinación y la dependencia (Amorós, 2008). Así, para finales del siglo XIX y principios del siglo XX el salario familiar se consolida como “la norma de las familias estables de clase obrera durante este período histórico” (Amorós, 2008: 39). El patrón del salario familiar estuvo presente en la mayoría de los Estados de Bienestar de la fase industrial, caracterizado por poner en marcha programas de seguridad en los que el Estado se encargaba de proteger al trabajador en situaciones de enfermedad, accidentes, desempleo y jubilación; en algunos países, el cobijo del Estado abarcó además programas para apoyar a mujeres dedicadas exclusivamente al trabajo doméstico y a otras poblaciones en condiciones de extrema precariedad (Fraser, 2005). Como lo señala Brachet-Márquez (2004), en los países latinoamericanos como México, con una historia sellada por el colonialismo, atrasados en su incorporación en el mercado internacional, los Estados de Bienestar que se desplegaron en el contexto de la posguerra, tomaron rumbos distintos y tuvieron un alcance menor en comparación con Europa occidental y los países anglosajones. Aun así, no se puede desestimar su trayectoria y alcances considerando que:

Los regímenes de bienestar son arreglos entre la esfera económica, el Estado y la esfera doméstica, que tienden a institucionalizar cómo se produce y distribuye el bienestar social, entonces no hay ninguna razón para suponer que los únicos arreglos institucionales posibles sean los que han predominado en las grandes economías (Barba, 2004: 17).

En México, se observa cómo funciona el Estado de Bienestar de forma parcial y limitada, a través de la puesta en marcha de programas de seguridad y servicios sociales, los cuales se incrementan durante los años cuarenta y perduran hasta principios de los ochenta (Barba 2004; Gordon 1999). Durante este período, con la implementación del modelo económico de industrialización vía sustitución de importaciones (ISI), “se produjo la articulación del orden sociopolítico autoritario y corporativo con la tentativa de industrialización orientada

al mercado interno (Barba, 2004: 27-28). De esta manera, a partir de los años cuarenta, México apuesta por un modelo económico que pretende impulsar la industria y proteger el mercado interno, imponiendo restricciones a las importaciones, sustituyéndolas por bienes producidos localmente (Guillén, 2013). Es dentro de este modelo que se despliega un mercado de trabajo basado en el *breadwinner system* (Barba, 2004: 28), esto es, el paradigma de la familia nuclear cuyo único proveedor es el hombre. Por lo tanto, el patrón del “salario familiar” se produce dentro de un pacto de “modernidad masculina” y “masculinidad moderna” (Cohen, 2005) promovido por el Estado, que institucionaliza el modelo del “hombre proveedor”, a la vez que se pondera al hombre como el “ciudadano típico ideal, como un trabajador varón perteneciente a la mayoría étnica: un proveedor y un hombre de familia” (Fraser, 2005: 247).

Hombre proveedor- mujer de hogar, hombre independiente-mujer dependiente. En el contexto del Estado Bienestar, las mujeres se constituyen como la contraparte de la independencia. El trabajo asalariado se significa como independencia, y el varón, amparado por el Estado, se pondera como su representante legítimo. Bajo esta lógica, los varones son dueños de su persona y de su fuerza de trabajo, mientras que las mujeres, convertidas en seres dependientes, no son dueñas de su persona y quedan bajo el resguardo y protección del varón (Amorós, 2008). Se produce entonces un pacto entre el capital y el trabajo, entre la clase obrera masculina y el capital.

Fraser (2005) realiza una genealogía de la manera en que se ha usado el término dependencia dando cuenta de la forma en que se producen giros discursivos en torno al concepto, dependiendo en la fase histórica en la que se le ubique. En su dilucidación, la autora destaca tres momentos históricos: la era preindustrial, la industrial y la posindustrial. En lo que corresponde a la fase industrial, la autora observa que el término se resignifica, tomando un sesgo racial y sexista. Durante este período, las mujeres, los indigentes, los nativos y los descendientes de esclavos permanecen excluidos de derechos políticos y civiles (Fraser, 2005). En lo que concierne a la mujer, ésta se erige como un ser “dependiente”¹⁰ del salario del varón y recibirá el apoyo, compensaciones y cobijo que el

¹⁰Fraser (2005) muestra cómo durante la fase preindustrial, dependencia no se vinculaba con una característica individual, sino con un tipo de relación social de subordinación. Es decir, la mayoría de las personas en su condición de siervos y esclavos, tanto hombres como mujeres y niños, eran considerados como sujetos dependientes en consideración a que tenían que trabajar para obtener el sustento diario. Por otro lado,

Estado brinda al varón trabajador como “derechos directos”, producto de su relación con el cabeza de familia (Villota, 2004). De modo que, mientras que en la era pre industrial niños y mujeres participaban activamente en el trabajo, en la fase industrial, los niños y las mujeres quedan fuera del trabajo asalariado y pasar a ser seres dependientes, vulnerados, o trabajadores de segunda categoría (Cobo, 2006).

Celia Amorós (2005, 2008) explica la manera en que el capitalismo, regido por una lógica patriarcal¹¹, bajo el modelo del salario familiar, coloca a hombres y mujeres en posiciones diferentes. Así, los trabajos mejor pagados, los de tiempo completo, los puestos más altos, los derechos laborales y las prestaciones, van para los hombres, mientras que para las mujeres, definidas como ejército de reserva (Young, 1992), les corresponden los trabajos precarios, irregulares, peor pagados, inestables, sin garantías. Por tal razón, Amorós (2008: 39) define a la institución del salario familiar como “un pacto patriarcal interclasista”. A este respecto, explica que las relaciones patriarcales son jerárquicas, es decir, si bien los varones pueden pertenecer a diferentes clases sociales, en conjunto, como colectivo, mantienen una posición de dominio y control sobre las mujeres¹². Además, apunta que el patriarcado se sostiene y afianza a través de varios pactos¹³. Esto es lo que Connell (1997) denomina la complicidad entre varones, quienes respaldados por las instituciones, obtienen beneficios del dividendo patriarcal, y en conjunto, pactan para

durante la fase posindustrial, aunque las mujeres y otras poblaciones que eran infantilizadas obtienen derechos civiles y políticos, la noción de dependencia continua aún feminizada y racializada, el binomio proveedor-cuidadora se rompen, el modelo del varón proveedor y el salario familiar dejan de ser hegemónicos. En la fase posindustrial se exalta la idea de que todos deben ser independientes y trabajar, se incrimina a los sujetos dependientes y la pobreza se plantea como una disposición moral o cultural.

¹¹ Hartmann (citado en Amorós 2005: 114) entiende al patriarcado como “un conjunto de relaciones sociales entre los hombres que tienen una base material y que, si bien son jerárquicas, establecen o crean una interdependencia y solidaridad entre los hombres que les permite dominar a las mujeres”.

¹² Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco* (1969) se refiere a la alianza entre hombres para intercambiar mujeres, la cual se constituye como un grupo juramentado en condiciones de igualdad. Celia Amorós (2005) define las condiciones en las que se fundamenta dicha fraternidad: “eres mi par porque por tu palabra me has dado poder sobre ti en la medida en que yo te lo he dado sobre mí por la mía y un tercer cofrade ha sellado nuestro pacto garantizándonos a cada cual nuestra palabra contra el otro y contra sí mismo- por ello el anverso de la fraternidad es el Terror- so pena de expulsión del grupo, o de liquidación física” (Amorós, 2007: 96). Ese compromiso entre hombres, y ese miedo a ser liquidados y expulsados del grupo, es lo que rige la vida de los varones (Badinter, 1992; Kaufman, 1997; Kimmel, 1997). Por ello, la demostración y reafirmación de la masculinidad se enfoca primordialmente en la aceptación de otros hombres.

¹³ Volcándose a la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, y apoyándose en la lectura que Sartre hace de ésta, Amorós (2005) señala que es importante adentrarse en las relaciones no solo de amos versus esclavos, sino indagar en los pactos entre amos como conjunto, y entre esclavos como conjunto. Es decir, en lo que corresponde al género, ver cómo el pacto entre varones es “la clave de su poder [...] en tanto que, a través de pactos interclasistas e incluso interrastas que traman, se constituyen recíprocamente en pares juramentados con respecto al conjunto de mujeres” (Amorós, 2005: 91).

colocar a las mujeres en el “lugar que les corresponde”, asegurando que éstas les sigan proporcionando cuidados y servicios en el hogar.

Es a través de este pacto patriarcal que durante la vigencia del Estado de Bienestar, la dignidad y la masculinidad de la clase trabajadora se cimentan en el trabajo y en su capacidad para proveer. Patronos y obreros, en conjunción con los sindicatos, apoyaban la idea de que las mujeres se quedaran en su casa (Amorós, 2008; Gauss, 2009; Porter, 2006). Como lo explica Amorós (2005), en lugar de luchar en conjunto como clase por la paridad de salarios entre hombres y mujeres, los hombres se avocaron a defender sus privilegios apoyando el ideal del “salario familiar” que les permitía mantener el control sobre las mujeres. De esta manera, se consolida el salario familiar como fundamento de las relaciones sociales de corte patriarcal, fragmentando a hombres y mujeres, desmoronando alguna posibilidad de que la clase obrera se unificara para rebelarse contra el capitalismo. Tal como lo explica Hartmann:

Las relaciones patriarcales dividieron a la clase obrera, permitiendo que una parte (los hombres) fuera comprada a expensas de la otra (las mujeres). Tanto la jerarquía como la solidaridad entre hombres fueron fundamentales en este proceso. El “salario familiar” puede ser interpretado como una solución en torno a la fuerza de trabajo femenina que se produjo entre los intereses patriarcales y capitalistas de aquella época (Hartmann, 1987: 17).

Apoyando por el androcentrismo del Estado, las políticas sexistas implícitas en el modelo del “salario familiar”, marcaron diferencias importantes en términos de oportunidades, condiciones de empleo, montos de salario y prestaciones laborales. Mediante una división sexual del trabajo, este modelo basado en la centralidad del trabajo asalariado masculinizado, invisibilizaba el valor del trabajo de reproducción y cuidados no remunerado, normalizando las jerarquías y desigualdades de género. Como lo apunta Nancy Fraser (2005), fueron las feministas socialistas quienes se encargaron de dar cuenta de la manera en que se producen las injusticias de género dentro de un pacto estructural sellado por el Estado y el capitalismo, que legitima la subordinación de las mujeres. Además, mostraron que el salario familiar “era el punto en el que convergían la mala distribución, la falta de reconocimiento y la falta de representación” (Fraser, 2005: 250).

Durante los años de 1950 y 1960, período en que estuvo vigente el Programa Bracero, que es el tiempo histórico en el que contextualizo esta tesis, el ideal del salario familiar fungía como prototipo de las relaciones de género. De acuerdo a López (2007), en lo que concierne a los papeles de género durante la década de los cuarenta y cincuenta en México, se observa de forma clara la intervención del Estado en la construcción del ideal de familia, que va marcando una separación tajante entre lo público y lo privado, confinando a las mujeres a los trabajos de cuidado y de reproducción¹⁴. Dicha segregación se amparaba en un discurso de modernización nacional que idealizaba el papel de la mujer como madre y ama de casa, como educadora y responsable de engendrar buenos trabajadores y ciudadanos (Amorós, 2005). Se populariza entonces un ideal de ser mujer cuyo destino es ser madre, ocuparse del hogar y del cuidado del esposo e hijos. Entre las estrategias usadas en México para apuntalar la separación de espacios y trabajos, cuyo impacto se cristalizó tanto en la esfera pública como privada, López (2007: 87) señala las campañas de vacunación enfocadas en los infantes, el desmoronamiento de las ideas en torno a la “economía doméstica”¹⁵, así como la exaltación de modelos de feminidad que incitaban al consumismo.

En la consolidación de la diada “hombre proveedor – mujer de hogar”, además del Estado, se unieron otras instancias como el radio, el cine, la televisión, la escuela, los medios impresos, la iglesia, que colaboraron activamente para afianzar el ideal de familia nuclear, exacerbando la división sexual del trabajo, promoviendo un ideal de “ser mujer” y un ideal de “ser hombre”, que nunca estuvieron exentos de pugnas y tensiones. De esta manera, conforme el proceso de modernización en México avanzaba, se gestaban ajustes en la vida familiar y en la organización social que intentaban dejar a las mujeres fuera del

¹⁴ En la modernidad, ancladas a un modelo heterosexual, las mujeres son construidas como seres sexuales en atención a su capacidad de procreación (Cobo, 2015). A partir de esto, se construye un universo simbólico que determina la reproducción como un mandato femenino asociado a la naturaleza, los sentimientos, la sexualidad como pertenecientes al ámbito doméstico y privado, en contraposición a la razón y la cultura, prerrogativas masculinas relacionadas con la esfera pública y política. Y sobre estos supuestos, se edifica una división sexual del trabajo.

¹⁵ Anne Staples (1994) da cuenta de la forma en que el modelo de unidad doméstica familiar va siendo suplantado por un patrón de “separación de los espacios institucionales”. Sin descartar la persistencia del grupo doméstico y el taller familiar, Staples (1994: 28) sugiere que en el México de la década de los treinta se va consolidando “una separación cada vez más marcada y especializada de los espacios institucionales provocando que los lugares y ámbitos de trabajo gradualmente dejen de ser los mismos que los de la vida hogareña”. Señala además que dicha transformación provoca cambios importantes en las actividades y responsabilidades de hombres y mujeres dentro del hogar.

trabajo asalariado y de la esfera pública. No obstante, es importante señalar que las mujeres no aceptaron pasivamente y sin resistencias su confinamiento y exclusión, sino que se mantuvieron en pie de lucha, reclamando espacios de participación política, movilizándose, siendo la consecución del voto femenino uno de los logros de la lucha feminista de los años cincuenta¹⁶ (Cano, 2007; Lau, 2007).

El modelo del varón proveedor colapsa a mediados de los años setentas con el ascenso del neoliberalismo (Hartmann, 1987). Dentro de esta nueva fase de acumulación, el orden tradicional de género, el ideal del varón proveedor y la familia heterosexual empiezan a ser cuestionadas, aunque es importante señalar que muchas personas y familias nunca embonaron en ese patrón. Debido al trastocamiento que se produce en las relaciones de género debido al avance del capitalismo, autoras como Mabel Burin (2007) hablan de una “crisis de la masculinidad” vinculada con el decaimiento del modelo del varón como proveedor familiar y de los privilegios que éste conlleva. Con la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, el modelo del salario familiar se desestabiliza, siendo suplantado por un modelo de dos proveedores, que lejos de gestarse dentro de la paridad, sigue reproduciendo la desigualdad salarial y genérica patriarcal, además de representar una doble carga de trabajo para las mujeres quienes además de trabajar, se responsabilizan del trabajo del hogar (Torns, 2007). En esta vertiente, Celia Amorós (2008) se refiere a las mujeres como “proveedoras frustradas” dadas las condiciones de precariedad laboral en las que se insertan, desempeñando labores mal pagadas que son una extensión de su trabajo en el hogar. Las mujeres se insertan en masa al trabajo asalariado, sí, pero como trabajadoras de segunda clase (Cobo, 2006).

1.3 El despojo histórico. Minería y acumulación de capital

Zacatecas ha sido históricamente un estado minero por excelencia y una de las zonas mineras más importantes de México, el cual destaca por su producción argentífera. Haciendo un recuento de la minería en Chalchihuites, podemos observar que desde la época

¹⁶ Como lo refiere Ana Lau (2007) la lucha de las mujeres mexicanas por obtener el derecho al voto comienza a finales del siglo XIX. En la búsqueda y organización para obtener ciudadanía plena, destaca el liderazgo de colectivos como el Ateneo Mexicano de Mujeres y la Alianza de Mujeres de México que permanecieron en pie de lucha de 1930 a 1950, hasta conseguir el voto para las mujeres.

prehispánica, luego con la llegada de los españoles y actualmente con las empresas extranjeras, la minería en el estado se ha mantenido sujeta a intereses imperialistas, de apropiación de recursos, que se insertan en una contienda por la extracción y la depredación de los recursos minerales, que a diferencia de otros recursos naturales, no son renovables.

Como analiza Delgado (2010), el actual saqueo e importación de minerales de los países “periféricos” hacia los “metropolitanos”, es parecido al despojo de la época colonial, solo que ahora legitimado por las políticas del comercio internacional y el libre mercado. Este proceso de concesión y entrega de recursos naturales a los monopolios transnacionales, atendería a dos detonantes que lo propician y sostienen: por un lado, el pago de intereses de la deuda externa de los países “periféricos” a los “metropolitanos”, por otro, el “comercio ecológicamente desigual”, que tiene que ver con la diferencia en el tiempo requerido para producir los bienes exportados y con el disimulo o paliación de los costos socioambientales en el valor de las exportaciones de los países desde donde se genera la transferencia (Delgado, 2010).

Desde la teoría marxista, la explotación de minerales durante la colonia, la violenta destrucción y expropiación de tierras, la extirpación de los medios de subsistencia y materiales de trabajo, puede ser vista parte del proceso de acumulación originaria de capital, lo que Marx denomina como la espantosa “prehistoria del capital”¹⁷ (1974: 150). Al respecto, Rosa Luxemburgo (1967) se refiere a la época colonial como un momento clave que apuntala el capitalismo europeo, el cual se fortalece por medio de la apropiación de tierras, recursos naturales, minerales y piedras preciosas. Como lo señala Marx (1974), los orígenes del capitalismo se vinculan con varios episodios históricos de saqueo, esclavización, desposesión y explotación. Entre ellos destaca:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata en América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: tales son los hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista (Marx, 1974: 140).

¹⁷ Marx (1974) plantea que la acumulación originaria se dirige hacia países o “centros específicos”, señalando por orden cronológico a España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Así, apunta que es en Inglaterra, durante el siglo XVII, cuando se concretan y ordenan dentro del régimen colonial “el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista”; sistemas caracterizados por una violencia sanguinaria, respaldados tanto por el poder coercitivo del Estado, como por el potencial reunido y estructurado de la sociedad.

A este respecto, John Tutino (2016) propone que la plata extraída de las zonas mineras de México, dentro de las cuales despunta el estado de Zacatecas, desde mediados del siglo XVI hasta principios del siglo XIX, apuntaló el capitalismo mundial, por lo que las denomina sociedades capitalistas proteicas. La tesis de Tutino (2016) nos conduce a repensar el surgimiento del capitalismo moderno tomando en cuenta la trascendencia de la plata extraída del Bajío (las regiones de Guanajuato hasta Querétaro) y la Norteamérica española (de Zacatecas hacia el norte), y, con ello, plantear a la Nueva España (ahora México) como clave en el origen del capitalismo mundial.

En esta sintonía con la tesis de Tutino (2016), Parthasarathi (2011) postula la centralidad del Nuevo Mundo en el surgimiento del capitalismo a través de la economía de la plata de la América española, la economía del azúcar y el comercio de esclavos del Océano Atlántico, los cuales, en sincronía temporal, contribuyeron en la consolidación de la primera economía mundial. De acuerdo a Parthasarathi (2011), estas economías estuvieron unidas por la plata. Explica que los comerciantes del sur de Asia, pedían que se les pagara en plata a los estados africanos, a quienes vendían telas finas que ellos usaban en la compra de esclavos. Así, de 1700 a 1810 cuando el comercio de esclavos y la producción azucarera de las islas caribeñas británicas y francesas estaban en su apogeo, la Nueva España suministraba la plata para la economía mundial. Mientras que de 1550 a 1650 las minas de Potosí despuntaban por su producción de plata, para 1700, la Nueva España, específicamente la zona del Bajío y la Norteamérica española genera una producción de plata sin precedentes que alimenta la economía mundial (Tutino, 2016).

De 1770 a 1810 la demanda de plata de la Nueva España, no era solo europea, sino también asiática, lo que explica la centralidad de esta región de México en la primera economía mundial. Para 1770, tiempo en que la economía de la plata prosperaba de forma extraordinaria, la región del Bajío y la Norteamérica española no eran dirigidas por el Imperio español, sino por empresarios de orígenes distintos que organizaban el trabajo mediante el consenso¹⁸, lo cual creó una sociedad comercial naciente que permite entender los inicios de la globalización (Langue, 1991; Tutino, 2016).

¹⁸ Langue (1991) subraya la primacía del trabajo libre asalariado en las minas de Zacatecas durante el siglo XVIII. Aclara que el trabajo forzado y la esclavitud, fueron estrategias usadas en siglos anteriores al iniciarse

En Zacatecas, Frédérique Langue (1999) habla de la existencia de una aristocracia minera y terrateniente la cual controlaba gran parte del territorio del estado durante el siglo XVIII. Su trabajo pone énfasis en la conformación de grupos de empresarios, ricos propietarios que dominaban la región, quienes se beneficiaban directamente de la producción de plata, acaparaban tierras y tenían control sobre la fuerza de trabajo. Langue (1991,1999) afirma que, en el Zacatecas novohispano, las haciendas y las minas eran parte de un conjunto económico y social, por lo que los mineros estuvieron vinculados con las labores agrícolas, complementándolas. De esta forma, las élites mineras aliadas a la Corona española, ejercían hegemonía y controlaban amplias zonas en Zacatecas.

Ramos (1995) sugiere que para finales del siglo XVIII las reformas borbónicas y su política centralizadora impactaron de forma positiva, elevando la producción de plata en Zacatecas, de la cual se beneficiaba directamente la corona española, riqueza que se logró en parte, a costa del empobrecimiento de los mineros locales y de la reducción de salarios. En 1786, producto de estas reformas en las que las intendencias sustituyen a los reinos, comandancias y alcaldías, Chalchihuites pasa a ser parte de la intendencia de Zacatecas, que va delineando ya los límites geográficos actuales del estado. De acuerdo a la tesis de Langue (1999), los cambios en la industria minera que traen consigo las reformas borbónicas, intentan solucionar los problemas que existían¹⁹, a la vez que dan cuenta de la forma en que se movía la economía.

Según sugiere la tesis de Tutino (2016), la independencia de México en 1810 acabó con el capitalismo de la plata, lo cual tuvo un impacto no solo el Bajío y la Norteamérica española, donde apuntaló una economía monetaria y un mercado de trabajo, sino en distintos lugares del mundo, entre los que destaca China. Las guerras de independencia de principios del siglo XIX en México y Latinoamérica frenaron la economía de la plata, apoyando la consolidación de la hegemonía estadounidense y británica, y, con ello, apuntalando el comienzo de la segunda época del capitalismo mundial. De esta manera,

la explotación minera. Plantea la existencia de relaciones de asociación empresario-trabajador y relaciones clientelares de compadrazgo que aseguraron lealtad y compromiso de parte de los trabajadores hacia sus patrones.

¹⁹ Al crear intendencias como un medio de controlar mejor desde el centro, se buscaba además acabar con la corrupción de alcaldes mayores y corregidores, cargos que fueron suprimidos con la ejecución de las reformas (Jiménez, 2001).

México se independizó en 1810 sin tener una economía, por lo que se vio en la necesidad de restablecer una nueva (Tutino, 2016).

Por su parte, David Harvey (2004) habla de la continuidad del proceso de acumulación originaria. De acuerdo al autor, esta acumulación por desposesión de la cual parte el desarrollo capitalista, sigue vigente hoy en día y se hace visible en la privatización de los recursos naturales de índole comunal, en la extracción de recursos naturales, en la apropiación de tierras, en el “desplazamiento de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra en países como México y la India”; un proceso que se ha incrementado considerablemente en la últimas tres décadas (Harvey, 2004: 117).

Por tal razón, actualmente se habla de una recolonización, ahora subsumida bajo otra modalidad del capitalismo, vinculada con la revolución tecnológica de finales de los años setenta, la cual potencia la demanda de minerales como el oro y plata, materias primas que se convierten en eje central para la fabricación de tecnología. Se sugiere que esta revolución se basa en cuatro ramas de innovaciones: la microelectrónica, la computación, el software y las telecomunicaciones (Rivera, 2005). De acuerdo a Rivera (2005), la revolución tecnológica y su propagación son centrales en la transformación histórica del capitalismo y, consecuentemente, en el cambio en la estructura socioeconómica.

En el caso específico de México, tomando en cuenta el número de concesiones autorizadas a compañías mineras, quienes poseen el 26% del territorio nacional, el monopolio de los recursos naturales genera un proceso de acumulación a través de la renta minera, que deviene en una plusganancia. Al respecto, vale la pena citar nuevamente a Marx, quien señala:

En todas partes donde las fuerzas naturales sean monopolizables y le aseguren al industrial que las emplea una plusganancia –trátase de una caída de agua, de una fructífera mina, de aguas abundantes en pesca o de un solar bien ubicado-, la persona cuyo título sobre una parte del globo terráqueo la caracteriza como propietario de esos objetos naturales le intercepta esa plusganancia en forma de renta (Marx, 1981: 983).

De esta manera, la minería contemporánea se basa en una acumulación por desposesión que genera cuantiosas ganancias a las empresas nacionales y trasnacionales, sin aportar ningún beneficio al bienestar de la zona que se explota. Esta acumulación por desposesión se

caracteriza por la violencia, la apropiación de tierras, la privatización de recursos públicos, la devastación del medio ambiente debido a la explotación a cielo abierto, el uso intransigente de agua y electricidad garantizado por el Estado. Tal como apunta Federico Guzmán (2012), además del saqueo minero, los nuevos rostros del despojo en Zacatecas “se extienden a la industria manufacturera, los servicios y otros ámbitos de la vida social y cultural”.

En este tenor, Arturo Burnes Ortíz, docente e investigador de la Universidad de Zacatecas, da cuenta de la manera en que Zacatecas se encuentra actualmente subsumida bajo el mando de la dinámica capitalista de expoliación y desarrollo desigual que ha resultado en “la ausencia de un mecanismo endógeno de acumulación y crecimiento” que imposibilita la generación de un mercado interno potente (Burnes, 2008: 1). En este sentido, el especialista en minería critica fuertemente las disparidades entre lo que se están llevando las empresas transnacionales y las miserias que están dejando para el estado. En sus análisis, Burnes (2008, 2011) destaca algunas cuestiones paradójicas concernientes a la minería contemporánea zacatecana. Entre ellas, explica que mientras el estado ocupa el primer lugar en producción de plata, plomo, zinc y oro, a la par, ocupa el penúltimo lugar a nivel nacional en contribución al Producto Interno Bruto (PIB).

De igual forma, Arturo Burnes (2008, 2011) señala que mientras Zacatecas ostenta la mayor explotación de oro en América Latina y la segunda a escala mundial, esto no logra insertarse en el Plan Estatal de Desarrollo. Además, se muestra crítico en torno al deterioro ambiental que dicha actividad está generando en las zonas extractivas. Finalmente, el investigador resalta la necesidad de implementar una estrategia de “desarrollo regional” que asegure a estas zonas un reparto económico equitativo que contribuya al mejoramiento social, elevando así la calidad de vida de las personas.

1.3.1 Chalchihuites, un municipio minero

En mi primera investigación en Chalchihuites “Mi troca y yo. Masculinidades y migración en Chalchihuites, Zacatecas” (2013) abordé muy poco, o nada, la cuestión de la minería. Evidentemente, la teoría y la formación académica de la Maestría me dotaron de unos nuevos lentes, unos de mayor gradación, que en este segundo período de trabajo de campo

me permitieron ver otras cosas, tan fundamentales, tan básicas, que obvié, o que simplemente no tomé en cuenta antes. En esta segunda visita, apenas entraba a la cabecera municipal en la camioneta que me trasladó del municipio de Sombrerete a Chalchihuites, lo primero que noté fueron las evidencias del trabajo minero en los cerros, estructuras y nuevas construcciones de las compañías mineras, el anuncio de la compañía minera *First Majestic Silver Corporation*²⁰ justo en la curva antes de entrar a Chalchihuites, los camiones y camionetas con el logotipo de las compañías mineras rondando por el pueblo, y, por supuesto, ante mis ojos se abría la figura central: los mineros, con sus overoles, cascos y lámparas, unos iban en las camionetas de la compañía, otros caminaban por las calles del pueblo, otros descansaban en grupo en alguna esquina aguardando por el transporte que los llevaría a la mina. No dejaba de admirar el nuevo panorama y a estos nuevos personajes, que anteriormente no había tenido oportunidad de ver, no porque no pusiera atención, sino porque en mi trabajo de campo anterior (2008-2010) las compañías mineras aún no arribaban al municipio y el trabajo minero en la región se encontraba paralizado.

En los primeros días de estancia en Chalchihuites, lo que hice fue recorrer la cabecera municipal, visitar algunas rancherías y saludar a las personas. Decidí realizar el tradicional recorrido turístico: visitar el balneario de aguas termales El Vergel en la localidad de Gualterio y la zona arqueológica Alta Vista, en el Rancho Colorado. Esta vez, la visita a la zona arqueológica fue muy reveladora. Curiosamente, aunque ya había estado ahí antes, no había puesto atención a la manera en la que se remarca la importancia de la minería en Chalchihuites desde la época prehispánica. En este sentido, el arqueólogo Phil C. Weigand²¹ (1968) califica al complejo minero de Chalchihuites como el más grande de toda el área mesoamericana, con 800 minas prehispánicas, de las que se obtuvieron grandes cantidades de piedras. Asimismo, el investigador plantea a Chalchihuites como una colonia minera que abasteció de piedras preciosas a Teotihuacán.

Con el paso de los días, la minería se afianzaba como un eje fundamental en mi investigación sobre los ex braceros. Aunque sí había contemplado la minería en mi

²⁰ *First Majestic Silver Corporation* es una compañía de capital canadiense fundada para operar concesiones mineras en México, con un enfoque centrado en la producción de plata. La empresa posee actualmente seis minas productoras de plata en México: La Encantada en Coahuila, La Parrilla en Durango, San Martín en Jalisco, La Guitarra en la Ciudad de México, Santa Elena en Sonora y Del Toro en Chalchihuites, Zacatecas.

²¹ Weigand, P. (1968) The Mines and Mining Techniques of the Chalchihuites Culture. *American Antiquity* 33(1):45-61.

proyecto de investigación, los hallazgos en el trabajo de campo me mostraban que mi visión se había quedado corta en el planteamiento inicial de la investigación. Pronto, con el avance de las entrevistas, me di cuenta que no existía una separación tajante entre mineros y braceros, sino que un mismo sujeto encarnaba ambos, moviéndose estacionalmente entre distintos nichos laborales. Las dimensiones, el impacto y la trascendencia histórica de la minería en Chalchihuites se me revelaban día con día en la cotidianeidad del lugar, en las entrevistas, en las charlas, en el paisaje, en fotografías, en las remembranzas de las personas, en el ajeteo de los obreros, en el constante ruido de los camiones mineros.

Frente al claro vínculo de la minería como eje articulador de la economía en Chalchihuites, buscaba una respuesta a la supresión y desautorización del tema en mi investigación anterior, pero ¿qué pasaba con la minería en los años de mi primer trabajo de campo en Chalchihuites? Durante aquellos años violentos de la guerra contra el narcotráfico de drogas en México²² en los que realicé trabajo de campo por primera vez en Chalchihuites (2008-2010), puedo decir que la minería estaba prácticamente paralizada, con excepción de la mina La Colorada, la cual pese al clima de inseguridad se mantuvo activa. Esta mina, propiedad de la empresa canadiense *Pan American Silver Corporation* desde 1998, se ubicada en la franja geológica Cinturón de la Plata, a 50 kilómetros al noroeste de la cabecera municipal, en la Sierra Prieta. Destaca por sus yacimientos de plata, oro, plomo y zinc. En aquellos días, la empresa reportaba estar generando 600 empleos. Hoy en día, laboran en el sitio un aproximado de 1000 personas, con turnos de ocho, diez y doce horas de trabajo. La Colorada ha sido explotada por más de 90 años, extrayendo grandes cantidades de plata, lo que ha colaborado para que México se consolide como el país número uno en la producción de este metal²³ (*Pan American Silver Corporation*, 2016).

Además de La Colorada, varias minas en Chalchihuites han pasado a manos de empresas canadienses. En 2004, la corporación canadiense *First Majestic Silver Corporation* firmó acuerdos para adquirir la mina de plata La Perseverancia, propiedad de la familia Mazatán, consiguiendo además la concesión de otro grupo de minas contiguas

²² Durante este tiempo, particularmente en Chalchihuites, sucedían a diario extorsiones telefónicas, secuestros, robos a mano armada, enfrentamientos entre distintos grupos del crimen organizado, aparición de “narco mantas” y cuerpos desmembrados, “levantones” (privación de la libertad a personas o a familias enteras muchas veces tipificada como un ajuste de cuentas entre grupos del narcotráfico).

²³ Según reportes de la compañía minera, la producción anual en el 2015 fue de aproximadamente 5.3 millones de onzas de plata, 2,600 onzas de oro, 8,900 toneladas de zinc y 4,300 toneladas de plomo.

entre las que se encuentran las minas La Esmeralda, La Esmeraldita, Tayoltita, Magistral, Verdiosa y Beatriz, las cuales abarcan un área de 293 hectáreas contiguas de mina (Neumeyer, 2004). Un reporte de la empresa señala que estos depósitos minerales contienen plata, cobre, plomo, zinc, y anteriormente en algunos de estos sitios, como es el caso de La Perseverancia, se obtuvo oro.

Para diciembre del 2007, la empresa canadiense anunciaba ya la adquisición del cien por ciento de la mina de San Juan y la mina La Perseverancia. La mina de San Juan es una de las más antiguas, comprende una superficie total de 204 hectáreas y los trabajos en el sitio habían sido suspendidos desde la década de los cincuenta (Neumeyer, 2007). La Perseverancia, comprende un área de 89 hectáreas, la producción obtenida de ésta a través de los años y los altos grados de sus minerales, la señalan como la más importante y redituable en la región (Neumeyer, 2007). Durante 2009, *First Majestic* estuvo realizando trabajos de exploración y extracción de minerales en Chalchihuites. Durante una temporada corta, algunos varones del municipio y de sitios aledaños fueron contratados para trabajar como mineros, también se unieron otros mineros provenientes de distintos lugares de México para acaparar el trabajo disponible.

Repentinamente, las labores mineras cesaron. Algunas personas del pueblo comentaban que se planeaba reanudar actividades para enero del 2010, pero la compañía ya no regresó, al menos hasta agosto de 2010, momento en que finalicé con el trabajo de campo. Las explicaciones y suposiciones abundaban. Algunas personas del lugar aseguraban que esto se debía a la inseguridad, otras comentaban que los grupos de crimen organizado a quienes llamaban “Zetas” ya les habían pedido dinero y por eso se habían ido, en tanto otros mantenían la esperanza de que en cualquier momento iban a regresar para abrir fuentes de empleo y mitigar la cruda realidad. Lo cierto es que en el Chalchihuites de aquellos años lo que primaba era la inseguridad y el miedo, los actos violentos, robos, secuestros, extorsiones, balaceras y la desaparición de personas (“levantones”) y familias enteras.

Sin embargo, el período de calma de la minería en Chalchihuites es mucho más extenso. Como me lo externaron Jaime y Esteban, ex mineros chalchihuitenses que se propusieron brindarme un panorama diacrónico del trabajo minero en el municipio, la minería en Chalchihuites estuvo “muerta” desde finales de los noventa hasta el 2013, año

en que la compañía *First Majestic* “le devolvió la vida al pueblo” con el inicio de las actividades en El Toro, un complejo que conjunta varias de las antiguas minas. Aunque los trabajos de exploración comenzaron desde 2007, oficialmente fue hasta el 24 de enero de 2013 cuando el propio gobernador del estado de Zacatecas Miguel Alonso Reyes, representante del Partido Revolucionario Institucional (PRI) se encargó de inaugurar la mina, un evento con el que dieron inicio las actividades mineras. Presumiblemente, la compañía canadiense invirtió 100 millones de dólares para echar a andar la primera fase del complejo minero, prometiendo generar 750 empleos directos y 2,550 empleos indirectos, proyectando extraer mil toneladas de minerales al día, cifra que tentativamente se elevaría a cuatro mil el siguiente año (La Jornada, 2013).

Según reportes recientes de la Secretaría de Economía a través de la Coordinación General de Minería, actualmente la mina El Toro es propiedad 100% de la empresa canadiense *First Majestic Silver Corporation*. De acuerdo a los datos proporcionados por la compañía, la mina tiene 31 concesiones de minas que abarcan una superficie de 606 hectáreas de terreno. Asimismo, El Toro posee 441 hectáreas de derechos de superficie que conjuntan los accesos a la mina, las instalaciones y los caminos. Se reporta además que el trabajo minero de producción se enfoca en cuatro zonas subterráneas: San Juan, Perseverancia, San Nicolás y Dolores. Para que el proyecto de *First Majestic* pudiera llevarse a cabo y siguiera creciendo, los dueños de minas y ejidatarios de Chalchihuites hicieron negociaciones y pactaron acuerdos con la compañía canadiense. Como lo testimonia Alfonso, ex propietario de tres minas:

Vendimos a First Majestic tres minas: Fátima, 50 hectáreas, que eran propiedad de Fernando y Guillermo López, La India, que era de Enrique Santos, Guillermo López y Fernando López, y la Verdiosa, de Enrique Santos y Guillermo López. Se las vendimos a pagos. Pagaron tres pagos seguidos, y al último se hizo el contrato así que a 4 años. Nos pagaron en dólares [...] Nos quedan otras tres minas, San Carlos, Ampliación San Carlos y El Magistral.

Desde la década de los noventa, comienzan a gestarse en México y en América Latina ajustes estructurales que facilitan y promueven la inversión extranjera, políticas aperturistas que impactan directamente al sector minero. Así, en lo que respecta a la minería, el proceso extractivo se va a la alza desde el comienzo del siglo XXI, momento del *boom* minero, en

el que los grandes monopolios mineros toman posesión de distintas regiones; un proceso que implica apropiación, desposesión de tierras, de agua y otros recursos naturales. Al igual que el territorio zacatecano²⁴ y sus yacimientos mineros, Chalchihuites, municipio minero por excelencia, se encuentra actualmente sometido al capital internacional, en su voraz avance de acumulación de riqueza, que a través de tecnología megaminera genera serios daños ambientales, pero además, fragmentación, división y expropiación de propiedades privadas y territorios comunales. En este municipio zacatecano, es notable la preponderancia de las compañías canadienses desde principios del siglo XXI, las cuales han acaparado el rubro minero en todo México y América Latina.

Según datos de la Secretaría de Economía (SE), del total de empresas que operan en México, 279 maniobran con capital extranjero, de las cuales 209 son empresas canadienses (SE, 2010). Estas compañías se concentran en el norte de México, esparciéndose en 300 municipios del país. Así, vemos cómo este nuevo “florecimiento minero” en Chalchihuites, se fundamenta en las concesiones autorizadas a las empresas mineras transnacionales, a quienes se les ha cedido más de cincuenta millones de hectáreas en México, lo que equivale a más de una cuarta parte del territorio nacional. A nivel estatal, Sonora, Zacatecas y Aguascalientes destacan como las entidades que tienen más de la mitad de su territorio concesionado, 60% en términos más precisos. En el caso específico de Zacatecas, con 2255 permisos autorizados, las hectáreas concesionadas ascienden a 4,550,509.5, lo que representa el 60.4% del total estatal (INEGI, 2010; SE-DGM, 2012).

Por su parte, Raúl Delgado y Rubén Del Pozo (2001), nos exhortan a mirar no solo a los monopolios extranjeros, sino a los mexicanos. Así, como producto de la Ley de Mexicanización de la minería que entra en vigor en 1961, se produce un giro nacionalista en la política minera que privilegia y robustece el capital minero “mexicanizado”. Entre los monopolios mexicanos destaca el Grupo Minero México, que ostenta el segundo sitio en orden de capacidad productiva y ventas en América Latina, Industrias Peñoles que ocupa el

²⁴ Como lo señala Arturo Burnes (2013), el 85% del territorio zacatecano es zona mineral y solo el 20% se está explotando, por lo que Zacatecas se ha convertido en el blanco perfecto de proyectos mineros que abonan al capitalismo nacional y mundial.

Revisando los datos que provee la Secretaría de Economía y el Servicio Geológico Mexicano (2016), los proyectos mineros en Zacatecas se concentran en un 99.9% en manos de compañías extranjeras, entre las que destacan países como Canadá, Inglaterra, Estados Unidos e Irlanda.

tercer sitio, y Empresas FRISCO que registra niveles de ventas importantes²⁵ (Delgado & Del Pozo, 2001). Durante este período, derivado de la mexicanización de la minería, se produce un endeudamiento externo que llega a su clímax en 1982²⁶, abarcando no solo el ámbito minero, sino toda la economía mexicana (Delgado & Del Pozo, 2001; Guillén Romo, 1988). Por consiguiente, la contraparte de las mejoras que se generaron como resultado de la mexicanización de la minería, es que éstas descansaban en el endeudamiento externo.

En este contexto crítico de debacle, en 1982 el gobierno de México se ve obligado a llevar a cabo una serie de ajustes económicos promovidos por el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Como lo señala Harvey (2007), como requisito para aplazar la deuda, los países deudores se ven obligados a llevar a cabo modificaciones institucionales como disminuir el gasto social, fomentar leyes más flexibles de trabajo y elegir la privatización. De tal manera, atendiendo a los lineamientos del FMI²⁷, durante el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) se produce un cambio de un modelo proteccionista a un modelo neoliberal y aperturista, a través de un Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE) (Rivera, 1985). De esta forma, se reemplaza el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (desarrollo hacia adentro), por uno de desregulación industrial, comercial y financiera (desarrollo hacia el exterior).

Además, para descubrir el trasfondo de estas las concesiones mineras otorgadas a las empresas trasnacionales, resulta pertinente revisar las reformas al artículo 27 constitucional²⁸, llevadas a cabo en 1992, durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

²⁵ Los propietarios de estas empresas, se alzan los hombres más ricos de la nación, y del mundo, entre ellos Carlos Slim, propietario de la empresa minera FRISCO.

²⁶ Guillén Romo (1988: 20) define la crisis del verano de 1982 como un colapso económico que representó un grave riesgo que puso en duda el porvenir del país que no paraba de endeudarse. Así, para este momento, la deuda histórica ascendía a 87 400 millones de dólares que representaba el 53% del PIB.

Por su parte, Andrea Revueltas (1996: 66) señala que para 1982, México era el país de “Tercer Mundo” más endeudado. Como detonantes de la crisis económica, destaca el declive en el precio del petróleo, el alza de intereses, el debilitamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI).

²⁷ Harvey (2007: 8) define el neoliberalismo como “una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano, consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, fuertes mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas.”

²⁸ El artículo 27 legisla la propiedad de las tierras y aguas que se encuentran dentro del territorio nacional, asentando que éstas pertenecen a la Nación la cual puede conceder el derecho de éstas a los particulares. Este artículo establece que todos los recursos naturales son patrimonio de la Nación, por lo que la explotación, el

Estas reformas anularon el reparto agrario y permitieron la compra-venta de tierras ejidales, lo cual da como resultado una nueva Ley Agraria y una Ley Minera. Así, en el contexto del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, atendiendo a las reformas del artículo 27 en materia de minería, surge la Ley Minera, la cual beneficia a los empresarios extranjeros brindándoles concesiones, legitimadas por la Secretaría de Economía, que les permiten la exploración, la explotación y venta de los yacimientos minerales del subsuelo mexicano. En el artículo 11 se especifica que están facultadas para ser titulares de una concesión, aquellas sociedades que se apeguen a las leyes nacionales, con lo cual se abre la posibilidad de participación a inversionistas extranjeros, según se aclara en el inciso III del artículo en cuestión. Citando textualmente lo estipulado en el artículo 11:

Se consideran legalmente capacitadas para ser titulares de concesiones mineras las sociedades constituidas conforme a las leyes mexicanas: I.- Cuyo objeto social se refiera a la exploración o explotación de los minerales o sustancias sujetos a la aplicación de la presente Ley; II.- Que tengan su domicilio legal en la República Mexicana, y III.- En las que la participación de inversionistas extranjeros, en su caso, se ajuste a las disposiciones de la ley de la materia (Diario Oficial de la Federación, 2014).

Más adelante, el artículo 15 de la Ley Minera detalla que, a través de las concesiones, las compañías mineras obtienen derechos sobre todos los minerales; asimismo, confiere a estas concesiones una vigencia de cincuenta años, la cual inicia desde la fecha de su inscripción en el Registro Público de Minería, y es susceptible de extenderse por el mismo número de años (Diario Oficial de la Federación, 2014). Como lo apuntan Delgado y Del Pozo (2001), con la primer reforma neoliberal a la Ley Minera llevada a cabo en 1990, además de que se le abre la posibilidad a la inversión extranjera, al mismo tiempo, se construyen barreras para desplazar y eliminar a las pequeñas empresas mineras, de modo que al elevar a más de mil por ciento el derecho de superficie, por cuestiones financieras, éstas son condenadas a ser absorbidas por la “gran minería”.

En suma, las reformas y la mayor flexibilidad legislativa, explica la fuerte presencia de, principalmente, compañías mineras canadienses en el país. Frente a esto, el país es visto

aprovechamiento y uso de estos recursos deberá hacerse mediante concesiones, apegadas a las leyes mexicanas (Diario Oficial de la Federación, 1992).

como un terreno prolífico para hacerse de ganancias portentosas, tomando en cuenta el relajamiento de los aranceles tributarios, la débil legislación ambiental, las facilidades que les otorga el gobierno para la obtención de agua y electricidad, los salarios mezquinos, entre otros factores.

1.3.2 La llegada de las compañías mineras a Chalchihuites

La llegada de las compañías mineras en 2013, modificó inevitablemente la dinámica del municipio. Jóvenes que en años recientes fueron migrantes ahora se contratan en las minas. El riesgo, los costos y las dificultades para ingresar a Estados Unidos como indocumentados les han obligado a permanecer en el municipio, tomando como opción “el único trabajo que hay aquí” según lo refieren algunas personas del pueblo. Asimismo, las y los estudiantes chalchihuitenses egresados de diferentes carreras, ahora regresan al pueblo para contratarse con las mineras, en tanto que algunos de los que inician sus estudios profesionales, están optando por carreras relacionadas con la industria minera como Técnico Superior en Minas que se imparte en el vecino municipio de Sombrerete, a una hora de Chalchihuites. Asimismo, otros eligen irse a las ciudades de Fresnillo y Zacatecas en donde se ofrecen carreras como Ingeniería en Minas, Ingeniería Minera Metalurgista, que en los últimos dos años, se ponderan como carreras de alta demanda. No obstante, los contratados en las mineras no solo son egresados de carreras vinculadas a la minería, sino que se contrata a personal de distintas profesiones y también a aquellos y aquellas que no cuentan con un perfil profesional.

Es importante señalar que la llegada de las compañías mineras canadienses a Chalchihuites, es un proceso que los habitantes del municipio experimentan, entienden e interpretan de diferentes formas. Mientras que para muchos las mineras son benéficas porque están generando empleos, por otro lado, ha habido manifestaciones, inconformidades y muestras de rechazo por otro sector de la población que asegura que desde que comenzó el trabajo en las minas, su salud se ha visto afectada debido al manejo inadecuado de residuos de la minera. Principalmente, hacen referencia a mareos, alergias, afecciones de las vías respiratorias e incluso hablan de asma. Por otro lado, algunos de los comerciantes de la región, aseguran que éstas no les están acarreado ningún beneficio,

atribuyéndolo a los bajos salarios, aunado al hecho de que muchos de los obreros son de otras regiones del país y usan su dinero básicamente para enviarlo a sus familias. Otros comentan que los mineros “traen todo de afuera” y por esa razón, no consumen en las tiendas locales.

Prevalece además, el sentimiento de que las mineras están robando parte de la riqueza del lugar, sin dejar casi nada. Como lo sustenta Jaime, comerciante de la cabecera municipal, ejidatario que concesiona a *First Majestic*, en una charla que sostuvimos en su miscelánea: “la minería tiene su chiste, son los que están explotando más y son los que menos le dejan a los pueblos y son los que más aprovechan y se nos está yendo nuestra riqueza. Este mineral nos deja contaminación, gente enferma” (Jaime, 60 años de edad, ex minero). Y uniéndose al argumento de Jaime, el señor Esteban, quien trabajó 25 años en las minas de Chalchihuites añade: “estos se están llevando la riqueza de Chalchihuites, puro mineral concentrado se están llevando ahorita” (Esteban, 71 años de edad, ex minero).

Además de la expropiación de riqueza mineral, de las enfermedades y la contaminación ambiental que se achacan a las compañías mineras, los habitantes del lugar hablan de otro efecto dañino producto de la llegada de las mineras: el robo de sus mujeres. Así, se acusa a los mineros fuereños de haber venido a robar las mujeres del lugar. Visto de esta manera, no solo se roban minerales, sino también de algo altamente valorado en Chalchihuites, el recato y virtud de las mujeres. Mujeres embarazadas, madres solteras, mujeres que abandonaron a sus maridos por un minero, mujeres que le “pusieron el cuerno” al marido con un minero. En cuestión de segundos, la señora Pancha, trabajadora del servicio doméstico, oriunda de Chalchihuites, enumeró a ocho mujeres, conocidas suyas, que luego de haber estado viviendo con algún minero o ingeniero, de repente, desaparecieron, dejándolas embarazadas o con un niño en brazos. “Pero hay muchas más”, me aseguró.

En la charla con la señora Pancha, y en otras narraciones que escuché durante el trabajo de campo, también salieron a la luz algunas historias de mujeres chalchihuitenses que se “juntaron” con fuereños y que más tarde, vino su esposa a maltratarlas, haciéndoles saber que quien creían que era “su hombre”, estaba ya casado. Como lo documenté en mi investigación anterior, las normas morales para las mujeres en Chalchihuites, son restrictivas y exigentes, primando una doble moral que es condescendiente con los varones

e inflexible con las mujeres (Flores, 2013). De manera que cualquier “desliz” en una mujer no solo corre en boca de todos, sino que además a las narrativas se les adhiere ese toque inventivo, de exageración, de descalificación, para las “tontas” que se dejaron engañar, que fueron burladas por los fuereños.

Al respecto, Cosme, un joven oaxaqueño de los pocos que sí cumplieron (quizá el único hasta donde pude investigar) y se quedaron en Chalchihuites para formar una familia, argumenta: “uno anda de un lado para otro, el trabajo se termina y uno sigue el trabajo a donde haya o donde las compañías nos manden” (Cosme, 23 años de edad, casado, perforista de minas). Cosme llegó a Chalchihuites luego de haber trabajado un tiempo en Guerrero, en Tijuana y en Colima. Transeúntes laborales, trabajadores temporales que buscan encontrarse con el capital, quienes con facilidad a su llegada a Chalchihuites notan la disparidad entre el número de hombres y de mujeres en el municipio y que encuentran oportunidad para hacerse también de una “pareja provisional”, por el tiempo que dure el trabajo, por el tiempo que estipule el contrato.

Venimos un montón, de Colima, Aguascalientes, Michoacán, de Fresnillo, había también chilenos, canadienses, bastantes de fuera, pero ya todos se fueron [...] Aquí los hombres se van a emigrar y ya se dejan. Pues yo cuando salía, el tiempo que anduvimos aquí, pos salía así al jardín los domingos y veíamos muchachas, bastantes, pos ahí entre compañeros decíamos: bueno, ¿pos aquí no hay hombres o qué?

Basta darse una “vuelta al jardín”, es decir, caminar un domingo en la noche por el zócalo municipal, para evidenciar la disparidad entre el número de mujeres jóvenes y el número de varones que circulan alrededor de la plaza, ya sea a pie o en sus automóviles. Como lo apunta Jeffrey Smith (2008) luego de su visita al municipio, basándose en un conteo personal y observación participante, las mujeres duplican el número de varones entre el grupo de edad de los 20 a los 24 años, cifra que coincide con el conteo de Gallegos (2011). La problemática, como bien los señala Cosme, está estrechamente vinculada con el arraigue de la migración en el municipio y el sesgo masculino de estos flujos hacia Estados Unidos. Justamente, Smith (2008) da cuenta de las mujeres que, a consecuencia del predominio masculino en la migración, se quedaron en Chalchihuites esperando, solas, en situaciones y condiciones lastimosas.

Con la llegada de las mineras llegó trabajo, llegaron varones y para muchas y muchos, se abrieron nuevas oportunidades. Es así como, notando las características del contexto, sacando provecho de la falta de varones, los recién llegados pronto se hicieron de una novia o esposa temporal. Así lo narra Cosme, “mis compañeros sí agarraron novias, yo también, los que estaban solteros, y los que estaban casados, también, por mañosos los cabrones. O les decían a las muchachas: “estoy casado”, y ellas: “¡pos no le hace!” (Cosme, 23 años, perforista de minas). También la fuerza de trabajo femenina fue absorbida por la minera canadiense. Muchas mujeres fueron contratadas para labores domésticas, en las oficinas y en empleos alternos a la excavación y sustracción de minerales dentro de las minas. No obstante, el ingreso de las mujeres a las minas fue visto con recelo por aquellos que aseguran que la actividad minera es prerrogativa de los hombres. Así por ejemplo, algunos de los ex mineros entrevistados, configurados como asalariados bajo una marcada segregación de espacios, expresaron su inconformidad por la incursión de las mujeres a las minas. Solo por ilustrar, el señor Pedro comenta, “lo malo de esta mina que no sirve para nada. Ya hay hasta muchachas que andan adentro [...], antes qué esperanzas que una mujer fuera a la mina. ¡Se violaba la mina! (Pedro, 79 años, ex bracero y ex minero).

1.3.3 Chalchihuites, “el lugar de piedras verdes”

El municipio de Chalchihuites, se localiza a 225 kilómetros al noroeste de la ciudad de Zacatecas, erigiéndose en un terreno accidentado sobre la Sierra Madre Occidental y la Mesa Central, a 2,260 metros sobre el nivel del mar (INEGI, 2015). Cuenta con una población de 11,416 habitantes, 5554 hombres frente a una población de 5,862 mujeres (INEGI, 2015). Está integrado por 123 localidades, de las cuales Chalchihuites es la cabecera municipal, la cual, encargada de la administración y gobierno, conjunta una población de 3,779 habitantes (INEGI, 2015). La extensión territorial del municipio es de 814.849 kilómetros cuadrados, equivalente al 1.09% de la superficie total del estado (INEGI, 2015). De las 8,742 personas que representan el total de la población económicamente activa, el 95.2 % se encuentra ocupada y el 4.88% está en situación de desocupación (INEGI, 2015).



Mapa 1. Ubicación geográfica del municipio de Chalchihuites, Zacatecas.

Las principales actividades económicas en el municipio son la agricultura, la ganadería, el comercio y la minería. Asimismo, es importante mencionar el papel trascendental de las remesas en la economía del municipio, lo cual evidencia la fuerte intensidad migratoria laboral hacia Estados Unidos. Chalchihuites sobresale a nivel estatal como uno de los municipios emisores de mano de obra joven hacia Estados Unidos, hasta el punto que hoy en día la población chalchihuitense residente en el extranjero supera al número de habitantes que residen en el municipio (INEGI, 2015).

El nombre del pueblo es por sí mismo, un indicativo de su importancia minera. Chalchihuites, conocido como “el lugar de piedras verdes, cuyo nombre proviene del náhuatl *chalchihuitl*, que significa piedra verde o piedra preciosa. Entre las traducciones, encontramos que *chalchihuitl* puede referirse a piedras verdes como el jade, la esmeralda, la malaquita o turquesa. Desde la época prehispánica, las piedras verdes como la turquesa y el jade fueron usadas como monedas de intercambio. Como lo señala Gallegos (2011), en el México prehispánico, el *chalchihuitl* fue un metal preciado, más valorado que el oro, el

cual se usaba como una forma de pago similar al dinero, por lo que fue utilizado como un medio para pagar tributo. Asimismo, el nombre del municipio durante la época de la colonia, Villas del Real y Minas del Señor San Pedro de los Chalchihuites, pone en relieve la centralidad de la minería en la región, la cual tiene su apogeo mil años antes de la llegada de los españoles (Weigand & Williams, 1995).

Según lo señalado por el arqueólogo Phil C. Weigand, el conjunto minero de Chalchihuites es el más grande de los conjuntos mineros pertenecientes el área mesoamericana. El investigador apunta que existen cerca de 800 minas prehispánicas de las cuales se extrajeron grandes cantidades de minerales. Existen vestigios de trabajo minero en esta área durante el período que abarca del 200-500 d.C. alcanzando su máximo esplendor del 500-800 d.C. De estos yacimientos mineros se extraían diversos minerales: piedras verde-azuladas como malaquita y azurita, cinabrio, limonita, hematita, cuarzo, pederdal intemperizado, pirita de hierro y posiblemente cobre (Weigand & Williams, 1995). De tal forma, con base a los datos arqueológicos, podemos dar cuenta que el trabajo metalúrgico y la explotación minera en Chalchihuites inicia desde el período prehispánico, siendo Chalchihuites reconocido un centro minero nodal en el área mesoamericana, del cual se extrajeron grandes cantidades de metales preciosos que se sugiere, fueron destinados a Teotihuacan, a donde llevaban las piedras verdes-azules.

Según la sugerencia de Weigand (1968), la cultura Chalchihuites que se asentó en lo que hoy es Altavista fue colonizada por Teotihuacan aproximadamente en el 350 d.C. lo cual produjo una transformación que lo condujo a reconvertirse de región agrícola, a una colonia minera, dedicada a proveer minerales y piedras preciosas a Teotihuacan. De tal forma, durante el esplendor de la cultura Chalchihuites, el trabajo minero en esta área es descrito como “la mayor operación minera que se llevó a cabo en la antigüedad” en lo que respecta al área mesoamericana. La tesis de Phil Weigand (1968) es corroborada por Charles Kelley (1983), quien durante más de dos décadas realizó trabajos de investigación y excavaciones en Alta Visa, un sitio arqueológico en Chalchihuites descubierto por el arqueólogo Manuel Gamio en 1908 (Medina & García, 2010).

1.3.3.1 La minería durante la época colonial.

La riqueza mineral que se halla en el subsuelo de los terrenos pertenecientes al municipio de Chalchihuites representó, desde la época prehispánica, un atractivo importante para colonizar la zona (Holien & Pickering, 1978; Kelley, 1983; Weigand, 1968). Durante la época colonial, los datos concernientes a Chalchihuites indican que a la llegada de los españoles en el siglo XVI, grupos de indígenas zacatecos ocupaban las orillas del río Súchil (Arlegui, 1851; Saravia, 1979). Algunos investigadores se refieren a los zacatecos como grupos nómadas que vivían de la caza y la recolección de frutos, adiestrados en el uso de armas, quienes habitaban en las cuevas o construían chozas circulares de paja y que comúnmente andaban desnudos (Arlegui 1851; Saravia, 1979).

Muy cerca de los terrenos pertenecientes al actual pueblo de Chalchihuites, se establecía un núcleo de población tonalteca, quienes provenientes de Santiago Xilaxomulco, estado de Jalisco, arribaron al sitio entre los años 1530-1531, en un intento por escapar de la conquista del español Beltrán Nuño de Guzmán, motivo por el cual se establecen en el sitio y fundan el pueblo de Tonalá (Amador 1943; Garibi 1939; Saravia 1979). Se sugiere que tanto los zacatecos como los tonaltecos se asentaron en el área con el fin de aprovechar la riqueza acuífera disponible (Saravia, 1979) y no con fines de extracción minera, ya que la minería a gran escala no era una práctica común en dichas poblaciones (Weigand, 1968).

Los relatos de fray José Arlegui (1851) describen la provincia de Zacatecas como una zona “árida e infructífera”, pero rica en oro y plata. El capitán vasco Juan de Tolosa, casado con Leonor Cortés Moctezuma, hija mayor de Hernán Cortés y de doña Isabel Moctezuma, hija del emperador azteca, fue el encargado de recorrer los terrenos zacatecanos con la encomienda de buscar minas y pacificar a los Caxcanes. La expedición salió de Guadalajara en agosto de 1546 y culminó con el descubrimiento de las minas y la fundación de la ciudad (Saravia, 1979).

El 8 de septiembre de 1546, el capitán Juan de Tolosa escoltado por un grupo de españoles e indígenas, acompañándose de cuatro religiosos, llegan a la ciudad de Zacatecas, donde descubren grandes yacimientos minerales los cuales comienzan a explotar (Arlegui 1851; Saravia, 1979; Terrazas, 2009). Cuatro años más tarde, Zacatecas se convierte en un centro minero importante, lo que provoca que los españoles se aventuren a explorar hacia el norte del estado (Garibi, 1938; Terrazas, 2009). Es así como el 14 de octubre de 1552,

Ginez Vázquez del Mercado, un español atraído por las leyendas de un “cerro de plata” en Durango, llega al asentamiento tonalteco, en Chalchihuites, donde convive con los tonaltecos y nombra al pueblo San Francisco del Valle de Tonalá (Amador, 1943; Garibi, 1939; Pérez, 2004). Sin embargo, la idea de encontrar el ilusorio cerro rico en oro y plata del que le habían hablado unos indígenas en Valparaíso, lo orilló a marcharse pronto del lugar, y pese a que en Chalchihuites encontró algunos minerales, siguió su camino en busca del preciado cerro (Amador, 1943; Saravia, 1979).

En 1554, se organiza una expedición que parte de Zacatecas hacia el noroeste, encabezada oficialmente por Francisco de Ibarra como jefe, pero dirigida por la experiencia de Juan de Tolosa, cuya finalidad es la de buscar minas y establecer nuevas poblaciones (Amador, 1943). En el trayecto, recorrieron las zonas de Fresnillo, Río Grande, Sain Alto, San Miguel del Mezquital, Sombrerete, San Martín, Chalchihuites, El Valle de San Juan, Avino, San Lucas, entre otras poblaciones (Saravia, 1979).

Martín Pérez de Uranza, un capitán vasco a las órdenes de Juan de Tolosa, encuentra en 1554 los minerales de San Martín en Sombrerete, Zacatecas (Amador, 1949). A partir de este descubrimiento, la búsqueda exhaustiva de riqueza mineral se expandió a las zonas contiguas, lo que condujo a formar lo que se conoce como Ruta del Camino de la Plata, que abarca numerosos sitios como Fresnillo, Sombrerete, Chalchihuites, San Andrés, Mazapil, Nombre de Dios, Durango, Indehé, Mapimí, Avino, San Pedro de Potosí y Pinos.

Luego del descubrimiento en San Martín, el capitán Martín Pérez se dirige a explorar la zona de Chalchihuites, donde encuentra un sitio fructífero para la extracción de minerales. Algunos investigadores postulan el 15 de octubre de 1554, como la fecha en que los exploradores españoles ingresaron a Chalchihuites (Gallegos, 2006; Lazalde, 2010; Garibi, 1939). El 15 de octubre de 1556 se considera oficialmente como la fecha de fundación de Chalchihuites, antes llamado El Real y Minas de la Villa del Señor San Pedro de los Chalchihuites, siendo reconocido como fundador Martín Pérez de Uranza, cuyo nombre es identificado y recordado por la gente de la región (Gallegos, 2011; Lazalde, 2010; Pérez, 2004).

Durante los primeros años de su fundación, Chalchihuites floreció gracias a la extracción de riquezas minerales, para lo cual se empleaba la mano de obra de los indígenas (Garibi, 1939). Rápidamente, las grandes cantidades de plata extraídas de sus minas, fueron

“premiadas” por la corona española. Por ello, en el año de 1562, Felipe II, rey de España, envió un regalo al pueblo de Chalchihuites en agradecimiento a la riqueza obtenida. Una imagen de Cristo difunto, que a su vez había sido un regalo del Papa Paulo IV, junto con un pergamino con fecha del 12 de junio de 1562, fueron los obsequios que el Rey otorgó al pueblo. Entre otras cosas, este pergamino cuyo original permanece en los archivos de la Catedral de Durango, destaca lo siguiente:

Por cuanto me ha sido echa la relación de los vecinos del Real de Minas del Sor San Pedro de los Chalchiguites, me han servido con mucha fidelidad, cuidando e trabajando con la labor a beneficio de las minas de Plata de aquel contorno, que se ha sacado y se saca continuamente muchas riquezas, por la presente hago merced a dicho Real, de un Christo Difunto [...]

Más adelante, Felipe II pide en su escrito que se funde la Orden Militar de Caballeros Santiago de la Espada, una organización de hombres “nobles y principales, sin tacha” encargados del cuidado y vigilancia de la imagen, así como también de la defensa de los vasallos del Rey contra “los indios infieles”. Esta organización se mantiene vigente hasta hoy en día, haciéndose visibles durante las ceremonias de Semana Santa. La imagen del Cristo Difunto o “Santo Entierro” como lo conoce la gente del municipio, se encuentra actualmente en la iglesia de Nuestra Señora de las Aguas, ubicada en el barrio de Jalisco. Solo durante la Semana Santa, la imagen se saca del féretro de vidrio en el que permanece, para protagonizar las ceremonias de la pasión y muerte de Jesucristo.

En el pueblo de Chalchihuites, luego de estos primeros años de esplendor gracias a la minería, sobrevino un decaimiento, producto de las rebeliones de los zacatecos, que provocaron que la gente emigrara hacia San Martín y a la Villa de Llerena, en Sombrerete (Dávila, 1939). Luego de la pacificación de los zacatecos, entre 1578 y 1579, sobrevinieron los ataques chichimecas, quienes se encargaron de sembrar terror en la población, matando, robando y bloqueando el paso hacia las minas, lo que ocasionó que las minas fueran cerrando, hasta que en 1580, el cese era casi completo (Guevara, 2006). La pacificación de los chichimecas se logró gracias a que Alonso Manrique de Zúñiga, séptimo virrey de México, ordenó en 1585 que se suspendieran los ataques en contra de los indígenas y pidió que se liberaran a los presos, además de otorgar a los chichimecas telas y alimentos (Ramos, 1995). Esta amnistía concedida por el virrey, pretendía no solo parar los embates

chichimecas, sino que tenía como objetivo catequizarlos y adiestrarlos para el trabajo, dirigiéndolos hacia un modo de vida sedentaria, para que de ese modo pudieran servirles como ejército de trabajo (Powell, 1996).

Hacia el año de 1590, se desata una sublevación encabezada por grupos de indígenas tonaltecacos y zacatecos en contra de los españoles, la cual culmina en una matanza masiva de españoles (Dávila, 1939). Como respuesta a esta rebelión, el virrey de la Nueva España, Luis de Velasco, envió en el año de 1591 a 600 tlaxcaltecacos y algunos españoles para aplacar a los insurrectos (Arlegui, 1851). Luego de sucesivas luchas, el fraile Juan de Herrera, a cargo del convento de San Francisco, logró pacificar la contienda persuadiendo a las poblaciones indígenas para que se sometieran nuevamente a los mandatos e imposiciones de los españoles (Dávila, 1939).

El pacto de paz entre los contendientes, se concretó el martes de carnaval de 1591. Este día se congregaron a las afueras de San Pedro de los Chalchihuites los líderes de los grupos en disputa: el jefe de los tonaltecacos, el de los zacatecos, un dirigente de los tlaxcaltecacos y el representante de los españoles (Gallegos, 2011; Garibi, 1938). En esta reunión, se acordó la división del territorio, dando a cada grupo un sitio para establecerse. De este modo, a través de este convenio, se reubicó a los tonaltecacos en San Francisco del Valle de Tonalá, actualmente designado como barrio de Jalisco; los españoles se quedaron con la zona de la Villa Real y Minas de San Pedro de los Chalchihuites, lo que hoy es la parte céntrica del pueblo; los tlaxcaltecacos, por orden del virrey Luis de Velasco, se asentaron al poniente de Tonalá con el fin de resguardar a los españoles y desempeñar el trabajo minero, mientras que los zacatecos se establecieron en el territorio conocido hasta hoy en día como el barrio de “La Concordia”, sitio donde tuvo lugar el acuerdo, cuyo nombre conmemora el pacto y la pacificación entre los grupos. (Garibi, 1938; Pérez, 2004). Luego de restablecerse la paz, la gente volvió a poblar la zona de Chalchihuites y continuó el trabajo minero (Garibi 1938). Así, el territorio quedó dividido en tres poblaciones indígenas y una española.

El historiador Atanasio Saravia (1979), describe el Chalchihuites de principios del siglo XVI como un sitio productivo, con cuatro haciendas para fundir metales, con numerosas huertas que producían diferentes tipos de frutas. Menciona además la existencia de un vecindario en el que residían de quince a veinte españoles y un pueblo habitado por

más de cien indígenas tlaxcaltecos y chichimecas. La convivencia entre estos grupos estuvo caracterizada por la desigualdad y la diferencia étnica, lo cual se plasma en los salarios y en la división territorial a la que permanecieron sujetos. Por ejemplo, los indígenas que trabajaban como jornaleros recibían salarios que oscilaban entre cinco y seis pesos por mes, mientras que los españoles que prestaban sus servicios ocupando puestos administrativos, ganaban cerca de treinta pesos por mes (Saravia, 1979).

Para el siglo XVIII, un documento que se encuentra en el Archivo Histórico Arquidiocesano de Durango, escrito por el párroco Bartholomé Saenz en el año de 1777, describe, entre otras cosas, la riqueza hortícola, herbolaria, mineral y acuífera del Real de Minas del Señor San Pedro de los Chalchihuites. Caracterizando el Real como una zona prodigiosa y abundante en minerales, subraya que la plata de la zona “es de toda ley” (Dimas, 2004). Además, el informe hace referencia a dos minas: La Colorada y La Negrilla, las cuales se siguen trabajando hasta hoy en día.

Refiriendo a Chalchihuites como parte de la intendencia de Sombrerete, Frédérique Langue (1999) relata de la existencia de grandes haciendas y hacendados que conformaron un modelo aristocrático en Zacatecas a lo largo del siglo XVIII, quienes a través de alianzas y solidaridades entre familias, fueron entretejiendo redes de poder basadas en el matrimonio y el compadrazgo. Su trabajo da cuenta de períodos de bonanza y estancamiento en la producción minera, sin embargo, en términos generales, Zacatecas se mantuvo como una de las zonas productoras más importantes de plata. Durante el siglo XVIII, los empresarios zacatecanos, a diferencia de otros, distribuían sus inversiones tanto en las minas, como en haciendas de beneficio y campo, es decir, acaparaban todas las fases del proceso productivo, una estrategia que los ayudó a sobreponerse a periodos de crisis y conflictos sociales (Langue, 1991). Como lo expone Langue:

La relativa tranquilidad de la región zacatecana se relaciona en gran medida con la efectividad lograda en ese momento por los grandes complejos económicos, con la integración realizada en ese campo de la producción, esto es, con el control de todas las fases de producción y con su marcada complementariedad (minas-tierras-comercio), término de una evolución esbozada en Zacatecas desde fines del siglo anterior, cuando las haciendas se convirtieron en “unidades económicas y sociales” en un periodo de descenso de la producción minera (Langue, 1991: 474).

De esta manera, apoderándose de las minas y grandes latifundios, la nobleza zacatecana logró asegurar la subsistencia de los centros mineros y la continuidad de la industria minera, un proceso que comenzó a gestarse desde finales del siglo XVII.

Los registros fiscales de la Real Hacienda muestran que Chalchihuites, perteneciente al Partido de Sombrerete, mostró una producción argentífera constante durante la colonia y, junto con la ciudad de Zacatecas, presentan una “alta supremacía” con respecto a los demás distritos mineros zacatecanos (Navarrete, 1995: 90). Por lo tanto, si algo ha caracterizado a esta región minera desde la época novohispana, es la movilidad demográfica, estrechamente vinculada con la producción minera, los tiempos de cosecha, los desastres naturales y las epidemias. Por esta razón, Langue (1991: 466) la define como una región con “una población flotante, caracterizada por su extrema movilidad”. Por último, es importante notar que desde el siglo XVI, la minería determina los cambios demográficos y económicos en la región.

1.3.3.2 Esplendor y la caída de la minería en los siglos XIX y XX

Chalchihuites se ha caracterizado por ser un municipio minero a través de los siglos, con períodos alternados de esplendor y caída. La población de esta localidad se ha modificado en concordancia con los tiempos de bonanza y recesión de la producción minera, con los tiempos de sequías y epidemias (Langue, 1991), con las guerras y los desastres naturales (Gallegos, 2011). Así por ejemplo, en 1894, durante la época del porfiriato, Chalchihuites contaba con una población de 17,406 habitantes (Velasco, 1894), es decir, casi el doble de la población actual. Tan solo la cabecera municipal concentraba a 10,500 personas, cifra comparable con el número total de habitantes que actualmente residen, 11,416 habitantes (INEGI, 2015), pero en todo el municipio.

Para finales del siglo XIX, la descripción de Velasco (1894) señala la existencia de seis haciendas en Chalchihuites, las cuales perduraron hasta principios del siglo XX. Señala que estas se dedicaban específicamente a la agricultura y a la ganadería, por lo que eran distintas de aquellas a merced de las minas. El documento especifica además que el partido

de Sombrerete, al cual pertenecía Chalchihuites²⁹, era rico en minas de plata, subrayando la riqueza mineral de la sierra de Chalchihuites, que cruza de occidente a suroeste el territorio del partido. Con relación al comercio, destacan Chalchihuites y Sombrerete como los principales centro mercantiles que exportan plata en barras y piedras minerales (Velasco, 1894).

De igual manera, Elías Amador (1894) señala a la minería del Partido de Sombrerete como una de las más importantes en el Estado, ponderando a Chalchihuites como uno de los distritos mineros más significativos. Para ese tiempo, Amador (1894) habla de la existencia de una estación telegráfica en Chalchihuites, en tanto aclara que no existía hasta este tiempo ninguna línea férrea. Entre las principales actividades económicas de la población, el autor destaca la minería, la agricultura y la horticultura, la curtiduría de pieles que era de gran utilidad para las minas y la elaboración de cestos de carrizos y raíces. Además, existía una fábrica de jabones (Amador, 1894) y se elaboraban velas y veladoras con el sebo de los animales que servían para la iluminación (Gallegos, 2011).

De 1887-1909, tiempo en el que Porfirio Díaz estuvo al frente de la nación mexicana, las políticas de fomento a la industria minera abrieron las puertas a la inversión extranjera, otorgando concesiones y facilitando su establecimiento en México. De esta forma, varias compañías extranjeras ingresaron al país y fueron exoneradas de impuestos estatales y municipales. En lo que concierne a Chalchihuites, durante este periodo se establecen cerca de 30 nuevas empresas mineras, dentro de las cuales destacan tanto compañías mexicanas como empresas norteamericanas conformadas por empresarios alemanes, ingleses e irlandeses, según la base de datos de Empresa Minera Centro Norte de México (Gallegos, 2011). En este periodo, hace su arribo la *Chalchihuites Mines Company*, una empresa que por medio de una concesión a Ciro A. Phelps, es exonerada de impuestos municipales y estatales durante diez años, en conformidad con lo establecido en el Periódico Oficial del Estado de Zacatecas el 25 de abril de 1902 (Gallegos, 2011). Además,

²⁹ Es hasta 1917, tiempo en el que se promulga la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que Chalchihuites deja de pertenecer al partido de Sombrerete y es declarado como municipio libre, lo cual se asiente en la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Zacatecas. Oficialmente, para 1918, la división geográfica y organización en partidos terminan, por lo que Chalchihuites es declarado como municipio libre que se administra por un ayuntamiento de elección popular, según se establece en el artículo 115 de la Constitución de 1917.

en 1906, se establece en Chalchihuites la *National Smelting and Refining Company*, una planta metalúrgica de capital estadounidense.

La apertura de nuevas empresas mineras en Chalchihuites, trajo consigo un período de bonanza económico en el que las fuentes de empleo disponibles provocaron un aumento en la población, que se acercaba a los 18,000 habitantes (Gallegos, 2011). En este período, Chalchihuites despunta como la quinta localidad con mayor número de títulos y compañías mineras en el estado de Zacatecas; a raíz de esto, se otorgan facilidades para la construcción de la línea del ferrocarril Canutillo-Chalchihuites, que, construida sobre el antiguo ferrocarril de Coahuila y Zacatecas, facilita el traslado de minerales hacia el norte del país (CONACULTA, 2010). Aunado a esto, durante este tiempo, se construyen el mercado municipal, el panteón municipal y un rastro, asimismo, se mejoran el kiosco y el Jardín Hidalgo (Pankhurt, 1909).

El período de la Revolución Mexicana (1910-1917) fue un período de recesión y decadencia de la minería minera en Chalchihuites, debido a la insuficiencia de mano de obra, resultado del conflicto armado (Gallegos, 2011). A partir de 1917, se reanudan e intensifican las actividades, mostrando propensión por concentrarse y beneficiar a los pequeños empresarios mineros (Gallegos, 2011; Flores, de Vega, Kuntz, & del Alizal, 1996) debido al giro nacionalista impuesto por la Constitución de 1917, que en su artículo 17 legitima la potestad de los minerales a la nación, a la vez que concede exclusividad a los mexicanos sobre las concesiones mineras (Delgado & Del Pozo, 2001). De esta manera, varias empresas extranjeras que se habían establecido en Chalchihuites, desaparecen (Gallegos, 2011).

Durante década de 1930, la minería zacatecana se caracteriza por una mayor presencia de empresas nacionales y una disminución de inversión extranjera; por lo cual, la minería zacatecana crece ganando un poco de autonomía frente al mercado internacional (Flores et al., 1996). En la siguiente década, la segunda Guerra Mundial tiene un efecto positivo en la minería, reactivándola e incrementándola a raíz de la necesidad de minerales para la elaboración de armamento. En esta coyuntura bélica se suscita un incremento en la demanda de zinc, plomo y cobre, minerales que se producían en Zacatecas y se exportaban al extranjero ((Flores et al., 1996).

En Chalchihuites, se tienen registros de actividad minera constante durante la primera mitad del siglo XX, misma que lo reposiciona como potencial centro minero. Para la década de 1930, con un toque marcado de romanticismo, la prensa ensalza a la minería como un sector que estaba acarreado prosperidad, desarrollo y bienestar al municipio. Tal como lo describe Carlos Fernández, escritor del periódico *El minero mexicano*, en el ejemplar del 26 de julio de 1930:

Chalchihuites es un extenso y rico mineral que solo aguarda capital y brazos para llegar a la envidiable posición y esplendor, pues las muchas vetas que surcan sus montañas y los ricos metales que producen, tienen que influir poderosamente en su progreso y bienestar (Fernández, 1930: 1).

En este mismo ejemplar, este periódico semanal especializado en el rubro minero, daba cuenta de las minas que se encontraban activas en Chalchihuites, las cuales cito a continuación.

Número de minas	Concesiones a mineras familiares	Nombres de las minas
4	Gregorio Pérez y hermanos	Candelaria, San Juan, no conocida.
3	<i>Eagle Picher</i>	La Colorada, San Ignacio, Negrilla, otras.
2	Eduardo Wyman	Santa Teresa, La Avellana.
2	Rafael Guzman	Chalchihuites, Dolores.
1	Fermín Amézaga y Compañía	El Conjuero
1	Rodolfo Pérez	La Plomosa
1	Trinidad García	El Ermitaño
21	Sin mencionar titulares	La Pozolera, La Polvorosa, La Pastilla, Los Marciales, San

		José, San Cayetano, San Francisco, San Nicolás, San Mateo, Guadalupe, Sacramento, San Benito, Santa Fé, Guajolotes, Lajas, El Tepozán, La Luz, La Conchita, La Vaca, El Gato, El Mundo.
	Sin citar titulares	Minas del Manto (varias).

Tabla 2. Minas activas en Chalchihuites en 1930. Fuente: *El minero mexicano*, tomo XXII, número 1, 26 de julio de 1930.

La minería en el municipio se vigoriza desde 1930, con períodos de altas y bajas, mostrando un marcado crecimiento durante los años sesentas y setentas (Gallegos, 2011). De acuerdo a los datos proporcionados por la Secretaría de Economía a través de la Coordinación General de Minería (2002), para mediados del siglo XX, lo que primaba eran las concesiones a mineras familiares: cerca de 107 pequeñas sociedades, las cuales con el paso de los años van disminuyendo de forma dramática, hasta el grado de que hoy en día la mayoría de estas pertenecen a las compañías canadienses. Es importante señalar que el declive de la minería inicia en 1986 debido a la baja en el precio de los metales, en la coyuntura de ascenso del neoliberalismo, un período en el que el 90% de las minas familiares en Chalchihuites cesa su actividad (Gallegos, 2011). Uno de los efectos directos del cierre de minas, es el despoblamiento del municipio como producto de la migración laboral, principalmente hacia Estados Unidos de Norteamérica.

De tal forma, en la parte final del siglo XX y la primera década del siglo XXI, el panorama de la minería en la región era poco alentador. Aquel importante número de pequeñas asociaciones familiares mineras se redujo de 107, a solo 15, como consecuencia del desmantelamiento de industrias paraestatales, la apertura económica y la desregulación que antecedieron la transición neoliberal. Así, Chalchihuites presenció el desmoronamiento y cese de las concesiones mineras familiares las cuales finalmente desaparecieron “por término de vigencia o porque caducaron los pagos de derechos federales mineros y fueron aprovechados por las grandes compañías mineras” (Gallegos, 2011: 144). Como se mencionó antes, con la implementación de la Ley Minera en 1990, se produce un aumento exponencial en el pago de derecho de superficie, lo cual produce el cierre y la pérdida de

innumerables minas que eran propiedad de pequeñas empresas mineras. Anteponiéndose a la recesión y estancamiento de la minería en Chalchihuites de los años noventa y principios del siglo XXI, destacan el conjunto de minas de La Colorada, uno de los proyectos que se ha mantenido activo desde 1926, puesto que ha estado en manos de corporaciones de mayor poderío económico³⁰

³⁰ Pasando del corporativo Eagle Picher (1926-1935) a Minera Peñoles (1935-1947), luego a Victoria Eugenia, Grupo Catorce y La Colorada (1947-1998), hasta llegar a manos de la empresa canadiense Plata Panamericana que consigue los derechos en 1998 y se mantiene actualmente al mando de ésta. Plata Panamericana S.A. de C.V. es empresa subsidiaria del grupo canadiense *Pan American Silver Corporation*.

CAPÍTULO DOS

EL PROGRAMA BRACERO. EXPERIENCIA DE CLASE Y MASCULINIDADES

2.1 Los Programas de Trabajadores Temporales

We are asking for labor not only at certain times of the year –at the peak of our harvest- and the class of labor we want is the kind we can send home when we get through with them

G.W. Guiberson, Agricultural Labor Bureau of the San Joaquin Valley, Hearings of the LaFollette Committee, 1939

Como lo señala Hahamovitch (2011) los primeros programas de trabajadores temporales surgen en Prusia y en Sudáfrica en la década de 1880. Posteriormente, a principios del siglo XX aparecen en Australia, siendo implementados también en el suroeste americano y Europa durante la Primera Guerra Mundial (1914-1919). Con excepción del programa de larga duración de Sudáfrica³¹, todos estos programas terminaron durante la Gran Depresión³² (1929 hasta principios de 1940). Antes de este tiempo, no había programas de trabajadores temporales porque no había restricciones de inmigración. Luego de este período de debacle, inicia la segunda fase de los programas de trabajadores temporales, reanudándose la demanda de mano de obra extranjera en países como Estados Unidos, Alemania y Japón (Hahamovitch, 2011).

Durante la fase ampliada del capitalismo de principios del siglo XX, con el fin de potenciar su desarrollo económico y acelerar el proceso de industrialización, los países colonialistas e imperialistas europeos reclutan de sus ex colonias y de otros países vecinos mano de obra extranjera, ya sea de forma voluntaria o forzada, llegando incluso a la

³¹ Este programa proveía de mano de obra a las minas de oro y diamante, siendo el único que se mantuvo vigente durante el período de la Gran Depresión, un momento crítico en el que se detiene la movilización de mano de obra extranjera y muchos trabajadores quedaron a la deriva.

³² Una de las crisis más importantes del capitalismo, la cual se suscita en el período entre guerras, iniciándose desde la Primera Guerra Mundial y extendiéndose hasta la Segunda Guerra Mundial. Originada en Estados Unidos en 1929, esta recesión económica mundial termina en diferentes momentos dependiendo del país. En algunos culmina en los años 30 y en otros en los 40.

esclavitud³³, en tanto que Estados Unidos, por su parte, se anticipa a éstos haciendo uso de los programas de trabajadores temporales para acaparar mano de obra de su país vecino: México (Sandoval, 2015). Así, durante la Primera Guerra Mundial (1917-1918) se produce la primera transferencia de mano de obra contratada de México hacia Estados Unidos, y posteriormente en el tiempo de la Segunda Guerra Mundial, se pacta el convenio bilateral conocido como Programa Bracero (1942-1964).

En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, los braceros mexicanos forman parte del primer contingente de trabajadores temporales que viajaron a Estados Unidos. Junto con los mexicanos, se trasladan también conglomerados caribeños de Bahamas, Jamaica y Barbados, que se unen al llamamiento del *Emergency Labour Importation Program*, un programa que al final de la Segunda Guerra Mundial trasladó a 106,000 trabajadores temporales, entre los cuales había también canadienses, quienes no causaron la menor preocupación al Servicio de Inmigración y Naturalización; ellos no fueron registrados, contados, disciplinados y vigilados a diferencia de los trabajadores de color (Hahamovitch, 2011). Los canadienses, dada su “blanquitud”, entraron y permanecieron en el país en condiciones más afines a un ciudadano americano, por lo que a diferencia de los mexicanos y caribeños, no eran sujetos deportables ni criminalizables.

De acuerdo a Rocco (2006: 307), “la construcción inicial cultural e ideológica de la población mexicana como “extranjeros” racializados ha constituido un hilo continuo en la relación histórica entre los mexicanos y el aparato político y legal, y también la población general de origen anglo”. En la misma dirección, Oboler (2014) da cuenta de del racismo y la xenofobia histórica hacia las poblaciones de migrantes mexicanos en Estados Unidos, señalando su condición vulnerada de “extraños desechables”. Los mexicanos son los “extraños”, independientemente de su estatus documentado, o indocumentado, son esos que están cerca pero se desconocen, los que atraen por su utilidad, pero a la vez se repelen (Oboler, 2014). Los que están dentro del país, pero son inasimilables. Los que se soportan en atención a los servicios que brindan, pero nunca se aceptan. Los que se requieren en términos económicos, pero que a la vez, son indeseables como ciudadano con legitimidad

³³ Anne Applebaum (2004) habla por ejemplo, de la manera en que la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) sacó provecho del trabajo extranjero de quienes se encontraban en los campos de concentración. Véase *Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona: Debate. Lo mismo aplica para los campos de concentración nazi, que usaron el trabajo como un medio para aniquilar a los judíos en esos lugares de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial.

para votar y/o como un posible militante de un movimiento obrero (Oboler, 2014). Vistos como un peligro, los “extraños” amenazan la identidad del anfitrión, la desafían, la desequilibran, puesto que irrumpen las fronteras geográficas, sociales y culturales, y todo aquello que el anfitrión pensaba como infranqueable (Petsich & Marrota, 2009). Ese “extraño” imaginario que representa una amenaza real, se ubica en la esfera de lo abyecto, lo repulsivo, el desecho. En términos de Kristeva (1988: 11), observamos que no es “la ausencia de limpieza o de salud lo que vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas”.

En la migración internacional y los acuerdos binacionales de transferencia de mano de obra, se enmarca el poderío económico y político de los países insertos en dicha relación (Sayad, 2004). En las relaciones México-Estados Unidos, caracterizadas por una marcada desigualdad económica, se expresa con claridad el sistema de dominación entre país de emigrantes y país de inmigrantes, razón por la cual México, el país de los emigrantes, frente a su incapacidad de proveer a su población de condiciones y protecciones básicas para asegurar la vida, transfiere mano de obra al por mayor a su vecino del norte y se ve obligado a pactar acuerdos con otros países de inmigrantes como Estados Unidos y Canadá. En este contexto de desventaja económica, históricamente los mexicanos han sido condenados a ser forasteros permanentes, suministrado de forma constante mano de obra barata a los países de inmigrantes. En este punto, cabe enfatizar las razones económicas de la migración mexicana hacia Estados Unidos (D’Aubeterre & Rivermar, 2015; Oboler, 2014, Preibisch, 2000), a contra corriente de quienes reducen la envergadura macro económica de la migración a una cuestión meramente cultural (Espinoza, 1999; Kandel & Massey, 2002).

Solicitados como “bestias de carga” (Oboler, 2012), los mexicanos en Estados Unidos son tolerados solo temporalmente, preferentemente bajo un sistema de contratación que pueda controlarlos, vigilarlos y obligarlos a regresar a su país una vez que se ha aprovechado su fuerza de trabajo. Lo que interesa, como lo expresa abiertamente la declaración de Guiberson (1939) en el *Agricultural Labor Bureau of the San Joaquin Valley*, es el tipo de trabajador que pueda ser usado y luego enviado a casa, mano de obra barata, inestable, desechable, rígidamente disciplinada, migrantes que vayan exclusivamente a trabajar por períodos cortos de tiempo y luego vuelvan a sus países de

origen. Así, los programas de trabajadores temporales pueden ser vistos como regímenes modernos de esclavitud (Bauer, 2013), como un ejemplo del resurgimiento de “relaciones laborales no libres bajo el nuevo modelo de acumulación capitalista” (Preibisch, 2000: 46). En este sentido, tanto los trabajadores temporales que viajan contratados actualmente mediante el sistema huésped H2 como aquellos primerizos que lo hicieron mediante el Programa Bracero, pueden ser vistos como “trabajadores desechables de la economía estadounidense”, puesto que en la práctica, como lo apunta Bauer (2013: 2), ambos programas siguen el mismo “régimen moderno de esclavitud bajo contrato”.

2.1.1 El Programa Bracero

El Programa Bracero nace en el contexto de la Segunda Guerra Mundial como una estrategia para remediar la escasez de mano de obra en Estados Unidos. Luego de una serie de negociaciones, en 1942 se firma un acuerdo bilateral entre México y Estados Unidos. Como lo apunta Durand (2007), la finalidad del Programa era propiciar un patrón de migración distinto a la fase migratoria anterior, conocida como “de enganche”, la cual se condujo bajo la tutela de empresas contratistas privadas, quienes “enganchaban” trabajadores mexicanos con el objetivo de abastecer de mano de obra a la agricultura, la minería, el ferrocarril y otros ramos industriales en Estados Unidos. Ésta era un tipo de migración legal, pero, a diferencia del Programa Bracero, durante esta fase, la migración era de tipo familiar, es decir, se permitía y fomentaba la entrada de esposas e hijos, quienes fungían también como mano de obra.

Es así que el Programa Bracero instaura un nuevo tipo de migración temporal, regulada, masculina y rural. En esta nueva modalidad, la selección, la contratación, la negociación y regulación dejan de estar a cargo de empresas privadas para pasar a manos de los gobiernos de México y Estados Unidos. Si bien se concreta una migración legal de trabajadores temporales bajo esta forma de mediación, por otro lado, al mismo tiempo, la migración indocumentada se mantiene constante, siendo equivalente el número de entradas legales e ilegales durante el tiempo de vigencia del Programa (1942-1964). De modo que “a lo largo de 22 años habían sido contratados poco más de cuatro millones y medio de braceros y los deportados ilegales fueron poco menos de cinco millones” (Durand, 1994:

92). El perfil de los migrantes indocumentados es similar al de los braceros: varones que viajan estacionalmente, por períodos cortos de tiempo (Durand, 2007). Por consiguiente, durante este período, la migración muestra un patrón circular y es fundamentalmente masculina. Finalmente, muchos de estos trabajadores acumularon experiencia laboral bajo ambas formas de incorporación a la fuerza de trabajo absorbida en la producción agrícola y otros ramos de la industria estadounidense.

El Programa Bracero (1942-1964), por su alcance y periodicidad, ha sido planteado como el Programa de Trabajadores Temporales más importante a escala mundial (Durand, 2007; Hahamovitch, 2011). Las lecturas que se han dado a este Programa desde diferentes enfoques son distintas y contradictorias. Por una lado, aparecen las visiones que lo plantean como un programa conveniente, funcional, y subrayan sus beneficios (Durand, 2007), en tanto que otros, enfatizan en una lectura más rigurosa en términos de explotación y transferencia de mano de obra barata al servicio del capital (Mitchell 2012; Oboler, 2014; Preibisch, 2000).

Entre los cambios que en términos generales el Programa Bracero acarreó, Durand (2007) destaca lo siguiente. En primer lugar, el Programa cambió el patrón de migración, instaurando un tipo de migración regulada, legal, por períodos cortos, masculina, de origen rural. Aunque con una serie de problemas y disfunciones, la ejecución del Programa durante veintidós años, da muestra de la trascendencia y la funcionalidad de éste, que si bien fue ideado para solventar la mano de obra necesaria para la acumulación de capital en el agro y secundariamente en otros sectores de la economía estadounidense durante el período de guerra, se extendió por más de dos décadas. Además, el Programa no solo se centró en la agricultura, sino que se adaptó para cubrir otras necesidades de la expansión de capital, como las industrias ferroviarias. En este sentido, Durand (2007) lo considera un programa flexible, puesto que se usó también en la puesta en marcha del Programa Ferroviario (1943-1945), el cual contrató a un aproximado de 130,000 varones durante su tiempo de ejecución.

A contracorriente del enfoque de Durand (2007) que ve al Programa Bracero en términos estadísticos, poniendo énfasis en los cambios y beneficios que trajo consigo el acuerdo, es importante ver cómo operaron las estructuras y prácticas que rigieron el programa de trabajadores temporales, de manera que podamos entender cómo operaron

dentro de las prácticas generales de explotación de trabajo al servicio del capitalismo. Aunque el Programa Bracero fue creado mediante la legislación y la negociación diplomática de México y Estados Unidos, en la administración y puesta en marcha del programa intervinieron muchas figuras e intermediarios: oficiales a nivel local, estatal y federal, contratistas, médicos, militares, coyotes, empleadores, empresarios, y por supuesto, los trabajadores temporales.

El Programa Bracero, más allá de ser altamente funcional para los fines de acumulación capitalista, fue un programa lleno de problemas, abusos, injusticias y corrupción. El calvario para los postulantes comenzaba desde el proceso de selección, donde se decidía quien merecía ser cobijado por el Programa y quien no; además, la hazaña consistía en sobrevivir al tiempo de espera en la frontera mientras eran seleccionados o llamados para pasar “al otro lado”. En cuánto a las figuras del gobierno e intermediarios, el dilema era cómo asegurar una mano de obra confiable y rentable, cómo administrar un complejo programa de trabajadores, cómo organizar a una masa de población de trabajadores hambrientos de ser absorbidos por el capital.

2.1.2 Las fases del Programa

Cohen (2011:23) distingue tres fases no oficiales a través de las cuales se pueden diferenciar distintos momentos del Programa. La primera fase es la de la Segunda Guerra Mundial y va de 1942 a 1947. Esta primera etapa se llevó a cabo mediante un acuerdo bilateral en el cual el gobierno estadounidense fungió como empleador y mediador entre los dueños de las granjas y el gobierno mexicano. Este periodo estuvo regulado mediante la 1917 *Public Law* y posteriormente por la *Public Law 45*. Los contratos amparados en esta legislación tenían una duración de seis meses. La segunda fase, el período intermedio, abarca de 1948 a 1951. Esta fase funcionó al margen de la legitimación de un pacto entre ambos gobiernos, debido a la negativa del gobierno mexicano a firmar nuevamente el acuerdo si no se hacían ajustes al Programa. Aun así, los mexicanos siguieron yendo a trabajar, sin garantías, contratados bajo un conjunto de órdenes de ejecutivos norteamericanos. En este tiempo, la duración del contrato se redujo a 45 días dada la abundancia de brazos mexicanos postulando para trabajar, hecho coyuntural del cual los

empresarios y granjeros tomaron ventaja. Por último, la tercera fase es la que se da en el contexto de la guerra de Korea, la cual abarca de 1951 hasta el final del Programa en 1964³⁴. En esta fase las peticiones del gobierno de México son atendidas, por lo que nuevamente la contratación se regula mediante la injerencia y el acuerdo mutuo de ambos gobiernos. De esta forma, en la parte final del Programa, los contratos se extienden por ocho meses.

Desde principios del siglo XX ya se consolidaba la “región histórica de la migración internacional mexicana” que ha expulsado migrantes a Estados Unidos de forma consistente, la cual conjunta a los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas³⁵ (Durand, 2007 b). Al respecto, Foerster (1925) sugiere que en 1924 estos cuatro estados conformaban el 54% del total de migrantes. Con la implementación del Programa Bracero, esta región participó activamente, incorporándose desde temprano en el proceso de transferencia de mano de obra contratada (Delgado, Márquez, & Rodríguez, 2004). Como indica Durand (2007 b), en los estados que ya contaban con tradición migratoria, rápidamente se corrió la voz de la urgencia de mano de obra, un anuncio que llegó hasta los lugares más recónditos de estos estados, que pronto respondieron al llamado. De tal forma, para 1962, la región histórica contribuía con el 62.21% de la mano de obra bracera, es decir, un poco más de la mitad³⁶ del contingente de trabajadores emanaba de estos estados (Durand, 2007 b).

Es así que, el Programa Bracero aterriza temprano en Chalchihuites y se mantiene constante expulsando mano de obra hasta la parte final del acuerdo entre los dos países.

³⁴ Este periodo se caracteriza por un nuevo acuerdo entre ambos países, pactado mediante la firma de un acuerdo sobre la contratación de braceros y un contrato tipo de trabajo, en el que se trata de dar solución a los problemas de los trabajadores y otorgarles mayores garantías. Según lo estipulado en el “Acuerdo de trabajadores migratorios de 1951”, que consta de 40 artículos, las ventajas que éste acarrea son: 1) las negociaciones de los braceros se harán exclusivamente entre los gobiernos de los dos países, evitando intermediarios; y 2) los trabajadores tendrán toda clase de garantías y salarios remuneradores, y además, se evitará el éxodo inconveniente de los mismos.

Véase: <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/638/3/RCE2.pdf>

³⁵ De acuerdo a la CONAPO (2010) hasta nuestros días el estado de Zacatecas figura como una entidad de “muy alto” índice de intensidad migratoria, junto con Guanajuato, Michoacán y Nayarit.

³⁶ La investigación de Gloria Vargas es una tesis escrita en el año de 1964 y posteriormente publicada por Jorge Durand (2007c), la cual provee información de 1951 a 1964, apunta que la suma de la participación de la mano de obra que emana de la región histórica en los últimos años del Programa arroja las siguientes cifras: Guanajuato 13.69%, Jalisco 11.21%, Chihuahua 10.74%, Michoacán 10.61%, Durango 9.42% y Zacatecas con 9.35%, que en conjunto conforman el 65.02% del total de migrantes braceros. Véase Durand, Jorge (2007) *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*. México: Miguel Ángel Porrúa.

Entre los entrevistados, la mayoría habla de padres, hermanos y amigos que los antecedieron, quienes a través de su experiencia, los alentaron a enrolarse en el Programa. Así por ejemplo, Marcial me mostró orgulloso una copia del contrato de su padre, con fecha del 20 de mayo de 1944, quien al igual que él, también fue bracero. De modo que, mientras que a su padre le tocó el arranque del Programa, a Marcial le tocó finalizar el Programa, puesto que la última vez que viajó a Estados Unidos contratado fue en 1963, apenas un año antes del cese definitivo del convenio. De igual forma, Pedro, de 79 años, quien en ocho ocasiones se enlistó en el Programa, inició su larga trayectoria como bracero en 1955, yendo por última vez en el año de 1963.



Foto 1. Braceros de Chalchihuites en los campos agrícolas de California. (Ca. 1945).
Recuperada de la colección fotográfica de Sergio García.

De los diez ex braceros entrevistados, la mayoría señala haber ido por primera vez como bracero entre los años 1955 y 1957, años en los que, de acuerdo a las cifras nacionales, se produce un aumento exponencial en el número de contrataciones, destacando 1956 como el año en el que hubo más contrataciones a lo largo del tiempo de vida del Programa. Según cifras proveídas por los estudiosos del tema, el número de contrataciones

se distribuyeron de la siguiente manera a los largo de los veintidós años de vigencia del Programa:

Año	Contrataciones	Año	Contrataciones	Año	Contrataciones
1942	4 203	1950	67 500	1958	432 857
1943	52 098	1951	192 000	1959	437 643
1944	62 170	1952	197 100	1960	315 846
1945	49 454	1953	201 380	1961	291 420
1946	32 043	1954	309 033	1962	194 978
1947	19 632	1955	398 650	1963	186 865
1948	35 345	1956	445 197	1964	177 736
1949	107 000	1957	436 049	Total	4.5 millones

Tabla 3. Número de contrataciones durante el Programa Bracero. Tomada de Sandoval (2015)

De tal forma, podemos decir que a los ex braceros entrevistados, con excepción de Chago, les tocó la parte final del Programa. Así, basándonos en las etapas del Programa señaladas por Cohen (2011), nueve de los diez entrevistados pertenecen a última fase del Programa, en tanto que solo uno, don Chago, de 93 años, pertenece a la primera etapa, puesto que él fue contratado como bracero ferroviario en 1944, cuando aún se desarrollaba el conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial. Además, cabe recordar que todos los ex braceros entrevistados se contrataron al menos dos veces mediante el Programa. En este sentido, varios hablan del deseo y la necesidad de seguir yendo, pero de la imposibilidad de hacerlo debido al cese de las contrataciones. Así lo expresa Ramón:

Yo ya no regresé porque se acabaron las contrataciones, yo fui de los últimos. Llegó la orden, bueno, eso nos dijeron, que el que tuviera más de nueve meses ya pa' fuera y yo ya tenía los nueve meses. Si hasta eso nos venimos voluntarios, había transporte para el que quisiera venirse. Ya no se podía regresar, no estoy seguro que año fue pero creo que fue en el 58 o 59, porque me acuerdo que cotorreábamos diciendo: "No, yo me voy hasta el 60" (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

A diferencia de la mayoría de los entrevistados chalchihuitenses a quienes les tocó trabajar en la parte final del Programa, don Chago, de 93 años de edad, destaca como uno de los chalchihuitenses pioneros en adherirse al Programa en la fase inicial. Chago llega por primera vez a Baltimore, Maryland, en 1944, enlistándose en el centro de contratación de

Durango, para desempeñarse como bracero ferroviario. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, Chago comenta que sus familiares y amigos le advertían que no fuera como bracero porque terminaría yendo a la guerra, a lo que él comenta: “sí, yo sí quería ir a la guerra”. El ex bracero recuerda que más allá de los rumores de la gente, en la estación migratoria de Querétaro donde fueron revisados e inspeccionados, antes de recibir su contrato, les hicieron saber las condiciones de éste, remarcándoles la posibilidad de que, en caso de ser necesario, podrían ser entrenados para luego ser enfilados en un escuadrón de guerra. En palabras de Chago:

Nos pasaban a un salón que era muy grande donde nos leían a todos los que entramos ahí. Con todos los de Durango llenamos el salón, nos leyeron el contrato y a lo que estamos obligados y que si se prolongaba más la guerra teníamos que entrar a capacitarnos, no en los frentes, sino en las escuelas donde los enseñaban a uno para luego mandarlo al frente. Todavía era más fácil, porque no lo metían nada más de golpe y porrazo. Y yo pensaba pos que me metan, si tenía ganas yo de ir a la guerra, y no pos no me tocó (Chago, 93 años, ex bracero y ex minero).

Luego de trabajar durante varios meses en Maryland, Chago recuerda haber vivido los festejos del fin de la Guerra, y con ello, la culminación de su trabajo en el “traque” o *tracking* con la compañía de ferrocarriles *Pennsylvania Railroad*, donde laboró construyendo las vías del tren y dándoles mantenimiento. Como lo señala Driscoll (1996) las contrataciones para trabajar en la industria ferrocarrilera estuvieron vigentes de 1943 hasta el fin del conflicto armado en 1945, un período en el que se contrataron a más de 100 mil mexicanos. Además de la utilización de fuerza de trabajo mexicana, durante esta coyuntura bélica, Estados Unidos importó trabajadores de otros países como Jamaica, Bahamas, Barbados, Honduras, Costa Rica, Barbados y Canadá (Driscoll, 1996). Finalmente, la fase de los braceros ferroviarios forma parte del tramo inicial del Programa, abarcando solo un período de dos años, hasta que concluye la Segunda Guerra Mundial. De tal forma, como apunta Durand (2007) el Programa Bracero se caracteriza por haber sido un programa “flexible” y “creativo”, ya que no solo se limitó a proveer mano de obra para la agricultura, sino que, como en el caso del Programa Ferroviario, se fue moldeando y modificando de acuerdo a las necesidades específicas de cada etapa.

2.2 Masculinidades, ciudadanía y modernización en México

Mientras que en otro momento la migración hacia Estados Unidos fue entendida como un indicador del atraso en cuestión de desarrollo y modernización en México, durante el Programa Bracero la migración fue vista de forma esperanzadora, como una plataforma que generaría avances importantes en el país. Como lo apunta Cohen (2011), estas ideas fueron promovidas por Manuel Gamio³⁷, primer antropólogo mexicano, quien aseguraba en un estudio sobre comunidades de inmigrantes mexicanos, que aquellos que habían pasado tiempo en Estados Unidos habían desarrollado hábitos de trabajo, disciplina, necesidades y una identidad nacional producto de la discriminación en el extranjero, lo cual acarrearía beneficios para México. Es así que, en la puesta en marcha del Programa, intelectuales como Ernesto Galarza y Manuel Gamio participaron activamente en los convenios y arreglos de la primera fase (Durand, 2007 c; McWilliams, 1954). En este tenor, Gramsci (1986: 357, Q12 §1) destaca las funciones “organizativas y conectivas” de los intelectuales³⁸ en el Estado, es decir, la formas en que éstos colaboran al servicio de la clase dominante, contribuyendo a generar consenso. Los intelectuales, como “especialistas”, monopolizan la superestructura, lo que favorece solo a ciertos estratos, colaborando con la hegemonía de expansión capitalista.

En la década de 1940, un momento en el que la industrialización y la urbanización en México tomaban fuerza, el Programa Bracero se ampara en un discurso nacionalista de modernización que prometía redimir el atraso a las áreas rurales y las clases sociales más desprotegidas del país. Para ello, el Programa nombra como representantes legítimos de la nación a los varones, quienes fueron interpelados como “embajadores de la modernidad” (Cohen, 2011), en tanto las mujeres, relegadas a un plano secundario, quedaban

³⁷ Manuel Gamio se graduó de la Universidad de Columbia en la década de 1920 y es reconocido como un pionero de la antropología mexicana. Como director del Instituto Indigenista Interamericano, fue en una figura política influyente en las negociaciones, prescripciones y la consolidación del Programa Bracero (Durand, 2007 c).

³⁸ Aunque señala que todos los hombres son intelectuales, Gramsci (1986) aclara que solo unos cuántos toman el mando de la superestructura en una nación. De esta manera, “se forman históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en todos los grupos sociales, pero especialmente en conexión con los grupos sociales más importantes y sufren elaboraciones más amplias y complejas en conexión con el grupo social dominante” (Gramsci, 1986: 355-356, Q12 §1).

directamente fuera del proyecto, como beneficiarias y no protagonistas del cambio³⁹. De esta manera, el sesgo genérico del Programa promovió un modelo migratorio de “hombres solos” (Alarcón & Mines, 2002) que reforzó el modelo tradicional de hombre-proveedor versus mujer-cuidadora (Fraser, 2015). En este proceso, “los hombres eran producidos como hombres, es decir, como sujetos sociopolíticos generizados” (Cohen, 2011: 85), en quienes se depositaba la expectativa de contribuir en la modernización del país, dado que se proyectaba que irían a adquirir buenos hábitos de trabajo y que usarían sus ganancias, así como el ahorro del 10% de su salario, en la compra de maquinaria agrícola, lo que contribuiría a la prosperidad y el crecimiento del campo mexicano.

A propósito, Gauss (2009) describe los cambios hacia el conservadurismo que se gestan en México durante los años cuarenta, en los que se exalta la ciudadanía responsable entre los varones de la clase obrera, mientras que para las mujeres, se promueven ideales domésticos que enfatizan su dependencia del salario del varón, sus obligaciones como madres y esposas, amas del hogar. Planteándola como la base del crecimiento económico del país, se forja la diada “hombre proveedor – mujer de hogar”, producto del conservadurismo que predicaba y refrendaba al Partido Revolucionario Institucional (PRI) como partido gobernante (Gauss, 2009). En este pacto fraternal masculino impulsado por el Estado, se reconoce a los hombres como ciudadanos con derechos plenos, en tanto las mujeres quedan relegadas y dependientes del cuidado y la vigilancia de los varones. Es decir, en el proyecto de modernización industrial y búsqueda de paz social del México posrevolucionario, se reconfiguran y esencializan las diferencias de género, a través del despliegue de discursos y prácticas que aluden al honor masculino y la domesticidad femenina, lo que contribuyó a precarizar y restringir a determinados espacios el trabajo de las mujeres, justificando su exclusión como sujetos políticos y como “fuerza de trabajo moderna”⁴⁰ (Gauss, 2009: 285). Finalmente, mediante discursos y políticas sociales, se

³⁹ Connell y Pearse (2015) vislumbran las formas en que la estructura determina márgenes de acción segregando a hombres y mujeres. El poder patriarcal es orquestado desde el Estado y no solo entre individuos generizados. Por ende, la tendencia del Estado es la de segregar genéricamente, con base a una división sexual del trabajo, la cual favorece a los varones (Connell & Pearse, 2015). En el Programa Bracero, el Estado legitima el patrón hegemónico heterosexual de familia sobre la base del amor romántico: mujeres que cuidan, hombres que proveen, un modelo que se extiende también en el trabajo asalariado, en donde las mujeres desempeñan trabajos vinculados con la atención, cuidado y educación de los “otros”, como las aeromasas, enfermeras, maestras, nanas.

⁴⁰ Gabriela Cano (2007) en *Las mujeres en el México del siglo XX* resume los sucesos históricos más significativos en México con relación al papel de las mujeres en la vida política y las luchas feministas del

cimiento un modelo de masculinidad que plantea al hombre proveedor, ciudadano cabal y responsable, trabajador asalariado, cuyo honor reside en su capacidad de proteger y proveer a su familia, mientras que para las mujeres se construye un modelo de “madre moderna”, “la responsable de criar hijos respetables, saludables, trabajadores, que encarnarían el nacimiento de una nación industrial moral y productiva” (Gauss, 2009: 303).

Por lo tanto, en el México posrevolucionario, el ciudadano moderno era el hombre y la ciudadanía conllevaba tres responsabilidades fundamentales: el servicio militar, participación cívica y el trabajo (Cohen, 2005). Tomando en cuenta que la mayor parte de los mexicanos vivían en una situación de pobreza, lo más apremiante en ese momento, era brindar modernidad a esos “sujetos rezagados”, a quienes el gobierno pretendía modernizar. De esta manera, se buscaba no solo erradicar la pobreza, sino además acabar con los “malos hábitos” de estos varones rurales “atrasados”: el alcoholismo, la flojera, el ocio, el machismo, las peleas de gallos, entre otras actividades asociadas con la clase trabajadora, los campesinos y los indígenas (Cohen, 2005). Como lo muestra Preibisch (2000), quienes se enrolan en este tipo de programas de trabajadores agrícolas temporales son mayormente sectores desprotegidos, que ven en este tipo de programas una “oportunidad” para sobrellevar su situación crítica, pero que, paradójicamente, los colocan en escenarios en los que la penuria, la explotación, las vejaciones, la miseria, las injusticias y maltratos se exacerbaban. Viéndose en la imperiosa necesidad de vender su fuerza de trabajo dentro de un sistema de contratación “no libre”, que los condena a la semi-esclavitud y a condiciones de

siglo XX. En ellos, nota los bloqueos y negativas que prevalecen en los años 1940 y 1950 para conceder derechos ciudadanos y el derecho al voto a las mujeres, un momento en el que la participación política se piensa como una ayuda a los hombres, en donde pueden ejercer actividades que sean una extensión de sus tareas en el ámbito doméstico, como educar, curar, colaborar con los hombres en una condición subalterna. Asimismo, durante estos años, los discursos oficiales, apoyados por el cine, la televisión y la prensa, insisten en la figura de la mujer como madre-esposa. En 1943, Octavio Véjar, secretario de Educación Pública, exhorta a las mujeres a regresar al “ámbito que les corresponde”: el hogar.

Como lo muestra la investigación de Cano (2007: 21-51), el sufragio femenino, es un proceso que llevó años conseguirlo, un suceso de trascendencia histórica puesto que es “un hecho clave de democratización del país”. Inicialmente, es en 1937 cuando el presidente Lázaro Cárdenas externa su intención de presentar ante el Congreso de la Unión una reforma constitucional para que las mujeres tomen parte en los procesos electorales. En respuesta a la petición de Cárdenas, en julio de 1938, se lleva a cabo la reforma al artículo 34 constitucional y se concede a las mujeres el derecho al voto; no obstante, pese a que fue aprobada por la Cámara de Diputados, dicha reforma no tuvo efecto ni apareció en el Diario Oficial. Es en el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) cuando finalmente se lleva a cabo la reforma a los artículos 34 y 115 constitucionales en los que se otorga la igualdad política a las mujeres. De esta forma, las mujeres votan por primera vez el 1958, elecciones en las cuales Adolfo López Mateos resulta ganador.

trabajo deplorables. Así, además de los bajos salarios que reciben, su salud y su dignidad personal se ven seriamente lesionadas.

En su afán de modernizar e integrar a las poblaciones consideradas como “atrasadas”, la nación mexicana se topó con la paradoja del “indígena”, quien pone en entredicho el “México imaginario” (Bonfil Batalla, 1989), fragmentando la idea de una nación homogénea de ciudadanos. De tal manera, lo que caracteriza al nacionalismo revolucionario y posrevolucionario, es el imaginario del mestizo, es decir, la “mestizofilia ideológica” (Basave Benítez, 1992). Así, aunque el pasado indígena es un eje discursivo central del nacionalismo mexicano, un emblema nacional, el indígena del presente se vincula con el atraso y pobreza, y dentro del México en vías de modernización, se consideraba perentoria su desaparición a través del mestizaje, la urbanización, educación y modernización. De esta manera, en el México posrevolucionario se lleva a cabo un episodio de “plusvalía histórica” que saca provecho del pasado indígena y legitima la dominación de los indígenas del presente (Varese, 1982: 310).

En México, la ciudadanía tiene un marcado sesgo de género, clase y etnicidad, marcadores detonantes de disparidades que producen gradaciones de ciudadanía. Los aspirantes a braceros que emanaban de las zonas rurales de México buscaban ser reconocidos por el Estado como ciudadanos con derechos plenos; ciertamente, el mismo proceso de selección los sacaba de la ruralidad, el anonimato y la indiferencia, dirigiéndolos hacia la visibilidad, haciéndolos partícipes de la nación (Cohen, 2011). No obstante, para algunos, resultaba difícil enfilarse y competir por dicho reconocimiento. Aunque teóricamente el Programa iba enfocado para campesinos e indígenas mexicanos (Cohen, 2011), en términos estructurales, las poblaciones de origen indígena se colocaban en una situación de mayor desventaja, imposibilitadas de responder a la llamada del capital, quedando a la deriva por cuestiones económicas, de salud, comunicaciones, educación, lengua, ubicación geográfica.

Con relación a lo anterior, D’Aubeterre y Rivermar (2009) documentan que en la región de la huasteca poblana, donde confluyen pueblos mestizos, nahuas y otomíes, los que pudieron insertarse con mayor facilidad al Programa Bracero fueron en su mayoría los mestizos de la cabecera municipal, jóvenes que contaban con educación primaria y que desempeñaban algún oficio en el pueblo. Esto sugiere que, tanto la lengua, la carencia de

redes sociales y recursos económicos para trasladarse a los centros de contratación, la falta de documentos oficiales como el acta de nacimiento o la cartilla militar, legajos que los reconocieran como ciudadanos, pudieron ser impedimentos para que la población indígena participara activamente en el Programa Bracero. Es importante recordar que en décadas anteriores, en las zonas “apartadas” de México, no existía registro civil, sino que era la Iglesia la que se encargaba de llevar el conteo y registrar a la población.

2.2.1 Nacionalismo y masculinidad hegemónica

Hegemonic masculinity go hand in hand with the culture and ideology of hegemonic nationalism. Masculinity and nationalism articulate well one another, and the modern form of Western masculinity emerged about the same time and place as modern nationalism.

Joane Nagel, *Nation* (2005)

Los discursos occidentales sobre los “otros”, aparecen vinculados con la idea de civilización, un término que hace alusión a un proceso evolutivo y de desarrollo social, el cual enmarca una separación tajante con la “naturaleza” (O’Connell, 2001). A causa de esto, se crea la dicotomía de salvajes versus civilizados, como un proyecto político vinculado con el nacimiento de la sociedad civil y el nacionalismo, un orden simbólico en el que los europeos se adjudican el privilegio de significar y civilizar a los demás. Paralelamente, las construcciones occidentales acerca de la alteridad comienzan a asociarse con la idea de feminidad o afeminamiento, instituyéndose como espectros abyectos con mayor cercanía a la naturaleza, a lo primitivo, lo atrasado. Masculinidad y feminidad, civilización y salvajismo, cultura y naturaleza, lo público y lo privado, dualismos que conforman una tradición discursiva falocéntrica⁴¹ y eurocéntrica⁴² implantada desde la Ilustración y la revolución científica del siglo XVII.

⁴¹ El falocentrismo puede ser descrito como un sistema simbólico que privilegia la dominación masculina. Este término remite a la teoría freudiana de la sexualidad. En la teoría psicoanalítica, el falo se concibe como un símbolo de supremacía y poder masculino, el cual define y significa a lo femenino caracterizándolo desde la carencia.

⁴² Tendencia a considerar los valores culturales, sociales y políticos de tradición europea como modelos universales. Como proyecto político, sugiere la imitación del modelo occidental como la única vía de

Amelia Valcárcel (1991) apunta que el género es una construcción que se fragua durante la Ilustración. Como nota Puleo (1993), en la Ilustración se producen importantes resistencias y debates que desmienten la inferioridad natural de las mujeres y abogan por la igualdad de sexos. En tanto que, “el ilustrado más antiilustrado” como se refiere Rosa Cobo (1995) al hablar de Rousseau, escudado en un discurso de igualdad social, económica y política, se convierte en uno de los teóricos nodales de la Ilustración que legitiman la división sexual del trabajo, encasillando a las mujeres en su tarea como esposas y madres dentro del ámbito doméstico, y por otro lado, asignando a los varones el espacio público.

Mary Wollstonecraft (1977) subraya el sesgo patriarcal del pensamiento ilustrado y las teorías contractualistas que plantean a las mujeres como seres inferiores y dependientes. Como lo muestra Carol Pateman (1988), las teorías del contrato social han moldeado el orden social y político occidental, planteando una división entre el dominio público y el privado. La nación y el nacionalismo, tomados como parte de la esfera política pública, excluyen a las mujeres de este proceso (Yubal-Davis, 2004); sin embargo, como lo señala Pateman (1988), la esfera pública solo puede entenderse en su relación dependiente con la esfera privada. Por su parte, Rebeca Grant (1991) retoma las teorías de Hobbes y Rosseau para referir la exclusión de las mujeres de la esfera política como producto de la construcción androcéntrica de la nación, que las incapacita para accionar en el ámbito público por considerarlas seres irracionales con mayor cercanía a la naturaleza.

A este respecto, Carol Pateman (1988) se da a la tarea de analizar las teorías del contrato social haciendo una lectura feminista que le permite dar cuenta del sesgo genérico y las implicaciones del contrato social, así como rastrear la transición de una forma tradicional de patriarcado a una nueva forma moderna a la cual denomina “la sociedad civil patriarcal”. Es así que Pateman (1988) da cuenta del cambio de un orden tradicional hacia la sociedad capitalista, así como de las nuevas relaciones de poder y subordinación que se gestan bajo los emblemas de igualdad y libertad. Similarmente, Ernerst Gellner (1983) y Hahamovitch (2011) enmarcan el surgimiento del capitalismo y la industrialización, en sintonía con el nacimiento del nacionalismo. Y abonando a esta idea, Connell (2002)

progreso y desarrollo de la humanidad. Esta ideología se comienza a construir desde el Renacimiento, abarca el siglo XVIII y el siglo XIX, tiempo en el que se maquilan “verdades eternas” y se apuntala un “racismo ineliminable” (Amin, 1989: 77). Como lo propone Amin (1989: 77), el eurocentrismo legitima al capitalismo como sistema social y a la desigualdad que lo caracteriza.

pondera el nacimiento de un orden de género mundial que se gesta a la par del nacionalismo y el capitalismo, una coyuntura histórica en la que se fragua un modelo hegemónico de masculinidad, el cual es definido por el autor como “la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social” (Connell, 2002: 39).

Siguiendo a Pateman (1988: 121), podemos plantear que las teorías contractuales “fueron una parte esencial de la transformación del orden tradicional y el mundo de los padres-reyes hacia la sociedad capitalista, el gobierno representativo liberal y la familia moderna”. Igualdad, libertad y fraternidad: principios universales que se fraguan en los albores de Ilustración, que son la base y guía del contrato social, el cual exalta al hombre como símbolo de la humanidad, como sujeto universal, poseedor de la razón, institucionalizando así una epistemología y un orden del mundo de corte patriarcal y racista. Asimismo, en las teorías clásicas del contrato social acerca del origen de la sociedad civil, se oculta la mitad la historia, es decir, se invisibiliza que el contrato social es un pacto falocéntrico, un pacto entre hombres, una fraternidad masculina a través de la cual se erige una sociedad civil de corte patriarcal que impone un orden masculino (Pateman, 1988).

A través del contrato social, se crea un individuo, un sujeto político, un ciudadano, un miembro legítimo de la sociedad civil, un “hombre de razón” asociado a la esfera pública, en oposición a la esfera privada, vinculada con las mujeres, la naturaleza, lo irracional, lo femenino, el orden de la reproducción y el cuidado de los cuerpos. En consecuencia, la esfera pública se concibe como el ámbito de la razón, en tanto que el espacio privado se vincula con las emociones, la irracionalidad, la sexualidad, la incapacidad, la pasividad, la sumisión y la inferioridad. De modo que dentro de este orden masculino, las mujeres no logran erigirse como sujetos políticos, quedando en la incompletud, dependientes, subordinadas y excluidas de los derechos universales de los ciudadanos⁴³. Tal como lo refiere Pateman:

La historia del contrato social fraternal muestra que las categorías y prácticas de la sociedad civil simplemente no pueden ser universalizadas a las mujeres. El contrato

⁴³ Estos incluyen la posesión de propiedad, la disposición de su trabajo, el ejercicio de la soberanía sobre sí mismos, sobre sus mentes y cuerpos (O’Connell, 2001).

social es un moderno pacto patriarcal que establece los derechos sexuales de los hombres sobre las mujeres, y el individuo civil ha sido construido en oposición a las mujeres y todo lo que sus cuerpos simbolizan, entonces ¿cómo podemos llegar a ser miembros completos de la sociedad civil o los partidos del contrato fraternal? (Pateman, 1988: 131).

Por lo tanto, sale a la luz que el Estado democrático liberal se fundamenta en un contrato sexual, un contrato social y un contrato sexual que otorga derechos políticos a los hombres sobre las mujeres, a la vez que otorga derecho sobre sus cuerpos. La modernidad, configurada a partir de los planteamientos de la Ilustración y las revoluciones científicas del siglo XVII, otorga un lugar central a la masculinidad, fraguando un tipo de masculinidad dominante vinculada con la racionalidad, el progreso y la civilización. En términos de Connell (1997), la masculinidad moderna se basa en el sistema de género europeo/americano, el cual define como una estructura que asegura la subordinación general de las mujeres y la dominación de los hombres, una estructura de relaciones de poder que podemos llamar patriarcado.

Del mismo modo, atisbando en el contrato social y su sesgo racista, O'Connell (2001), Mills (1998) y Puwar (1999) señalan que este pacto fraternal entre hombres, es una historia de hombres blancos que legitiman sus derechos y reafirman su jerarquía sobre los "otros". Por ende, el Estado democrático liberal se basa en una jerarquía racial que deviene, siguiendo a Connell (1997), en masculinidades subordinadas y marginales, las cuales se asocian comúnmente con lo femenino, puesto que encarnan el abyecto simbólico sobre el que se consolida la masculinidad hegemónica. Es así que, de acuerdo a Mills (1998), el contrato social racializado ha sido el germen que ha justificado atrocidades en contra de poblaciones de color, entre las que menciona el Holocausto y la guerra de Vietnam.

Finalmente, como apunta Yuval-Davis (2004), las naciones⁴⁴ y el nacionalismo⁴⁵ se entienden como parte del ámbito público político, atadas a características masculinas que

⁴⁴ Siguiendo a Hobsbawm (1995) y a Schnapper (2001), concibo que el sentido político del concepto de nación es de reciente creación. Como lo señala Schnapper (2001), aunque existen reminiscencias de sentimientos e instituciones antiguas, es importante diferenciar las naciones de la época democrática, de las anteriores a la Revolución Francesa, de las del siglo XIX y de los protonacionalismos, para así enmarcar la especificidad política e histórica de las naciones modernas. Por lo tanto, de acuerdo a la tesis de Schnapper (2001: 28), la nación "se define por su soberanía, que tiene como efecto, en el interior, integrar a las poblaciones que incluye, y en el exterior, afirmarse en cuanto sujeto histórico en un orden mundial basado en la existencia y las relaciones entre naciones-unidades políticas. Pero su especificidad consiste en que integra a las

actúan en detrimento de lo femenino y todo lo que simbólicamente se asocie con éste. “La nación, como unidad política “tiene una parte contractual. Distribuye el poder. Se encarna en instituciones” (Schnapper, 2001: 51). Al respecto, Mosse (1985) esboza la correlación entre el umbral de los ideales de la familia burguesa y la cristalización del nacionalismo europeo a finales del siglo XVIII. Así, la masculinidad hegemónica y el nacionalismo se caracterizan por una marcada división sexual, pero además, por un “amaneramiento” o “feminización” de los grupos minoritarios en Europa y también de los extranjeros (Krishnaswamy, 2002). Como resultado, se instaura una masculinidad hegemónica blanca, europea, que hace alarde de su superioridad moral y cultural.

Dentro de las teorías modernistas del nacionalismo, el enfoque del marxismo explica el nacionalismo como el resultado de las estructuras de dominación capitalista, un artilugio de la burguesía que asegura y encubre la explotación del proletariado. En esta dirección, Balibar (1991) Nair (1979) y Hobsbawn (1995) desarrollan teorías que vinculan el desarrollo del capitalismo con el nacionalismo, resaltando el vínculo estrecho de la nación con la economía. No obstante, como aclara Balibar (1991: 140-141), “en definitiva, son las configuraciones concretas de la lucha de clases y no la “pura” lógica económica lo

poblaciones en una comunidad de ciudadanos cuya existencia legitima la acción al interior y exterior del Estado”.

Hobsbawn (1995) señala que debemos tener en mente que las naciones modernas y todo su engranaje apelan a un pasado remoto, buscan legitimarse resaltando su pasado histórico, pretenden arraigarse de forma normal y natural, de tal manera que sean eximidas de cualquier cuestionamiento. Así, apelando a un pasado inmemorial, buscan borrar su invención, invisibilizar y negar su construcción. Y justamente por eso, tomando en cuenta la subjetividad de la nación moderna, el carácter reciente, inventivo, los símbolos y el discurso creado como parte de la historia nacional, los fenómenos nacionales no se pueden investigar sin prestar atención cuidadosa a la “invención de la tradición”. Véase Hobsbawn, Eric (2002) *La invención de la tradición*. Cambridge: The Press Syndicate of the University of Cambridge.

⁴⁵ Para Gellner (1983), el nacionalismo se vincula con el colonialismo, el imperialismo y la descolonización. Nace en el contexto de la organización industrial, un momento histórico en el que se delimitan las fronteras políticas y culturales. Así, el nacionalismo se afana por hacer coincidir cultura (lenguaje, educación, identidad) con gobierno, unidad política con unidad nacional, tratando de imponer homogeneidad en poblaciones lingüística y culturalmente diferentes. De tal forma, la tesis de Gellner (1983) plantea que las naciones solo pueden entenderse dentro de la era de los nacionalismos, dado que es el nacionalismo el que produce a las naciones, inventando tradiciones, seleccionando un pasado común, instaurando sentimientos de comunidad, educando a la población en un idioma, una ideología y una historia en común.

El sentimiento nacionalista impide la objetividad y fomenta la parcialidad, la sobrevaluación de lo “propio” por encima de lo “ajeno”, el privilegio de los intereses propios a costa del detrimento de los “otros”. En este sentido, Gellner (1983) señala la falta de sensibilidad que produce el nacionalismo frente a los atropellos que comete una nación contra “los otros”, que siempre se evalúan de forma diferente si el que comete las injusticias o desafueros son “los otros”. Al respecto, Castles y Davidson (2005:81) que ser miembro de una nación puede implicar menospreciar a quienes no pertenecen a tu país, “y hasta odiar- a los miembros de la otra, sin importar la existencia de intereses de clase comunes”.

que explica la formación de Estados nacionales”. En suma, estos autores coinciden en que la nación no preexiste al Estado, sino que es el Estado el que construye las naciones. Además, concuerdan que el nacionalismo es una ideología del Estado para construir a la nación.

Con el paso del tiempo, la nación y el nacionalismo han logrado consolidarse como algo “natural”. No obstante, lo que se considera una esencia interna, inherente al ser humano, no es otra cosa que la repetición sostenida de actos que consiguen un efecto de naturalización. Valiéndonos del término desarrollado por Judith Butler (2007), podemos sugerir el nacionalismo como un acto performativo, un conjunto sostenido de rituales que a través de la repetición logran naturalizarse. Como lo señala Gellner (1983), actualmente la nacionalidad se vislumbra como algo inseparable del ser humano, por lo que un hombre sin nación es impensable. De este modo, como una cualidad inherente al sujeto, “se instituye al individuo como *homo nationalis*, desde su nacimiento hasta su muerte”⁴⁶ (Balibar, 1991: 144-145). En contraposición, el paria despierta el horror, es la encarnación de la “vida nuda”⁴⁷ (Agamben, 2006).

El sujeto es interpelado para reconocerse como miembro de una nación, en contraposición a “los otros”. “La anticipación conjura su objeto” (Butler, 2007: 15), “la magia del nacionalismo convierte el azar en destino” (Anderson, 1993: 29), es decir, el nacionalismo se vuelve una promesa autocumplida. Usando el análisis que Judith Butler (2007: 17) hace del texto de Jaques Derrida leyendo a Kafka, podemos decir que “quien espera a la ley se sienta frente a la ley, y atribuye cierta fuerza a esa ley. La anticipación de una revelación fidedigna del significado es el medio a través del cual esa autoridad se instala”. En lo referente al nacionalismo, podemos decir que éste es un artilugio político

⁴⁶ Los apátridas y parias son un claro ejemplo de la modernidad y la paradoja de la ciudadanía y los derechos universales, del falocentrismo y el eurocentrismo constitutivo de la nación moderna y la masculinidad hegemónica. Como “proyecto político” (Schanapper, 2001), la nación es incluyente y excluyente, integra a cierta población en una comunidad de ciudadanos, en tanto deja fuera a otros, los no ciudadanos. Así, los apátridas, los migrantes, los refugiados, quedan al margen de los derechos civiles, vulnerados, sin protección ni garantías. En definitiva, el caso judío es un claro ejemplo de que “la soberanía en ningún lugar resultaba más absoluta que en cuestiones de emigración, nacionalización, nacionalidad y expulsión” (Arendt, 1998: 233).

⁴⁷ Para Agamben (2006) la vida nuda es el hombre desprotegido, apolítico, en oposición al ciudadano, con vida política, reconocido, protegido y amparado por el Estado. Así por ejemplo, en la Alemania nazi, se distinguió entre ciudadanos de primera clase y ciudadanos de segunda, segregación que culminó con la erradicación de la ciudadanía para los de segunda clase, quienes quedaron en condiciones de “vida nuda”, y fueron deshumanizados y exterminados en los campos de concentración (Agamben, 2010).

que genera lo mismo que plantea, lo que anticipa, dando la apariencia de ser algo natural que emana de la nación, y no al revés, como en realidad sucede. Es decir, que es el nacionalismo lo que produce las naciones, como lo sugiere Gellner (1983).

En esta misma dirección, Hahamovitch (2011) habla del “*no man’s land*”, que es un hombre sin nación, un inmigrante indocumentado o un jornalero agrícola temporal que emigra contratado, aquel que no entra por completo en las categorías de reconocimiento de lo “humano”, por lo cual se ubica en un no-lugar, un espacio inseguro, tambaleándose entre el rechazo, la abyección y la exclusión. Al no alcanzar el grado de humanidad que les concede la ciudadanía plena, la cual les asegura la protección y los derechos que provienen del Estado, quedan a la deriva, proclives a ser vulnerados e invisibilizados, susceptibles de padecer cualquier tipo de discriminación y explotación. En este sentido, Hahamovitch (2011) señala la manera en que los trabajadores temporales existen en lo que llama “*no man’s land*”, hombres sin tierra que existen entre las naciones, gente que provee de mano de obra barata a las sociedades receptoras, pero que finalmente carecen de protecciones por parte del gobierno que los hospeda, existiendo así en un espacio incierto que oscila entre la esclavitud y la libertad.

De tal forma, convergiendo con la teoría de Gellner (1983), Cindy Hahamovitch (2011) se apega a las teorías del nacionalismo modernistas, al señalar que cuando el capitalismo arrasa con los últimos vestigios del feudalismo a finales del siglo XIX, comienza una era de migración laboral masiva, un momento en el que se enciende la llama del nacionalismo. A su vez, el nacionalismo fomentó la formación de naciones como Estados-naciones. Así, las fronteras nacionales son demarcadas, impidiendo, restringiendo y limitando el paso de los inmigrantes, clasificando quién es ciudadano y quién no, quién está legitimado para ingresar o permanecer en su territorio y quién no. De esta forma, ya para principios del siglo XX, los Estados naciones ya industrializados habían promulgado leyes que exigían a los inmigrantes registrarse, ser letrados, pagar impuestos, o abandonar el país (Hahamovitch, 2011).

¿Cuál es el vínculo y la complicidad entre el nacionalismo y masculinidades? Observar la exaltación de la masculinidad, el corte androcéntrico dentro de los construcción simbólica de los nacionalismos, pone de manifiesto elementos centrales que contribuyen a la conformación de una determinada sociedad. En este punto, es importante observar la

relación que guardan las masculinidades y el nacionalismo, nociones interrelacionadas que se concretan en discursos y prácticas, las cuales juegan un papel importante en la edificación de la identidad nacional. Como lo señala Nagel (1998: 251-252, mi traducción), “términos como honor, patriotismo, cobardía, valentía y deber, son difíciles de distinguir como nacionalistas o masculinos, desde que ambos están totalmente unidos a la nación y a la hombría”. Bajo esta perspectiva, se observa que las concepciones y prácticas de la masculinidad responden inexorablemente a las imposiciones del nacionalismo. De esta manera, es importante analizar cómo se conectan los procesos de construcción de la nación, las especificaciones, demandas y jerarquías de género, la matriz heterosexual, como productos de las imposiciones y dinámicas capitalistas.

Al respecto, Martín-Estudillo (2007: 343) se refiere a “la sangre heredada” y “la sangre derramada” como metáforas fundacionales de la narrativa nacionalista. El pacto entre la nación y sus miembros se enraíza en el entendido de un compromiso con sus ancestros que lucharon y arriesgaron su vida por la patria. Por tal motivo, los miembros de la nación son responsables de rendir tributo a sus antepasados, defendiendo, perpetuando y asegurando la continuidad de ésta. Estos discursos cobran sentido en una coyuntura bélica como la Segunda Guerra Mundial, momento en el que se llama a los mexicanos a aliarse con Estados Unidos, quienes en conjunto, movilizan contingentes de varones mexicanos para cubrir puestos en los campos cultivo norteamericanos. Un país en guerra necesita de la mano de obra y el apoyo de sus aliados, y en esta coyuntura, México se convierte en “un simple suministrador de soldados para la coalición que tiene los medios para soportar la guerra con medios propios, sino que tiene medios abundantes de que disponer” (Gramsci, 1986: 68, Q9 §88). Los braceros, como representantes de la nación, pueden ser vistos como soldados de guerra que van a apoyar a Estados Unidos en los campos agrícolas para que la guerra continúe.

El ejército y la guerra son espacios donde se plasman con claridad los ideales de la masculinidad aunados al nacionalismo. Notablemente, las naciones rinden tributo a sus “héroes”, mientras que no dan cabida a las “heroínas”, es decir, el papel de la mujer queda relegado a un plano secundario dentro de los relatos e historias nacionalistas. Al respecto, Domínguez (2013) advierte que en cuestiones de género y sexualidad, particularmente a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, se observa una fuerte propensión por

invisibilizar a las mujeres y a los homosexuales, propiciado por lo que denomina “cultura nacional”. Así, habla de la homofobia, la misoginia y la homosociedad como los elementos sobre los que se erige el machismo y la “cultura moderna” en México.

Cabe notar además que, al igual que la nación, el concepto de masculinidad es de reciente creación histórica, según Connell (1997), aproximadamente de dos siglos de antigüedad. Así, Connell (1997: 36) propone referirnos a la masculinidad y a la feminidad como “configuraciones de prácticas de género”. En esta dirección, el autor destaca el papel del Estado como una institución androcéntrica desde donde se estructura, se instaura y legitima una manera de organización genérica que asegura la subordinación de las mujeres. Por ende, es importante tomar en cuenta el dividendo desigual que produce la estructura de género vigente, ya que “una economía capitalista que trabaja mediante una división por género del trabajo, es, necesariamente, un proceso de acumulación de género” (Connell 1997: 9).

En la misma línea de la tesis de Gellner (1983) y Connell (1997), con relación a las masculinidades, Fraser (2005) observa que la llegada del capitalismo industrial, emerge la figura del hombre trabajador, un momento histórico en el que se exagera la división sexual del trabajo. En este período, surge el emblema del trabajador independiente y la familia (esposa e hijos) dependientes, es decir, el giro industrial apuntala la supremacía masculina. Conforme el trabajo asalariado se vuelve el eje central y prescriptivo de la independencia, quienes no encajan dentro de esta tipificación encarnan la figura de la dependencia. Por consiguiente, como lo señala Fraser (2005), durante este período surgen personajes que encarnan la figura de dependencia: el indigente, el nativo, el esclavo y la mujer, poblaciones que dentro del discurso industrial de la dependencia, son infantilizadas, despreciadas y vulneradas. En este momento histórico de desarrollo industrial, se produce un pacto entre el capital, el trabajo y los hombres, entre la clase obrera masculina y el capital, mediante el cual se instaura el modelo del hombre proveedor y la mujer cuidadora.

Por último, cabe señalar que la masculinidad, como un estatus social, como identidad de género acompañada de valores y prescripciones, se forja en el seno de la modernidad occidental. La idea de ciudadanía se configuró segregando por género de las funciones y valores sociales, por lo que masculinidad y nación no son elementos independientes. El Estado remarca ideales de masculinidad e incentiva procesos de

masculinización, procesos de migración laboral, acorde a sus necesidades. Esto nos permite ver que tanto la masculinidad como el nacionalismo son construcciones históricas, procesos inacabados, en constante reformulación, dependientes de las dinámicas de acumulación capitalistas.

2.3 El perfil de los entrevistados. Pluriactividad y experiencia de clase

Nombre	Edad	Lugar donde se enlistó	Edad y año en el que va por primera vez como bracero	Estatus civil en su primer contrato como bracero	Número de contratos como bracero	Ocupaciones a lo largo de su vida	Situación actual
Chago	93	Durango Chalchihuites	22 años (1944)	Soltero	Dos	agricultor minero pepenador de estaño bracero albañil servidor público	Su hijo y sus nietos lo mantienen
Meño	78	Monterrey Empalme	19 años (1957)	Casado	Tres	agricultor bracero cocinero	Vive de sus ahorros y de la pensión de su esposa
Pablo	82	Empalme	18 años (1955)	Soltero	Cuatro	agricultor intendente caporal y encargado de mantenimiento	Vive de lo que mandan sus hijos que viven en E.U.A.
Lupe	89	Chalchihuites Empalme	29 años (1957)	Casado	Tres	agricultor pepenador de estaño minero bracero albañil sobador y huesero	Pensionado por su trabajo en E.U.A.

Chuy	85	Chalchihuites Empalme	20 años (1952)	Soltero	Cuatro	agricultor minero peluquero bracero	Vive de lo que le manda su hijo que vive en E.U.A.
Joel	79	Chalchihuites Mexicali Empalme	18 años (1956)	Soltero	Tres	piscador bracero albañil encargado de una huerta	Pensionado por su trabajo en E.U.A.
Ramón	74	Empalme	18 años (1959)	Soltero	Dos	Agricultor empleado de una tienda de abarrotes minero bracero comerciante	Vive de su comercio
Marcial	72	Chalchihuites	21 años (1961)	Soltero	Dos	piscador bracero empleado de obras públicas en el Ayuntamiento	Jubilado por parte del Ayuntamiento
Pedro	79	Chalchihuites	18 años (1955)	Casado	Ocho	agricultor minero bracero empleado de obras públicas en el Ayuntamiento	Pensionado por su trabajo en la mina
Agustín	80	Guanajuato Chalchihuites	18 años (1955)	Soltero	Tres	agricultor minero pepenador de estaño bracero albañil carnicero	Pensionado por su trabajo en la mina

Tabla 1. Perfil de los ex braceros chalchihuitenses entrevistados.

A primera vista, lo que el cuadro 1 del perfil de los entrevistados nos permite ver es que la mayoría de los ex braceros entrevistados se enrolaron apenas habían cumplido la mayoría de edad. El de mayor edad, Lupe, lo hizo a los 29 años de edad, mientras que las edades de los demás oscilan entre los 18 y los 22 años. Es importante mencionar que varios de los ex braceros señalan que solo esperaban conseguir su cartilla militar para poder enrolarse como braceros. En tanto otros, como Joel, en su desesperación por marcharse a trabajar a Estados Unidos, buscó la manera de alterar su fecha de nacimiento, porque en realidad tenía 16 años la primera vez que fue bracero, según confiesa.

Debido a que todos eran muy jóvenes cuando emprendían su primera experiencia como braceros, la mayoría de ellos lo hicieron siendo solteros. De manera que, de los diez entrevistados, siete estaban solteros la primera vez que probaron suerte como braceros, en tanto que solo tres estaban ya casados. Al respecto, vale la pena contrastar los hallazgos en el trabajo de campo en Chalchihuites con el trabajo de Deborah Cohen (2011) con los braceros de Durango, dado que su investigación da pauta para pensar que los braceros eran hombres de familia, hombres casados cuyo motivante principal para enrolarse en el Programa, radicaba en el hecho de poder cumplir apropiadamente su papel de proveedor y cabeza de familia.

Por ende, es importante subrayar que su trabajo está dejando de lado a los hombres solteros, aquellos que aspiran a través de su capacidad de trabajo, ser merecedores del amor de una mujer, entablar una relación y posiblemente, formar una familia. Este prototipo de masculinidad, la del joven que desea probar suerte, que aspira al “sueño americano”, la del aventurero, la del novio que aspira a casarse a través de la demostración de su capacidad de hombre trabajador, se plasma con claridad en la película “El bracero del año” (1965), protagonizada por Eulalio González “Piporro”. Un modelo en el que encajan la mayoría de los entrevistados, que estando en edad casadera, buscaban conocer, trabajar y “hacerse de algo” en Estados Unidos, con el fin de prosperar económicamente, ser reconocidos y obtener el título de “hombres de verdad”.

Así por ejemplo, Chago, en su primer contrato como bracero, se casó en Estados Unidos con una “gringa”, con quien sostuvo un matrimonio de seis meses, es decir, lo que duró su primer contrato. En la misma dirección, Pablo recuerda que se enamoró de una “agringada”, hija de mexicanos, nacida en Estados Unidos, con quien pensaba casarse, pero

que debido a las advertencias negativas de sus compañeros con respecto a las “gringas mandonas” e interesadas, mejor decidió regresarse para México y buscar en su país una mujer con costumbres y hábitos acordes a los suyos.

En general, podemos describir a los varones chalchihuitenses como hombres jóvenes y fuertes, casados y en edad casadera. Visto así, el Programa Bracero fue imaginado como una oportunidad de la cual se beneficiaban tanto solteros y casados, ganando respeto y autoridad tanto en el ámbito doméstico como en la esfera pública, al ser reconocidos como hombres honorables, trabajadores, responsables, respetables. Buenos padres o buenos prospectos a maridos. Hombres sanos, enérgicos, jóvenes, listos para el trabajo, con capacidad de proveer y mantener. Finalmente, el Programa en su afán de modernizar, buscaba instalar en los varones rurales aquellas características de un “buen mexicano”, un “hombre trabajador”, erradicando no solo la pobreza, sino además los “malos hábitos” (Cohen, 2005)

Por otro lado, la información de la tabla da cuenta de que los varones chalchihuitenses acudieron a los centros de contratación de Monterrey, Guanajuato, Durango, Mexicali y Empalme, un tema en el que ahondaré más adelante en la sección 2.3.3 de este capítulo. Asimismo, los datos señalan que los entrevistados se enrolaron al menos dos veces en el Programa, siendo Pedro, con ocho entradas, el que presenta el mayor número de contrataciones. No obstante, cabe señalar que el conteo que muestra la tabla se enfoca en el número de veces que se enlistaron en México, lo que deja fuera las recontractaciones que se llevaron a cabo sin salir de Estados Unidos, un suceso que se presenta de forma recurrente entre los entrevistados.

Solo por mencionar un ejemplo, Agustín registra tres contrataciones. La primera vez se contrató en Guanajuato y fue enviado a Arizona, donde duró medio año trabajando en el corte y deshije de lechuga, posteriormente, al terminar su contrato, ahí mismo fue recontractado por otros seis meses para trabajar en el melón y en la pisca de algodón. La segunda vez se enlistó en Chalchihuites, llegó a Empalme, Sonora y fue enviado a la pisca de pera a Oregon por 45 días. Enseguida, sin salir del país, le renovaron su contrato para ir a la pisca de maíz en Idaho, donde estuvo 45 días. La tercera vez, se enlistó en Chalchihuites, pasó por Caléxico y lo mandaron a Salinas, California donde trabajó en la lechuga, betabel y “otras verduras”. El ex bracero y ex minero recuerda que esa última vez

estuvo aproximadamente año y medio porque en ese mismo sitio lo recontrataron varias veces.

En cuanto a su historial laboral, antes de enrolarse en el Programa, la mayoría se desempeñaba como minero y/o como agricultor. Es importante señalar que todos tenían el antecedente de haber trabajado en el campo, contribuyendo en la siembra de la tierra de su padre, de algún familiar o conocido. En lo que respecta a Joel y Marcial, antes de irse como braceros, habían estado piscando algodón y otros cultivos en distintas regiones de México como Tamaulipas, Torreón, Chihuahua, Sinaloa y Sonora. Ambos concuerdan que en lugar de entrar a trabajar a las minas, preferían ir a trabajar al campo a otros lugares del país, “porque les iba mejor”. Es así que de los diez entrevistados, siete trabajaron como mineros, combinando estacionalmente la agricultura, la minería y la migración laboral como braceros.

Por otro lado, varios de ellos mencionan la pepena de estaño como una actividad que les proveía un ingreso extra. Dado que Chalchihuites es una zona rica en yacimientos minerales, sobre todo durante los años cincuenta, la gente se dedicó a juntar el estaño que encontraban en la sierra para luego llevarlo a vender a la ciudad de Durango, una actividad que según sus versiones, en aquellos años resultaba más redituable que emplearse como minero. Por ejemplo, Agustín comenta que durante diez años se dedicó a la pepena de estaño. Por su parte, haciendo la comparación entre sus ganancias en el estaño y el sueldo que obtenía como minero, Chago (93 años, ex bracero y ex minero) comenta: “sí, me convenía unas veinte veces más, porque llevaba uno 100 kilos, a 20 o 25 pesos el kilo. De 48 pesos por semana, a sacar en cinco días más de 500 pesos. Pues ya mejor nos dedicamos al famoso estaño”.

Cabe señalar que luego del Programa Bracero, Joel, Marcial, Meño y Lupe siguieron yendo a trabajar a Estados Unidos como indocumentados, por lo que Joel y Lupe se beneficiaron de la amnistía de 1986, la cual les permitió obtener su estatus legal en el país y, más adelante, beneficiarse de una pensión. Marcial tuvo la oportunidad de conseguir papeles, pero no quiso, apelando a su fidelidad a la madre patria, mientras que Meño, que trabajó durante 58 años en el extranjero, por un problema legal, perdió la posibilidad de obtener su residencia. Por otra parte, varios de los entrevistados consiguieron empleos temporales en la presidencia municipal de Chalchihuites, como Pedro, Chago y Marcial,

mientras que Ramón, de manera excepcional, al regresar de su última experiencia como bracero, se casó y se convirtió en comerciante, una actividad que desempeña hasta hoy en día.

2.3.1 Braceros, ¿pobreza o afán de aventura?

Negándose a caer dentro los intelectuales pesimistas que consideran a los braceros como parte de la “caravana del hambre”, trabajos como el de Pedro de Alba (2007), enfatizan en el espíritu aventurero que caracteriza a los mexicanos, señalándolos como “un pueblo andariego” que sigue reproduciendo las costumbres mexicas de exploración y conquista. Asimismo, se refiere a la “inestabilidad física intelectual”, a la propensión al escapismo, al espíritu inquieto que caracterizan a los seres humanos, como razones de fondo para explicar las motivantes de los braceros para ir a trabajar a Estados Unidos. Si bien es cierto que entre las masas de braceros había varones provenientes de diferentes oficios, estas aseveraciones dejan de lado el aspecto estructural y los factores económicos que orillaron a los braceros a buscar trabajo en el extranjero. Con relación a este tema, los chalchihuitenses son claros al expresar que fue la necesidad económica, la pobreza, la falta de trabajo bien pagado, “la esperanza de ganar un centavo más”, lo que los llevó a enrolarse en el Programa Bracero.

Una vasta literatura apoya la idea del afán aventurero de los migrantes mexicanos, que sin dejar de lado las razones económicas, potencian la “curiosidad”, o la “cultura de migración”⁴⁸ (Kandell & Massey, 2002; Mines, 1981) como una de las principales motivantes, designando la migración de varones jóvenes como “un rito de pasaje” (Hondagneu-Sotelo 1994; Smith, 2010). Como lo refiere Hondagneu-Sotelo (1994:83), la principal motivación de los varones no es la de ayudar a su familia, sino el “deseo de aventura”. Con ello, desecha la idea de que los varones jóvenes emigren con la idea de apoyar o mantener a su familia. No obstante, en las 12 entrevistas a ex braceros, ninguno de

⁴⁸ De acuerdo a los autores, la “cultura de migración” surge debido a la tradición histórica de migración en un contexto determinado. Se vincula además con las redes sociales de migración que se van creando a través de tiempo, con los nuevos estándares de vida y necesidades de consumo que crea la migración, lo cual provoca que las expectativas de las personas, sobre todo de los jóvenes, estén puestas en migrar a trabajar a Estados Unidos. Ésta se nutre de historias de éxito, aventuras y logros materiales que incitan a los miembros de una comunidad a trabajar en Estados Unidos.

ellos mencionó el afán de aventura o el deseo de conocer otros lugares como la razón para migrar. Más bien, expusieron las situaciones de pobreza, resaltaron el pago miserable de las minas y la “esperanza de ganar un centavo más” como el móvil que los llevó a contratarse como braceros.

2.3.2 “Bracero”: indagando en el término

“Braceros” es una de las diferentes denominaciones para un contingente de trabajadores extranjeros flexibles, maleables, mano de obra barata, desechable, deportable. El término *guestworker*, es una traducción del alemán *gastarbeiter*, el cual surge como resultado de los programas masivos que se gestan en Europa central desde principios del siglo XX. Como lo señalan Castles y Kosack (1985) este término suplantó al término *fremdarbeiter* – “trabajador ilegal”, un concepto que implicaba cierto grado de deshumanización y que se usó para referirse a la mano de obra esclava. Posteriormente se cambia por *gastarbeiter*, de connotación más positiva en comparación al anterior, el cual se usó en la Alemania occidental para referirse a los trabajadores extranjeros en los programas de las décadas de 1950 y 1960.

Contrario a esta versión, González (2006) señala que ya desde el siglo XVIII el término bracero se usa para designar a los asalariados del campo⁴⁹ en Andalucía. Es así que ya desde aquel tiempo se denominaba bracero al, “peón que se alquila para cavar o hacer otra labor de labranza donde ha de menear los brazos” (Covarrubias, 1977: 233). Por otro lado, González (2006) nota que el bracero se diferencia del jornalero porque combina su trabajo asalariado con labores de labranza en pequeñas parcelas que toman en arriendo en sitios cercanos, en tanto los jornaleros dependen totalmente de que los llamen para ir a trabajar.

En el caso de los mexicanos, se les denominó braceros a aquellos que participaron en las diferentes fases del Programa de Trabajadores Temporales (1942-1964) conocido como Programa Bracero, laborando en diferentes ámbitos, siendo los más conocidos el

⁴⁹ Dicha aseveración se fundamenta en una investigación basada en la revisión de documentos históricos, con la finalidad de indagar en los términos utilizados para designar a los trabajadores del campo durante el siglo XVIII. Así, en los mandatos u órdenes de los Consejos de la monarquía o de alguna autoridad estatal de Andalucía, los términos más recurrentes para referirse a los trabajadores agrícolas son jornalero y bracero.

trabajo ferroviario y el trabajo en los campos agrícolas, aunque existen evidencias de que varios de ellos desempeñaron otro tipo de actividades. Como lo señala Grijava (2015) el término atiende al trabajo de tipo manual, sin maquinaria, que realizaron estos varones. Por su parte, Chávez (2015) se refiere a la “bracereada” como un término que hace alusión a la experiencia vivida por los participantes en el Programa. Por tal razón, varios de los entrevistados usan este término para narrar los acontecimientos y trajinares de su experiencia como trabajadores temporales en Estados Unidos.

Cabe aclarar que en esta investigación hago uso del término bracero para referirme a los varones que se enrolaron en Programa de Trabajadores Temporales (1942-1964) conocido como Programa Bracero. Aquellos que se enlistaron en el municipio de Chalchihuites, o quienes acudieron a alguno de los centros de contratación en los diferentes estados del país, los que fueron sometidos a diferentes pruebas y exámenes para legitimar su contrato, sujetándose a la normatividad, el control y la vigilancia de ambos gobiernos México-Estados Unidos. Tomando en cuenta que ocasionalmente el término bracero se aplica de forma arbitraria para referirse a un jornalero o trabajador agrícola de cualquier período histórico, o incluso para aquellos que fueron a trabajar a los campos agrícolas de manera indocumentada durante el tiempo de vigencia del Programa Bracero, en esta investigación el término queda acotado a aquellos que se contrataron de forma legítima, bajo los regímenes del Programa.

2.3.3 Las contrataciones. Entre intermediarios, “transas”, “mordidas” y engaños

El viaje trágico y heroico se alimenta también de la fantasía de que se llegará a un lugar con posibilidades fabulosas y retos que espera pueden vencerse; y que regresará al hogar con los trofeos a costas –trofeos que generalmente no exceden el mínimo para sobrevivir; fantasías que solo esconden la derrota. Entre las conquistas más preciadas se encuentra la narración de la misma aventura, tanto para quien la cuenta como para quien la escucha.

Reina Carretero (2015).

De acuerdo a Griffith (2015), la “migración gestionada” o migración temporal por contrato debe ser vista como un síntoma de la manera en que el capitalismo se desarrolla, buscando fuerza de trabajo flexible, barata, desechable, generizada, disciplinada, la cual importa por

periodos definidos de tiempo, tratando de asegurarse de que no se queden de manera permanente en el extranjero. Este tipo de migración es la que Griffith (2005) denomina la “migración militarizada”, los “trabajadores desechables” que “cuando vencen sus visas tienen que salir de Estados Unidos” (Bauer, 2013), a quienes Hahamovitch (2011) señala como los “inmigrantes perfectos”. Gente a quien se separa de sus lugares de origen y posteriormente se les regresa al finalizar su contrato, trabajadores con pocas garantías a quienes se les puede controlar y desechar en un período corto de tiempo.

El Programa Bracero entra dentro de esa “migración gestionada”, es decir, un tipo de migración legal a partir de la cual se despliega una “industria de la migración”⁵⁰ que negocia y se beneficia del traslado de personas y bienes; una industria en la que intervienen distintos intermediarios, desde representantes del gobierno, contratistas, “coyotes” y gente que ofrece diversos servicios para los trabajadores temporales con el fin de facilitar y agilizar el contrato. Como lo afirma Griffith (2015: 115), tanto la migración internacional como la industria que la apoya y promueve, son parte de un proceso mayor al cual define como “la sed del capital por una fuerza laboral de carácter flexible que se expande y se contrae de acuerdo a temporadas y en respuesta a períodos de crecimiento y decadencia económica; una fuerza laboral altamente móvil y en gran medida separada de sus espacios de reproducción”.

En el caso de los braceros, oficialmente el proceso de contratación comenzaba a nivel municipal, donde los varones debían ser enlistados bajo el permiso de las autoridades municipales. Posteriormente, eran enviados a las estaciones migratorias ubicadas al norte del país, en donde antes de obtener su contrato, primero tenían que pasar diferentes revisiones y un examen médico que acreditara su estado óptimo de salud. Finalmente, luego de ser contratados, eran enviados a centros de recepción en Estados Unidos para después ser repartidos a los distintos ranchos y granjas donde iban a laborar por el lapso de tiempo estipulado en el contrato. No obstante, como lo señala Galarza (1964), tomando en cuenta que el número de trabajadores disponibles superaba el número de espacios en las listas municipales, a mediados de 1950 surge la posibilidad de saltar el proceso municipal y trasladarse hasta la estación de Empalme Sonora en calidad de trabajadores “libres”, donde

⁵⁰ Aunque existe la tendencia a pensar en “industria de la migración” con referencia a la migración indocumentada, en este caso, el término se usa haciendo alusión a la industria vinculada con los trabajadores temporales contratados por la vía legal.

luego de pisar una cantidad determinada de algodón, podían ser contratados como braceros. En suma, se trata de un mercado de trabajo en donde se articulan procesos regulados de absorción de trabajo y al mismo tiempo, mecanismos informales y subrepticios de incorporación, lo que en los hechos, contribuye a abaratar el trabajo y disciplinar a los aspirantes.

Los primeros centros de contratación se establecieron en la Ciudad de México, en Tlaquepaque, Jalisco y en Irapuato, Guanajuato. Posteriormente se abrieron centros de contratación en el norte del país en Empalme y Hermosillo, Sonora, en Mexicali, Monterrey, Nuevo León y Chihuahua (Grijalva, 2015). En 1955, se abrió el centro de contratación de Empalme, Sonora (González, 1988), del cual hablan la mayoría de los entrevistados chalchihuitenses. Esta oficina migratoria llegó a ser una de las importantes, un sitio donde se congregaban varones de los distintos estados del país, para luego ser enviados hacia California, Arizona y Texas principalmente (Grijalva, 2015).

De los diez ex braceros entrevistados en Chalchihuites, la mitad se contrataron desde el municipio, o acudieron a centros de contratación en otras ciudades como Guanajuato y Monterrey, mientras que la otra mitad, que no alcanzaron a entrar dentro de las listas municipales, o no deseaban esperar a que salieran nuevas listas, en un esfuerzo extra por insertarse al mercado laboral agrícola que ofrecía Estados Unidos, viajaron al centro de contratación de Empalme Sonora. Ésta última opción de viajar a la ciudad del norte para obtener un contrato, surge a partir de mediados de los años cincuenta y perdura hasta el final del Programa en 1964, como una alternativa para aquellos que no habían conseguido un lugar en las listas municipales (Chávez, 2015). De esta manera, en lugar de esperar un lugar en la lista municipal, varios de los entrevistados tomaron la opción de viajar a Empalme en busca de una oportunidad. Seguramente, esta vía encarecía su reclutamiento y aumentaba las deudas que contraían para poder asegurar el viaje y el enganche.

Las versiones de los entrevistados muestran que quienes tenían amistad con el presidente municipal, o algún conocido en la presidencia, eran llamados personalmente para enrolarse en la lista. Como recuerda Pablo, ex bracero de la comunidad de Piedras Azules, “ahí le daban a todos los que estaban más cerca, a los del gobierno. Fui a Empalme, porque aquí luego luego se llenaban las listas”. Notablemente, quienes residían en la

cabecera municipal tenían ventajas frente a los de las comunidades o rancherías puestos que ellos recibían más rápido la información, pero además, por los lazos de amistad con los de la presidencia. Como narra el señor Chuy:

A veces alcanzaban los rancheros y a veces no. Ponían las listas en la puerta y ya Poncho Peña, que era el presidente me hablaba a mí. Ese metió muchas listas y me hablaba. No pos no tengo dinero. “Así vete”. Y los demás: ¡ándale, que hay una lista, vamos! Ya juntaban la lista y le daban a uno una hoja, ahí la tengo yo, con una fotografía y ya con esa nos íbamos. Ya las metíamos allá y ya empezaban a hablarles a los de la lista (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).

En general, se observa que existió una marcada preferencia por enlistar a varones de la cabecera municipal, en tanto que los de las rancherías fueron relegados y se vieron obligados a viajar a Empalme. La situación de quienes estaban en las listas municipales y quienes no, era distinta. Quienes quedaban excluidos de la selección municipal, se trasladaban por sus propios medios a la oficina de contratación de Empalme, Sonora, en donde el gobierno mexicano y los dueños de plantaciones de algodón del norte de México vieron la oportunidad de utilizar la fuerza de trabajo de quienes aspiraban a convertirse en braceros y habían quedado excluidos de las listas municipales. De esta manera, para poder entrar al mercado laboral agrícola en los Estados Unidos, muchos de los aspirantes a braceros se veían obligados a contribuir en el campo mexicano, probando sus habilidades, piscando una cuota de 2,000 kilos de algodón, con el fin de obtener una carta que les daba el paso a los campos norteamericanos.

Se observa entonces cómo trabajan en conjunto los centros de contratación, las autoridades locales, el gobierno mexicano y los empresarios agrícolas para sacar provecho del trabajo de la población “suelta”, sobrante y necesitada que, por un lado, era requerida, y por otro, se rechazaba, debido al hacinamiento y los desórdenes que representaba la muchedumbre de varones en los centros de contratación, en donde proliferaba un mercado libre, paralelo y precarizado que proveía de mano de obra a la agricultura, servicios demandados por la misma operación y mantenimiento de las instalaciones de los centros de contratación. Dicho lo anterior, la cuota de trabajo se postula como la solución para resolver la escasez de mano de obra en los campos agrícolas de México, lo que permitió

que los centros de contratación del norte siguieran funcionando sin afectar a los empresarios agrícolas de la región. Todas estas aristas muestran la cara menos idílica de un programa ensalzado por sus presuntas virtudes.

Se ha documentado también que debido a la implementación de la cuota algodонера, se produce un crecimiento importante de la producción algodонера en los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua y Nuevo León, gracias al aporte de la fuerza de trabajo de los aspirantes a braceros, quienes con el deseo de obtener su carta, regalaban su trabajo y eran explotados en los campos algodoneiros de su país antes de pasar “pal otro lado”. Como resultado, la producción algodонера en México aumentó 6.9% por año durante las dos décadas de vigencia del Programa, lo que convirtió al algodón en el producto de exportación más importante, y a México, en el mayor exportador del mundo, al pasar de un 5% en 1940 a un 47% en 1960; llegando a su punto más álgido en la década de los cincuenta cuando conformó el 52% de las exportaciones del país (Chávez, 2007; Hicks, 1967; Walsh, 2008).

En la siguiente tabla, se observa el marcado ascenso de la producción algodонера en los estados del norte, a partir de la implementación de la cuota de trabajo de los braceros durante la década de 1950:

Estado/ Año	1940	1950	1960
Baja California	16 891 988	94 373 445	229 610
Sonora	314 300	25 570 521	131 000
Chihuahua	16 111 758	68 947 640	141 436
Nuevo León	1 367 420	18 478 635	20 028

Tabla 4. Toneladas de algodón cosechadas con base a los censos agrícolas, ganaderos y ejidales de los estados en cuestión. Tomada de Córdoba (2015).

Con base a los datos de la tabla, la década de los cincuenta se presenta como un período próspero, en el cual el número de toneladas de algodón cosechadas muestra un ascenso sin precedentes, un tiempo en el que los aspirantes a braceros de Chalchihuites acudían al centro de contratación de Empalme como trabajadores “suelos” o “libres”, donde muchos

piscaron la cuota de los 2,000 kilos de algodón para conseguir su carta de control. No obstante, como narra Pepe, un aspirante a bracero que se trasladó a Empalme en 1964, debido a la escasez del trabajo, en la parte final del Programa, pagar la cuota de algodón ya no garantizaba obtener la carta, sino que después de pisar las dos toneladas de algodón, les sorteaban una carta a diez hombres, “ya era muy difícil”, señala (Pepe, 74 años, comerciante).

Excluidos del proceso de selección municipal, con pocos centavos en la bolsa, sin lazos sociales de apoyo, quienes se trasladaban a Empalme, se ubicaban en una situación aún más desventajosa, entre la incertidumbre y la precariedad, disputándose un bocado entre una muchedumbre hambrienta y necesitada que se aventuraba a viajar al norte del país para pelear por un lugar dentro de la flota de hombres que mantenían la fe en la posibilidad de viajar a Estados Unidos, “con la esperanza de ganar un centavo más”. Así lo narra Ramón:

Había como un control, el que piscaba 2000 kilos de algodón le daban una carta y con esa pasaba. Yo pisqué 2000 kilos de algodón en Obregón Sonora, cuando ya los pisqué fui con el mayordomo y el dio la autorización para que me dieran la carta, y me fui, y ya con esa pasé. Y el siguiente año, como ya sabía, hice lo mismo, pero esa vez ya no duré tanto, llegué directo a Obregón y fue cuando duré más mucho. Aquí no lo contrataban a uno, se iba uno a Empalme y ahí era donde lo contrataban (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

En Empalme Sonora se congregaban tumultos de varones que ofrecían su fuerza de trabajo. El desorden, las “transas”, la hambruna y la precariedad arreciaban entre los trabajadores “libres” que, al margen del listado municipal, viajaban por su propia cuenta a la estación de contratación de Sonora. Aquí había que esperar, pagar una “mordida” para que los dejaran pasar o trabajar pisando algodón para ganarse un lugar. Esperar, aguantar varios días, meses, muchas veces sin comer o comiendo poco y sin un lugar para dormir. Como lo señala Ramón (74 años, ex bracero y ex minero), disciplinado por el ansia de ser contratado, soportó las vejaciones de la súper explotación y los rigores de una vida miserable: “Yo trabajé mucho tiempo por la pura comida y me dormía en un cartón, cobraban un peso por dejar dormir a uno en un lugar, nomás pa’ no quedarse en la calle. Buscábamos un cartón o algo pa’ dormir, así se impone uno”.

La situación era un tanto diferente para quienes llegaban a Empalme enrolados a través de la mediación de las autoridades del municipio. Para ellos la espera podía ser más corta y no estaban obligados a pagar la cuota de la pisca. Este fue el caso de, por ejemplo, el señor Agustín y don Chuy, quienes dicen que fueron a Empalme pero al estar oficialmente enlistados desde el municipio, ellos “pasaron directo”. Así, entre los enlistados y quienes buscaban una oportunidad para contratarse, la estación de Empalme se volvió un sitio sobrepoblado por varones donde el panorama se tornaba “traumático”, un sitio en el que a diario se testificaban eventos desoladores de hambruna, muertes, injusticias, corrupción, peleas y desesperación. El Programa Bracero, concebido como instrumento que administra poblaciones sobrantes, configuraba categorías de elegibles e inelegibles, enmarcando segmentos bajo un régimen de derechos parciales de excepción, al mismo tiempo, excluyendo a otros; apuntaló, en suma, una población fragmentada de trabajadores disponibles.

Los “libres” viajaban a Sonora con algunos ahorros y por medio de préstamos de familiares y amigos, que con el paso de los días se iban terminando. Don Lupe, tuvo la oportunidad de contratarse enlistado desde el municipio, pero también probó lo azaroso de viajar a la oficina de contratación de Empalme como “libre” o “suelto”, en compañía de otros varones del municipio. El testimonio de Lupe, demuestra que además de pisca, también existía la posibilidad de enrolarse como bracero pagando una “mordida”. Así lo narra:

Duré yo ahí 15 días, porque iba libre, no iba enlistado. Iba también “el Manchado”, íbamos muchos libres de aquí, o sea sin enlistarnos, de aquí y de los ranchos, de Piedras, de San José, iba “el curro Vega”, Jesús Pizaña, muchos. Le nombraba uno suelto porque se iba uno con 200 o 300 pesos a ver si le tocaba la de buenas y ahí en Empalme andaba yo consiguiendo, me faltaban 200 pesos, traía yo 200 y me faltaban 200 para pagar mordida para entrar en una lista. Señoras y señoritas andaban ahí pidiendo dinero para poder fregar a uno (Lupe, 89 años, ex bracero y ex minero).

Bajo estas condiciones, algunos se empleaban en actividades que pudieran ayudarlos a sobrevivir mientras pasaban a Estados Unidos, o ideaban algunas actividades, como vender agua o alimentos para sacar provecho a los pocos pesos que les quedaban y así ayudarse para subsistir. A veces, mandaban pedir dinero a sus familiares en sus lugares de origen,

quienes terminaban patrocinando no solo los gastos de viaje, sino también la estancia en la ciudad fronteriza. De tal forma, contrario a ayudarlos, la gente de su pueblo terminaba apoyándolos en su trajinado tránsito hacia Estados Unidos.

Entre tanto, la desesperación, las estafas y las “transas” abundaban. Los braceros, no solo eran explotados al llegar a los campos de cultivo en Estados Unidos, sino que dentro de todo el proceso de contratación, en diferentes momentos, se vieron en la necesidad de estar negociando, pagando dinero, dando “mordidas”, estafando y siendo estafados. Así por ejemplo, Chago dice que no pudo obtener una carta de recomendación en el municipio de Súchil, Durango, debido a que le cobraban 150 pesos por expedirla en la presidencia municipal y él no tenía dinero para pagar tal cantidad. Reglamentariamente, estas cartas debían ser expedidas sin costo alguno a los aspirantes a braceros, sin embargo, en todos los niveles, la corrupción y el abuso hacia los braceros se hacían presentes. Y sigue estando presente, si tomamos en cuenta que el pago del ahorro del 10% de su salario aún no se ha saldado, un tema que analizo en la sección 2.5 de este capítulo.

En el trayecto hacia la contratación, los braceros buscaban formas de burlar la infinidad de trabas a las que se enfrentaban, siendo la “mordida” una de las estrategias más recurrentes. Otro ejemplo es el de Ramón, quien confiesa que no es verdad que piscó los 2,000 kilos de algodón, sino que él y sus compañeros del Ojo del Toro, Chalchihuites, hicieron una colecta para pagarle al pesador para que les apuntara más kilos de los que piscaban y de ese modo obtener más rápido la carta. Asimismo, señala que algunos de los que ya tenían su carta para pasar, y que por alguna razón ya no querían ir a Estados Unidos, la vendían, de modo que pronto empezaron a venderse “cartas chuecas”, es decir, cartas falsas sin validez oficial. Ramón compró una de esas cartas, y al darse cuenta de que era “chueca”, decidió estafar a otro postulante para recuperar su dinero. Como lo relata el ex bracero:

Había muchas transas, los que iban bien enrolados, llevaban una carta para pasar, pero ya luego no les convenía estar y la vendían, pero había muchas cartas que eran chuecas. Ya luego yo compré una carta pa pasar, pero me dí cuenta que era chueca y se la vendía a otro. Le dije: es buena, en dos o tres días te van a pasar! Pos yo pa no perder, pos si no traiba. ¡Puras transas! (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

Gente que prometía pasarlos a cambio de dinero. “Licenciados” que les aseguraban enrolarlos y facilitarles la entrada a los Estados Unidos, intermediarios que les garantizaban estar “del otro lado” trabajando en un par de días. En el caso de Ramón, las estafas comenzaron desde mucho antes de salir de su pueblo. Al respecto, narra que un contratista visitó la rancharía de San Juan, en Chalchihuites, alegando que tenía un pedido de cincuenta hombres. Para enlistarlos, les solicitó 1,100 pesos, lo cual “era un dineral en ese tiempo”, comenta el ex bracero. Ramón logró juntar el dinero empeñando una pistola propiedad de su familia, y así se enlistó. Afortunadamente, un matrimonio de la rancharía de San Juan, quienes conocían al “contratista”, abogaron por el grupo de varones ávidos de trabajar, diciendo que ellos retendrían el dinero y se lo entregarían cuando los chalchihuitenses les confirmaran que ya habían pasado para Estados Unidos. Bajo este acuerdo, pensando que tenían su pase asegurado, el grupo de hombres se trasladó a Empalme. Empero, la supuesta contratación nunca se concretó. “Y como no pasamos, pos no le pagaron nada. Y después nosotros pedimos ese dinero, y nos lo regresaron” (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

Así fue como Ramón llegó por primera vez a la estación de Empalme, Sonora, apenas cumplidos los 18 años de edad, razón por la cual tuvo que pagar una “mordida” a Pancho, el instructor del pueblo, para no marchar y que le diera su cartilla militar. Finalmente, Ramón consiguió un contrato por 45 días y al término de éste, regresó para México. La historia de Ramón y la de la mayoría de los ex braceros me conducen a preguntarme: ¿Qué tan redituable era el Programa bajo estas condiciones? ¿En realidad eran más las ganancias que los costos que acarrearba su participación en el Programa? ¿Valía la pena? ¿Qué beneficios reales obtenían? En este punto, resulta perentorio citar a Cohen (2005), quien sugiere que contrario a ser integrados y “modernizados”, por cuestión de nacionalidad y clase social, los braceros estaban siendo condenados a la exclusión y la discriminación, ya no solo en su país de origen, sino además, en Estados Unidos.

2.3.4 La sequía de 1957

Las sequías generan fuertes pérdidas económicas en las regiones que las padecen, por lo que incentivan la movilidad laboral hacia otros lugares del país, o el extranjero. A causa de

la falta de lluvia, se imposibilita la siembra y la cosecha de cultivos, lo que en ocasiones trae consigo también la muerte del ganado. Asimismo, escasea el agua para la producción industrial, al igual que el uso doméstico para la población (CENAPRED, 2014). Tomando en cuenta que la escasez de lluvia es determinante en la sequía, el Centro Nacional de Prevención de Desastres (CENAPRED) ofrece una definición de sequía como: “un fenómeno meteorológico que ocurre cuando la precipitación, en un lapso, es menor que el promedio, y cuando esta deficiencia, es lo suficientemente grande y prolongado como para dañar las actividades humanas” (CENAPRED, 2014: 6).

Según la reseña histórica que provee la CENAPRED (2014), el norte del país es una de las zonas más afectadas por la falta de lluvias, la cual registra fuertes sequías durante la década de 1950 y hasta 1964, fecha que coincide con el término del Programa Bracero. La sequía de 1957 es recordada como una sequía histórica, una de las más extremas que ha vivido el país, la cual tuvo como resultado innumerables pérdidas en la agricultura, lo que planteó la necesidad de construir presas y pozos (CONAGUA, 2014; Florescano, Sancho & Pérez, 1980). Esto lo corroboran los testimonios de los entrevistados, quienes en varias ocasiones hablan del 57 como un año trágico, en el que se vieron obligados a implementar medidas drásticas con el fin de sobrellevar la sequía. Una de estas medidas fue probar suerte como braceros.

Ramón recuerda el año 1957 como un año “malo” en el que hubo pocas cosechas, un año en el que mucha gente, incluso los que eran considerados como “ricos”, se fueron a trabajar a Estados Unidos. En sus palabras:

Ese año fue malísimo, no conseguía aquí en las tiendas ni maíz, la harina se agotaba. Ese año se movió mucha gente a Estados Unidos, hasta Salvador Mier se fue de bracero, se nos hacía raro, siempre han sido hombres ricos, pero veían la situación mala, que las vacas se estaban muriendo, pos gente de poco mundo, porque pos si tenían vacas hubieran vendido unas pa' comprar pastura pa' las otras, pero no, no salía nadie a ningún lado, nomás esperando a ver qué (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

En aquel tiempo, Ramón apenas tenía 16 años de edad, motivo por el cual todavía no podía aventurarse como bracero. En torno a las pérdidas de la sequía, el ex bracero recuerda que las vacas se morían de “tan flacas” porque no había pasto en el campo y no tenían para comprar forraje o pastura. Siendo la agricultura y el ganado uno de los principales medios

de subsistencia, sobre todo para el caso de las personas de las ranherías, la falta de lluvia representaba una verdadera catástrofe. Tal como lo expresa Ramón (74 años, ex bracero y ex minero): “era una apuración grande cuando no llovía tanto porque no sembrábamos, como por los animales, pues era la vida con lo que nos sosteníamos, tanto con los animales como con la cosecha”.

Andrea, esposa de Ramón, también recuerda la crudeza de ese año de sequía. “No llovió y no hubo cosecha, y los animales se empezaron a morir. Mi padrino tenía más de cien reses y se le murieron, y se volvió loco”. Además, recuerda que en ese año, su familia, que dependía también de la agricultura y la ganadería, estuvo en aprietos, por lo que su papá tuvo que emigrar como bracero, siendo ya un “hombre grande”.

A mi papá se le murieron como veinte animales, y él lo que hizo fue: “me voy para Estados Unidos”, y ¡ya estaba viejo! Y a la gente se le hacía raro y así nos mandaba mucho dinero. Bien diantre. Yo tenía 15 años cuando se fue. Él nos mandaba dinero. Lo mandaba por correo y aquí nos llegaba con Pancha Ramírez. Luego a mí me trajo un abrigo y me trajo telas, retazos para hacer vestidos, pañoletas. Nos trajo muchas cosas y les puso la muestra a todos (Andrea, 74 años, comerciante).

Como lo constata la investigación de Sarricolea (2014), durante el período de 1957 y 1958, el estado de Zacatecas experimenta un quiebre en la norma del rango de edad aceptada para ser bracero, que hasta antes de la cruda sequía se había mantenido entre los 20 y 40 años de edad. Desde el año de 1953, se observa que la norma se empieza a fragmentar, al ser aceptados varones de 50 años, mientras que ya para 1957, la violación de la norma se efectúa de forma recurrente, un hecho que puede haber sido propiciado por la sequía y la urgencia de trabajo en el estado (Sarricolea, 2014). Por su parte, la investigación de Gloria Vargas (2007) provee datos que muestran que la expulsión de braceros zacatecanos hacia Estados Unidos durante el año 1957 se dispara en un 259.40%, la cifra más alta alcanzada hasta entonces.

La falta de agua cobraba efectos no solo en el campo y en los animales, sino también en la población, que veía amenazada su vida frente a la carencia de un recurso tan básico como el agua. En este sentido, Pancha recuerda cómo se vivió este tiempo en la comunidad del Durazno, una comunidad perteneciente a Chalchihuites. Pancha narra que cuando era niña, solía ir con su mamá por agua al pozo cerca del río del Mastranzo, un río

que en el año de 1957 se secó por la escasez de lluvias. “Era un pozo muy profundo, de ahí sacábamos agua, porque no había agua para la gente”. Comenta que las filas de quienes esperaban para sacar agua eran largas y se mantenían durante toda la noche. “Esa agua la usábamos para tomar, pero no dejaban que la gente lavara con esa agua, por la escasez tan grande, primero queríamos asegurar la que tomábamos” (Pancha, 64 años, residente de Chalchihuites).

Pancha relata que para lavar y para los animales, estaba la opción de ir a la Sierra de las Flores, un cerro que se encuentra a una hora de la comunidad del Durazno, donde había un charco, que era donde la gente lavaba su ropa y llevaban a los animales a beber agua. Narra que pese a la distancia, la gente del Durazno y también la de otras comunidades, llevaba sus animales a beber agua hasta la Sierra de las Flores, en un esfuerzo por mantenerlos con vida. Según refiere doña Pancha:

Pasaba la gente con sus animalitos cayéndoseles de hambre, para que fueran a tomar agua, pero se llegó el tiempo en el que ya no había qué darles de comer a los animales y ya no los sacaban de los corrales, los animales ya bien flacototes, ya no podían ni caminar para llevarlos hasta allá. Nomás los únicos que estaban muy bien eran “los san juaneros”, pero hasta ellos terminaron yéndose a Estados Unidos (Pancha, 64 años, trabajadora doméstica, residente de Chalchihuites).

De esta manera, como una forma de paliar la sequía, algunos emigraban temporalmente para Estados Unidos en busca de trabajo. Al igual que Ramón, varios de los ex braceros entrevistados rememoran el año 1957 como un tiempo crítico, propicio para contratarse como braceros. Tal es el caso de Pablo, quien evoca el año 57 como “un año muy duro, un año en el que no llovió”, un año en el que se contrató como bracero, lo que le ayudó para apoyar a su familia y mantener vivas a las vacas. Según narra, “yo estaba allá y les mandaba para que compraran comida para los animales, para que se sostuvieran ellos” (Pablo, 82 años, ex bracero). De forma similar, Joel, Guadalupe, Pedro, Agustín, Chuy y Meño trabajaron como braceros en ese año, el período álgido del Programa, un momento en el que se suscita un aumento notable en el número de contrataciones a escala nacional, y a la par, se produce un aumento en el número de entradas de manera ilegal.

Cabe recordar que la mayoría de los entrevistados dependían parcialmente de la agricultura y crianza de ganado, por lo que la sequía fue un factor que agudizó su situación

económica, obligándolos a ir por primera vez como braceros, o a seguir yendo durante este período de crisis. Así, ya abierto el centro de contratación de Empalme, Sonora, y puesta en marcha la cuota de pesca de algodón como una herramienta para conseguir su pase como braceros, la opción de viajar a Empalme con la esperanza de contratarse, sin pelear un lugar en las listas municipales, fue una estrategia usada por muchos hombres, para hacer frente a la falta de agua en los campos zacatecanos.

2.4 El proceso de selección de los braceros

Oficialmente, el proceso de selección de los braceros comportaba tres etapas. La primera fase operaba a nivel municipal. Aquí, los aspirantes se enlistaban en los recintos oficiales y obtenían un permiso o carta de parte de las autoridades locales, la cual avalaba la calidad moral y civil de los varones. En teoría, en esta primera etapa, la municipalidad se encargaba de asegurar que el postulante cumpliera con los requisitos establecidos: no antecedentes penales, no ejidatarios, no obreros, no empleados. Se pretendía que los braceros fuesen solo varones desempleados, con experiencia previa en actividades agrícolas (Cohen, 2011; Zapata, 2015). También teóricamente, el Programa iba enfocado a los varones rurales campesinos, a quienes consideraba como las poblaciones más rezagadas y necesitadas de modernidad⁵¹.

Contrastando con lo anterior, una investigación realizada por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social durante la primera fase del Programa, en la cual se encuestaron a 500 postulantes a braceros, exhibe que el perfil social de los aspirantes era más bien variado. La información sobre la ocupación de los postulantes, da cuenta de nueve ocupaciones, en las que se clasificaba a los aspirantes de la siguiente manera: obreros

⁵¹ Los braceros fueron pensados y descritos como plebes, iletrados, flojos e indisciplinados a quienes se buscaba redimir. Tanto en el cine, como en algunos de los trabajos que se han escrito sobre braceros, tal es el caso del reporte de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social titulado “Los braceros” (1964) que publica Jorge Durand (2007c) en su *Antología (1945-1964)*, los trabajadores temporales son descritos como adolescentes exuberantes, ridículos, ignorantes, de malos gustos. Indudablemente, la forma en que se describe y construye a los braceros está fuertemente influenciada por los estereotipos de la mexicanidad, sobre los cuales los trabajos de Octavio Paz y Samuel Ramos han contribuido fuertemente crear una imagen de los mexicanos más imaginaria que real. Como lo señala Machillot (2013), si bien los estereotipos de la mexicanidad comienzan a forjarse desde la época colonial, es hasta los años setentas que empiezan a cuestionarse.

38.83%, agricultores 15.0%, artesanos 13.66%, empleados 12.16%, sin trabajo 8.16%, comerciantes 4.83%, vagos 4.50% técnicos 3.66%, estudiantes 1.16%. En el caso de los ex braceros entrevistados chalchihuitenses, todos exhiben el antecedente de ser trabajadores agrícolas y siete de ellos eran también mineros, combinando ambas actividades de forma estacional. Aunque en la práctica, las reglas y estipulaciones del Programa se infringían con regularidad, Chuy recuerda que el haber dado a conocer que era minero, sí le ocasionó problemas en la estación migratoria de Chihuahua, al grado de ser rechazado por su ocupación como obrero de mina.

Me regresaron de Chihuahua por la cartilla, porque tenía minero, y me dijeron: no, aquí no queremos mineros. Me corrieron. Es que me dijeron que en qué trabajaba, pos en la mina, de minero. Y me corrieron, y al siguiente año otra vez me tocó Chihuahua y me pasó la misma nomás que estaba un americano ya viejón y me dijo: oye, ¿en tu tierra hay minas? Pos sí hay pero yo no trabajo en eso. Tenía miedo. Dijo no, yo te pregunto esto, pero no me eches mentiras, te voy a dejar pasar para que me hagas un favor cuando regreses, para que me saludes a Felipe Dorado, a Jesús Guzmán, conocía a todos, todas las minas. Y ya después cuando salí me dieron una mica, ahí la tengo (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).

En la segunda etapa, ya acreditados a nivel municipal, los aspirantes a braceros se trasladaban a las estaciones u oficinas migratorias en donde entregaban sus documentos y eran objeto de chequeos médicos con el fin de separar, distinguir y seleccionar los cuerpos que demostraran un estado óptimo de salud. Cabe aclarar que quienes se saltaban la primera etapa y se trasladaban a los centros de contratación del norte, como el de Empalme, Sonora, eran igualmente revisados y tenían que pasar todos los chequeos e inspecciones reglamentarias. Luego de haber pasado los exámenes correspondientes, obtenían un contrato, generalmente por 45 días, el cual podía renovarse dependiendo de su desempeño y de la necesidad de trabajadores. Como lo relata Ramón:

Nos hacían preguntas y nos examinaban que no lleváramos enfermedades y ya cuando pasábamos, nos llevaban de Empalme Sonora. Nos contrataban y ya por cuenta del gobierno, no sé quién pagaba eso, si los americanos o quién, pero nos llevaban en el tren a Caléxico. Y ahí nos desnudaban y nos polveaban, que no lleváramos nada, y de ahí nos destinaban tú a tal parte, y tú a tal parte, a mí me mandaron al condado de Yolo en Sacramento, solo por 45 días, y ya nos venimos, pos ay, más o menos la llevaba uno, esa vez yo me estuve como seis meses para poder pasar (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

En la etapa final, los trabajadores contratados eran trasladados a los centros de recepción en Estados Unidos, para posteriormente ser distribuidos a los ranchos y granjas donde iban a laborar. Como lo muestra el testimonio de Ramón, la recordada contratación era un largo proceso que podía durar incluso meses para lograrse, sobre todo en el caso de los “libres”. Un tiempo de espera en el que la carencia de medios de subsistencia les obligaba a desplegar estrategias diversas para sobrevivir.

2.4.1 Revisando, vigilando y sancionando cuerpos

Las contrataciones se llevaban a cabo en centros de recepción donde se entregaban documentos, se les hacían chequeos médicos, se les desparasitaba y desinfectaba. Como lo señala Herrera (2010: 53) “era la época de la eugenesia que Estados Unidos había inventado como control sanitario desde finales del siglo XIX y que a principios del siglo XX se radicalizaba en un racismo científico”. La duda sobre la sanidad moral y física de los aspirantes a braceros, forma parte de proceso histórico que se gesta desde las migraciones transatlánticas de finales del siglo XIX a Estados Unidos, en las que se comienza a vigilar y examinar a las poblaciones extranjeras, vistas como una amenaza, portadoras de malos hábitos y enfermedades (Herrera, 2004; Zapata, 2015).

Con relación a lo anterior, Carlos Herrera (2004) en su investigación en la frontera de Ciudad Juárez, nota el sesgo clasista y racista por el que se regía el método higienista que se aplicaba a quienes intentaban cruzar la frontera a principios del siglo XX. Al respecto, apunta que luego de una inspección ocular, se decidía quiénes serían objeto de baño corporal y desinfección de pertenencias. Notablemente, el método se aplicaba casi exclusivamente a aquellos de piel morena, cuya apariencia denotaba pobreza, que eran “sospechosos” de representar o portar algún tipo de peligro. De manera que, luego de la revisión ocular, atendiendo a sus rasgos fenotípicos y a su apariencia, se seleccionaban a los sujetos, se separaban con base al sexo y posteriormente “eran enviados a cuartos para desvestirse por completo; a partir de ahí, cuerpos y pertenencias tomaban caminos diferentes,

los primeros pasaban a regaderas y las últimas a los hornos donde eran desinfectadas” (Herrera, 2004: 433).

En sintonía con lo anterior, los braceros vivían un proceso similar sustentado por un discurso médico e higienista. Así, antes de cruzar la frontera, no solo se inspeccionaba la calidad moral de los aspirantes, sino que también se llevaba a cabo una revisión corporal minuciosa que garantizara un cuerpo sano, con energía y con capacidad de trabajar sin generar problemas. Por un lado, estas acciones fueron una estrategia de “prevención” para asegurarse que el trabajador no padeciera enfermedades infecciosas, que pudiera rendir en su trabajo de manera eficiente, pero además, fueron una táctica de “protección” para el empleador, de manera que éste no tuviera que solventar gastos médicos (Zapata, 2015).

Este tipo de chequeos físicos y médicos que se implementaron a partir de 1944, incluían vacunas contra la viruela, la fiebre tifoidea, un estudio serológico para la sífilis, un análisis radiológico de los pulmones y el corazón (Jones, 1946). Otro método de saneamiento aplicado a los contratados fue el rociamiento con DDT⁵² u otros insecticidas para los piojos (Mitchell, 2012). Los múltiples exámenes médicos, la “fumigación” o “polveada”, el haber tenido que desnudarse frente a “otros”, es recordado por la mayoría de los ex braceros como un episodio necesario para lograr el contrato, en el cual, poco ahondaron durante las entrevistas. Por ejemplo, Chago relata así su experiencia en el centro de contratación de Querétaro:

Nos revisaban el corazón, todo el cuerpo, que no lleváramos fractura recientes, nos sacaban sangre, y de las almorranas, y de los dientes, y de la vista. Nos pesaban, nos ponían una inyección que para que no dejáramos hijos en los Estados Unidos, nos sacaban sangre, nos revisaban el oído, la vista, todo, todo, y nos daban 2 dólares. ¡Ya, prácticamente contratados! (Chago, 93 años, ex bracero y ex minero).

Al igual que el testimonio de Chago, algunas de las narrativas de los otros ex braceros dejan ver que los postulantes a braceros no lograban comprender el objetivo de las revisiones y, ni siquiera tenían conocimiento del tipo de vacunas o sustancias que eran inyectadas en su cuerpo, así como tampoco sabían a ciencia cierta lo que estaba siendo rociado sobre sus cuerpos. Lo único que recuerdan es la “encuerada”, la “polveada” y que

⁵² El DDT (diclorodifeniltricloroetano) es un insecticida organoclorado sintético de amplio espectro, acción prolongada y estable, aplicado en el control de plagas para todo tipo de cultivos desde la década del cuarenta.

debían “aguantarse como hombres” con el fin de ser contratados. Por otra parte, varios de los relatos confluyen en que aún si salían mal en los exámenes médicos, sí había la posibilidad de ser tratados por los médicos, curarse y contratarse. Según comenta Agustín:

La mayoría pasaba, solo detenían a los que salían malos de la sangre, los detenían un tiempo y luego ya los dejaban pasar. Los curaban, les ponían inyecciones de aceite o sabe qué (risas). Les daban un tratamiento. Había soldados de resguardo ahí en las contrataciones, pero también había médicos para el que salía mal, ahí lo atendían, les daban como un tratamiento, para que luego pasaran (Agustín, 80 años, ex bracero y ex minero).

La revisión a la que fueron sometidos los aspirantes a braceros, aunque en la literatura se enmarca como excesiva, humillante y emasculadora, en las narrativas de todos los entrevistados, con excepción de Chuy, aparece como un evento de poca trascendencia, en el que se ahonda poco, y que además, aparentemente, no les genera mayores críticas. Es así que del grupo entrevistado, solo don Chuy se atrevió a externar abiertamente su descontento frente a los abusos y las vejaciones de las que fue objeto durante las revisiones y chequeos médicos. Así lo expresa: “no, era una cochinidad eso, yo les platico a muchos y se caen de risa. Nos desnudaban, nos revisaban todo y luego nos fumigaban. Pues la pobreza no hacia aguantar todo eso, íbamos con la esperanza de ganar algo” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).

Para los demás, no es que no haya sido así, sino que evidentemente, la vergüenza y la alienación de las emociones es algo que moldea sus vidas. La idea de que hay que “aguantar como hombres”, el miedo a la feminización y la homofobia se presentan como una fuente de temor constante que rige las vidas de la mayoría de los hombres, las cuales fluctúan entre el dolor y el temor (Kimmel, 1997). Dicho lo anterior, frente a una entrevistadora mujer, es muy probable que hayan optado por no dar detalles, no solo de las especificidades del proceso de revisión de sus cuerpos, sino de las emociones, sensaciones y sentimientos que esto les produjo.

Tocante al proceso de revisión, algunos recuerdan los contrapuntos del trabajo minero. Por ejemplo, señalaron que al tener antecedentes como mineros, el sílice en los pulmones, el “estar cascos” o “aterrados” como ellos lo llaman, podía ser una desventaja importante en el proceso de contratación. Como dice Pedro (79 años, ex bracero y ex

minero), “había algunos que se les venía la tos porque estaban cascaos y a esos no los admitían”. En contraposición, señalan que el trabajar en la mina, un trabajo físicamente desgastante, “un trabajo de hombres”, un oficio donde “sí se trabaja”, facilitaba su desempeño en las actividades que ejecutaban cuando eran contratados como braceros, incluso cuando tenían que realizar labores como el deshije de betabel, un trabajo que es recordado por la mayoría como sumamente difícil y físicamente extenuante al que “todos le corrían”. Como dice Pedro:

No, cuidado, en la mina sí se trabaja. El betabel es pesado pero para uno que está impuesto a trabajar, no. Nosotros nos íbamos de aquí a pie, hasta Cronos, llegaba uno allá y almorzaba, y se arrimaba uno al patio, agarraba su costal, agarraba carburo y, ¡vámonos a trabajar como los burros!, cargando el costal en el lomo (Pedro, 79 años, ex bracero y ex minero).

Como lo menciona Cohen (2005) los objetivos del Estado se evidenciaban principalmente durante la revisión y en el proceso de selección. De tal forma, en cada una de las fases y momentos del proceso se reafirmaban los mensajes del Estado acerca de lo aceptable e inaceptable, las características y valores dignos de la “mexicanidad”, los cuerpos masculinos más aptos para el trabajo, el comportamiento honorable, los varones respetables. Así, por un lado, el bracero era un representante de la nación mexicana, mientras que por otro lado, para la nación norteamericana, era un trabajador necesario, pero a la vez indeseable como ciudadano.

En esta dirección, Hahamovitch (2011) apunta que los trabajadores temporales existen en un espacio y en condiciones inciertas que oscilan entre la esclavitud y la libertad, proveyendo de trabajo a los países que los reciben, con pocas protecciones laborales. Son trabajadores atractivos y explotables, pero a la vez son sujetos que se expelen como ciudadanos. En consecuencia, los trabajadores temporales no son ni esclavos ni hombres libres, sino que forman parte de una nueva modalidad de migración internacional (Hahamovitch, 2011).

Inspeccionar los cuerpos, revisarlos, tocarlos, diferenciarlos, jerarquizarlos. Rituales de evaluación en los que se califican y categorizan los cuerpos buenos, los cuerpos saludables, los cuerpos enfermos, los cuerpos poco aptos para el trabajo. Aceptados y rechazados. Admitidos y refutados. Una selección minuciosa en la que los cuerpos son

objetivados. Una separación y, a la vez, una construcción simbólica de cuerpos femeninos (feminizados) y cuerpos masculinos (masculinizados). Un *régimen escópico* (Yeh, 2016) en el que las miradas intimidantes de los militares mexicanos y los oficiales norteamericanos reducen a seres humanos a un cuerpo, a músculos, a brazos, a manos, a callos. A su vez, los cuerpos son reducidos a cosas. Un espacio en el que se recrean y demarcan las fronteras tanto nacionales, como las de clase. De tal manera, mientras que los rechazados eran desechados y condenados al “atraso” por considerarse indignos de representar a México, quienes acreditaban la inspección eran bienvenidos como “embajadores” de la nación, dignos representantes de México en el extranjero, comprometidos a ser buenos trabajadores. En síntesis, se producía un sujeto masculinizado, un trabajador regulado que se vanagloriaba bajo la promesa de reconocimiento e incorporación.

Es importante notar que los aspirantes a braceros se afanaban por representar el papel que el gobierno mexicano y norteamericano exigía, es decir, encarnar el atraso y la pobreza que estaban buscando, parodiar a ese hombre rural, indígena o campesino que necesitaba ser ayudado, disciplinado, civilizado. Varios de los entrevistados hablaron de la importancia de ir mal vestidos y mostrar sus manos maltratadas como elementos que podían ser definitorios para lograr la contratación. Según sus versiones, a los limpios, con manos cuidadas, bien vestidos, se les rechazaba. Por ejemplo, Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) recuerda, “veían si teníamos callos, “no pos tu eres panadero, ¡vete pa tu casa!” Decían que querían gente trabajadora”.

Los callos en las manos se tomaban como un indicativo de sus antecedentes en el trabajo agrícola y de su capacidad para desenvolverse en las labores del campo. Para ilustrar mejor lo anterior, Víctor, hermano de Ramón, narra la forma en que fue rechazado en el centro de contratación de Durango por no tener callos en las manos, razón por la cual fue rechazado, bajo el argumento de “no servía para trabajar”. “No me quisieron porque no tenía callos. Me dijeron: tú ponte a bolear zapatos, tú no sirves para trabajar en el campo, y me corrieron a la fregada” (Víctor, 79 años, agricultor).

Ramón y sus hermanos se dedicaban a las labores del campo y a la crianza de animales, por lo que el ex bracero aclara que su hermano sí tenía experiencia en el campo, pero había estado enfermo durante un lapso considerable de tiempo y no había podido

trabajar, por eso sus manos no estaban maltratadas. Aunado a lo anterior, señala que su hermano cometió un error al ir vestido tan “curro”, bañado y bien vestido al centro de contratación, porque dio la impresión de ser rico y no saber trabajar, un argumento que Víctor corrobora añadiendo: “esos zapatos los acababa de bolear. Sí, traía un pantalón negro, pero pues ya nomás eso tenía. Andábamos todos fregados, andábamos que no hallábamos trabajo en Durango. Quise intentarlo, creo que llevaban a la gente a pizarcar algodón, pero yo no pude ir” (Víctor, 79 años, agricultor).

2.4.2 El cuerpo de los braceros como alegoría de la nación

El cuerpo de los braceros es la idealización del cuerpo nacional, un cuerpo trabajador, heterosexual, fuerte, listo para entrar a la modernidad, sublimado en el ideal del cuerpo del hombre bracero, que invisibiliza sus emociones, vulnerabilidades y diversidad sexual. Así, real y simbólicamente, se premiaban los cuerpos masculinos, en tanto se reitera la abyección a los cuerpos frágiles, enfermos, maltratados, lesionados. Anatómica y físicamente, los postulantes estaban constreñidos a cumplir con los lineamientos de los cuerpos normativos seleccionados por el Estado para convertirse en “embajadores de la modernidad” (Cohen, 2005), hombres heroicos que participarían en el proyecto nacional de la era posrevolucionaria.

El Programa concertaba un régimen de orden y disciplina que debía ser respetado, en el que no cualquier “pelado” podía ser contratado, y quienes no respetaban el orden, eran castigados. Con relación al régimen de disciplina que debía primar, Ramón recuerda el caso de los “oaxaquitas revoltosos” que fueron rechazados por no acatar las reglas.

Yo no sé, jamás he visto esa “racilla”, iba una gente chiquita, todos vestidos casi igual, con unas garras de gorrillos. ¡Bien chistosos que estaban! Pero eran revoltosos, entonces entraron junto con nosotros a la contratación, pero allá donde ya llegamos para distribuirnos a dónde íbamos a ir, había un comedor, y nos hablaban, “fórmense, de uno por uno, bien formaditos y tranquilos”. ¡Y nombre! Ellos se iban, y se aventaban, y se peleaban. Y luego ya les dijeron: “si no guardan el orden, no pueden pasar, porque en Estados Unidos no quieren gente revoltosa”. Y no entendieron, siguieron fregando y los expulsaron a todos. Pobrecitos, viera como me daban lástima, de allá los regresaron. Y ya, a quienes nos sobraba un centavito, pues se los dábamos (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

Al respecto, Foucault (1993: 175) examina la manera en que el poder disciplinario opera en concordancia con los intereses del capitalismo fabricando cuerpos y “enderezando conductas”. La eficacia del disciplinamiento se fundamenta en la implementación de “tres instrumentos simples”: 1) “la vigilancia jerárquica”, la cual trabaja por medio de la mirada, observando, inspeccionando, registrando, midiendo la “naturaleza” y cualidades de los individuos, haciendo “claramente visibles aquellos sobre los que se aplica” (Foucault, 2003: 175); 2) “la sanción normalizadora” marca las desviaciones, las cuales son objeto de penalizaciones específicas. Clasifica, separa y excluye lo permitido y lo prohibido, gratificando a las “buenas personas”, y sancionando a las “malas”, estableciendo así parámetros de “normalidad” (Foucault, 2003: 188); 3) “el examen”, que es una mezcla de los dos anteriores, un mecanismo que “establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona” (Foucault, 2003: 189).

El poder disciplinario opera sujetando, clasificando y normalizando cuerpos, a los cuales educa para obedecer, siendo un fundamento clave en la fabricación de hombres y mujeres al servicio del sistema capitalista. De tal forma, como un medio de controlar las poblaciones móviles de braceros, la vigilancia, la sanción y el examen son estrategias que enmarcan el proceso de contratación de los trabajadores temporales, un proceso en el que claramente se clasifica y premia a los cuerpos y las conductas “normales”, los cuerpos “buenos” y “sanos”, en tanto se demarca con claridad la frontera exterior, lo abyecto, lo que queda fuera, lo indeseable, lo anormal, lo vergonzoso. Visto así, el régimen disciplinario funciona a través de una “penalidad perfecta, que atraviesa todos los puntos, y controla todos los instantes de las instituciones disciplinarias, compara, diferencia, jerarquiza, homogeniza, excluye. En una palabra, normaliza” (Foucault, 1976: 188).

2.4.3 El capitalismo y la venta de fuerza de trabajo

Lo que caracteriza al capitalismo es la desposesión masiva de la tierra y los medios de producción. Así, el montón de hombres reunidos en los centros de contrataciones esperando por una oportunidad, o la muchedumbre de mexicanos que sobrevivía en Empalme, Sonora durmiendo en los petates, comiendo cuando podían y durmiendo donde podían, son una

evidencia clara de este proceso de desposesión, de la pobreza y la necesidad de vender su fuerza de trabajo, en situaciones lastimosas. ¿Qué otra explicación podría darse al hecho de permanecer horas esperando, días trabajando, largos meses aguantando para ser seleccionados, aceptando cualquier clase de condiciones y siendo objeto de todo tipo de revisiones vejatorias?

Como lo plantea Marx, “el mantenimiento y la reproducción de la clase trabajadora es, y siempre debe ser, una condición necesaria para la reproducción del capital” (Marx, 1987 [1867]: 537). En su dilucidación, Marx explica que el capitalismo requiere del desarrollo y la reproducción de fuerza de trabajo (*labor power*), es decir, trabajo en su forma de mercancía. De tal forma, la habilidad de hacer trabajo se presenta a sí misma en el mercado como una mercancía que se vende. El concepto de “fuerza de trabajo”, diferenciado de trabajo, es usado por Marx para enmarcar las relaciones entre los poseedores de los medios de producción y quienes carecen de éstos, la burguesía versus el proletariado, lo que a la vez permite hacer uso de otros conceptos claves de la teoría marxista como explotación y trabajo sobrante (*surplus labor*). Asimismo, esta distinción permite dar cuenta de cómo es que el trabajador recibe menos del valor de lo que produce (Cohen, 2011).

De acuerdo a lo señalado por Don Mitchell (2012), la fuerza de trabajo como mercancía reside en el cuerpo del trabajador, el cual “cada día debe ser restaurado – reproducido- listo para venderse otra vez”. Los cuerpos de los trabajadores son *waged bodies*, cuerpos rentables, cuerpos asalariados, los cuales representan tanto una solución como un obstáculo para el capitalismo, dado que los trabajadores son, al igual que los cultivos, “sitios de procesos biológicos y flujos de energía para los cuales el capital solo tiene soluciones parciales” (Mitchell, 2011: 70, mi traducción). Es por ello que en los programas de trabajadores temporales, como el Programa Bracero, se estipulan normas específicas para controlar y vigilar a las poblaciones móviles, de manera que se puedan esquivar problemas, abaratar costos y asegurar la permanencia temporal de los trabajadores mediante el control y la vigilancia. Por ende, cuando los trabajadores venden su fuerza de trabajo al capitalismo, también entregan la mayoría de sus derechos (Mitchell, 2011), lo que Marx (1887) denomina la “sujeción del trabajo al capital”, entendida como la manera en que el trabajador coopera bajo las condiciones y prescripciones que el capitalismo impone.

En definitiva, como el propio Marx afirma, el fin último del capitalismo es la explotación de la fuerza de trabajo de manera que se pueda generar las mayores ganancias posibles, es decir, valor sobrante.

2.5 El adeudo histórico: el pago del Fondo de Ahorro de los braceros

A cincuenta y tres años de la cancelación del Programa Bracero (1942-1964), los ex braceros siguen luchando por reivindicar sus derechos como trabajadores temporales contratados, reclamando que se les entregue el ahorro del 10 por ciento de su paga, suma que les fue descontaba semanalmente durante el tiempo que trabajaron, y misma que se suponía, les sería entregada a su regreso a México, según estipulaba una de las cláusulas de su contrato (Sandoval, 2015). De acuerdo a lo establecido por el Contrato del Trabajador Individual, el trabajador aceptaba de conformidad el descuento del 10 por ciento de su salario y consentía que su empleador entregara el dinero a la Administración, la cual se encargaría de depositarlo y luego enviarlo a México (Galarza, 1964; Jones, 2007). El Convenio Internacional señalaba que el dinero depositado en el Fondo de Ahorro sería transferido a *Wells Fargo Bank* y la *Union Trust Company* en San Francisco, bancos que guardarían esos depósitos para luego transferirlos al Banco de México, quienes a su vez debían entregarlos al Banco Nacional de Crédito Agrícola y al Banco del Ahorro Nacional (ahora BANSEFI), transformados luego en Banco Nacional de Crédito Rural (BANRURAL), instancias que reintegrarían el dinero a los trabajadores (Cohen, 2011; Villalpando, 2017).

Como una estrategia empleada para controlar a los trabajadores y asegurar su regreso a México, este esquema de retención salarial se usó por primera vez en 1917, cuando Estados Unidos creó un programa para importar mano de obra para la agricultura (González, 2006). Aunque en porcentajes diferentes, esta misma lógica de descuento salarial introducida en 1917, se reprodujo durante el Programa Bracero⁵³.

⁵³ Mientras que en 1917 el Departamento del Trabajo estipulaba que durante los dos primeros meses se les descontaría el 20% del salario a los trabajadores, luego el 15% en los siguientes dos meses, y 10% en los dos últimos meses (Sandoval, 2015), durante el Programa Bracero se acordó que el monto de la deducción salarial sería del 10% (Galarza, 1964).

Durante poco más de dos décadas, al bracero mexicano se le retenía sistemáticamente el 10% de su paga (nos resistimos a enunciarlo como salario, ya que no incluía las prestaciones que por ley el resto de los trabajadores estadounidenses recibían); adicional a esta retención, se le hacía otro descuento del cual salía también su manutención y alojamiento. Es decir, se le descontaba alrededor de 1,50 de su pago semanal o quincenal. Este descuento se mantuvo casi sin modificación alguna entre 1940 y 1960. La promesa era la devolución, una vez repatriado a México, del 10% de retención para que dispusieran de un capital inicial para reinsertarse a la sociedad rural de la que provenían (Herrera, 2010: 56).

Lo cierto es que el pago del Fondo de Ahorro de los braceros nunca llegó a manos de muchos de los trabajadores. Los reclamos, los abusos y los olvidos a los ex braceros prevalecen aún después de tantos años. Los ex braceros siguen preguntándose qué pasó con su dinero, dónde está, cuándo llegará, quién se quedó con él, acusando al gobierno mexicano de haberse robado su dinero. Sí, el dinero llegó a México (Herrera, 2010), pero en México se hizo perdidizo, y así lo entienden los ex braceros. Tal como lo expresa Pablo (82 años, ex bracero), “ese dinero que mandaron era de nosotros. Nomás que el gobierno de aquí son unos sin vergüenza, el gobierno de allá lo mando desde cuándo. Y ya pues uno que puede hacer aquí, si se lo dan bien, y si no, ni modo”. Por muchos años, la deuda histórica quedó en el olvido, hasta que en 2005, durante el gobierno del presidente Vicente Fox (2000-2006) del Partido Acción Nacional (PAN), se creó un fideicomiso con el objetivo de “saldar” la deuda, la cual fue reconvertida a un “apoyo social” de 38,000 pesos (Arteaga, 2013). Un paliativo perverso, fraudulento y mediocre que no logra hacer justicia al trabajo y los ahorros de los ex braceros.

La deuda sigue sin saldarse y, como observa Aranda (2016), las deudas privadas en México se convierten deudas públicas, por lo que en el caso de los ex braceros, el gobierno mexicano se exoneraba de hacer el pago alegando que esto atentaba contra la estabilidad de las finanzas públicas, afirmación que fue refutada por Paula María García Villegas, juez segunda de distrito en materia administrativa, quien con base a investigaciones fundamentadas por estudiosos del tema, señala que el adeudo del gobierno hacia los ex braceros, tomando en cuenta los intereses que se han acumulado con el paso del tiempo, asciende a 5 billones 90 mil 231 millones de pesos, lo que distribuido entre los casi 5 millones de contratos, resulta en una cifra aproximada de 1 millón 96 mil pesos, cantidad que legalmente correspondería entregar a cada trabajador (Aranda, 2016).

Existen referencias de que se realizaron pagos a los trabajadores en la fase inicial del Programa, así como de las cantidades de dinero reunidas en el Fondo de Ahorro anualmente, como lo reseñan los trabajos de Jones (2007) y Martínez (2007)⁵⁴. En los pagos iniciales, resalta el desbalance entre el monto reunido y el dinero entregado a los trabajadores. Con relación a esto, Jones (2007: 116) asienta que durante 1943 la suma del ahorro anual arrojó una cifra de 11'419,218.52 pesos, mientras que el dinero que se entregó a los braceros ese año fue de 2'644,874.04 pesos, es decir, solo una cantidad mínima les fue devuelta. En 1944, para el mes de octubre, la suma del ahorro de los braceros era de 18'437,966.14 pesos de los cuales solo se habían devuelto 10'769,181.56 pesos (Jones, 2007: 116). En esos dos años, el saldo que no se había entregado sumaba 16'443,129.06 pesos.

Por su parte, un informe de la Oficina del Trabajo publicado en enero de 1945, señalaba que la cifra total de los descuentos de los braceros durante 1944 era de 4'985,254.26 dólares, en tanto que el monto total desde el inicio del Programa era de 7'472,337.80 dólares (Jones, 2007: 116). Por su parte, Martínez (2007: 246) refiere que de enero de 1943 a mayo de 1946, las cantidades de dinero acumuladas por el ahorro de los braceros se distribuían entre dos bancos en México: el Banco del Ahorro Nacional que había recibido 88'098,852.66, de los cuales había entregado 83'721,523.00 dólares, y el Banco Nacional de Crédito Agrícola, que acumuló un monto de 80'155,288.05 dólares, de los cuales solo había pagado solo 55'529,051.81 dólares. A partir de la investigación de Martínez (2007), es posible aseverar que El Banco Nacional de Crédito Agrícola destaca por haber demorado el pago, por las dificultades que impuso para pagar el dinero, por no haber pagado intereses a los beneficiados y por no haber adquirido la maquinaria agrícola que se planteaba en el convenio. Caso contrario, el Banco del Ahorro Nacional pagaba un interés del 4% anual a quienes cobraban después de tres meses. Finalmente, los bancos capitalizaban a su favor la demora en los pagos, invirtiendo el dinero al 6% anual (Martínez, 2007: 246).

⁵⁴ El trabajo de Robert Jones se enfoca en los tres primeros años de funcionamiento del Programa (1942-1945). La versión original es de 1946, editada por la Unión Panamericana a través de la Oficina de Información Obrera y Social en Washington, D.C.

Por su parte, el texto de Guillermo Martínez, aparece originalmente bajo la autoría de Secretaría del Trabajo y Previsión Social. A esta primera versión, Martínez realiza cambios importantes que se dirigen hacia un enfoque más crítico de la forma en que opera el Programa Bracero durante sus primeros años. Posteriormente, esta nueva versión es publicada en 1948 en *Revista Mexicana de Sociología*, Año X, No. 2, pp. 177-196.

Para hacer el pago, se abrieron cuentas a nombres de los braceros, quienes tenían que trasladarse a la ciudad de México; posteriormente, los envíos se realizaban vía correo (Jones, 2007). Desde la fase inicial, las complicaciones y tardanzas en la entrega del dinero se hicieron evidentes. Las filas en los bancos y los disturbios ocasionados por la multitud de hombres, fueron similares a lo que se vivieron durante el proceso de contratación. Los topes, los obstáculos, la tortuosidad, caracterizaron al Programa Bracero, desde el proceso de selección y contratación, las condiciones laborales, los salarios, y, finalmente, hasta hoy en día, el pago del Fondo de Ahorro sigue siendo parte del sinuoso trayecto de este Programa, en el cual se encuentra directamente imbricado el Estado, lo que permite ver la forma en que la violencia estructural opera a diferentes escalas, y en diferentes momentos del proceso, al establecer el valor y las condiciones de trabajo, al mismo tiempo que naturaliza la explotación a favor de la acumulación capitalista.

En lo que respecta a los ex braceros chalchihuitenses, quienes en su mayoría fueron a Estados Unidos contratados durante los años cincuenta, el pago del Fondo de Ahorro tardó muchos años en llegar, y en algunos casos, no ha llegado todavía. Por esta razón, varios de los entrevistados cimentaron en mí la esperanza de hacer llegar sus reclamos a la presidencia municipal y recibir su pago compensatorio. ¿Por qué habría de interesarse alguien por los braceros, después de tanto tiempo, si no es para hacerles llegar o agilizar su pago pendiente? En general, la idea que prima con relación al pago es que “se los fregaron”, es decir, abusaron de su trabajo y no les retribuyeron lo convenido. Aunque algunos de los que ya recibieron el apoyo de los 38,000 pesos se dicen satisfechos, la mayoría concuerdan que eso no es nada comparado con lo que debían haber recibido. Aun así, a sabiendas de que varios de sus compañeros todavía están batallando para que les den el dinero, se dicen “suertudos”. Para quienes no han recibido un solo peso de indemnización, la esperanza sigue siendo recibir al menos algo de dinero para ayudarse. En conjunto, asienten que es o era su pobreza lo que los obligó a trabajar en condiciones deplorables, con sueldos miserables, por lo que consideran justo que les recompense monetariamente por su esfuerzo y años de trabajo como braceros.

Sus andanzas y penurias para obtener el pago siguen siendo muchas. Varios de ellos lo describen como un proceso engorroso y tardado. Por ejemplo, Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) comenta: “sí me lo dieron, pero me tardé como cuatro años de andar de allá

para acá”. De los ex braceros entrevistados, cinco ya recibieron el pago, en tanto los otros seis no. De los seis que no han recibido el pago, cuatro no cuentan con documentos que respalden su participación en el Programa y dos siguen esperando que les llegue su pago. Los que recibieron el pago de los 38,000 pesos concuerdan que les falta dinero, asegurando que debieron recibir al menos 50,000 pesos, por lo que no dudaron en decirme que me encargaban que preguntara qué había pasado con el dinero que les falta.

Es interesante notar que, de forma similar al proceso de selección que vivieron como braceros, donde se les pedía que evidenciaran a través de su físico y manos maltratadas su capacidad de trabajo, donde además debían probar un estado de salud óptima, ahora, con el fin de tener derecho a recibir el pago, tienen que demostrar con la mica, o por medio de sus contratos, que fueron trabajadores temporales contratados. Han pasado ya tantos años que el tener a la mano un documento que los identifique como braceros resulta complicado, si no imposible. Asimismo, similar con lo ocurrido durante el proceso de contratación, la obtención del pago ha estado plagada de agentes y/o intermediarios. En lo concerniente al nivel municipal, es posible distinguir mediadores como la señora Graciela, quien estaba a cargo del Instituto Municipal de la Mujer Zacatecana (INMUZA) cuando realicé mi primer trabajo de campo en 2008, que también se encargó durante algún tiempo del pago a los ex braceros. Además, en sus narrativas aparecen “abogados” que prometen ayudarles a agilizar el proceso, y que por supuesto, les piden dinero.

Nena, hija de un ex bracero, me comentó que aunque su padre ya ha muerto, ella sigue buscando el pago de su indemnización como bracero. Nena recuerda que apenas tenía dos años cuando su papá se iba para Estados Unidos a trabajar al “traque” (bracero ferroviario). Asegura que su padre solo fue para Estados Unidos contratado durante el Programa Bracero, y nunca como “mojado”. Además, rememora con melancolía las ausencias y llegadas de su padre después de varios meses de estar trabajando en el extranjero.

Él se iba por meses y la última vez que fue lo deportaron porque algo había estado mal en el permiso. Esa última vez que llegó me puse mal porque me impresionó demasiado verlo. Nadie me avisó que ya venía, entré en shock cuando lo vi, y me puse mal. Me tuvieron que llevar a Vicente Guerrero, Durango, en el mismo taxi

que había llegado mi papá. Yo lo quería mucho y sufría cuando se iba” (Nena, 52 años, residente de Chalchihuites).

Actualmente, Nena, al igual que miles de familias en México, sigue buscando obtener la compensación por el trabajo que su padre realizó en Estados Unidos. En un principio, se puso en manos de la señora Graciela, trabajadora de la presidencia municipal, quien “ayudó” a varios de los ex braceros a tramitar el pago, y ella misma llevó a algunos a la ciudad de Zacatecas a recibir su pago, según lo refieren los entrevistados. No obstante, Graciela se fue del municipio, dejando varios pendientes y quedándose con la documentación que algunos de los ex braceros le habían entregado para realizar el trámite en Zacatecas, entre ellos, con la mica del papá de Nena.

De Graciela se rumoran varias cosas en su contra, lo cierto es que la servidora pública desapareció repentinamente del municipio. A raíz de esto, en mi primer encuentro con el señor Pedro, uno de los ex braceros entrevistados, al comentarle que estaba realizando una investigación acerca de los que habían participado en el Programa Bracero, lo primero que hizo fue decirme que a él ya le habían pagado su dinero, que la señora Graciela es una buena persona, que no había robado nada, sino que al contrario, ella lo había ayudado a él y a otros nueve hombres llevándolos a Zacatecas a recibir el pago. Además, Pedro enfatizó en que todo lo que ella hizo fue desinteresadamente, sin cobrarles un solo peso, por lo que al final, ellos “a fuerza” le dieron 500 pesos para sus gastos.

Por su parte, Nena, cansada de esperar la llegada del pago, llamó a Zacatecas para preguntar qué había pasado con el dinero de su padre, donde le dijeron que debía llamar a BANSEFI (Banco del Ahorro Nacional y Servicios Financieros), el banco que se encarga del pago. En BANSEFI, solo le dijeron que probablemente su dinero ya se había ido para México, por no haber ido a recogerlo a tiempo. A diferencia de la forma en que recibieron el pago otros ex braceros, a quienes les llegó el pago completo de los 38,000 por Telégrafos de México, y otros que fueron a recibirlo a Zacatecas, Nena explica que a ella le dijeron que le pagarían el dinero por partes. Asegura que solo ha obtenido un primer pago de 8,000 pesos, los cuales recibió por medio de Telégrafos de México. Señala que para enlistarse para el pago, ella y otras personas de Chalchihuites tuvieron que ir a otro municipio cerca de la ciudad de Zacatecas donde pagaron a una “licenciada” para que agilizara el proceso.

Sin embargo, señala que le está haciendo falta la mica de su padre que le entregó a la señora Graciela.

Claramente, tanto el proceso de contratación del Programa Bracero como el proceso del pago de su ahorro ha sido un proceso fragmentado, lleno de contradicciones e irregularidades, donde no existe una única vía para conseguir el objetivo, donde no hay reglas claras, por lo que los interesados deben buscarle, por un lado y por otro, valiéndose de intermediarios, utilizando sus propios recursos, viéndose obligados a esperar que “por suerte”, les alcance el beneficio. Tal es el caso de Pablo, quien lleva ya diez años esperando que le llegue su dinero:

Yo fui a apuntarme a Zacatecas, me llevó don Pancho Morales. Ya hace mucho que fui allá, ya hace como unos diez años. Y otro, no sé si lo oiría, un gobernador que prometió en Zacatecas darnos 10,000 pesos, de eso mismo de los braceros, y tampoco nos dieron nada. Ahí tengo el papel (Pablo, 82 años, ex bracero).

Pablo me mostró el documento de registro titulado como Fondo de Apoyo a Ex Trabajadores Migratorios Mexicanos 1942-1964, con fecha de diciembre del 2008, expedido por la Secretaría de Gobierno, donde se asienta que Pablo presentó la documentación necesaria para recibir el apoyo, según lo estipula el documento: una identificación oficial, además de un contrato, lo que se supone, sería suficiente para que hubiera recibido ya el apoyo. Sin embargo, hasta el día de la entrevista, julio del 2016, no había tenido noticia alguna del apoyo, por lo que no cesaba de comentar que esperaba que yo pudiera hacer algo para que le entregaran su dinero.

Efectivamente, como lo señala Pablo, el adeudo del gobierno a los ex braceros ha sido utilizado también con fines proselitistas. Tal como lo reconoce el diputado priísta César Duarte Jáquez, el mayor porcentaje de recursos del Fondo de Apoyo Social para Ex Trabajadores Migratorios Mexicanos 1942-1964 se enviaron Durango y Zacatecas, estados donde se vivían procesos electorales (Becerril, 2007). Así, una de las promesas de campaña del ex gobernador de Zacatecas Miguel Alonso Reyes (2010-2016) del Partido Revolucionario Institucional (PRI), fue la de otorgar 10,000 pesos a los ex braceros (de Santiago, 2015), promesa que al no ser cumplida, generó descontento entre los ex braceros, quienes se organizaron para reclamar el cumplimiento del subsidio estatal. Como lo explica De Santiago (2015), existen 30 mil ex braceros en Zacatecas, de los cuales 12 mil, es decir,

menos de la mitad, ha recibido el pago federal de los 38,000 pesos, en tanto solo 7 mil han obtenido el apoyo estatal de los 10,000 pesos. Dicha promesa incumplida solo sirve para dar cuenta que las irregularidades del pago se gestan tanto a nivel municipal, estatal y federal. Las trabas, los topes para los ex braceros, siguen siendo muchos.

Algunos exigen una explicación al por qué no han recibido su dinero, pero nadie sabe nada. Infinidad de excusas: a unos se les dice que porque no presentaron los documentos requeridos, errores en las listas, errores en los cheques, documentos extraviados, dinero que se regresó a México por no recogerlo a tiempo. Agustín (80 años, ex bracero y ex minero) refiere al respecto: “yo tengo un hermano que también no le dieron nada. Nomás que ya se murió. Metió papeles y al último se los hicieron perdidosos y no le dieron nada. Él fue de los primero braceros que iban, fue en 1946, él fue de los que iban a las vías del tren”. Cuestiones que quedan fuera del alcance de los ex braceros, pero que finalmente, frenan su pago. A más de 50 años de concluido el Programa Bracero, los ex braceros, ya en edades que fluctúan entre los 70 y 90 años de edad, siguen esperando el pago compensatorio a su trabajo. Muchos de ellos ya han muerto y son sus familiares quienes reclaman el dinero.

La carencia de documentos que avalen su participación en el Programa, ha sido el motivo de que muchos no reciban el pago, tal es el caso del señor Lupe (89 años, ex bracero y ex minero) quien comenta: “cada vez que llegaba de Estados Unidos rompía mis contratos y sabrá Dios dónde quedaría la mica”. Al igual que Lupe, varios de los entrevistados dicen haber extraviado los documentos que podrían servirles como identificación, por lo que no hay forma de comprobar que estuvieron trabajando en Estados Unidos. Solo se quedaron con los recuerdos de los lugares y los trabajos que desempeñaron, con las experiencias y vivencias como braceros. Años de juventud y esfuerzo dejados en las vías del tren, los campos agrícolas, las empaquetadoras.

Por su parte, quienes guardaron los documentos que comprueban su participación en el Programa, siguen exigiendo el pago del ahorro del 10% de su salario retenido por sus patrones en Estados Unidos, hace ya muchos años. El pago de los ex braceros llegó a México, pero, ¿qué ha pasado? El gobierno de Estados Unidos envió 700 millones de dólares para realizar el pago de la compensación a los ex braceros (Herrera, 2010), no obstante, a más de 15 años de que el gobierno norteamericano realizó ese pago, el gobierno

mexicano sigue sin entregar el dinero, o dándoselos a cuentagotas. Como lo señala Efraín Arteaga (2013: 1), investigador de la Universidad de Zacatecas, en una entrevista publicada por el periódico *La Jornada*, “se trata quizá del robo más grande en la historia de nuestro país, superado sólo por el saqueo que la corona española llevó a cabo durante tres siglos”.

Los ex braceros zacatecanos se han mantenido en pie de guerra, organizándose y haciendo plantones, marchas, tomando instalaciones de gobierno para reclamar el pago de su indemnización. Durante todo el 2016, se mantuvieron constantes en sus reclamos realizando plantones frente a la Secretaría de Gobernación del Estado de Zacatecas (SEGOB) y la Secretaría de Finanzas (SEFIN) del Estado, tomando las instalaciones del Congreso. Frente a las promesas incumplidas del ex gobernador Alonso Reyes, fue la Unión de Ex Braceros Independientes A.C. una de las organizaciones que se empeñó en reclamar el pago de los 10 mil pesos. Salta a la vista la corrupción del gobierno mexicano, que ha manejado la problemática bajo una “política de abandono” como parte de una política pública (Herrera, 2010), afectando a los varones quienes ya en la última fase de su vida, siguen esperando recibir lo que ganaron a “brazo limpio” en el campo norteamericano.

En lo que a nivel municipal respecta, durante el mes de julio del 2016, estuve buscando a la licenciada Sandra, la nueva encargada del pago a los ex braceros en Chalchihuites, a quien en ninguna ocasión encontré en su oficina. La oficina estaba cerrada, ya que eran los últimos días de gobierno de Pedro Miranda como presidente municipal, por lo que según me explicaron otros trabajadores de la presidencia, ya se estaban preparando para entregar y dar el último informe. Finalmente, un día me topé con Sandra en una tienda y no dudé en hacerle saber mi intención de entrevistarla con relación a la situación del pago los ex braceros del municipio. Al escucharme hablar del tema, un par de personas se acercaron para preguntarle qué había pasado con el pago de sus familiares. Sandra nos explicó que lo único que ella hace es checar las listas que llegan de Zacatecas y mandar llamar a quienes aparecen en las listas. Se excusó diciendo que lleva poco tiempo ocupando el puesto y que sabe poco del proceso. En compensación, me dijo que podía hablarme de un programa de apoyo para los deportados promovido por el gobierno del estado. En Chalchihuites, el impacto del Programa Bracero fue tal, que casi cualquier persona tiene familiares que hayan sido braceros. Me sorprendió que apenas mencioné el pago a los

braceros, se formó un grupo de personas alrededor de la servidora pública, ansiosas por obtener buenas noticias con respecto a la compensación.

CAPÍTULO TRES

CUERPO, TRABAJO Y DEPORTE

3.1 Deportivización, clase y capitalismo

El deporte es un producto de la modernidad cuyo surgimiento atiende a condiciones económicas, históricas y sociales específicas. Originado en Inglaterra durante la época industrial moderna, el deporte es un resultado del modo de producción capitalista (Brohm, 1993). Como tal, se encuentra íntimamente vinculado “con mecanismos de higiene, control social, capital simbólico, luchas sociales y dimensiones de la distinción y ganancias propias de la sociedad moderna” (Ventura, 2012: 363). Siendo originalmente una institución de clase (Brohm, 1993) el deporte es un ámbito en el que se reflejan las relaciones de producción, las estructuras sociales, la lucha de clases, las desigualdades económicas, políticas y culturales, la división de género (Huerta, 1999). Como un proceso hegemónico, el deporte está centralizado, es controlado y promovido por el Estado.

Dado que la transición de juego, a deporte, se gesta en las élites, quienes se dan a la tarea de reconvertir juegos populares a los que añaden un contenido específico de *fair play* (juego limpio), se puede decir que el deporte reproduce los intereses de la clase dominante (Bourdieu, 1990). De tal manera, el deporte, como resultado del desarrollo capitalista, además de convertirse en una competencia comercial al servicio del capital y el Estado, cumple funciones ideológicas, legitimando las desigualdades y jerarquías, preparando física y moralmente al ejército industrial para que sirvan efectivamente al sistema capitalista, disciplinando, controlando y reprimiendo los instintos sexuales para un mejor rendimiento en el trabajo, institucionalizando las diferencias de género (Brohm, 1993: 52-55).

Por su parte, Norbert Elias y Eric Dunning (1992: 61) subrayan la relación entre deporte e industria, argumentando que, de la misma manera que hablamos de un proceso de industrialización, podemos hablar paralelamente, de un proceso de deportivización. Y en este sentido, los autores cuestionan: “¿es posible descubrir en el reciente desarrollo de la estructura y la organización de esas actividades recreativas denominadas deportes

tendencias que sean tan únicas como la de la estructura y organización del trabajo a la que nos referimos cuando hablamos de un proceso de industrialización?” (Elias & Dunning, 1992: 161). Al respecto, Barbero (1993) alude al vínculo entre deporte e industrialización, señalando que el nacimiento del deporte emana de la necesidad de disciplinar la fuerza de trabajo, controlar y ordenar a las masas recluidas en las fábricas, promoviendo hábitos saludables, moldeando un ideal de “obrero-soldado-deportista”.

Como lo señala Bourdieu (1990: 142), los deportes tienen una historia y una función particular en la sociedad; “son una oferta dirigida a coincidir con cierta demanda social”. De esta manera, las prácticas y los consumos deportivos ofertados en un determinado momento histórico, buscan satisfacer una demanda social al servicio de intereses hegemónicos. El deporte es un espacio de lucha donde se remarcan las diferencias sociales y se trata de imponer una definición legítima de práctica deportiva y su función, del “cuerpo legítimo” y del “uso del cuerpo legítimo” (Bourdieu, 1990: 148). Así, se distingue a los deportes de élite⁵⁵ (equitación, tenis, golf), de los deportes populares⁵⁶ (fútbol soccer, basquetbol, box, entre otros). Entre estos últimos, destaca el beisbol, un deporte espectáculo que entra dentro de la gama de aquellos deportes que “nació de juegos realmente populares, es decir, producidos por el pueblo, [el cual] regresa al pueblo a la manera de la música folclórica⁵⁷, en forma de espectáculos producidos para el pueblo” (Bordieu, 1990: 149).

3.1.1 Los orígenes del beisbol y su llegada a México

El beisbol se origina en Inglaterra como resultado de los juegos de pelota y bate. Entre 1762 y 1782 ya se practicaba de forma importante en Londres y en varias ciudades norteamericanas. En Estados Unidos, Albert G- Spolding, comerciante de casas de deporte,

⁵⁵ Bordieu (1990) nota que mientras para las clases subalternas una carrera deportiva es una de las pocas vías de ascenso social, para un niño burgués, con excepción de los deportes élites, no es una opción.

⁵⁶ No podemos dejar de lado que la definición moderna de deporte está relacionada con un “ideal moral” que deja de lado el intelectualismo, es decir, la mayoría de los deportes populares se asocian a “la fuerza pura, la brutalidad, la indignancia intelectual” (Bordieu, 1990: 154).

⁵⁷ De acuerdo a Crehan (2002: 128) el folklore “solo puede entenderse como reflejo de las condiciones de vida del pueblo”. Para Gramsci (1986: 203, Q27 § 1), el folklore, lejos de ser algo “pintoresco”, debe ser visto como una concepción del mundo que debe erradicarse, puesto que es una “concepción del mundo que no es elaborada ni sistemática porque, por definición, el pueblo (la suma de todas las clases instrumentales y subalternas que han existido hasta la fecha) no puede poseer concepciones elaboradas, sistemáticas y políticamente centralizadas en su desarrollo por lo demás contradictorio”.

quien encabezaba el club deportivo de Chicago, dio impulso al deporte, apropiándose de su origen al señalarlo como originalmente americano (Ventura, 2012). De ahí que, el beisbol se vuelve popular luego de la guerra de Secesión (1861-1865) y para 1952 el Congreso de Estados Unidos, corrobora el origen norteamericano del juego (Ventura, 2012).

Entretanto, a México, el beisbol, conocido como “el rey de los deportes”, llega por dos vías: proveniente de Estados Unidos entra por la frontera norte en 1877⁵⁸, y más tarde, en 1890, son los cubanos quienes se encargan de esparcir el gusto por el deporte en la parte sur (Ventura, 2012). Cabe aclarar que es bajo la influencia de Estados Unidos que este deporte se gesta tanto en México como en Cuba (Wysocki, 2011). Por tal razón, se sugiere que durante el Porfiriato (1876-1911), un momento en que se busca modernizar al país, el beisbol comienza a tener mayor presencia en México. Percibido como “civilizado y ultramoderno” (Wysocki, 2011: V) el beisbol es adoptado por las élites y evaluado en contraposición al atraso indígena, por lo que el deporte se percibe como una vía de redimir, educar y modernizar a las poblaciones “incivilizadas”.

Así por ejemplo, en la península de Yucatán, Gilbert Joseph (1988) señala que el juego es promovido por las élites henequeneras en la parte final del siglo XIX, como una forma de moldear y disciplinar la fuerza de trabajo, una estrategia con la que los patrones y los representantes del gobierno buscaban integrar a las masas trabajadoras, enseñarlos a trabajar en equipo, fomentar la convivencia, mantenerlos en óptimas condiciones de salud, inculcar buenos hábitos, valores y normas morales⁵⁹. En oposición al soccer y a los toros, el beisbol se ensalza como un deporte más civilizado, más honesto, más complejo (Overmyer-Velázquez, 2002), una forma de preparar al ejercito industrial, adiestrándolos y preparándolos física y moralmente para el trabajo (Schultz, 2004). De importación norteamericana, el beisbol es para Mangan y DaCosta (2002: 1) una “herramienta de los gobiernos”, una forma a través de la cual Estados Unidos refrenda su superioridad política, económica y cultural frente a México.

⁵⁸ El primer partido de beisbol se registra en 1877, protagonizado por marineros norteamericanos que llegaron a Guaymas, Sonora, como miembros de la tripulación del barco Montana. En este mismo año, el beisbol aparece en Nuevo Laredo y Nuevo León, en el contexto del trabajo ferrocarrilero, orquestado por dirigentes norteamericanos (Ventura, 2012).

⁵⁹ Gilbert Joseph (1988) subraya la forma en que Felipe Carrillo Puerto, revolucionario y gobernador de Yucatán, sacó provecho de las redes sociales y la unión de los clubes de beisbol, que se involucraron directamente en la vida comunitaria y política, participando activamente en la revolución socialista de la década de 1920, con la cual se revive la Guerra de Castas. De acuerdo a Joseph (1988), el deporte repercute de tal forma en la vida colectiva de los descendientes mayas, que llega a colocarse por encima de la religión.

Vinculado con el americanismo y fordismo⁶⁰, durante el período posrevolucionario, el beisbol funge como “una manera de crear ciudadanías disciplinadas dentro de un proceso hegemónico” (Gómez & Saucedo 2010: 128), en el que el Estado juega un papel central en su implementación y promoción a través de diferentes instancias y organizaciones gubernamentales. De esta manera, el beisbol se convirtió en una herramienta para introyectar y difundir la identidad nacional posrevolucionaria y promover la modernización social (Gómez & Saucedo, 2010). En resumen, el proyecto de deportivización se fundamenta en una iniciativa del capital que se sirve y se apoya en las necesidades del Estado-nación.

3.1.2 El deporte y las masculinidades en Chalchihuites

Todos los ex braceros entrevistados dicen haber practicado beisbol con regularidad durante su infancia, adolescencia y juventud. Mientras que para algunos solo era un *hobbie*, un pasatiempo, una forma de divertirse, en el caso de los mineros de la cabecera municipal, el beisbol representaba una parte fundamental en sus vidas. Una práctica diaria en la que se hacía visible la destreza y la fuerza física que habían adquirido en el trabajo minero. Un sitio de competencia propicio para ostentar su masculinidad como obreros-jugadores.

Como lo sugiere Huerta (1999) los campos de juego deportivo son sitios en donde se reproducen estructuras sociales, entre ellas, el orden genérico. En tanto una identidad frágil, insegura, siempre bajo sospecha de no ser suficiente, la masculinidad exige sin cesar la reafirmación y legitimación de otros varones (Badinter, 1993; Kimmel, 1994). El deporte es uno de esos ámbitos en los que los varones se legitiman como tales frente a sí y frente a los otros, a la vez que pueden ser emasculados, rechazados y feminizados por su mal desempeño en la cancha. En el mismo tono, Elias y Dunning (1992) denuncian el marcado corte patriarcal del deporte, al ser una práctica que promueve la reproducción de la

⁶⁰ De acuerdo a Gramsci (1986: 61, Q22 § 1) el americanismo y el fordismo son el producto de una transición del individualismo económico a una economía programada. Un momento histórico en el que la fuerza de trabajo debe ser moldeada y racionalizada según las nuevas necesidades del sistema de producción. De ahí que se generan distintas prohibiciones y se postulan diferentes estrategias, una de ellas, el deporte, como una manera de crear un nuevo tipo de trabajador disciplinado.

masculinidad hegemónica, la segregación de género, la subordinación de las mujeres, las ideologías y los valores androcéntricos.

Visto así, las canchas de beisbol son sitios homosociales donde se plasma la homofobia y el miedo a la castración simbólica, pero además, como lo señalan los ex braceros, son lugares donde se sabe quién es “hombre de verdad”, el que juega limpio, el que es respetuoso, alineado, aquel que se dedica a hacer su trabajo en el campo de juego y no se anda con “habladurías” o “niñerías”. En esta línea, los entrevistados utilizan el discurso del respeto y la disciplina como un medio para diferenciarse de los “otros”, los que les gritaban groserías, los que no sabían perder. Lo anterior se ejemplifica, en una charla que sostuve con Marcial y su esposa Elvia:

M- Nos invitaban a jugar en Zacatecas, en Durango, Sain Alto, donde quiera nos invitaban porque era un equipo que tenía disciplina, ninguno salíamos de pleito.

E- No peleaban. Aunque les gritaran apodos o lo que les dijeran y todo.

M- Lo que se ganaba, se ganaba bien, legal.

E- No con trampa, ni con malicia, ni con nada.

El deporte del beisbol es un espacio que permite la puesta en escena de los atributos masculinos altamente valorados: la fortaleza, inteligencia, valentía, virilidad, arrojo, habilidad, liderazgo, éxito, disciplina. El partido de beisbol, más que un simple juego, es una competencia que conlleva “una serie de valores que lo convierten en una actividad seria que eleva la calidad física, moral, intelectual y espiritual del individuo, el grupo y la comunidad” (Huerta, 1999: 190). En consecuencia, ganar un partido implica prestigio y honor no solo en términos individuales, sino colectivos (Huitzinga, 1984). Al mostrar un buen desempeño en la cancha, el conjunto es reconocido y premiado simbólicamente, lo que además de buena reputación y fama como buenos jugadores, puede acarrearles oportunidades para ir a jugar con otros equipos de mayor nivel, a otros lugares, en donde se abren posibilidades de obtener una retribución económica.

En sintonía con el trabajo de McDowell (2003), observo cómo los varones entrevistados, pese a sus desventajas sociales, se esfuerzan por construir una masculinidad madura, colmada de valores y respetabilidad, centrada principalmente en la domesticidad,

en su compromiso con la familia y la comunidad, a la vez que negocian con las demandas conflictivas y contradictorias de los valores y las actitudes asociadas con la masculinidad de la clase obrera. Como nota Connell (2000), el uso y el despliegue de las capacidades del cuerpo, constituyen un eje central en las masculinidades de la clase obrera, tanto en el trabajo, como en los deportes, por lo que la fuerza, la habilidad y el aguante, son cualidades sumamente importantes. A estas masculinidades subordinadas que ponen énfasis en el cuerpo y sus habilidades, la fuerza física y la agresividad como formas de medirse con otros hombres, demostrar superioridad y amedrentarlos, son a las que Connell (2000) denomina masculinidades de protesta.

En los testimonios de los entrevistados, el campo de juego y el trabajo, no son solo espacios para desplegar la fuerza viril, sino también, lugares propicios para mostrar el carácter, la eficiencia, la disciplina, el respeto y la dignidad que se supone, deben caracterizar a un “hombre maduro”, centrado, logrado. En la cancha se pelea por la gloria, el honor y el prestigio. Quien muestra debilidad y falta de carácter se arriesga a ser feminizado, rechazado por el grupo. “*No pain, no gain*”, sin dolor, no se gana, una frase que resuena en los campos de entrenamiento, en los gimnasios, en las duelas, en las competencias deportivas. Una afirmación que incita a domeñar el cuerpo y las emociones con el fin de conseguir un objetivo: ganar. Fuerza, carácter, persistencia y, “no se vale rajarse”. Bajo este entendido, los varones son socializados para tener o pretender tener control sobre su cuerpo y luchar con ahínco por obtener la victoria, a costa de lo que sea.

No obstante, este fenómeno no es exclusivo del deporte, sino que puede aplicarse también al ámbito del trabajo, sobre todo en el caso de aquellos trabajos que se fundamentan en la fuerza física. En la perspectiva de Messner (2005), los cuerpos de los atletas son muestra y expresión de la manera en que los varones encarnan su cuerpo en el mundo. Así, dadas las desigualdades económicas y de poder, algunos varones buscan compensar a través del cuerpo, la falta de poder y las desigualdades ocasionadas por cuestiones de clase, raza, nacionalidad. De tal forma, se observa la primacía del sesgo clasista y racista en ciertos deportes y trabajos, principalmente en aquellos considerados como más riesgosos y violentos (Messner, 2005).

En el deporte, los varones viven experiencias similares de maltrato corporal y psicológico que son comunes para las clases sociales subordinadas en otros espacios como

el trabajo, en la milicia, en las calles (Messner, 2005). Por ende, el deporte “es un espacio en el que se reproducen las estructuras, sistemas e instituciones sociales, la desigualdad social, cultural, económica, política y genérica” (Huerta, 1999: 70). En oposición al hogar, ligado a la domesticidad y la feminidad, la cancha de beisbol representa un espacio propicio donde los varones pueden expresar, moldear y reconocerse como “hombres de verdad”. Un espacio en el que, al igual que en el trabajo minero, “el cuerpo se convierte en el objeto máspreciado” (Huerta, 1999: 17) a través del cual se compete y se pone a prueba la masculinidad.

Como lo plantea Connell (1990), el deporte es un régimen en el que se exaltan las capacidades y habilidades del cuerpo, en el cual se promueve la alienación del cuidado del cuerpo, de las emociones, los miedos, las ansiedades. Un terreno en el que la conquista se consigue sobre sí mismo y sobre su cuerpo (Connell, 1990). De esta manera, los cuerpos de los atletas son vistos como herramientas, como máquinas, como un vehículo que debe ser explotado al máximo, dejando de lado las emociones, los sentimientos y el dolor con el fin de alcanzar el triunfo (Messner, 1992). En la misma línea, Klein (1993) señala la forma en que los cuerpos atléticos se construyen a costa de riesgos en la salud, enfatizando la inseguridad emocional y las ansiedades que permean la vida de los fisicoculturistas.

3.1.3 La fiebre del beisbol en las décadas de 1940 y 1950

Según refieren los entrevistados, fue un ingeniero “gringo” que llegó a las minas de Chalchihuites en los años cuarenta, quien empezó a promocionar el beisbol en el municipio. En este sentido, los ex braceros y ex mineros recuerdan a los primeros jugadores destacados del pueblo de finales de los años cuarenta: Manuel Blanco y Jesús Magallón, quienes posteriormente se convirtieron en entrenadores de las nuevas generaciones. El dato del origen es impreciso, pues Chago y Chuy señalan haber jugado beisbol desde niños, lo que sugiere que para la década de 1930 ya se practicaba beisbol en el municipio, no obstante, todo apunta que fue a mediados de los años cuarenta cuando comenzó a difundirse con más fuerza el beisbol en las rancherías y en la cabecera municipal de Chalchihuites⁶¹.

⁶¹ Las fechas coinciden con lo que Teresa Ventura (2012) documenta en la ciudad de Puebla entre los obreros, cuyo trabajo sugiere que durante la década de 1930 el beisbol comienza a expandirse e irradia como una

De esta manera, todos los entrevistados recuerdan haber practicado este deporte en algún momento de su infancia y/o juventud. Unos de forma más profesional, otros con reglas e integrado a un equipo rudimentario, otros como un simple juego de niños que actualmente se sigue practicando en el municipio el cual se conoce como “la pichada”, una palabra derivada del anglicismo *pitcher*, que es el nombre del jugador que en el beisbol lanza la pelota hacia la base, tratando de que el bateador del equipo opuesto no logre golpearla, sino que más bien sea el *catcher* de su equipo quien atrape la pelota.



Foto 2. Uno de los primeros equipos representativos de beisbol del municipio de Chalchihuites. (Ca. 1945). Colección privada de Sergio García.

Para los años cuarenta, el beisbol se convirtió en un deporte que se promovía en las escuelas y empezó a ser jugado por niños, adolescentes y jóvenes en Chalchihuites. Engalanaba las fiestas y celebraciones, las ferias y eventos populares en la región. Para

forma de esparcimiento sano entre los obreros, el cual llegó a convertirse en parte fundamental de su vida, a la vez que dentro del ámbito sindical se convirtió “en una sólida institución” (Ventura, 2012: 366). La autora señala que para 1938 el beisbol se consolida ya como deporte obrero, con el apoyo de las empresas y sindicatos, por lo que para esa fecha, ya existían muchos equipos formales y competitivos.

mediados de los años cuarenta, destaca un equipo del cual surgieron entrenadores que adiestraron a las generaciones venideras. Este es el equipo que se muestra en la foto 2, a quienes Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) reconoce como, (yendo de izquierda a derecha): “Daniel (el Quequi), Jesús Contreras, Jesús Magallón, Luis Sarellano, Tacho López, José Sarellano, Cantinflas, Pancho Casas, Jesús Lazalde. El del traje es El mosquito”. De ellos, Luis y José, son tíos de Chuy, quienes le antecedieron y sembraron el gusto por el deporte de la pelota. Curiosamente, a varios de ellos Chuy solo los recuerda por su apodo. La costumbre de llamar por apodos a las personas en Chalchihuites, así como la peculiaridad de los orígenes de estos, se documentan en los trabajos de Gallegos (2011) y Ramírez (2004).



Foto 3. Novena de los “Mineros de Guantes”. (1953). Colección privada de Sergio García.

De manera especial, el equipo de los Mineros de Guantes, que se forma a inicios de 1950, es recordado por haber destacado y puesto el nombre de Chalchihuites en alto. Jugadores como Kiko Domínguez, Guadalupe Ruvalcaba y Jesús Sarellano son recordados

como estrellas del beisbol chalchihuitense, al ser convocados para jugar con equipos de Aguascalientes y Durango. Del equipo de Guantes, al que Marcial, uno de los ex braceros también ex jugador de beisbol describe como “una muy buena novena”, surgieron varios entrenadores, pero fundamentalmente, buenos jugadores, quienes hasta la fecha son recordados como grandes deportistas, hombres de “buen brazo” y “jugadas lastimosas”⁶².

Las diferencias entre el equipo de Mineros de Guantes (véase foto 3) y el equipo que los antecedió (véase foto 2), no solo recae en la diferencia temporal, en las capacidades y habilidades que lograron desarrollar sus jugadores, sino que además, existe una diferencia notable la cual considero importante recalcar: la ocupación de sus integrantes. Así, mientras el primer equipo representativo de Chalchihuites (foto 2) estaba formado por agricultores, el equipo de los Mineros de Guantes (foto 3), estaba integrado por obreros de mina. Como recuerda Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) refiriéndose a la foto 2: “Todos ellos trabajaban en el solar, no eran mineros. Eran agricultores todos”. En contraposición, Lupe (89 años, ex bracero y ex minero) confirma que los de su equipo, los jugadores de Guantes, eran obreros de mina. “Sí, todos éramos mineros, menos los dirigentes”.

¿Se puede pensar entonces que la fortaleza física, la disciplina, los valores y las habilidades desarrolladas en las minas, pudieron haber sido detonantes en la consolidación del equipo de los Mineros de Guantes como un equipo competitivo? A través de los años, los Mineros de Guantes han sido ponderados como el mejor equipo de beisbol de Chalchihuites. Según narran los ex jugadores del equipo, en aquellos tiempos, no existía en el municipio una liga de beisbol. Por tal razón, sus encuentros más importantes se daban contra equipos de otros municipios zacatecanos como Gualterio, Jiménez de Teúl y ciudades aledañas como Fresnillo, Aguascalientes y Durango. En éste último, concertaban partidos en los municipios de Vicente Guerrero, La Joya, El Salto, Tayoltita.

Considero importante aclarar que, aunque el equipo de beisbol usaba el nombre de la mina donde trabajaban, en el cual se enfatiza la identidad obrera de los jugadores, éstos no obtenían ningún apoyo de la minera, ni para la compra de equipo, como tampoco para

⁶² Lastimosas se refiere al tipo de jugadas que afectan al contrincante, jugadas inteligentes, estrategias audaces que van marcando la superioridad de un equipo, o de un jugador frente a otro. Cabe recordar que la afición trasciende más allá de la jugada e impacta directamente en la calidad moral y la reputación del adversario. Con las jugadas se doblega, se somete al adversario; al mismo tiempo, con una “buena jugada”, se incrementa el prestigio, el reconocimiento y el respeto de otros varones.

los gastos de sus viajes⁶³. Por tal motivo, los jugadores se veían obligados a realizar trabajo extra con el fin de reunir dinero para sus gastos. Como lo narra Chuy (85 años, ex bracero y ex minero), “nosotros pagábamos todo, teníamos unos patrones muy agarrados. Severiano Pérez, nunca nos quiso dar una ayuda. Cargábamos camiones y nos daban 5 pesos por camión y eso lo usábamos para las pelotas, los guantes, los uniformes”.

Pese a trabajar seis días de la semana y laborar durante ocho horas, los jóvenes mineros buscaban la manera de entrenar y salir a jugar durante sus ratos libres. A este respecto, Teresa Ventura (2012) apunta que fue justamente la reducción de la jornada laboral a 8 horas diarias lograda por los obreros durante la década de los años treinta, lo que permitió a los obreros fabriles de Puebla gozar de tiempo libre, el cual era usado, en gran medida, para practicar beisbol. De ahí que los mineros de Guantes de Chalchihuites, luego de estar martillando, barrenando o cargando metal durante el día, bajaban corriendo de los cerros para colocarse en el campo de beisbol y continuar su entrenamiento.

Según narran los ex jugadores, su entrenamiento iba regularmente de las cinco de la tarde hasta que se metía el sol. En palabras de Chuy (85 años, ex bracero y ex minero):

Nos veníamos de la mina de Mazatán a corre y corre, en un cuarto de hora ya llegábamos, mucho ejercicio. Entrenábamos desde las cinco hasta que ya no se veía. Jugábamos en la ETA (Escuela Secundaria Técnica). Juan Vela era nuestro entrenador y el difunto La Mascarona; él era muy bueno para jugar.

Dicho de otra manera, los mineros pasaban todo el día explotando su cuerpo, poniéndolo a prueba, entrenándolo, trabajándolo, potenciando su fortaleza, ejercitándolo para maximizar su rendimiento. Desgaste físico, poca comida, unos cuantos pesos en retribución por su trabajo. Difícilmente las energías gastadas en un día de trabajo y entrenamiento podrían ser restituidas al día siguiente. Aun así, la edad (la mayoría oscilaba entre los 17 y 22 años) de los jugadores apoyaba el buen rendimiento.

⁶³ Contrario a lo que documenta Teresa Ventura (2012), con relación a la injerencia de los sindicatos obreros y el apoyo de los empresarios fabriles en la promoción del beisbol entre los obreros fabriles de Puebla, los mineros de chalchihuites no contaban con el apoyo de la empresa, así como tampoco existía un sindicato minero que los respaldara. Entre los obreros textiles poblanos, por el contrario, la expansión y difusión del beisbol “obedeció a la puesta en marcha de los proyectos sindicales que eran de carácter integral [...] Ya en 1938 existían muchos equipos. En ese entonces los obreros textiles habían logrado en sus contratos colectivos de trabajo el apoyo de los empresarios para impulsar el deporte” (Ventura, 2012: 366).

Pronto, el equipo de Guantes comenzó a ser conocido en los alrededores, posicionándose como uno de los mejores equipos de la región, ganando prestigio en atención a su notable desempeño en cancha. “En ninguna parte perdimos, aquí tampoco”, recuerda con orgullo Chuy (85 años, ex bracero y ex minero). Como resultado, su superioridad contundente en la cancha también trajo consigo problemas, ya que algunos equipos, a sabiendas de sus desventajas, preferían no medirse con los chalchihuitenses. En palabras de Lupe (89 años, ex bracero y ex minero), “todos los mineros de Guantes sí jugábamos, por eso nos invitaban muchos para ir a jugar afuera. Muchos equipos de allá de Durango ya no nos invitaban, porque les ganábamos”.

El orgullo del éxito se compartía de manera colectiva, el triunfo era para el equipo, para su familia y para el municipio. Así lo entendían, “nos decía Magallón, les vamos a jugar para el pueblo, no vamos a jugar para nosotros, vamos a jugar para la gente, a defender el pueblo” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero). De esta forma, parte de la valía del juego residía no solo en la defensa de su honor como hombres, sino también como miembros de una comunidad, como representantes del municipio. Como una actividad masculinizada, las mujeres e hijos participaban de manera distinta, apoyando, a veces acompañándolos a los partidos, suministrando comida, echando porras.

En consecuencia, la distinción y el reconocimiento obtenido en la cancha por los varones, el honor defendido con valor por los representantes de chalchihuites, se extendía al pueblo y por supuesto, a las mujeres, quienes se alegraban por el triunfo de sus hombres. Licha, esposa de Lupe, narra que su padre era un fiel seguidor de los partidos de su esposo. Entusiasmada, cuenta cómo la gente reconocía, admiraba y vociferaba la eficacia de su esposo en la cancha. Además, entre risas, recuerda la manera en que su esposo Lupe era perseguido por un homosexual en el pueblo debido a sus dotes viriles. Orgullosa, Licha (79 años, curandera) comenta, “era muy buen jugador, a mi papá le gustaba mucho verlo jugar. Me decía, ándale flaca, ya traen a tu machito en silla de manos”.

Como lo mencioné anteriormente, del equipo Mineros de Guantes, sobresalen de manera especial tres de sus jugadores: Lupe, Chuy y Kiko, a quienes tuve oportunidad de conocer y entrevistar durante mi trabajo de campo. Sin embargo, debido a los problemas auditivos de Kiko, obtuve poca información de su parte y esa es la razón por la cual sus

versiones no aparecen plasmadas en la investigación⁶⁴. Considero importante remarcar que además de ser mineros y deportistas, los tres “estrellas” del equipo de Guantes se contrataron también como braceros. Por ejemplo, Lupe y Chuy viajaron juntos a Estados Unidos en una de sus contrataciones, por lo que además de ser compañeros de trabajo en la mina, fueron también compañeros de equipo, y fueron juntos a trabajar contratados mediante el Programa Bracero.

Mirando la foto 3, Lupe (89 años, ex bracero y ex minero) recuerda: “yo jugaba la tercera. Aquí está Margarito Pérez, Kiko Domínguez ¡este era muy bueno para pichar!, Margarito Pérez de la Ciénega también era bueno para pichar y La Tuta (Chuy), también pichaba. Yo también, pero Kiko Domínguez, hermano de Chuy Dominguez y Margarito eran los estrellas”. Aunque el señor Lupe seguramente como un gesto de humildad no quiso citarse entre las estrellas del equipo, sus demás compañeros y otros ex jugadores lo recuerdan como uno de los mejores. Por su parte, Chuy sí reconoce su valía como jugador, la cual residía fundamentalmente en el poder de sus brazos. En este sentido, Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) expresa, “de ese tiempo ya solo Guadalupe y yo quedamos, y Kiko, él todavía no se muere. Muy bueno para jugar, jugaba la tercera y la segunda, este Guadalupe jugaba la tercera. Pero no, cuando yo jugaba, no querían los otros, porque yo les ayudaba bien, estaba bien liviano. Teníamos entre 20 y 22 años”.

Jóvenes fuertes, con energía, con cuerpos disciplinados, esculpidos al calor de las minas. Consolidados como jugadores, Kiko, Lupe y Chuy fueron convocados a jugar con otros equipos de mayor rango, ofrecimientos que no aceptaron. Según relata Lupe (89 años, ex bracero y ex minero):

Nos querían llevar para Durango con los Alacranes y con Pérez Squiz, un negro, nos mandó llamar, a Kiko, a la Tuta (Chuy), y a mí. No, pos no. Kiko dijo, “no, ¿cómo deo a mi viejita?” A la mamá. Yo estaba recién casado, me casé en el 1952, dije no, yo tampoco me voy. Y Kiko por la mamá, y Chuy pos menos.

⁶⁴ Fue la sobrina de Kiko quien me proporcionó la mayor parte de la información y documentos de su tío. Además de ayudarlo a recordar algunos episodios de su vida, Silvia me habló de su padre, quien también fue bracero, mostrándome fotos y regalos que éste le envió durante su estancia en Estados Unidos. Si bien no plasmo textualmente los testimonios de Kiko, sus versiones y las de su sobrina, me ayudaron a reconstruir, reafirmar y sustentar afirmaciones que se presentan en el cuerpo de esta investigación.

Por su parte, Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) relata otra de las ofertas que recibieron, “es que fuimos a Sombrerete, hicimos un juego con un ingeniero de Aguascalientes, salió una novena muy buena y vino a reforzarse acá. Nos quería llevar, pero no nos quisimos ir”. Los ofrecimientos llevaban consigo algo de dinero y por supuesto, la oportunidad de crecer como deportistas, acumulando prestigio y ganando la admiración de un mayor número de espectadores.

Los jugadores de Guantes oscilaban estacionalmente entre las minas, los campos de cultivo familiar y la migración como braceros a Estados Unidos, siendo en varios de los casos la migración a Estados Unidos el motivo por el cual se retiraron del beisbol. En cambio, en la vida de las estrellas del equipo de Guantes, no fue precisamente la migración a Estados Unidos lo que se antepuso a su carrera como beisbolistas. En sus versiones, salta a la vista la idea de la responsabilidad, la distinción y respetabilidad como esposos, hijos y padres, el cumplimiento cabal de su rol como hombres proveedores y protectores frente a su familia, cuyo desempeño cabal consideraron más importante que consolidarse y ser populares como jugadores.

En este caso, el deporte era visto como una “muchachada”⁶⁵, una diversión, una distracción que si bien fue importante en sus vidas y les acarreó reconocimiento, no podía suplantar sus deberes como esposos, padres e hijos. Por consiguiente, al rechazar los ofrecimientos, los varones dejan de lado el protagonismo personal y comunitario como jugadores, para privilegiar su compromiso con la familia. De manera que, aunque participaban colectivamente en el juego del beisbol siendo parte de una fraternidad masculina que también les acarrea prestigio y reconocimiento, el desatenderse de su rol como esposos, hijos, hermanos y padres era considerado por los entrevistados como “cosas de muchachillos”, acciones reprobables de los que todavía no son hombres, aquellos que no son adultos maduros, o sea, jóvenes irresponsables para quienes el grupo de pares, las actividades homosociales y el deporte se anteponen a sus responsabilidades familiares. Más aún, al no estar seguros ni convencidos de las retribuciones y condiciones que les ofrecían los equipos de beisbol, se arriesgaban a no cumplir con su rol de proveedores, poniendo en riesgo el bienestar de su familia.

⁶⁵ Muchachada es un término que se usa en Chalchihuites sobre todo en las generaciones adultas para referirse a las “cosas de jóvenes”, asociadas con los excesos, el desenfreno, los comportamientos indebidos, lo inmoral, las actitudes que no corresponden con la adultez o madurez.

¿Qué otras explicaciones podemos dar al hecho de negarse a aceptar los ofrecimientos de otros equipos? Más allá de las explicaciones y motivos que exponen los entrevistados, luego de haber participado como jugadora en los equipos representativos de Chalchihuites durante mi primer temporada de trabajo de campo (2008-2010), un tiempo en el que estuvimos enrolados en Liga Municipal de Voleibol de Vicente Guerrero, Durango, puedo sugerir que, aquellos jugadores que dentro del municipio cuentan con cierto prestigio y son respetados como “buenos jugadores”, se enfrentan a otra realidad al medirse con equipos de mayor nivel. En este sentido, varios jugadores prefieren solo “cascarear”⁶⁶ y “lucirse” frente a quienes ya conocen, preferiblemente, frente a quienes es casi seguro que van a ganar.

Asimismo, existe cierta reticencia a integrarse a equipos de otros lugares, es decir, se privilegia la convivencia con jugadores locales con quienes existen vínculos de amistad y parentesco. Representar a Chalchihuites es visto como un hecho dignificante, honroso, meritorio, en tanto que, unirse a otro equipo, se considera una traición. Además, cada equipo utiliza ciertas reglas y códigos éticos. Los amigos pueden ser “pasalones”, es decir, ser más permisibles, mientras que al unirse a otro equipo es probable que sea necesario adaptarse a sus reglas, a sus entrenamientos, a sus códigos de juego y convivencia. Así por ejemplo, Chuy dice que solía tomarse unos tragos de mezcal antes de iniciar el juego. Entre amigos, no tenía problemas, sin embargo, en un contexto profesional, lo más seguro es que esta acción hubiese sido penalizada. Entre los entrevistados, el deporte se toma como un pasatiempo y difícilmente como una forma de vida, como un lugar para demostrar supremacía, para obtener admiración y aplausos, para saberse vencedores, en un contexto donde existen pocas formas de obtener reconocimiento por otros medios.

Conviene subrayar que, en las narrativas de la mayoría de los entrevistados que jugaron beisbol, la necesidad de migrar a Estados Unidos se presenta como un obstáculo para continuar practicando el deporte. Marcial (72 años, ex bracero), mostrándome una foto los años ochenta de un equipo de beisbol en la cual aparece, recuerda cómo los miembros del que considera fue el último equipo de beisbol “se separaron y muchos se fueron para Estados Unidos”. Dada la circularidad que caracterizó a la migración chalchihuitenses hasta

⁶⁶ Un término que se usa coloquialmente para designar un tipo de juego no oficial, entre amigos, solo por diversión.

los años noventa en esta región, los jugadores iban y venían, pero no se lograba conjuntar una novena estable. Es decir, desde el tiempo de los braceros hasta la actualidad, la migración laboral ha impedido dar seguimiento a los equipos de beisbol, pues solo temporalmente se logran conjuntar, para posteriormente desintegrarse debido a la necesidad de emigrar en busca de trabajo.

Ramón, Joel, Meño y Pablo, residentes de las rancherías, practicaron beisbol durante su infancia, pero solo como una distracción, un pasatiempo de “muchachillos” y sin el equipo necesario. Aun así, muestran entusiasmo al recordar su pasión por el beisbol. En este contexto, las competencias se daban entre rancherías, mientras que los de la cabecera municipal se reconocen como “más buenos”, “más profesionales”, por lo que pocas veces se medían con ellos. Tal como lo expresa Joel, aprovechando para remarcar su “buen brazo”:

¡Ande! Beisbol, ¡mi merito gusto! Fui lanzador. Jugábamos aquí abajo y acá arriba, íbamos a jugar a San José de Arriba, a Jiménez, nadie nos ganaba. En aquel tiempo jugaban beisbol en todas las comunidades. No, yo para tirar la curva. Les ganábamos a toditos. Los únicos que se nos acercaban más eran los de San José de Abajo (San José de Buenavista). Muchos de esos me conocen. El papá de esas que venían a jugar voli, el señor Lupe, ese jugaba” (Joel, 79 años, ex bracero).

Los recuerdos de aquellos tiempos del auge del beisbol siguen en las mentes y en la vida de los ex jugadores. Precisamente, la primera vez que visité a don Chago, quien fue uno de los pioneros del beisbol en Chalchihuites, entrenador de las generaciones más jóvenes durante los años noventa, lo primero que vi al pararme frente a la puerta de su casa, fue una maleta colgada en la pared de la cual salían unos bates de beisbol. Luego, al ingresar a su recámara, me llamó la atención que don Chago estaba viendo en la televisión el juego de los Astros de Houston contra Rangers de Texas, a través de uno de los canales de ESPN (*Entertainment and Sports Programming Network*). Ya sin posibilidades de sostenerse de pie, don Chago disfrutaba observando, analizando y opinando acerca del partido de beisbol. Hoy en día, él al igual que varios de los ex jugadores de la generación de los braceros, lamentan que este deporte se haya casi extinguido en el municipio.

Aquellos años de juventud, fuerza, fama, diversión y compañerismo se han ido, pero permanecen los recuerdos, los trofeos, las fotos, como pruebas fidedignas de lo vivido, de

lo logrado, de las habilidades adquiridas, los cuales fueron de gran utilidad en la generación de memorias. De ahí que Marcial, Kiko, Lupe y Chuy, me mostraron con orgullo los diplomas y trofeos que les entregó la presidencia municipal por sus 59 años de trayectoria como jugadores de beisbol. Junto con sus trofeos, fotos y diplomas, estos ex braceros hablaban de la mica y los contratos, como cosas valiosas, objeto de valor identitario que expresan su valor, su “hombria”, sus logros, lo provechoso de su trayectoria de vida, una distinción; algo similar a lo que para un estudiante sería su credencial de la Universidad, un diploma, su título, una medalla. La mica y los contratos, los trofeos y diplomas deportivos, son por encima de todo, indicadores de éxito, de aquellos “buenos tiempos cuando estaban nuevos, fuertes”, cuando podían trabajar y hacer deporte sin tantos dolores físicos. Como trabajadores agrícolas, mineros y deportistas, el cuerpo y la fuerza física son exaltados como la base fundamental de sus logros.

3.2 Generación, identidades y memoria colectiva

Cada generación lleva las huellas de los sucesos históricos y políticos que moldearon su trayectoria de vida. Para los fines de este trabajo, entendemos por generación no solo la cuestión de similitud en términos de edad biológica, sino además, su filiación conjunta en un momento histórico, político y social específico, en una clase social, en un lugar determinado, en una actividad económica. De acuerdo al sociólogo Mannheim (1952: 289), el “vínculo generacional” tiene que ver con el momento histórico de los jóvenes que comparten un mismo rango de edad y clase social, definiendo como clase “la ubicación común que ciertos individuos sostienen en la estructura económica y de poder de una sociedad dada”. De manera que, quienes comparten rangos de edad similar, la misma posición de clase y una ubicación histórica en común dentro de un proceso social, sostienen un lazo generacional. De acuerdo al planteamiento de Mannheim (1930), los sucesos colectivos que se recuerdan con mayor facilidad, son aquellos que ocurrieron durante la adolescencia y la juventud temprana, la cual marca de forma decisiva la identidad de los sujetos.

La memoria individual se gesta dentro de un espacio temporal y un marco social que conforma una “memoria colectiva” (Acuña, 2001). La memoria colectiva es definida

como la reconstrucción del pasado, a partir de las necesidades y condicionantes del presente (Halbwachs, 1992). Como creación social (Mannheim, 1952) la memoria colectiva se vincula con las experiencias de una cohorte o generación, es inestable, variable y cambiante, puesto que pueden encontrarse varias versiones de un mismo hecho dependiendo de la interpretación y las vivencias de cada individuo. Insertos en un espacio y un tiempo histórico-social, cada generación recuerda sucesos y eventos particulares, a partir de las especificidades del contexto en el que se desenvuelven y del momento histórico que les tocó vivir. De tal forma, la noción de memoria colectiva organiza cohortes generacionales.

En síntesis, la memoria colectiva puede ser definida como la memoria de episodios socio-históricos, compartida por la mayoría de los miembros de un grupo de edad y de clase. Tomando en cuenta lo anterior, “las generaciones pueden ser definidas a partir del contexto y de los acontecimientos socio-históricos que les corresponde vivir” (Oddone & Lynch, 2008). El contexto socio-histórico, los acontecimientos y los hechos que les tocan presenciar, moldean el conjunto o cohorte generacional. El concepto de cohorte hace alusión al “agregado de individuos que experimentan el mismo evento en el mismo intervalo de tiempo (Ryder, 1965: 845), mientras que la memoria colectiva se refiere al “conjunto de recuerdos más importantes compartidos por un grupo y a la transmisión entre generaciones del conocimiento de los eventos o cambios que modificaron la sociedad de manera importante” (Oddone & Lynch, 2008: 1).

Además de la memoria colectiva, podemos hablar de la manera en la que se forjan también identidades colectivas. Como lo señala Gavin Smith (2002), el lugar y el trabajo conforman un sentido de identidad colectiva. Siguiendo la idea de Smith (2002), es fundamental cuestionar la idea de que el trabajo y las identidades basadas en el lugar de origen han desaparecido, anteponiendo a éstas otras categorías como edad, género, cultura. En la teoría marxista, el trabajo se vincula con la explotación, por lo que hacerlo de lado, implica pasar por alto que la identidad de clase es, a la vez, una experiencia de explotación compartida. Al entender el lugar y el trabajo como un conjunto de relaciones estructurantes, es posible documentar cómo “las experiencias compartidas de un lugar suscitan una identidad colectiva”, al igual que “las experiencias compartidas de trabajo” dan lugar a las identidades colectivas, y cómo éstas se constituyen mutuamente (Smith 2002: 253-254).

Tocante a este tema, vale la pena indagar, por un lado, la conformación de identidades colectivas en Chalchihuites en torno a la localidad y la minería como actividad central que organiza un conjunto de relaciones sociales, y, por otro, en la construcción de la memoria colectiva con relación a ciertos hechos, eventos y personajes que marcaron la cohorte generacional de los ex braceros y ex mineros. Para tal fin, es necesario hilar sucesos que compartieron los varones entrevistados, entre los que sobresalen sucesos recurrentemente evocados por ellos, tales como los festejos del IV Centenario del municipio en el año de 1956, un evento cuya magnitud es recordada como única y excepcional entre aquellos que les tocó vivirla. Asimismo, la sequía de 1957, un tiempo de crisis en el que las familias del lugar padecieron los estragos de la falta de lluvias en el estado de Zacatecas. En el mismo 1957, varios de los entrevistados hacen referencia a la muerte de Pedro Infante como un evento que les permite rememorar circunstancias, condiciones, hechos de su juventud.

Añadido a lo anterior, destaca un personaje que “salió de las minas de Chalchihuites”, para convertirse en estrella del boxeo mundial, Ricardo “Pajarito” Moreno. Coetáneo, amigo, compañero de trabajo de los entrevistados, Ricardo Moreno es una figura reconocida de los años cincuenta, quien sigue siendo recordado en la localidad, como una estrella del boxeo mundial que se formó en las minas de Chalchihuites.

3.2.1 Ricardo “Pajarito” Moreno. “El barretero de Chalchihuites”. La estrella fugaz del boxeo mexicano que salió de las minas

Pese a que la minería en Chalchihuites ha tenido épocas de esplendor y caída, el municipio es reconocido como un centro minero desde la época prehispánica. Así, cuando se habla de Chalchihuites en otros lugares -si es que acaso se ha oído hablar del municipio- regularmente se le asocia con la minería, con los dueños de las minas, o bien, con el boxeador Ricardo “Pajarito” Moreno. De hecho, recuerdo cuando hice mi primera propuesta de anteproyecto de tesis para la licenciatura en la Universidad de las Américas Puebla, la primera reacción de mi director de tesis al leer que planteaba hacer trabajo de campo en Chalchihuites fue: “¡Ah, la tierra del Pajarito Moreno!”.

La exclamación de Gustavo Barrientos, quien fue mi primer director de tesis en la licenciatura, vino a mi mente al escuchar los testimonios de los ex braceros. A ellos también los reconocían como “paisas” del “Pajarito” cuando mencionaban el nombre de su pueblo, además, el ser oriundos de la tierra del boxeador, en algunos casos, esto les permitió recibir un trato preferencial al cruzar la frontera, según lo refieren varios de ellos. Coetáneo de la cohorte de los ex braceros y ex mineros entrevistados, mientras sus amigos y vecinos se enfilaban en el Programa Bracero durante la década de 1950, el pugilista chalchihuitense gozaba de éxito y fama a nivel internacional, lo que permitía que el nombre del municipio fuese reconocido en otros lugares, más allá de la región.

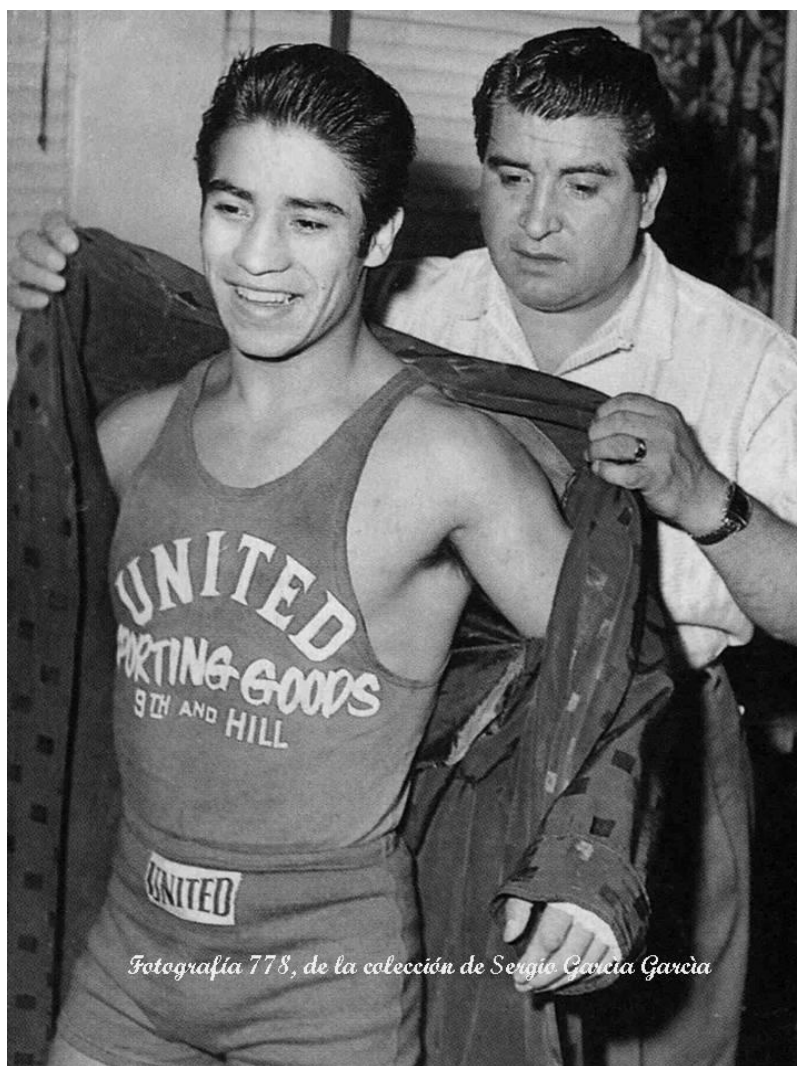


Foto 4. Ricardo “Pájaro” Moreno y su entrenador Lupe Sánchez. (1956).
Colección privada de Sergio García.

Ricardo el Pajarito Moreno, es el símbolo de la “época de oro” de Chalchihuites, una época en el que la producción minera estaba a la alza y “el trabajo abundaba” (Ramírez, 2004: 174), pero además, se le reconoce como un personaje emblemático de la fortaleza, la gallardía, el valor y el coraje de los mineros, de esos varones que forjaron su fortaleza y carácter al calor del trabajo en las minas. Por ello, en el ambiente del boxeo, Ricardo Moreno fue conocido como “el barretero de Chalchihuites”, en atención a sus antecedentes como trabajador minero. Históricamente, la minería ha sido tanto una fuente de empleo, como un eje en torno al cual se tejen las identidades de los varones del municipio. A través de los años, diferentes generaciones de hombres han trabajado en las minas de Chalchihuites para dar sustento a sus familias, algunos perdieron la vida realizando esta ardua labor, otros enfermaron, otros tantos más partieron a Estados Unidos y otros lugares de México en busca de mejores oportunidades.

Las minas son sitios de disciplina donde se moldean cuerpos, se desarrolla musculatura, temperamento, firmeza, energía, voluntad. Espacios de trabajo donde la fortaleza física se transmuta en fuerza moral, lugares donde se forman hombres fuertes y valerosos. Así, los mineros son recordados por su eficiencia, valor y compromiso en el trabajo, por la cantidad de kilos de metal que llegaban a cargar, por su desempeño físico, por la potencia en sus brazos, por los riesgos que afrontaron, por la rudeza del trabajo que soportaron, por las largas jornadas que sobrellevaron. Hombres valientes, arriesgados, temerarios. Entre éstos, sobresale Ricardo Moreno, un joven que salió de las minas para convertirse en estrella del ring, Ricardo “Pajarito” Moreno, “el barretero de Chalchihuites”, quien destacó por el poder de sus puños en la década de los cincuenta, siendo conocido por sus orígenes como campesino y minero.

Figura de éxito y fracaso. Ricardo Moreno, hijo de Pedro Moreno y Zenaida Escamilla, nació el 7 de febrero de 1937 en Chalchihuites, en el seno de una familia de escasos recursos económicos, por lo que desde muy chico comenzó a trabajar como bolero (Ramírez, 2004). Posteriormente, sus padres lo enviaron a trabajar a la mina, un trabajo duro, que puso a prueba su carácter y potenció su fortaleza física. Jesús Ramírez (2004) narra la manera en que el “Pajarito” Moreno inició con su preparación física antes de saltar al ring, rompiendo metal en la mina:

Sentado en el suelo, con las piernas abiertas y extendidas, con una piedra grande plana y dura en medio de ellas, provistas ambas manos de marros (martillos) chicos y con ellos golpeaba y golpeaba al duro metal para quebrar sus piedras y casi pulverizarlas (Ramírez 2004: 194).

Más adelante, Ramírez (2004: 194) concluye que las condiciones adversas del trabajo en la mina, la dureza y rigurosidad de su labor, fueron los detonantes que lo hicieron triunfar en el ring, ya que desde su trabajo en la mina sus puños adquirieron las habilidades que en un momento lo llevaron a convertirse en campeón nacional en el boxeo y pelear por el título mundial. El propio Ricardo Moreno, decía públicamente que sus puños se habían forjado “al calor de las minas”, donde laboró desde muy joven (Hernández y Sepúlveda, 2008). Después de años de grandes logros en el ring que le hicieron ganar fama y opulencia, el alcohol y las drogas terminaron con la carrera de este boxeador chalchihuitense, quien tuvo que ser recluso en un hospital psiquiátrico y pasó sus últimos días en El Refugio, un gimnasio donde le daban comida y un sitio para dormir (Hernández y Sepúlveda, 2008).

Contemporáneo de la cohorte de los ex braceros entrevistados, llama la atención que mientras sus conocidos y amigos andaban trabajando como braceros en Estados Unidos, muchos de ellos varados en Empalme esforzándose por reunir el pesaje de los 2,000 kilos de algodón, él cruzaba la frontera sin escrutinios ni problemas legales, para cumplir con sus peleas programadas por los promotores boxísticos, y al igual que sus compatriotas chalchihuitenses, su valía se certificaba en una báscula que indicaba si cumplía o no con el pesaje corporal adecuado para su pelea en la división gallo o pluma⁶⁷. De tal forma, mientras que Ricardo Moreno tenía que dar el peso adecuado en la báscula para obtener la autorización de su pelea, también una báscula acreditaba a los aspirantes a braceros para recibir una carta de control que les permitiría ir a trabajar a los campos agrícolas

⁶⁷ El boxeo como un negocio en el que se juegan grandes sumas de dinero, es un deporte en el que no dar el peso adecuado conlleva una sanción económica. Con el fin de cumplir con el peso necesario, los boxeadores son sometidos a dietas rigurosas y deshidratación las cuales van acompañadas de un entrenamiento intenso. El boxeo es un deporte que exige sacrificios y riesgos que obliga a los pugilistas a dar el peso adecuado para poder competir, pero además, para salvaguardar ganancias y reputación. Como lo señala Rafa Medina, entrenador y coordinador de deportes de combate del Instituto del Deporte del Estado de Aguascalientes (IDEA), se dan casos en que, en una búsqueda desesperada por cumplir con el peso pactado para una pelea, al boxeador se le corta el cabello y se le obliga a subir desnudo a la báscula. “Los 200 gramos de su calzoncillo importan”, asegura (Medina, comunicación personal, septiembre del 2017).

estadounidenses. Al final, la oportunidad de medirse frente a una báscula se ganaba, en ambos casos, mediante la demostración del esfuerzo físico, la musculatura, el cultivo y el despliegue de habilidades corporales. Ambos representaban al “hombre fuerte”, encarnando al guerrero que pelea, defendiendo a su patria, unos en los campos agrícolas como soldados del ejército industrial de reserva, el otro, combatiendo en el ring.



Foto 5. Pesaje de Ricardo “Pajarito” Moreno previo a la pelea contra el nigeriano Hogan Bassey. (1958). Colección privada de Sergio García.

Reconocido como uno de los más contundentes boxeadores mexicanos, “un impresionante taquillero”, “uno de los golpeadores más poderosos” (Valero, 2011:1), Ricardo Moreno hizo su debut en 1954 frente a Oscar Díaz, a la edad de 17 años, pelea que ganó por nocaut (Gallegos & García, 2003). Era tal la fuerza de su pegada que pronto ganó la atención de la prensa y se fue colocando en el mundo boxístico como uno de los grandes. Demostrando con fiereza la fuerza de sus brazos en el ring, “su fama de golpeador la fueron tejiendo las

quijadas vapuleadas y los hígados lastimados de sus oponentes” (Gallegos & García, 2003: 2). Ya convertido en un profesional del boxeo, los primeros dos años de su carrera fueron prolíficos, de sus 20 peleas, 19 las ganó por nocaut (Valero, 2011). Para 1955, a sus 18 años de edad, ya se había consolidado como el golpeador más potente de la división de peso gallo (Valero, 2011).

Para octubre de 1956, tiempo en el que Chalchihuites festejó el IV Centenario de su fundación, Ricardo Moreno regresó lleno de fama y fortuna, para engalantar los festejos en su tierra natal, festejos que son recordados por varios de los ex braceros como una celebración única e irrepetible. Entre las personalidades invitadas a dicho evento, destacan el gobernador del estado de Zacatecas, Francisco E. García, el representante de la Embajada de España, Martínez Feduchy, y el gobernador del estado de Jalisco, Agustín Yáñez (Gallegos, 2011). Con motivo del festejo, entre otras cosas, se organizaron eventos deportivos y culturales, entre los cuales sobresalen los encuentros de beisbol sostenidos entre el equipo Cruz Blanca de Chalchihuites, Zacatecas contra Recursos Hidráulicos de Zacatecas, llevado a cabo el domingo 14 de octubre en el campo deportivo General Matías Ramos. Además, para el martes 16 de octubre, se programó una exhibición de box de Ricardo “Pajarito” Moreno en contra de Fili Nava.

La llegada de Ricardo Moreno causó expectación entre sus amigos y conocidos, quienes aguardaban con fascinación para ver al barretero de Chalchihuites que se había convertido en una estrella del boxeo. El “Pajarito” anunció su regreso triunfante a su tierra natal realizando un recorrido por las principales calles del pueblo en su Cadillac convertible, famoso por sus tapas de oro, haciéndose acompañar de mujeres; ante este espectáculo y derroche de “éxito”, los gritos, las porras y el alboroto de los chalchihuitenses acompañaban su trayecto (Gallegos, 2011). Irónicamente, la historia y las condiciones de su llegada, 50 años después, durante el festejo del 450 aniversario de Chalchihuites en el año de 2006, celebración a la cual también asistió Ricardo Moreno y donde se le rindió un homenaje, serían totalmente distintas a esta primera vez.

En 1957, justo cuando sus compatriotas chalchihuitenses afrontaban la crítica sequía que los hizo emigrar con urgencia para Estados Unidos, ya fuera contratados como braceros contratados o de manera libre e irregular, el púgil Ricardo Moreno cruzó por primera vez la frontera, para pelear en Los Ángeles, en San Francisco y en Hollywood, en el estado de

California, enfrentamientos en los que arrasó rotundamente con sus rivales, logrando un récord espectacular de 28 nocauts (Valero, 2011). Con el tiempo, la fama y popularidad del “barretero de Chalchihuites” siguió creciendo, hasta que, luego de derrotar a Ike Chestnut, segundo ranqueado de la división pluma, Ricardo se colocó entre los mejores seis del mundo (Gallegos & García, 2003). Con ello, vino la oportunidad de combatir por el título mundial. Rebotante de éxito y siendo amplio favorito, el 1 de abril de 1958 se enfrentó al nigeriano Hogan Kid Bassey; una pelea que se llevó a cabo en el estadio de beisbol *Wriley Field* en los Angeles, California, frente a más de 20 mil espectadores, la mayoría de ellos mexicanos (Hernández y Sepúlveda, 2008).

Sus compatriotas abarrotaron el estadio esa noche para ver “la consagración del carismático muchacho de Chalchihuites como figura del boxeo universal” (Espinosa, 2014). En esta pelea, “la pelea de su vida”, en la que ganó 40,000 dólares, el “Pajarito” fue derrotado por la vía del nocaut en el tercer round (Espinosa, 2014). Luego vinieron otras derrotas que fueron lapidando su carrera y exacerbando sus vicios, hasta que el alcohol y las drogas frenaron por completo la carrera del pugilista. A sus 30 años se retiró del boxeo, con un récord de 60 victorias, 12 derrotas, un empate y 59 nocaut, “es decir, el Pajarito Moreno nunca supo ganar de otra forma que no fuera con la brutalidad del nocaut”; por esta razón, para 2003, la revista *The Ring* lo galardonó como uno de los mejores noqueadores de la historia del boxeo mundial (Valero, 2011: 1).

Fueron un par de años de dinero, fama, mujeres, un auto Cadillac convertible con tapones de oro, un anillo de diamantes, una residencia en el Pedregal San Ángel, *night clubs*, viajes y duros entrenamientos. Incluso, su despilfarro era tal, que se le recuerda por encender su cigarrillo con billetes y alimentar con chuletas a sus perros (Martínez, 2016). Ya consolidado como una estrella del box nacional, Ricardo Moreno saltó a las pantallas de cine, participando en dos películas “Policías y ladrones” (1956) y “La sombra del otro” (1957), donde trabajó al lado de Gaspar Henaine (Capulina) y Marco Antonio Campos (Viruta). Además, se le vinculó amorosamente con actrices que en aquellos tiempos eran consideradas como “las mujeres más bellas de México”, Ana Bertha Lepe, Mona Bell, Christian Martell, Kitty de Hoyos, entre otras (Hernández & Sepúlveda, 2008). Asimismo, en 1957, se dio el lujo de grabar un disco con el sello Orfeón, solo por afición (Martínez, 2016).

Luego de una ardua jornada de entrenamiento, el “Pajarito” seguía el mismo ritual performativo de la masculinidad que los mineros de su pueblo, acudiendo regularmente a bares y cantinas en la Ciudad de México, acciones que a la larga, fueron minando su rendimiento físico. Cuando sus volátiles días de éxito y fama se esfumaron, Ricardo terminó pasando hambre, mendigando comida y durmiendo en cartones, una experiencia similar a la que vivieron algunos de sus amigos braceros, en sus esperas en el centro de contratación de Empalme, Sonora. Luego de su rápido despegue como pugilista y su estrepitosa caída, Ricardo Moreno regresó con los suyos, a su pueblo, a sus orígenes de clase, para narrar cómo se vive “desde arriba” y cómo se cae hasta el fondo de la jerarquía social.



Foto 6. Ricardo “Pajarito” Moreno en una de sus visita a Chalchihuites durante los festejos del IV Centenario de la fundación del pueblo. (1956). Recuperada de la colección de fotografía de Sergio García.

Pese a que Ricardo Moreno consiguió temporalmente un poder adquisitivo sobresaliente con respecto a sus orígenes de clase, ¿podemos decir que ascendió de clase social? O ¿es pertinente considerarlo como una “masculinidad de protesta”? Le Grand (2008), releyendo a

Beverly Skeegs señala la forma en que la clase no puede limitarse únicamente al intercambio económico, sino que se deben tomar en cuenta también otros sistemas que se incrustan dentro de la clase: los sistemas de intercambio moral, cultural y simbólico. A su vez, la visión de Skeegs parte del concepto de economía simbólica de Pierre Bourdieu, basada en la idea de cuatro modalidades de capital: económico, simbólico, cultural y social. Tomando en cuenta que lo económico y lo simbólico son inseparables, para Bourdieu (1990), las relaciones económicas entre las clases son fundamentales, pero van ligadas a otras formas de capital que aseguran la perpetuación de las desigualdades sociales.

En su investigación con varones en Australia, Connell (1987, 1989) nota que en contextos urbanos de clases trabajadoras, se gestan las masculinidades de protesta, que ocupando una posición subalterna, desprovistas de los privilegios de las clases medias, despliegan un modelo de masculinidad que se fundamentan en el riesgo, la agresividad, la violencia, la fuerza física, en contraposición a los valores y atributos ostentados por las clases medias. Así, a través del uso del cuerpo y de las relaciones sociales en las que se involucran, las masculinidades están siendo contestadas, refrendadas, reproducidas. Principalmente para los varones de las clases trabajadoras, el despliegue de la fuerza física y las habilidades del cuerpo, son una parte fundamental de sus masculinidades, tanto en el trabajo como en la arena deportiva. Así pues, la fortaleza, el arrojo, la habilidad para los deportes, se superponen frente a otros atributos de las clases medias, que al estar lejos de su alcance, son impugnados y resistidos.

Como lo testimonia la vida de Ricardo Moreno, la carrera deportiva es una de las pocas vías de ascenso social para las clases dominadas (Bourdieu, 1990). Los valores y atributos de las masculinidades de las clases populares, cimentadas en el potencial y aguante del cuerpo, en el despliegue y cultivo de habilidades físicas, resultan sumamente atractivas para la industria deportiva, que no duda en explotarlas al máximo. Dentro de la gama de actividades deportivas, se distinguen deportes propios de las clases populares, que a la vez, son criticados por la aristocracia deportiva en atención a que representan “la fuerza pura, la brutalidad, la indigencia intelectual” (Bourdieu, 1990: 154). Entre éstos, el boxeo destaca como uno de estos deportes que encarnan todo lo que la clase dominante considera abyecto, debido a:

La composición social de su público reforzadora de la vulgaridad que implica su divulgación, los valores que intervienen, como la exaltación de la competencia y las virtudes requeridas como la fuerza, la resistencia, la disposición hacia la violencia, el espíritu de “sacrificio”, de docilidad o de sumisión a la disciplina colectiva, que es la antítesis del “distanciamiento respecto del papel” que está implícito en los papeles burgueses” (Bourdieu, 1990: 155).

Fue justamente el boxeo el que le permitió a Ricardo Moreno ir del éxtasis a la frustración, de la gloria al infierno, de la fama al olvido. La prometedora carrera del chalchihuitense culminó en severos problemas para el deportista, lesiones físicas, trastornos mentales, alcohol y drogas. Como un pordiosero, vagaba por las calles, viviendo en la miseria y durmiendo donde podía. Finalmente, Ricardo Moreno fue internado en un centro de rehabilitación en Aguascalientes. Luego, en 1984, se fue para Zacatecas, donde más tarde fue recluido en el Cereso de Cieneguillas, al ser acusado de provocar un incendio en una vivienda (Gallegos & Garcia, 2003). Sus últimos días los vivió en un gimnasio de la ciudad de Durango, donde le daban un espacio para dormir y le proveían comida. Murió a los 71 años de edad, en la ciudad de Durango. Su cuerpo regresó a su tierra, donde fue enterrado en el panteón municipal.

En junio del 2008, en mis primeros días de trabajo de campo en Chalchihuites, recuerdo haber visto la carroza fúnebre de Ricardo “Pajarito” Moreno recorrer las calles principales de la cabecera municipal. El ex boxeador estaba de regreso en su tierra natal, donde se le rindió un homenaje a su cuerpo que yacía en un ataúd. Al frente del grupo que acompañaba la carroza, recuerdo haber visto a uno de mis entrevistados, el señor Marcial, primo del mal logrado campeón nacional, portando unos guantes de box. Lo acompañaban unas cuantas personas más, miembros de la presidencia municipal, amigos y familiares. Era el último adiós a un pugilista que salió de las minas, a un “grande del boxeo”, a uno de los mejores noqueadores del mundo, a un chalchihuitense que encarnó lo mejor y lo peor de un hombre. Una lección de vida para los demás, sobre todo, para las nuevas generaciones. En esta dirección, José Sulaimán, administrador del Consejo Mundial de Box, luego de la muerte del “Pajarito”, declaró: “Ricardo Moreno dejó como lección de vida para las generaciones presentes y futuras, que las montañas de dólares y la salud no son eternas y que el mayo nocaut para los boxeadores, se recibe abajo del ring” (Zenteno, 2014: 1).

Recordado por muchos con orgullo como un personaje que puso en alto el nombre del municipio, Ricardo Moreno es también la muestra de lo efímero, lo inestable, de la fragilidad, de los vicios, de lo incontrolable, de la incapacidad de lidiar con la fama, las mujeres y el dinero. Unos brazos fuertes, unos puños potentes y un carácter explosivo que lo llevaron a saborear transitoriamente la fama, la “buena vida”, momentos que le permitieron trascender sus orígenes de clase, aliviando su situación económica por una corta temporada, escalando la cima del boxeo, llegando hasta las pantallas de cine y televisión, para luego sucumbir, condenado a volver a sus orígenes de clase, y pero aún, vivir una vida inmerso en la miseria, las drogas y el alcohol.



Foto 7. Ricardo “Pajarito” Moreno noqueado en su pelea por el título mundial contra Hogan Bassey. (1958). Colección privada de Sergio García.

Algunos jóvenes del municipio se refieren a Ricardo Moreno con admiración; varios de ellos lo tomaron como inspiración para ingresar a la disciplina del boxeo, motivo por el cual temporalmente se abrió un gimnasio de entrenamiento en donde los amigos de Ricardo Moreno preparaban a los jóvenes y les conseguían peleas de fogueo que culminaban en

funciones de box. Después de un par de meses, este proyecto cesó. En contraposición, sigue vigente la idea del boxeador como un ejemplo de los efectos nocivos del alcohol y las drogas. Bajo el argumento de “perdió el piso” y “voló muy alto”, son muchas las personas que interpretan que la fama, las mujeres y el dinero, lo llevaron a la perdición. Un discurso en cuyo trasfondo se esconde la idea religiosa de que la pobreza “es mejor” y “más honesta”, interpretada como un designio divino que asegura el cielo a quienes la padecen en conformidad⁶⁸.

¿Es el caso de Ricardo Moreno un caso aislado en el boxeo? En este punto, vale la pena analizar la película “Guantes de Oro”, una película mexicana que se estrena en 1961, la cual reúne a varios de los pugilistas mexicanos de la época de oro del boxeo nacional, a quienes intenta rendir homenaje. Un filme que, a través de los testimonios de los ex boxeadores, da cuenta de la miseria, las enfermedades, los vicios y las tragedias que envuelven a este deporte. En ella, aparecen campeones nacionales y mundiales que terminaron enfermos, ciegos, en pobreza extrema o sintiéndose culpables por haber matado a su contricante. "El triunfo dura poco, el público se olvida, es fácil acabar en la miseria o enfermo o ciego como yo", aconseja el ex boxeador Lupe González al protagonista de la película, un joven menesteroso e inquieto que se plantea como promesa del boxeo nacional. Años más tarde, en 1980, Rodolfo de Anda dirige la segunda versión de esta misma película, ahora titulada “Buscando un campeón”, protagonizada por el boxeador Roberto “El Gato” González⁶⁹, en cuyo elenco aparecen entre otros boxeadores mexicanos, entre los que destacan Raúl “Ratón” Macías y el chalchihuitense Ricardo “Pajarito” Moreno, quien

⁶⁸ A este respecto, Perry Anderson (1981) señala la forma en que la ideología burguesa ejerce hegemonía a través del consenso, coexistiendo con costumbres y tradiciones antiguas que colaboran para la explotación de las masas, de tal manera que su situación se acepte de forma pasiva y se cierre cualquier posibilidad de cambiarla. Así, cuando Gramsci (1986) analiza la cultura subalterna, apunta que ésta no tiene posibilidades de crear movimientos políticos que reten la hegemonía. Por ello, apuesta por el marxismo (filosofía de la praxis), como el medio para elaborar una cultura hegemónica de masas, dado que el despliegue de ésta “solo es posible asociada a la conquista del poder por el grupo subalterno cuya visión del mundo representa” (Crehan, 2002: 127). Por otro lado, para Gramsci (1986), todas las religiones son folklore, y por lo tanto, debe estudiarse y combatirse puesto que conforman una concepción del mundo relacionada con los intereses de la clase dominante.

⁶⁹ De acuerdo a la reseña de Arellano (2016), “El Gato” González, es un boxeador mexicano que durante los años ochenta gozaba de fama y acumulaba triunfos, consolidándose como el ídolo nacional del boxeo. No obstante, al igual que Ricardo Moreno, fue cayendo poco a poco en la indisciplina, el alcoholismo y los excesos. En 1981 tuvo un accidente automovilístico que lo obligó a descansar durante un año. Posteriormente, retomó su carrera, pero su alcoholismo le provocó infortunios y peleas, hasta que en 2007, alcoholizado, mata a golpes a un hombre y deja seriamente lesionado, quien poco tiempo después muere. Actualmente, “El Gato”, de 57 años de edad, purga una sentencia de 30 años por el doble homicidio. Y allí, en el Reclusorio Oriente en Iztapalapa, sigue entrenando a jóvenes.

también forma parte del elenco que intenta describir la vida, los excesos, los vicios, las condiciones precarias e infortunios de las estrellas mexicanas del boxeo, adversidades de las cuales él mismo fue presa.

El caso de Ricardo Moreno, no es un caso excepcional, sino más bien, el destino de la mayoría de los boxeadores de su época. Las condiciones del boxeo en los años cincuenta, al igual que las de la minería en Chalchihuites, se caracterizaban por la falta de reglas, la incertidumbre, la rudeza, las lesiones, los accidentes y muertes. Además, por la carencia de protecciones y garantías que les proveyeran cobijo luego de su retiro. El boxeo de la década de 1950 era marcadamente brutal, dado que no existía control de golpes, no había suficiente atención para el boxeador ni controles médicos.

Es hasta la llegada de José Sulaimán Gagnón, mexicano, quien queda a cargo de la Presidencia del Consejo Mundial de Boxeo el 5 de noviembre de 1975, y permanece ahí durante 38 años hasta su muerte en 2014, que comienzan gestarse cambios con el fin de “humanizar” este deporte, brindando algo de seguridad y respeto a la vida de los boxeadores. Así por ejemplo, durante su mandato, la duración de las peleas se redujo de 15 a 12 rounds, el pesaje oficial obligatorio oficial se cambió de 8 horas a 24 horas antes de la pelea, se permitió el uso de oxígeno, en caso de ser necesario, se crearon divisiones intermedias, se introdujeron exámenes médicos para boxeadores y campeones clasificados, empezó a destinarse dinero para la investigación científica enfocada en el boxeo, se otorgaron seguros de vida y hospitalización a los púgiles que participan en peleas titulares, así como también pensiones de apoyo para aquellos boxeadores que lo necesiten (WBC, 2017). Además, hace 5 años que el Consejo Mundial de Box implementó una beca vitalicia para los ex boxeadores (Medina, 2017; comunicación personal). Lorenzo Soberanes, Coordinador del Consejo Médico del Consejo Mundial de Boxeo para Latinoamérica y Países de Habla Hispana, asegura que gracias a los cambios llevados a cabo por Sulaimán, el boxeo descendió al noveno lugar de mortalidad, dado que en años atrás había encabezado las cifras de muertes junto con el motociclismo, los deportes acuáticos y los deportes de montaña.

Las condiciones del trabajo minero en Chalchihuites, al igual que las del boxeo, se han modificado con el paso de los años. Con esta aseveración no pretendo decir que el boxeo o la minería hayan dejado de ser actividades explotativas inmersas en relaciones de

desigualdad. Aunque aparentemente existe mayor seguridad en las minas y los mineros actuales, a diferencia de los de los años cincuenta, tienen equipo de protección y un transporte que los traslade a las minas, ello no quiere decir que sus condiciones de vida hayan mejorado. De hecho, lo que prima en la actualidad es la carencia de prestaciones para el trabajador y el trabajo por subcontrato. Simplemente, las formas de explotación van cambiando, enmascarándose de “mayor seguridad” y “comodidad”, aunque de fondo, las condiciones siguen siendo deplorables. Cabe recordar que la cualidad del capitalismo es la de ser creativo y encontrar formas de obtener siempre la mayor ganancia posible.

3.2.2 Las versiones de los entrevistados. “Pajarito” Moreno, ¿minero?

Las versiones en torno al “Pajarito” Moreno, por parte de sus contemporáneos, varían. Algunas concuerdan que, efectivamente, el boxeador estuvo un tiempo trabajando dentro de las minas, antes de ser llevado a la Ciudad de México, mientras que otras, señalan que, en realidad, Ricardo nunca entró a las minas a realizar trabajo pesado. Varios de los entrevistados dicen haberlo visto en las minas, otros dicen que trabajó junto con ellos. Cabe notar que, sobre todo quienes trabajaron durante años en las minas y forjaron su identidad como mineros, refutan la idea de que Ricardo haya sido un “minero de verdad”. Por ejemplo, Chuy (85 años, ex bracero y ex minero) dice que Ricardo anduvo “de tinterillo nomás. Yo ahí anduve cuando andaba él. Pues ahí nomás haciéndole, cargaba costalillos. Y ya decían que era minero”.

Corpulento, musculoso, de fortaleza admirable, bravía, Ricardo Moreno encarnó los valores más altos de los mineros: el cuerpo energético, la rudeza, los brazos fuertes, los puños de acero para cavar la tierra. La minería antigua y el trabajo minero es recordada por los hombres de la generación de los ex braceros y por otros ex mineros, como la forma más sana de “formar hombres”, además, como un método más “respetuoso” con el medio ambiente. Como narra Jorge:

Haga de cuenta un muchacho de 17 años, a esa edad usted sabe que trae uno todas las energías. Y le dan a uno un marrote, un martillo, así, grandote, de 15 libras, con esos 7 kilos hay que pegarle a un fierro para barrenar, para hacer un agujero, para disparar. Imagínese allí, dos muchachos juntos, platicando, uno pegándole y otro

agarrándole, se llama borrar el hierro. Cuando llegan los muchachos, pos llegan bien, porque trabajó, está ganando dinero, está haciendo ejercicio, con su mente sana, todo, otra cosa es. Era un modo de trabajar más sano, casi sin contaminación. Todo era a mano y la pólvora se usaba adecuadamente. Ahorita ya nomás meten pólvora a lo tarugo, un tiradero. Entonces, por eso le digo, el Pajarito en ese tiempo se sentía que andaba trabajando, todo mundo estaba sano y, de alguna manera, cuando él entró a boxear, ya tenía fuerza, tenía energía, porque había trabajado en las minas (Jaime, 60 años, ex minero).

Iniciándose como “hombre” en las minas de Chalchihuites, el carácter explosivo y reacio de Ricardo Moreno, quien consecutivamente sostenía peleas callejeras, obligó a su madre a llevárselo a la Ciudad de México, con el fin de ocuparlo en otro trabajo y sacarlo de las peleas callejeras. Viviendo en la capital del país con sus tíos, Ricardo encontró trabajo como boleterero en un autobús y fue justamente en una pelea con un chofer de camión, donde se descubrió su talento. Así, Chucho Cuate y su *manager* Lupe Sánchez comenzaron a explotar sus dotes en el boxeo. Toño, su amigo y compañero en las minas, narra este episodio, en el que asegura que el “Pajarito” sí trabajó como barretero:

Y a este carajo muchacho lo ocuparon en un autobús de boleterero. Y un día se enojó con el patrón y le dio unas guantadas, y lo tumbó, al mero dueño de los camiones. Entonces cuando lo corrió, le dijo: “¡toma! – ¿Y mi indemnización? –toma”-, le dio un par de guantes. “Toma, vete a los gimnasios, ¿cuál indemnización?”. Pues sí le hizo caso. Y de ahí empezó. Ya después oíamos en el radio que “El Pajarito Moreno, el barretero de Chalchihuites”, sí fue barretero, así como yo. Ese era un trabajo muy bruto en aquellos tiempos y el Pájaro Moreno sí, sí fue barretero, y sí fue muchas cosas aquí (Toño, 71 años, ex minero).

Su rudeza, la consolidación del trabajo bruto de la mina, como lo llama Toño, fue transmutada, desplegada en un ring de box por la figura de Ricardo Moreno. Admirado y vanagloriado por sus amigos, Ricardo Moreno volvió a su tierra natal, donde forjó su identidad como minero, como chalchihuitense, como obrero, para redimir a sus amigos frente a los “ricos” de pueblo, para vengarse de esos quienes alguna vez, cuando vendía leña y cuando anduvo de minero, lo habían despreciado. Según narran los entrevistados, en una de sus visitas al pueblo, cuando una de las familias distinguidas de la cabecera municipal le rindió un homenaje, ya ebrio, el “Pajarito” Moreno aprovechó para llamar “hipócritas” a quienes lo habían tratado mal cuando no era famoso y para reclamar un

mejor trato para sus amigos, que seguían siendo humillados por aquellas familias del pueblo con mayor poder adquisitivo.

En contraposición a la versión de Toño, Agustín (80 años, ex bracero y ex minero) dice que Ricardo Moreno iba a las minas junto con su hermano y su tío, pero solo “como de paseo”, en tanto que, Marcial abona a esta idea argumentando que “a él solo lo tenían arriba, pero sí anduvo allá en Guantes”. Pese a las versiones contrastantes de los entrevistados, todos concuerdan en ver a Ricardo Moreno como una figura representativa del municipio que trascendió más allá de lo que cualquiera “de los suyos” ha podido lograr hasta hoy en día. Dando a conocer el nombre del municipio a nivel mundial, Ricardo Moreno es tanto una figura emblemática, como una encarnación de los valores y las disposiciones físicas de los mineros para el trabajo. Una figura que saltó a la fama al mismo tiempo que varios integrantes de la cohorte generacional estudiada eran trasladados a los campos de cultivo de Estados Unidos, para trabajar como braceros.

En la coyuntura histórica de los años cincuenta, la figura del Ricardo Moreno sintetiza una identidad colectiva minera que se fundamenta en un lugar: Chalchihuites, “el lugar de las piedras verdes”. El hombre que hizo resonar el nombre del municipio en lugares inesperados y cuya fama impactó indirectamente a sus compañeros y amigos del pueblo, quienes fueron reconocidos cuando trabajaban en el extranjero por ser de la tierra del boxeador. Según narran varios de los entrevistados, la fama del pugilista zacatecano, les ayudó de alguna manera cuando andaban de braceros, facilitándoles el paso para Estados Unidos. Según lo relata Chuy (85 años, ex bracero y ex minero): “también un año me dejaron pasar por eso. Me dijeron: “¿de dónde eres tú”. Soy de Chalchihuites. Era cuando andaba en las buenas el Pajarito “¿Eres de tierra del Pajarito? ¡Pásale!” Nomás que fue cuando perdió que vendió la pelea”. En la misma dirección, Lupe y otros de los ex braceros que fueron reclutados para trabajar en Estados Unidos en los años de fama del boxeador, mencionan la forma en que se les interpelaba colectivamente y las facilidades que se les brindaban en la frontera por ser oriundos de la tierra del “Pajarito” Moreno.

Una vez que habían pasado “del otro lado”, los braceros seguían de cerca las andanzas de Ricardo Moreno en el territorio norteamericano. La pelea más importante en su carrera se dio en California, y Chuy, que había sido contratado como bracero, se encontraba

también en California, desde donde pudo ver la polémica pelea donde Ricardo Moreno cayó frente al nigeriano. Así lo narra:

A mí me tocó ver la pelea en California. Lo amagaron que se vendiera, o si no, lo mataban. Perdió y de ahí para acá se atrasó. Agarró la hierba y la tomada. Era buen ponchador, mató uno, un negro, no ha habido un ponchador como él y aguantaba golpes por la cara y la cabeza, pero el que él daba, lo daba bien dado” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).

El boxeador se encumbraba en ese tiempo, como la versión más enaltecida de un minero chalchihuitense, un prototipo de hombre que gracias a la potencia de sus brazos, cruzaba fronteras, se coronaba como un noqueador, dejando hombres tendidos en la lona, acumulando dinero, mujeres y fama, gracias a la fuerza de sus brazos. Ya había pasado pruebas físicas, se había medido con la báscula, había aprobado una selección detallada y minuciosa, era el momento de demostrar sus disposiciones físicas en el ring. Es importante notar que, las peleas más importantes, donde Ricardo se consolidó como un boxeador de talla mundial, se llevaron a cabo en California, un estado a donde eran dirigidos tumultos de trabajadores agrícolas mexicanos para laborar en tareas agrícolas, entre los que se enfilaban contingentes de chalchihuitenses.

Por consiguiente, Ricardo Moreno, aunque por diferentes medios y razones, era uno más que emigraba, uno más que debía pasar pruebas físicas y cumplir con los requerimientos de una báscula, un hombre que estaba obligado a rendir en el campo norteamericano, demostrando su valor y entereza a través del despliegue de sus capacidades físicas y actitudes como hombre⁷⁰, de las cuales pendían el valor y la fortaleza de los varones chalchihuitenses y de los mexicanos, puesto que el pugilista se enarbolaba como un representante de la nación.

⁷⁰ La figura del Pajarito, encarna el culmen de los mineros, de la fortaleza y la rudeza que se valoraban entre los obreros, elementos de prestigio premiados y reconocidos. Una imagen de masculinidad violenta, indomable, golpeadora, cuyo valor reside plenamente en la fortaleza de su cuerpo. Los brazos y puños de tanta valía en el box, son también símbolos de su capacidad de trabajar (Fuller, 2001). La fuerza se trabaja, se acumula, se gana, debe ser obtenida. La fuerza física, más la valentía y el arrojo, permiten a los varones obtener respeto frente a los demás, ganarse un lugar entre los hombres, principalmente entre las clases trabajadoras. Los cuerpos y la forma en que se significan, son fuente de relaciones de poder.

Como lo constato en mi investigación anterior, la migración juega un papel importante en la configuración de las masculinidades en el municipio. Todo apunta que desde el tiempo de los braceros, la migración era un elemento que confería virilidad y prestigio a los varones. Por ende, tomando en cuenta las formas locales de masculinidad, podemos sugerir que el “Pajarito” Moreno se convirtió en un modelo de masculinidad, una inspiración y fuente de orgullo para quienes vieron en él la posibilidad de redención, de escalar socialmente, a través de la fuerza de sus brazos. En mi tesis de licenciatura, “Mi troca y yo. Masculinidades y migración en Chalchihuites, Zacatecas” (2013), doy cuenta de cómo los migrantes regresan para exhibir sus camionetas, los símbolos y productos de su trabajo en Estados Unidos, los cuales informan a las demás personas acerca de su capacidad de trabajar, de sus éxitos, sus logros.

Aunque con el pago que obtuvieron los braceros no lograron hacer dinero como para comprar autos o maquinaria agrícola como se proponía idílicamente en el Programa, muchos de ellos sí se hicieron de ropa nueva, chamarras de piel, camisas, radios, lo que finalmente fungió también como marcador de éxito, de su capacidad de trabajar, de su aventura en el extranjero, que los distinguía de los demás, de los que no pudieron o no quisieron arriesgarse a ir a Estados Unidos. A su regreso, los braceros venían colmados de anécdotas, experiencias y vivencias para contar a los hombres que se quedaron, narrativas que generaban admiración, desconcierto, asombro, risas, pero que, sobre todo, despertaban la curiosidad de los otros por probar. Por supuesto, ninguno de los braceros podía competir u opacar el capital simbólico y material acumulado por el “Pajarito” en sus años de gloria.

En lo que concierne a Ricardo Moreno, su actitud denota el mismo patrón que los migrantes *goal oriented*, a los cuales Jeffrey Smith (2010) define en su investigación en Chalchihuites como varones jóvenes cuya principal motivación al emigrar es la de obtener bienes materiales, principalmente una camioneta con un estéreo potente, para luego regresar a México y exhibirla frente a las personas de su localidad. De forma similar, se observa que Ricardo Moreno, envuelto en fama, con posibilidades de viajar y presentarse en cualquier otro sitio, elige regresar a su pueblo para mostrar su auto, su ropa, sus joyas, para convivir con sus viejos amigos y hacerles partícipes de su éxito. Insisto en la centralidad de los automóviles y en su exhibición pública, sobre todo en el Chalchihuites de los años cincuenta, cuando la adquisición de un vehículo era un suceso singular y

restringido a unos cuantos. Sin lugar a dudas, el auto Cadillac del “Pájarito”, por demás exuberante y costoso, fue una novedad para el pueblo, un marcador de éxito que provocó extrañeza y asombro entre sus conocidos. En conclusión, la identidad de Ricardo Moreno siempre estuvo anclada en su localidad de origen, en su origen de clase como campesino y obrero y, aunque el dinero, la opulencia y la fama llegaron a su vida como una ráfaga inesperada, sus hábitos de clase lo acompañaron todo el tiempo.

3.2.3 “La enfermedad de la sílica, aterrado o cascado le llaman vulgarmente”. Enfermedad e identidad minera.

La controversia acerca de si el “Pajarito” Moreno fue minero o no, si puede ser considerado o no un minero por haber trabajado temporalmente en las minas, nos conecta directamente con la identidad minera y los ejes en torno a los cuales se configura. Está claro que quienes aseguran que “solo fue a pasearse”, o anduvo “de tinterillo”, son hombres que pasaron largas temporadas laborando en las minas, que dependieron de ellas para la manutención de su familia y que, finalmente, contrajeron alguna enfermedad o padecimiento a raíz de su trabajo en las minas. De esta manera, el debate entre quiénes pueden ser considerados como mineros, y quiénes no, nos abre a la “dimensión sacrificial” (Absi, 2006) del trabajo en las minas, específicamente, nos conecta con la enfermedad que históricamente ha caracterizado el trabajo minero: la silicosis. Como se sabe, los efectos tóxicos de la sílice cristalina que inhalan los mineros tienen graves consecuencias en la salud de los trabajadores. Según explica Keith Martin:

La silicosis, la forma más conocida de toxicidad vinculada con la sílice⁷¹, es una enfermedad pulmonar que se origina a partir de la inhalación constante del polvo de minerales que contienen sílice y da lugar a la aparición de fibrosis pulmonar progresiva y disnea crónica. La *International Agency for Research on Cancer* (IARC) clasifica la sílice como un “conocido carcinógeno humano” basado en la inhalación como una vía de exposición y el polvo como la matriz” (Martin, 2007: 96, mi traducción)

⁷¹ El sílice es el nombre dado a un grupo de minerales compuestos de silicio y oxígeno. Se encuentra en el 26% de la corteza terrestre y en la mayoría de las rocas minerales, arenas y arcillas. Dentro de la variedad de formas del sílice están el cuarzo, la esmeralda, el feldespato, la serpentina, la mica, el talco, el vidrio (Martin, 2007).

Tos, expectoración, disnea, el polvo inhalado va obstruyendo los pulmones hasta convertirse en una fibrosis pulmonar crónica que genera insuficiencia pulmonar permanente, la cual es incurable. Además, la sílice inhalada en el trabajo minero, los expone a enfermedades como la tuberculosis, la artritis reumatoide, esclerodermia, enfermedades renales, entre otras (Martínez, Roig, Vidal, Morera & Bernardo, 1983). Como una “enfermedad ocupacional” (McPhee, Papadakis & Tierney, 2007) los trabajos con mayor propensión a desarrollar la silicosis son la minería, la construcción y la manufactura.

Según el tiempo de exposición y las concentraciones de sílice en los pulmones, se distinguen tres tipos de padecimientos: a) “silicosis crónica”, que siendo la forma más recurrente, sucede después de 10 años de exposición al sílice; b) “silicosis acelerada”, la cual se da a los 5 o 10 años de estar expuesto a concentraciones medias de sílice; c) “silicosis aguda” la cual puede producirse en pocas semanas o años de estar expuesto a altas cantidades de sílice (Becklame, 1994). Como lo señalan Martínez et al. (1983), para los pacientes en un grado muy avanzado de silicosis, la única opción posible de curación es el trasplante pulmonar.

La adquisición del oficio y la identidad minera implican entrega, sacrificio, riesgos, accidentes, sustos. El ejercicio correcto del trabajo minero es sancionado, legitimado, medido por otros hombres, de la misma manera que lo es la hombría. Por ello, las versiones de los ex mineros chalchihuitenses dejan ver que el trabajo minero comporta una dimensión sacrificial que tiene que ver con la adquisición de silicosis, con el padecimiento de alguna enfermedad o malformación producto del trabajo en las minas, con el hecho de haber sufrido algún accidente mientras laboraban y haber soportado situaciones adversas, entre ellas, ver morir a sus compañeros en accidentes. Como observa Pascale Absi entre los mineros de Potosí, en Bolivia, la silicosis es una enfermedad propia de la minería que determina legalmente el tiempo de jubilación, lo cual “explica en gran medida la ecuación establecida entre silicosis e identidad minera” (Absi, 2006: 240).

Cabe pensar, por lo tanto, en un vínculo estrecho entre silicosis e identidad minera. Un trabajador “aterrado” o “cascado” como le dicen en Chalchihuites, se piensa como un verdadero minero, alguien que sufrió y aguantó los gajes del oficio, quien conoció el

trabajo minero a fondo y logró dominarlo, quien entregó su vida a las minas y porta en su cuerpo los “males de mina”. Dadas las condiciones precarias que caracterizaron el trabajo minero durante la época de los braceros y hasta los años noventa, tiempo en el que se laboraba sin equipo de protección, sin planeación en las excavaciones, con instalaciones inseguras, difícilmente alguien que trabajara durante un periodo extendido en las minas podía escaparse de sufrir un accidente, padecer enfermedades o, incluso, ver morir a sus compañeros de trabajo.

Sin embargo, desde una lectura que relacione las masculinidades de protesta y la enfermedad, los testimonios de los chalchihuitenses sugieren que son la astucia y la fuerza del hombre lo que condicionan la intensidad con la que se experimenta una enfermedad. En este sentido, los ex mineros entrevistados resaltan la importancia de saber qué tomar para no verse severamente afectados por la sílice. Por eso, apertrechados en este discurso, aseguran que no sufrieron los embates más graves de la silicosis gracias a que supieron cómo cuidarse, haciendo alarde de la inmunidad que desarrolló su cuerpo contra la sílice, gracias a las hierbas y tés que consumieron. Además, en entre los mineros beisbolistas, se pondera la práctica deportiva como un elemento que también les ayudó a mantenerse sanos. Por ejemplo, Lupe, quien trabajó cerca de 30 años en las minas, asegura que aunque en los exámenes físicos que le realizaron en los últimos años sí salió “un poco manchado de un pulmón”, no es nada grave⁷². En sus palabras: “sí estoy un poco manchado del pulmón, pero no mucho, porque todavía después cuando fuimos de braceros nos metían a los rayos. Me ayudó que hacía deporte, jugaba pelota y corría” (Lupe, 89 años, ex bracero y ex minero).

Caso contrario es el de Chuy, quien pese a ser compañero de beisbol de Lupe, luego de unos años como jugador, agarró la borrachera. De acuerdo a la versión del ex minero, fue uno de los doctores de la mina quien le sugirió tomar vino para que no se “aterrara”, o

⁷² Desafortunadamente, en noviembre del 2016 que regresé a Chalchihuites, supe de la muerte del señor Lupe y asistí a su sepelio. Entonces recordé que durante una de las entrevistas que le realicé al lado de su esposa Licha en julio del 2016, él y su esposa hablaban de “una enfermedad”. Sin embargo, antes de que yo pudiera indagar más, evadiendo ahondar en el tema en ese momento, Licha me sugirió que si quería saber de qué hablaban, le preguntara a su nieto. El corto periodo de trabajo de campo me impidió platicar con su nieto, sin embargo, al enterarme de su muerte, me puse en contacto Fabián, quien me explicó, sin dar mayores detalles, que su abuelo había muerto de cáncer.

sea, como un modo de prevención de la silicosis⁷³. Chuy trabajó cerca de 17 años en las minas, barrenando y cargando el metal, aunque según comenta, evitó en lo posible trabajar como maquinista, bajo el entendido de que esto hubiese aumentado la posibilidad de padecer silicosis. Tal como lo expresa: “a mí no me gustó trabajar de maquinista porque comía uno mucho aceite y eso se le pega a uno en los pulmones. De esos maquinistas de seguro ya no hay ni uno” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero). Orgullosa, comenta que la gente se sorprende de que sus pulmones estén sanos a pesar del tiempo que trabajó en las minas. Chuy, al igual que Lupe, refiere que tomó hierbas y comió ajo con el fin de evitar la silicosis. Así lo narra:

Me han preguntado los doctores: “¿y no hiciste tierra? Pues debía de ser, de tanto que trabajaste en la mina”. Pues sí, pero yo tomé muchas hierbas. Tomaba margarita, tirulillo, vara dulce, árnica, hojas de roble, injertos de manzanilla, ajo. Por eso no me hallaron nada de enfermedad. El ajo duré diez años tomándolo. Ese ataja todas las enfermedades. Por eso la gente que me conoce dice: “¡dale gracias al ajo que te hace fuerte!” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).

Por consiguiente, si ser “minero de verdad” es ser susceptible de contraer enfermedades propias del oficio, se entiende que un minero real es también aquel que sabe cómo cuidarse, qué tomarse, cómo prevenir daños mayores, cómo contrarrestarlos. Para Absi (2006), las minas son espacios de exclusividad masculina que se rigen bajo la idea de que las mujeres y los niños son débiles de espíritu, razón por la cual no deben inmiscuirse en estos sitios o saldrán lastimados. A su vez, entre los hombres, existen jerarquías: unos más fuertes y resistentes, otros más débiles y proclives a sucumbir ante las enfermedades.

En las masculinidades de protesta o masculinidades de clase trabajadora, se suscita una competencia entre hombres por ser el más fuerte y viril, una competencia en la que se busca emascular a los otros, la cual contribuye a enmascarar el dolor, la explotación y las enfermedades. Esta competencia masculina es garante de una ética de trabajo: dar más, demostrar más, seguir ciertas reglas que, en última instancia, fungen a favor de una mayor productividad basada en la explotación del trabajador vivida como gratificación. De tal forma, la propia construcción de la masculinidad apoya al capitalismo. Carentes de

⁷³ Absi (2006) nota la centralidad de la ingesta de alcohol entre los mineros bolivianos, como una forma de tomar valor y agarrar fuerzas para desempeñar un trabajo inherentemente riesgoso, inseguro y mal pagado.

protecciones laborales, los chalchihuitenses se afianzan en un discurso en el que la salud es responsabilidad del minero y depende de la ingesta de tés, hierbas o alcohol, que los ayudan a mantenerse activos y saludables.

De todos los mineros entrevistados, Toño, Agustín y Pedro son los únicos que recibieron el cobijo de la jubilación de las minas, quienes actualmente obtienen una compensación por la cantidad de sílice acumulada en sus pulmones, la cual se suma al pago de su pensión. Por ejemplo, Pedro combinó el trabajo minero con el trabajo agrícola, además de contratarse varias veces como bracero entre 1949 y 1963. Al mismo tiempo, a Pedro lo contrataba la Presidencia Municipal para amenizar con la música de su tocadiscos el zócalo municipal cada domingo por la tarde. Durante 14 años, Pedro laboró dentro de las minas en la extracción y carga del metal; esto lo llevó a adquirir 35% de sílice en los pulmones. Después de este período, una vez que terminó el Programa Bracero, Pedro regresó a las minas y tuvo un accidente, motivo por el cual, luego de recuperarse, dejó de sembrar y volvió a la mina, pero ya como velador y malacatero, es decir, comenzó a trabajar en el exterior de la mina. Moviéndose de un lado a otro, saltando de un trabajo a otro, Pedro buscó formas de mantener a su familia y cumplir su rol de proveedor.

El 63 fue el último año que sembré, mejor quise cuidar mi trabajo de velador para sostener mi familia, por eso nomás no. Sí llegué a sacar mis centavitos. Llegaba de la mina y me iba a tocar los domingos al jardín. Estuve ahí como 23 años, dedicando canciones, me pagaba la presidencia y luego también poniendo el sonido para los altares. Por eso digo: Bendito sea Dios. A mí me gustaba ganar la feria (Pedro, 79 años, ex bracero y ex minero).

De esta manera, Pedro explica que su segundo periodo de trabajo en la superficie de la mina inició el 19 de noviembre de 1963 y se extendió por 20 años con 8 meses. Cabe aclarar que fue el Seguro Social quien ya no le permitió a Pedro trabajar al interior de la mina por los daños producidos por la sílice que luego de una revisión médica, encontraron en sus pulmones.

Pese a que Pedro adquirió un 35% de sílice en los pulmones, el ex minero comenta que el porcentaje no fue tan alto como pudo haber sido, debido a que durante el tiempo que laboró dentro de la mina consumía hoja de roble, la cual, asegura, sirve para crear inmunidad frente al sílice, e incluso, puede ayudar a que el pulmón se recupere totalmente.

Con relación a esto último, Pedro me narró la historia de un minero que gracias al roble limpió su pulmón⁷⁴. La hoja de roble, según su versión, le permitió pasar el examen y ser seleccionado como bracero, ya que recuerda que a algunos de sus compañeros que estaban muy “cascados”, se les venía la tos y los rechazaban. Insistiendo en los beneficios de la hoja de roble, comenta: “a mí me pagan un 35% de incapacidad pulmonar, lo que alcancé yo a agarrar de las minas, la sílica, pero simplemente había una cosa, de que las hierbas le hacen a uno beneficio. La hoja de roble es muy buena” (Pedro, 79 años, ex minero y ex bracero). De este modo, luego de una revisión médica, Pedro fue diagnosticado con un 35% de sílice en los pulmones, lo que junto con su pensión, suman 3,000 pesos mensuales como compensación a su trabajo y el deterioro pulmonar que sufrió en las minas.

De la misma manera, Agustín pasó gran parte de su vida trabajando en las minas: 35 años en las minas de plomo y cerca de 15 años en las minas de estaño. Después de ese tiempo, fue pensionado por cesantía. “Pos es que a los 60 años lo pensionaban a uno, por cesantía, y lo pensionaba el seguro. Ahorita ya tengo 20 años que me salí de la mina” (Agustín, 80 años, ex bracero y ex minero). A sus 60 años de edad, luego de ser revisado por un médico, Agustín fue diagnosticado con 40% de sílice en el pulmón. Al respecto, señala que a partir del grado de afectación, recibe un extra de 700 pesos que se suman a su pensión mensual. Al igual que Pedro, Agustín desempeñó diferentes actividades, yendo estacionalmente de la siembra a la minería, contratándose tres veces como bracero. Además, durante algún tiempo se dedicó a matar marranos. Hace ya varios años que Agustín vendió las tierras en las que sembraba maíz y frijol junto con sus tres hermanos. Pensionado por la mina, dice que ese fue su mejor trabajo porque gracias a éste, todavía le dan dinero.

En este punto, considero necesario recalcar que, al igual que Pedro y Agustín, todos los entrevistados se fueron retirando del trabajo en el campo. Con el paso de los años, todos dejaron de sembrar, vendieron o rentaron sus tierras y se dedicaron a otras actividades. Algunos se entregaron por completo a las minas, otros emigraron para trabajar en Estados Unidos en la construcción o en ranchos, otros más obtuvieron empleos temporales en la presidencia municipal, en tanto que solo Ramón emprendió un negocio. La proletarización

⁷⁴ De acuerdo a la CDC (Centers for Diseases Control and Prevention, 1998), la silicosis es una enfermedad fatal e incurable, a no ser que se realice un trasplante pulmonar.

se da en distintos momentos, intermitentemente y de formas variadas, pero las trayectorias de los ex braceros convergen en el abandono de las labores agrícolas. Lo dicho hasta aquí supone que los “mineros consagrados” o “mineros de verdad” fueron quienes luego de oscilar entre el campo, la experiencia bracera y la minería, se dedicaron de lleno al trabajo minero. Esos fueron los mineros que alcanzaron jubilación, los que dejando atrás el trabajo agrícola, al final lograron una raquítica pensión y unos cuantos pesos más por el deterioro de sus pulmones.

En esta dirección, Toño, minero durante 30 años, jubilado por su trabajo en la mina, reconocido como el representante de la minería antigua, subraya la oposición entre los “mineros de verdad”, los que dominaron el oficio y se entregaron de tiempo completo a éste, los que sí tuvieron disciplina de trabajo, versus “los rancheros”, los que se dedicaban a la agricultura y solo por temporadas necesitaban de las minas, aquellos que se acercaban a las minas solo en tiempos de secas o cuando tenían apuros económicos. Su testimonio destaca, además, que en la época que él trabajó, los dueños de las minas y los mineros eran gente de la región, contrario a lo que sucede actualmente, un momento en el que los extranjeros y gente de diferentes lugares de México se han apropiado de las minas.

En aquel tiempo el dueño de la mina era chalchihuitense, todos éramos de aquí, si acaso venía gente de por ahí del Valle de San Antonio de Guadalupe, o de Piedras Azules, iba gente a trabajar, cuando era malo el año, cuando no tenían en que trabajar, de por mientras, pero no duraban mucho, duraban cuando mucho un mes, eran rancheros, ellos estaban acostumbrados a trabajar mucho pero cuando ellos quieren y en la mina tenían que trabajar duro. Decían: “nomás porque no tenía nada, por eso me vine a trabajar a la mina” (Toño, 71 años, ex minero).

El testimonio de Toño sugiere que quienes trabajaban en las minas, eran principalmente hombres de la cabecera municipal, y que, raramente, de vez en cuando, los hombres de las rancherías acudían a trabajar en las minas. El trabajo agrícola retenía y expulsaba de acuerdo al ciclo del cultivo, temporadas de siembra, barbecho y cosecha destacadamente, en tanto el trabajo en la mina se sostenía de forma ininterrumpida. En consonancia con la explicación de Toño, Ramón, ex bracero de la comunidad de Ojo del Toro, recuerda haber trabajado solo por temporadas muy cortas en las minas, solo mientras volvía a ocuparse en las labores del campo:

Trabajé en el mineral de Colorada. Ya después me salí de la mina porque casi trabajaba uno nomás mientras se ponía bueno para tumbar, para levantar la labor. Entonces trabajé una temporada y ya se llegó el tiempo que tenía que tumbar y ya me vine, tumbaba lo mío y seguía ayudándole a la gente, me pagaba. Y ya iba con el que me invitaba (Ramón, 74 años, ex bracero y ex minero).

Sin embargo, los rancheros a los cuales hace alusión Toño, no solo se limitan a los hombres de las distintas comunidades aledañas a la cabecera municipal, sino que en este caso, ranchero, en los términos que él lo define, se aplicaría a todos aquellos que trabajaban en el campo y dependían solo temporalmente de las minas. A los que no se entregaban por completo, a los que no se sometían, a los que no se esclavizaban a la mina. Aquí, cabe subrayar que muy a menudo, el término ranchero⁷⁵ se usa en Chalchihuites de una forma peyorativa, asociado con ignorancia y la pobreza, con el atraso y la carencia, con el campo y los animales como fuente subsistencia. Esta noción despreciativa se contrapone a la concepción de “ranchero” de la sierra “jalmichana” en el occidente de México, en el límite sur entre Jalisco y Michoacán (Barragan, 1990), o a la de la huasteca hidalguense (Schryer, 1990), donde a los rancheros conforman un “segmento sociocultural singular de la población rural mexicana” (Barragan, 1990: 75), que culturalmente se asocian con los españoles, con hombres blancos, gente de razón, distanciándose de los indígenas. Bajo esta lógica, con un marcado sesgo de clase y etnicidad, en estas regiones de México, la categoría ranchero se aplica al dueño de un rancho, terrateniente, el que posee los medios de producción, que se diferencia de los indígenas, de los medieros, de los jornaleros agrícolas, de los ejidatarios, quienes no son dueños completos de las propiedades que trabajan.

A propósito, Absi (2006) nota la confrontación entre mineros y campesinos que se suscita en Potosí, un sitio en el que los mineros son identificados por su cercanía con el diablo y sus atributos perniciosos, por lo que se trata de mantenerlos alejados de las cosechas y campos de cultivo, bajo la creencia de que pueden contaminar y echarlos a perder. No obstante, muchos de los mineros de Potosí, al igual que los chalchihuitenses, también combinaban las labores agrícolas con la minería. Lo que se observa entonces es

⁷⁵ Para una explicación más amplia acerca de las acepciones y usos del término “ranchero” en el contexto chalchihuitense, véase Flores (2013: 27-29), “*Mi troca y yo*” *Masculinidades y migración en Chalchihuites, Zacatecas*.

más bien una lucha por delimitar espacios y jerarquizar trabajos, distinguirlos o despreciarlos, una fragmentación de clase en la que la proletarización es percibida como una vía que corrompe y seduce, un camino para el que muchos todavía no están preparados ya que exige sumisión, subordinación, entrega, disciplina y sacrificios. Tal como lo expresa Toño (71 años, ex minero), el trabajo minero es “duro” y los rancheros no están disciplinados para el trabajo minero, y aunque “estaban acostumbrados a trabajar mucho”, solo lo hacen “cuando ellos quieren”.

Refrendando su identidad minera y vinculándola con la silicosis, Toño narra las dificultades y retos a las que se enfrentó en su trabajo en las minas durante 30 años. Por 20 años Toño trabajó sin prestaciones ni garantías laborales, pero en los últimos 10 años de trabajo alcanzó el cobijo del Seguro Social, lo que le permitió tener asistencia y seguimiento médico para ver la forma en que evolucionaba la sílice en sus pulmones:

En 10 años yo adquirí el 30% de sílica, entonces se puso de acuerdo la compañía y el Seguro Social y me dijeron: “a usted ya lo valoramos”. A los 4 o 5 años me hicieron una valoración y saqué un 20%, y a los 7 años otra, saqué 25%, y a los 9 años otra, y en esa saqué 30%, y me dijeron: “pues hasta aquí nomás, la compañía no puede tener gente con esa tierra” (Toño, 71 años, ex minero).

Al recibir la noticia, preocupado, creyendo que lo querían despedir, Toño acudió al sindicato para pedir apoyo a sus compañeros. Luego de exponerles su situación, los del sindicato le dijeron que no tenía por qué preocuparse porque él “iba a salir por la puerta grande”, haciéndole entender que por motivos de salud tenía que retirarse, pero que iba a recibir una compensación acorde a la ley por sus años de trabajo. En palabras de Toño:

Me dijeron: “usted no se apure compañero, a usted se le va a liquidar conforme a la ley, le va a dar dinero la compañía, tiene su fondo de ahorro, tiene su fondo de huelga, se lo vamos a dar. Y le vamos a dar más dinerito que tenía allí”. Y con todo lo que junté en el año 95 que salí de ahí fueron como unos 60,000 pesos. ¿Y qué hago yo con esto? Pues me lo voy a acabar pronto. Metí una parte a la Caja Popular y la otra se la di a mi mujer por lo que se ofrezca. Y ya me fui a trabajar con Rafa. Ahí aguanté más de 3 años con él (Toño, 71 años, ex minero).

Después de esto, Toño trabajó tres años para una tienda de materiales de construcción, sin embargo, debido a la sílice del cemento, también tuvo que retirarse. Por último, Toño encontró trabajo en la presidencia municipal, en Desarrollo Social⁷⁶, donde lleva 17 años laborando. Al reflexionar que fue la sílice la que lo alejó de las minas, Toño se dice orgulloso de haber cumplido con su trabajo como minero, además, recuerda que él fue de los últimos que trabajaron las minas de Chalchihuites “a la antigua”, es decir, en condiciones riesgosas, sin maquinaria sofisticada, sin equipo apropiado, sin transporte que los llevara a las minas, aunque, a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, Toño fue de los pocos que alcanzaron el cobijo de un sindicato minero y del Seguro Social, en la década de los ochenta. Orgulloso y reconocido como un buen trabajador, Toño afirma:

Me fui con todos los honores. Inclusive me habló el jefe de seguridad para darme zapatos, como unos 5 pares, me dijo también: “llévate unas botas nuevas, muchos guantes”. Me querían bien los jefes, porque yo era muy amigo del gerente. Y no cualquiera es amigo de un gerente, en una mina no. [...] Ahí está que el día que me corrieron le dije: “ya me corrieron”. Y pues él ya no hallaba ni con qué granjearme, me regaló muchas cosas, hasta un diploma de que participé en el día del minero el 11 de julio (Toño, 71 años, ex minero).

Toño se dice afortunado de haber alcanzado los beneficios del seguro y del sindicato minero. Gracias a las revisiones médicas, fue evaluado y pudo retirarse a tiempo del trabajo minero. En este tenor, el ex minero nota las ventajas que le acarreó la minería regulada versus aquellos mineros chalchihuitenses que dejaban su vida en las minas, morían enfermos de silicosis, “hinchados”, “aterrados”, “cascados”, “se les rompía el pulmón” y no recibían compensación alguna. De tal manera, Toño resalta que además de que lo obligaron a retirarse a tiempo para no afectar más sus pulmones, ahora recibe dinero por el daño que sufrió. “Ahora le pagan a uno su tierra. Ya hay ventaja porque está uno enfermo pero le están pagando. A mí me pagan en el seguro la pensión de la sesentía, me la juntaron con la del pulmón y ya me dan más dinerito” (Toño, 71 años, ex minero). De tal forma, la enfermedad se ve como algo inevitable en el trabajo minero. Las minas se comen a los mineros, el trabajador es explotado mientras se mantiene en un nivel de salud aceptable,

⁷⁶ Toño comenta que en su trabajo se dedica a “hacer mandados” y está al pendiente de lo que se necesita en la oficina. Realiza además labores de reparación e intendencia.

para luego, ser desechado, con afecciones de salud irreversibles y con unos cuantos pesos en la bolsa, si es que bien le va, como en el caso de Toño.

Llegados a este punto, interesa ver la forma en que funciona la hegemonía, haciendo partícipes a sus subordinados de sus intereses, quienes consienten y justifican su propia opresión, interpretando como benevolencia las formas opresivas y la explotación de clase de la que son presas. Releyendo a Gramsci, Crehan (2002: 122) se refiere a la mentalidad de los subordinados explicando que es “su subordinación, su carácter subalterno, lo que determina su forma de ver el mundo”. Por tal razón, las versiones de los entrevistados muestran una visión del mundo y un sentido de hombría fuertemente atada a los ideales de una época, de una clase social y de un oficio determinado.

Con relación a lo anterior, Medina (2009) nota que ser hombre en un pueblo minero en el México posrevolucionario conlleva especificidades propias de la época y del trabajo en las minas. Como se observa también entre los chalchihuitenses, el sentido de hombría estaba fuertemente atado a ideales como proveedor, cabeza de familia y responsable de resguardar el honor familiar pero, además, la masculinidad minera añade atributos y comportamientos específicos y contradictorios al “ser hombre”. A contracorriente, el análisis de Medina (2009) trata de ir más allá de los discursos y representaciones ideales de las masculinidades, para desentrañar los miedos, la inseguridad y las fragilidades que se esconden bajo las representaciones de temeridad, valor, arrojo, control de las emociones y fuerza masculina, como características privilegiadas. De esta manera, contrasta el ideal y los imaginarios con lo que llama “mineros de carne y miedo”, aquellos que viven las contradicciones y opresiones propias de su clase en el México rural posrevolucionario, la precariedad y la incertidumbre de su trabajo como mineros⁷⁷ (Medina, 2009: 86).

En un pueblo minero como Chalchihuites, la enfermedad se veía como parte del destino inevitable de los mineros, el cual trataban de resistir tomando alcohol, ingiriendo hierbas y haciendo deporte. Las condiciones de las minas eran precarias, en la mayoría de ellas no existían sindicatos y el seguro social se implantó a partir de los años setenta. Esto

⁷⁷ Así por ejemplo, observa cómo las cantinas son un medio para mostrar sus sentimientos reprimidos, externar sus frustraciones, tratar de aliviar sus miedos y penas. Educados para no llorar, para no mostrar dolor, para aguantar las cargas y sufrimientos, los mineros se refugiaban en espacios masculinos como cantinas, billares y tugurios donde podían desahogarse. La mina es un trabajo en el que la muerte, las enfermedades y los accidentes los acechaban constantemente; los mineros vivían con miedo, afrontando a su manera los retos diarios, tratando de aguantar y representar al hombre fuerte.

deja ver la manera en que el Estado de Bienestar funcionó en México: resquebrajado, sesgado, parcial, desigual y escatimado. A unos les alcanzó, a otros no. Pero finalmente, ahí estuvo. Como lo señalan Anta y Laguna (2011), la formación de la clase en los mineros mexicanos se ha caracterizado por la fragilidad de los sindicatos, el distanciamiento entre intelectuales y mineros que impide una mayor organización, la rigidez e inflexibilidad de las empresas y el miedo de los mineros a perder la poca seguridad que tienen. Por tal motivo, los mineros se resignan y viven en la desesperanza, sabiendo que gran parte de ellos se queda en la mina y ellos se llevan parte de la mina en sus pulmones. Y al final, la mina se los acaba.

Es así como a través de una lógica capitalista fundamentada en la explotación del trabajador, que naturaliza el sufrimiento y el deterioro del cuerpo, un cuerpo enfermo y desgastado se instaura como indicativo de ser un “minero de verdad”, aquel que persistió en las minas a pesar de las condiciones decadentes, aquel que sufrió sin desistir, el que aguantó más. De manera que, frente a tantos mineros que murieron sin indemnización y otros que siguen vivos pero que nunca alcanzaron una pensión, aquellos a quienes les alcanzó una pensión, además de una compensación por los daños de la sílice en sus pulmones, se dicen satisfechos.

La masculinidad minera o masculinidad de protesta, fundamentada en la fuerza física y la competencia viril, contribuye al ocultamiento de la explotación y la pérdida de la salud. En Chalchihuites, históricamente, la minería ha sido el único trabajo asalariado al que pueden adherirse los hombres, lo cual los ha obligado a conformarse “con lo que sea”, como dice Ramón, incluso, los ha llevado aceptar que hay que dejar vida y salud, a cambio de unos cuantos pesos. Al ser el único trabajo “seguro” en el que se podían insertar la mayoría de hombres jóvenes durante la época de los braceros, que además les brindaba la posibilidad de entrar y salir acorde a las estaciones de siembra, los chalchihuitenses se aferraron durante años a cultivar la tierra como un modo de sobrevivir, alternando además la minería y la migración laboral estacional. Con el paso del tiempo, se observa cómo todos se van alejando del campo y comprometiéndose con la mina o con otros trabajos, mientras que algunos, a raíz de su experiencia como braceros, continúan yendo a trabajar a Estados Unidos desafiando la vigilancia fronteriza.

3.3 La antropología en México y el estudio del alcoholismo

México es uno de los países donde se ha llevado a cabo el mayor número de investigaciones antropológicas que abordan el tema del alcoholismo, las cuales se han concentrado principalmente en la zona de los Altos de Chiapas (Bunzel 1940, 1976; De la Fuente, 1954; Menéndez, 1988; Pozas, 1948; Siverts, 1973). No obstante, las teorías que se han usado para tratar el tema, se insertan dentro de la corriente culturalista, cognitiva o funcional. En ellos, el alcohol y el alcoholismo se han tratado de forma acrítica, sin un enfoque de clase y género que permita ver las estructuras y los procesos históricos que operan dentro de las comunidades para conformar prácticas y comportamientos particulares. Por ende, se banaliza la ingesta excesiva de alcohol al considerarla como un aspecto “normal”, un vehículo de integración social, o el resultado de la desviación individual o colectiva, dejando de lado el contexto de desigualdad y los efectos nocivos de estas prácticas, remitiendo la problemática a cuestiones culturales, aislada de procesos históricos, políticos y económicos.

La antropología, empeñada en realizar una lectura culturalista que subsume las relaciones de desigualdad, se ha limitado a describir el alcoholismo de las clases subalternas, encasillándolo como un elemento central en prácticas rituales y celebraciones, dejando de lado las contradicciones, los efectos negativos, las relaciones y prácticas complejas que se generan a partir de éste (Menéndez, 1992). De esta forma, ha contribuido a celebrar el alcohol como un eje identitario “tradicional”⁷⁸ propio de determinados grupos, el cual aparece vinculado con rituales y celebraciones de integración ideológico religioso que termina permeando todos los aspectos de la vida social⁷⁹ (Pozas, 1948). Al pensar el

⁷⁸ Sider (2003) subraya la importancia de ver que las tradiciones de las comunidades de campesinos se producen en contextos de dominación, dentro de un proceso complejo de coerción y consentimiento. Si bien las culturas expresan y moldean sus formas propias, a las cuales añaden un significado específico, esto sucede dentro de estructuras que los subyugan, por imposición de fuerzas de dominación que los exceden. De esta forma, lo que se considera como cultura tradicional o nativa, lejos de ser un simple resultado del pasado, es un producto de la dominación colonial, de la sumisión y resistencia, de la imposición y la adaptación.

⁷⁹ A este respecto, Pozas (1991: 189) apunta que el alcoholismo en los pueblos indígenas de los Altos de Chiapas es de carácter ambiguo, ya que es tanto un elemento central de la organización social, como de la desorganización social. La ingesta de alcohol es central en todas las celebraciones y ritos: fiestas religiosas, matrimonios, carnavales, partos, en el cumplimiento de cargos políticos y religiosos, en la impartición de justicia, en el culto a los dioses, en la curación de enfermedades. Frente a la inseguridad económica, los conflictos y contradicciones que caracterizan la vida de los chamulas, “el indio bebe para sentirse seguro” (Pozas, 1991: 196).

alcoholismo como parte esencial o tradicional de su cultura, los problemas de salud y la alta morbilidad producida por el alcohol en poblaciones de trabajadores rurales se han invisibilizado (Menéndez, 1992), negando además el proceso histórico y las condicionantes económicas y políticas en las que se producen dichas prácticas consideradas como tradicionales. De esta manera, desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, la embriaguez se perfila como una característica de los subalternos, con rasgos raciales y socioculturales bien delineados, el cual funge como un estigma que conforma un aspecto diferencial de autoidentificación y pertinencia cultural (Menéndez, 1991).

Distanciándome de la corriente teórica culturalista, concibo que el alcoholismo en las clases subalternas es el resultado de un proceso de explotación y dominación histórica, un legado del pasado de dominación colonial y un producto de las desigualdades estructurales propias del capitalismo. Por lo tanto, la ingesta de alcohol, además de ser un comportamiento promovido por las tradiciones y normas culturales, está íntimamente relacionada con la distribución desigual de la riqueza, que orilla a ciertos sectores a buscar un escape a su situación miserable a través del alcohol. El alcohol ha sido promovido como forma de pago y recompensa, una estrategia de las clases dominantes para asegurar la hegemonía. Según lo manifiesta la representación obrera en el Programa Nacional contra el Alcoholismo y el Abuso de Bebidas Alcohólicas:

La desnutrición, el alcoholismo y la pobreza son aspectos de un mismo problema originado en injustas estructuras productivas. La pobreza, que en algunos casos llega a la miseria, a la que está condenada una parte de la población la orilla al alcoholismo. Como expresión de este fenómeno, es penoso el espectáculo de degradación humana que se puede observar en algunas poblaciones indígenas del país, donde la posibilidad de escape está únicamente representada por la pérdida de la conciencia provocada por el alcohol y donde se realiza desde hace décadas por algunos explotadores del trabajo humano, una labor de inducción al alcoholismo que facilita sus propósitos (El Día, 1986, citado en Menéndez, 1992:160).

Por otra parte, no se puede dejar de lado el vínculo entre las masculinidades, la ingesta de alcohol y la violencia. Específicamente, al alcohol como detonante de la violencia de los varones hacia las mujeres, se le ha prestado poca importancia en términos analíticos (Menéndez, 1988). En este sentido, siguiendo la propuesta de Benno de Keijzer (1998), los varones son “factores de riesgo” no solo para sí y entre sí, sino para las mujeres y los niños,

lo que Michael Kimmel (1997) denomina “la tríada de la violencia”, que es producto de un modelo hegemónico de masculinidad fundamentado en la competencia, la homofobia y la subordinación de las mujeres. Por ende, no solo los varones padecen directamente los efectos nocivos del alcohol a través de la degradación de la salud, las riñas, lesiones, homicidios y accidentes⁸⁰, sino que la violencia que desata la ingesta de alcohol la sufren directamente las mujeres y los niños. Tal como lo plantea Menéndez (1991: 25), la embriaguez no es solo el medio, sino que “simboliza la potencialidad de la violencia masculina y paterna hacia la mujer y los hijos”. Así por ejemplo, Ricardo Pozas (1948), en su obra “Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil”, describe la violencia que sufre Juan, un indígena hijo de un alcohólico, dando cuenta de los maltratos, golpes y humillaciones que padece a manos de su padre, así como de la normalización de los golpes hacia las mujeres. Asimismo, la biografía subraya la centralidad de la ingesta de aguardiente dentro de la organización social.

Para gobernar al pueblo, para arreglar a la gente, para hacer justicia, cada vez hay que tomar aguardiente. En el cabildo se reunían las autoridades y todos tomaban cada vez que tomaba el presidente. Todos los que pedían justicia, todos los que tenían delito, llevaban a las autoridades uno o dos litros de aguardiente. El presidente tomaba y tomaban también las autoridades. Cuando conforman a los hombres que se pegan, cuando apartan a los hombres de las mujeres con quienes han vivido, cuando hay que repartir la tierra entre los hijos de los que se han muerto, cuando hay que devolver las tierras que se han vendido, todo se arregla con trago, todo es una borrachera” (Pozas, 1948: 59).

⁸⁰ Menéndez (1991) apunta que la “costumbre” de beber y de morir son una cuestión colectiva. Sin enmarcar el género como un eje detonante de las diferencias, el autor apunta que la cirrosis hepática es la segunda causa de muerte de los derechohabientes del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) durante la década de los ochenta; la primera causa de muerte entre varones de 30 a 64 años. “Violencias” resalta como la causa principal de defunción general, por lo que señala que “la muerte debido al complejo alcohólico” constituiría el problema de mortalidad más grande la sociedad mexicana” (Menéndez, 1991: 29).

El estudio de Héctor Eloy Rivas (2004), manifiesta de manera clara el vínculo entre masculinidad, conductas de riesgo y mortalidad en comunidades rurales de la sierra sonorensis a lo largo del siglo XX. Utilizando un método etnográfico, histórico y estadístico, los resultados de su investigación apuntan que las muertes por accidentes y por causas violentas se dan entre varones: 72.2% en 1930, 90% en la década de 1960, 88% durante 1990. En conjunto, las causas de muerte por accidente y por motivo de violencia representan el 4.5% de las muertes totales durante 1930, el 3.6% en 1960 y el 8.46% en 1990. Su estudio pone en relieve una diferencia de género marcada con respecto a las mujeres quienes representan solo el 0.8% de las muertes totales, un porcentaje que se mantiene, con tendencia a disminuir en las siguientes décadas.

De acuerdo a su análisis, Rivas (2004) sugiere que el monopolio de los varones que encabezan los índices de mortalidad se debe a las formas de socialización y las demandas propias de las masculinidades que promueven comportamientos de riesgo, competencia, descuido del cuerpo, conductas violentas y dañinas.

En suma, la revisión de la producción antropológica en México en torno a la alcoholismo realizada por Menéndez (1992), expone que la mayoría de los trabajos son de corte sincrónico y se han desarrollado en dos vertientes básicas (Menéndez, 1988). Por un lado, la dimensión etnohistórica, la cual, trabajando a la par de los historiadores, se enfoca principalmente en debatir postulados acerca de la existencia o inexistencia de alcoholismo durante el período precolombino. Por otro lado, los antropólogos sociales y culturales, que se han dedicado a documentar, describir y exaltar las funciones integrativas, en cuyos trabajos domina una percepción positiva del alcoholismo. La mayor parte de la investigación antropológica que trata el alcoholismo se produjo durante la década de los cincuenta y sesenta. A partir de esas décadas, se observa un notable descenso en el interés sobre el tema (Menéndez, 1988). Celebrando, exotizando, encontrando usos y funciones al alcohol, tratándolo como un problema de salud, la producción antropológica ha dejado de lado el análisis de las estructuras de clase y género que moldean relaciones y patrones de conducta particulares.

3.3.1 Fordismo, masculinidades y alcoholismo

Diversos estudios realizados en contextos mineros, ponen de manifiesto el elevado consumo de alcohol entre los trabajadores, así como el intento de controlar y regular dichas prácticas en diferentes momentos históricos de acuerdo a las necesidades de producción (Godoy, 2003; Klubock, 1995). Una de las prohibiciones más importantes de alcohol, se establece a través de La Enmienda XVIII a la Constitución de Estados Unidos, conocida como Ley Volstead, la cual entra en vigor en 1920 y se deroga en 1933. De esta manera, a través de esta ley, se prohíbe la producción y venta de bebidas embriagantes por más de una década (Bosch, 2010). Como lo señala Gramsci (1986), en América, el prohibicionismo va de la mano con la racionalización del trabajo.

Otras investigaciones ponen énfasis en el vínculo de las masculinidades, el alcohol y las clases trabajadoras (Heron, 2005; Muñoz, 2008; Venegas, 2008). Entre tanto, estudios como el de Muñoz (2008) enfocan la manera en que se propaga el pago con alcohol a los trabajadores agrícolas a mediados del siglo XIX, una estrategia que permite a los empresarios y patrones ampliar sus ganancias, al mismo tiempo que mantienen embrutecida

a la población, suprimiendo cualquier tipo de resistencia colectiva. Se genera así, una doble explotación física: la de su fuerza de trabajo por un lado, y la estimulada por la ingesta de alcohol por el otro lado. Es decir, no solo el desempeño de un determinado trabajo agota y debilita la fuerza física, sino que, además, el alcohol, muchas veces adulterado, tiene un impacto nefasto en la salud y el bienestar físico del trabajador, lo que finalmente contribuye a deteriorar su estado físico, emocional y económico.

En la visión de los socialistas el alcohol se ha considerado como el principal enemigo para la organización y emancipación de las clases subalternas, en tanto para los capitalistas, el alcohol ha representado tanto un gran negocio como un enemigo que hay que controlar, cuando de trabajo estable y disciplinado se trata. Específicamente, en Estados Unidos durante el fordismo, el alcohol se avista como una amenaza para el nuevo proceso de acumulación. Al respecto, Gramsci (1986) da cuenta de cómo el americanismo requiere de la formación de un nuevo tipo humano, de un trabajador fordista disciplinado, acorde las necesidades de la producción capitalista. Moldear a este nuevo trabajador implicó, entre otras cosas, la represión y disciplinamiento de los instintos sexuales, así como la erradicación de hábitos dañinos como la ingesta de alcohol excesiva, los cuales representaban un obstáculo para el buen desempeño y rendimiento del trabajador. De esta manera, la formación del trabajador se plantea como una lucha permanente contra su animalidad, es decir, como:

Un proceso ininterrumpido, a menudo doloroso y sangriento, de sometimiento de los instintos (naturales, o sea animales y primitivos) a siempre nuevas, más complejas y rígidas normas y hábitos de orden, de exactitud, de precisión, que hagan posibles las formas cada vez más complejas de vida colectiva que son la consecuencia necesaria del desarrollo del industrialismo (Gramsci, 1986: 78, Q22 § 10).

Con el nacimiento del industrialismo, surge la necesidad de aplicar medidas para ordenar y disciplinar a los trabajadores. Bajo el fordismo, se acelera la necesidad de usar medios coercitivos de disciplinamiento para adaptar a los trabajadores a la nueva forma de producción regulada. Como lo indica Gramsci (1986), en América, el fordismo y el prohibicionismo están íntimamente relacionados; juntos, pactan estrategias puritanas para higienizar y regular la moralidad de los trabajadores, con el fin asegurar mano de obra

estable, en un afán por maximizar el beneficio obtenido de los obreros. Entre los desórdenes y comportamientos indeseables por reprimir, se focalizan el alcohol y la sexualidad, principales enemigos de la fuerza de trabajo disciplinada. De tal manera, se llevan a cabo prohibiciones en torno al consumo de alcohol, y, además, se exalta la sexualidad acotada por el vínculo conyugal, como una herramienta útil para apaciguar las energías sexuales de los trabajadores. En relación a esto, Gramsci (1986) señala:

Parece claro que el nuevo industrialismo quiere la monogamia, quiere que el trabajador no desperdicie sus energías nerviosas en la búsqueda desordenada y excitante de la satisfacción sexual ocasional: el obrero que va al trabajo después de una noche "excesos" no es un buen trabajador, la exaltación pasional no puede ir de acuerdo con los movimientos cronometrados de los gestos productivos ligados a los más perfectos automatismos (Gramsci, 1986: 84, Q22 § 11).

Como parte de la adaptación psicofísica a las nuevas condiciones de trabajo, se promueven nuevas reglas y hábitos saludables entre los obreros, que apuntalen el desarrollo de la industria. En consecuencia, el matrimonio y el deporte, aunados al prohibicionismo de alcohol, comienzan a verse como formas de combatir la indisciplina y conformar a dichas poblaciones. Mediante la implementación de los nuevos regímenes de control sanitario de los trabajadores, el Estado interviene de manera activa. Es así que, en la batalla en contra del alcohol, el Estado juega un papel central, regulando y sancionando (Gramsci, 1986). Como se mencionó anteriormente, tanto el alcoholismo como el desorden sexual, se presentan como dos enemigos que deben ser doblegados por el nuevo orden de producción, puesto que "el abuso y la irregularidad de las funciones sexuales es, después del alcoholismo, el enemigo más peligroso de las energías nerviosas, y es observación común que el trabajo "obsesionante" provoca depravación alcohólica y sexual" (Gramsci, 1986: 83, Q22 § 11).

El trabajo de Thomas Klubock (1995) en la mina de cobre El Teniente, en Chile, es representativo de la forma en que una empresa minera implementa medidas para regular a la fuerza de trabajo durante la década de 1920. La investigación muestra cómo la Compañía Braden ve en la monogamia la solución a los malos hábitos, vicios y desenfreno sexual de sus trabajadores. Para tal efecto, buscando disciplinarlos, la empresa llevó a cabo una serie de reformas políticas con el fin de obligar a los varones y a las mujeres que vivían en el

campamento minero a contraer matrimonio y formar familias. En caso de negarse a legalizar sus uniones sexuales, los obreros corrían el riesgo de perder el empleo. Para controlarlos, la compañía designó guardias nocturnos que inspeccionaban el comportamiento sexual de los y las trabajadores, que además vigilaban la ingesta de alcohol y otro tipo de hábitos de juego considerados como perjudiciales para la preservación del orden y, sobre todo, de una fuerza de trabajo estable.

3.3.2 Los mineros de Chalchihuites y la ingesta de alcohol

Recuerdo que en mi primer trabajo de campo en Chalchihuites (2008-2010) escuché al sacerdote del pueblo comentar en un sermón que los chalchihuitenses eran tan apáticos que ya ni para tomar alcohol en las cantinas servían. Al mismo tiempo, el cura lamentaba que las tres cantinas del pueblo estuvieran ya descuidadas, casi en desuso y sin ambiente⁸¹. “¿Dónde quedaron los borrachos?”, preguntaba el párroco a la muchedumbre reunida en misa ese día. Su inconformidad surgió a raíz de un escándalo que hubo, porque el cura se pasó de copas en una de las festividades del pueblo, lo que suscitó críticas y juicios reprobatorios por parte de los feligreses. Oriundo de Chalchihuites, el cura se quejaba de lo aburrido que es actualmente el pueblo. El sacerdote, conocido por todos como “Pocho”⁸² por haber emigrado a temprana edad a Estados Unidos, al hablar de la centralidad de las cantinas en el Chalchihuites de antaño, recordaba que durante su infancia, las cantinas del pueblo eran más alegres, con música, estaban llenas de borrachos y olían a orines⁸³.

⁸¹ De esas tres cantinas que siguen funcionando en la cabecera municipal, dos se encuentran ubicadas en la zona centro, y solo una de éstas, ubicada frente al mercado municipal, ha permanecido desde los años cincuenta. La tercera cantina, ubicada a la salida de la cabecera municipal, yendo hacia la comunidad de Piedras Azules, empezó a funcionar durante los años noventa, en medio del escándalo y las reprobaciones de algunas personas debido a que la dueña es una mujer.

⁸² Como lo plantea Andrea Sánchez (1998) el “pochismo” se relaciona con el grado de asimilación de los mexicanos en Estados Unidos. Así, el término comenzó a usarse para clasificar y diferenciar entre aquellos migrantes mexicanos que iban a Estados Unidos a trabajar al campo, poco calificados y que no hablaban inglés, de aquellos migrantes mexicanos que lograban entrar a otros nichos de trabajo y con un mayor dominio de esa lengua. “Tenemos una diferencia notable que radica en dos factores: el grado de asimilación y el sesgo clasista de uno con respecto al otro” (Sánchez, 1998: 120)

⁸³ La iglesia católica sostiene una posición de tolerancia hacia la ingesta de alcohol, lo cual se hace visible en celebraciones, fiestas patronales y reuniones. No así, algunas iglesias protestantes. Por ejemplo, en Chalchihuites, los Testigos de Jehová llegan durante la década de los noventa, refrendando una postura rígida de oposición frente al alcohol. El señor Gelasio, un migrante de la comunidad de Piedras Azules en

Visiblemente molesto, como una especie de venganza a las críticas proferidas en su contra, el cura enfatizaba que la gente de Chalchihuites, además de ser inflexible y cruel en sus críticas, era sumamente aburrida, al igual que el pueblo.

Pero, ¿qué pasó con las cantinas?, ¿en qué momento dejaron de ser centros de reunión de los mineros y otros varones de la región? Precisamente, en la reunión que sostuve con Jaime y Esteban, ex mineros, el tema de las cantinas salió a relucir. “¿Sabe por qué se acabaron las cantinas?”, me cuestionó Jaime. “No lo sé, cuénteme”, le respondí.

Desde que comenzaron las cantinas ambulantes, las rodantes, es que aquí antes en nuestro pueblo había cinco o seis camionetas. Empezaron a llegar los de Estados Unidos y empezaron a traer camionetas con estéreos, con bocinas. Empezó a llegar la señal de la televisión y empezó el mentado Chespirito, todas esas novelas. Yaque, en ese tiempo los billares estaban llenos allá abajo, y la gente en el jardín, leyendo cuentos que de Kaliman y de Memín, pero empieza la nueva tecnología, y cuando empezó eso, todas las calles solas, todo mundo con su familia allí embobado viendo las novelas, viendo el Chespirito y todo se quedó solo. Y ahorita estamos volviendo a lo mismo, la gente embobada con sus celulares, hasta chocan donde quiera (Jaime, 60 años, ex minero).

En realidad, Jaime me había dado pistas de otra respuesta unos momentos atrás, cuando me habló del auge y caída de las minas, del cese de las minas y de la migración a Estados Unidos. En íntima relación con las minas, sugiero que las cantinas dejaron de funcionar justamente a la par que las minas, por cuestiones estructurales de envergadura nacional y global que impactan en el ámbito local, como son la debacle en la economía mexicana de los años ochenta, las reformas al artículo 27 constitucional, la baja en los precios de los minerales, el ascenso del modelo económico neoliberal. Esto lo abordo con mayor

Chalchihuites, parece ser uno de los primeros feligreses que a su regreso de Estados Unidos, se encarga de propagar esta nueva religión en el municipio.

Julio Macuixtle (1992) en su trabajo “La importancia del consumo de alcohol en Magdalena (Veracruz)” subraya la postura de los grupos protestantes, quienes muestran un marcado rechazo por el alcohol y el tabaco, enfatizando en los efectos dañinos del alcohol, al cual culpabilizan de ser el causante de los conflictos y la miseria de la comunidad. El acercarse a estos grupos, representa una esperanza para las mujeres que intentan alejar a sus maridos de la borrachera, la cual viene aparejada con actos de violencia, abusos, maltratos y vejaciones. Así por ejemplo, en Chalchihuites, conocí a dos mujeres cuyos maridos son bien conocidos por haber llevado una vida de borrachera aparejada con actos de violencia en contra de sus mujeres e hijos, quienes finalmente encontraron un poco de sosiego al apegarse a la religión de los Testigos de Jehová, separándose de fiestas y celebraciones familiares y religiosas.

profundidad en el capítulo uno de esta tesis, en la sección 1.3 titulada “El despojo histórico. Minería y acumulación de capital”.

Volviendo a la narrativa de Jaime, resulta interesante notar la manera en que la ingesta de alcohol, luego de estar centralizada en las cantinas, espacios cerrados donde se reunían las colectividades de trabajadores, se convierte en un acto menos localizado, disperso por todos lados, ligado a las “trocas” y los sonidos potentes que recorren las calles del municipio de arriba abajo. Asimismo, el consumo de alcohol deja de ser un acto colectivo protagonizado por grupos de varones, para convertirse fundamentalmente en un acto individual, aparejado a la comodidad de una “troca”, un par de amigos, unas cervezas, unas botellas de vino que se consiguen en cualquier tienda⁸⁴. Lo antes mencionado, por aventurado que parezca, expresa un cambio histórico vinculado a un modelo de acumulación particular que moldea formas particulares de identificación, trabajo, convivencia y esparcimiento. Expone, a la vez, el impacto de migración a Estados Unidos en el municipio⁸⁵.

Con relación a lo anterior, existe un consenso general entre los ex braceros y sus coetáneos en torno a que el Chalchihuites de antaño era un mejor Chalchihuites, más vivo, más próspero, distinto al de ahora. Sus argumentos refieren, por ejemplo, que el trabajo era un “trabajo de verdad”, las mujeres, eran “mujeres de verdad”, los hombres eran “más hombres”, la gente sembraba y no solo se atenia a las remesas de los migrantes, había manantiales de agua, había serranías donde pepenaban estaño, zonas mineras que no pertenecían a nadie. La vida era más sana, más tranquila, había más valores, en suma, la usual romantización y cosificación de un pasado idílico, de algo que se añora y ya se fue, al igual que sus años mozos de juventud. Aunque por un lado sus narrativas están plagadas de nostalgia que se vuelca hacia un pasado idealizado, por otro lado, en sus discursos de

⁸⁴ En efecto, es común observar a dos o tres muchachos bebiendo en el interior o alrededor de una camioneta, que aparenta ser el centro de reunión, o bien, a un solo varón ingiriendo alcohol en su camioneta, mientras ronda por las calles de Chalchihuites. Y de las dos opciones anteriores, me atrevo a decir que la última, puede ser considerada la manera más prestigiosa de exhibir el potencial viril que acarrea la ingesta de alcohol y la “troca”, en este contexto en específico.

⁸⁵ Altha Cravey (2003) señala que para los migrantes mexicanos en Estados Unidos, las cantinas y bares son sitios de relajación y diversión mediante los cuales los trabajadores escapan a las exigencias, la explotación, la soledad y la nostalgia de vivir lejos de su país su origen. Avistándolas como espacios transnacionales de reproducción social que dan sostén a las identidades y relaciones sociales, señala que éstas contribuyen de forma importante a la reproducción social, política, económica y cultural de las comunidades migrantes.

“aquella época”, se apela recurrentemente al sufrimiento, las dificultades de la vida, la precariedad de su situación económica y la rudeza del trabajo que desempeñaron⁸⁶.

En lo que se refiere a las cantinas y la ingesta de alcohol, los ex braceros y sus contemporáneos, aunado a los recuerdos idílicos de Chalchihuites, remarcan que durante los años cincuenta y sesenta las cantinas abundaban, siendo los mineros los principales clientes, quienes luego de salir de su trabajo, se congregaban en estos espacios⁸⁷. Toño recuerda que habiendo apenas cumplido los 12 años de edad, sintió el deseo de hacer lo que los mineros hacían: ganar dinero y tomar alcohol. Su versión abona a la idea de que en Chalchihuites, durante el tiempo de auge de las minas, abundaban las cantinas y los borrachos. Además, da cuenta de la edad temprana en la que los varones chalchihuitenses se incorporaban al trabajo en las minas, así como del interés por ganar dinero e ingerir alcohol, para ganar mayor independencia y aceptación entre los hombres:

Yo salí de cuarto de primaria, no tuve más estudios [...] En la mina habíamos muchos chiquillos, casi todos los pobres, porque no había más en qué trabajar, pero la verdad quería uno enseñarse a tomar vino, porque no había otra cosa, más que puros borrachos. Y uno decía, pos bueno, si trabajando uno gana, pos ya me puedo comprar una botellita para juntarme con mis compañeros y pos ¡a gozar la vida! Pero es una equivocación muy grande, hasta ahora lo estoy viendo, pero bueno, ya qué (Toño, 71 años, ex minero).

Además de manifestar el deseo de ganar dinero, comprar alcohol y convivir con y como los hombres, el testimonio de Toño pone de manifiesto la necesidad económica que los obligaba a trabajar en las minas, un trabajo por demás riesgoso y mal pagado. Pese a que las narrativas de algunos mineros insisten en que fue el hecho de ganar dinero y ya no querer ir a la escuela lo que provocó que fueran a trabajar en las minas, responsabilizándose y autoculpándose por lo azaroso de su destino, constriñéndolo a una mera decisión individual, habría que preguntarse, ¿en qué condiciones iban a la escuela? ¿Qué situación los llevó a elegir ir a las minas si podían seguir yendo a la escuela? ¿No sería más bien que

⁸⁶ En sus versiones, muchas veces el sufrimiento y las dificultades se entienden como una forma “más real” e inteligente de vivir. Así, se critica el hedonismo de las nuevas generaciones, que buscan solo placer y no saben sufrir, una razón por la cual fracasan en muchos ámbitos de su vida, por ejemplo, en sus relaciones de pareja, en sus aspiraciones, en el trabajo, en su economía. En este sentido, aguantar y sufrir, son criterios que definen sus vidas y de alguna manera, su “éxito” como varones.

⁸⁷ En contraposición al trabajo de Kublock, en Chalchihuites no se obtuvieron datos ni versiones que apoyen la existencia de sexo servidoras en las cantinas durante la época de los braceros.

frente al hambre, la carencia y las dificultades familiares, era preferible trabajar antes que resignarse a ir a la escuela en condiciones deplorables? Porque, como Toño explica, los “chiquillos” que iban a las minas, eran “casi todos los pobres”.

Para aquellos que no quisieron seguir estudiando, como es el caso de Lupe, el entrar a las minas fue un mandato que tuvo que cumplir, un castigo impuesto por su padre, quien intentaba evitar que el joven se perdiera en la inutilidad de la calle, asociada con los vicios, con la improductividad, la pérdida, la flojera, la falta de hombría. En Chalchihuites, es común que se diga que un muchacho que no estudia ni trabaja se dedica a “aplanar calles”, “rajando calles”, o que “no tiene oficio ni beneficio”; frases que aluden a un joven dependiente de sus padres, que no desarrolla ningún oficio o actividad redituable, a un “callejero”, un flojo, un varón sin provecho. Tal como recuerda Alicia, esposa de Lupe, su suegro le contó que mandó a trabajar a la mina a su marido cuando tenía apenas 14 años, porque no le gustó la escuela. “A mí don Vicente me platicaba. Pues no te gustó la escuela, ¿te voy a dejar que andes rajando calles? ¿Agarrando malas mañas? ¿Sabes qué? Vámonos, pero vas a trabajar, no vas a estar rajando calles” (Alicia, 79 años).

En conjunto, los testimonios de los ex braceros y ex mineros expresan la existencia de transiciones importantes en la vida de los varones, las cuales los dirigen de la adolescencia al mundo de los hombres. De acuerdo a McDowell (2003), para la mayoría de los varones jóvenes en las sociedades industriales occidentales, el logro de la hombría madura está determinado por ciertos umbrales que los varones están obligados a cruzar. Una de esas transiciones, es el entrar a trabajar (Fuller, 2001; Heron, 2005; MacDowell, 2003; Muñoz, 2003; Salguero, 2007), lo que les abre la posibilidad de ganar independencia frente a su familia, ser aceptados dentro de un grupo de pares y establecer relaciones con mujeres. Así, en sus narrativas, el hecho de entrar a trabajar en las minas, ganar dinero, hacerse de una novia, ingerir alcohol, aparecen como indicativos de que habían rebasado la niñez y estaban ingresando al “mundo de los hombres”. Ingresar al campo laboral, les permitía explorar otros espacios, acumular recursos monetarios, aspirar a entablar una relación de pareja, relacionarse, medirse y competir con otros varones. Para los adolescentes mineros como Toño, el mundo del trabajo implicó suprimir ciertos hábitos y adquirir nuevas capacidades, desplegar nuevos comportamientos, desarrollar otros hábitos y rutinas.

En el caso de las minas, la ingesta de alcohol era una práctica común entre los obreros, que les permitía socializar y entablar lazos de amistad con otros trabajadores. Ingerir alcohol en compañía de otros varones forja compañerismo, es un acto de amistad y fraternidad homosocial. Pero es más que eso, puesto que también deviene en jerarquías, violencia, conflictos y problemas (Connell, 2000; Godoy, 2003; Schivelbusch, 1992). Tomar en conjunto implica participar de las rondas y las competencias, los retos, beber al parejo de los demás, no quedarse atrás. Involucra cooperar, invitar y ser invitado, reciprocarse la bebida que se otorga y donar en la misma medida, criterios importantes a través de los cuales se mide el compañerismo y se pone en juego la hombría. Participar en estos círculos de bebedores en espacios públicos, es en sí mismo, un aspecto primordial de la expresión de las masculinidades para muchos de los varones de la clase trabajadora⁸⁸ (Heron, 2005).

A este propósito, Heath (2000: 183) nota que “una de las principales razones por la cual los varones ingieren alcohol es para experimentar la sensación de poder, basado en la interacción de factores fisiológicos (un sentimiento de calidez otorgado por el alcohol), psicológicos (un sentimiento de fortaleza y superioridad luego de beber), y sociológicos (condescendencia de parte de otros)”. De manera recurrente, se acude al alcohol tanto para lidiar con una situación amenazante, para llenarse de valor, para relajarse. Y ya envalentonados, el comportamiento puede tornarse desafiante, arrogante, bravucón. Así por ejemplo, Chuy recuerda que el hecho de formar parte del equipo de beisbol de Mineros de

⁸⁸ La ingesta de alcohol en Chalchihuites ha sido monopolizada por los varones, quienes legítimamente pueden beber en público, en fiestas, en bailes, en coleaderos, en el billar y las cantinas. No así las mujeres, quienes debido a las restricciones morales, se embriagan dentro de sus casas, evitando ser vistas. El trabajo de Smith (2010) expone que el aislamiento y abandono de algunas mujeres de Chalchihuites que quedaron solas a raíz de la migración de los varones a Estados Unidos, ha devenido en problemas severos de ingesta de alcohol y drogas. Por supuesto, estas mujeres permanecen en sus casas, ocultando y lidiando en soledad con sus frustraciones y problemas.

Como lo señalan Sabo (2005), Rivas (2004), Wechler, Davenport, Dowdell, Moeykens & Castillo (1994) los problemas de salud y prácticas de riesgo se concentran numéricamente en los varones. En general, los varones beben más que las mujeres, por lo que el alcoholismo se presenta como un problema fundamentalmente concentrado en los hombres (Sabo, 2005). Por ejemplo, los hallazgos de la *Harvard School of Public Health* exponen que de una muestra de 17,600 estudiantes de 140 universidades en los Estados Unidos, el 44% tuvo borracheras, lo que significa haber ingerido más de cinco bebidas para los hombres, y cuatro para las mujeres. De este grupo que se emborrachó, los hombres presentaron una tendencia mayor a embriagarse en las dos semanas siguientes: 50% los hombres, 39% las mujeres. Se observó además que un 70% de los hombres que se emborracharon dos o tres veces después de las dos semanas, manejaron luego de haberse alcoholizado, en contraposición al 49% ostentado por las mujeres que realizaron dicha acción, lo que sugiere una mayor probabilidad de sufrir accidentes y muerte prematura por parte de los varones (Wechler et. al., 1994). Por otro lado, el *Centers and Control Disease for Prevention* (CDC, 2002) durante el 2001, señala que los episodios de borrachera de varones en Estados Unidos promedian el 12.5, mientras que los casos de mujeres son solo 2.7.

Guantes, no se contraponía a la ingesta de alcohol, sino que más bien, el tomar vino le ayudaba para armarse de valor antes de los juegos de beisbol y, de ese modo, tener un mejor desempeño. “Sí, sí tomaba. Llegamos a ir a jugar y me tomaba dos vasitos así de mezcal. Y no, la pelota se me hacía poco” (Chuy, 85 años, ex bracero y ex minero).



Foto 8. Ex braceros del Ojo del Toro, Chalchihuites, en un coleadero. (Ca. 1965).
Colección privada de la familia Varela.

Como es bien sabido, el consumo de alcohol y comida luego de los partidos de futbol o beisbol, es una hábito común entre los obreros⁸⁹ (Huerta, 1999). Una práctica que afecta su bienestar físico y mental, la cual además tiene repercusiones en el ámbito familiar y laboral. En consonancia con esto, Toño narra sus trajinares con el alcohol, el cual le provocó muchos problemas, tanto con su familia como en su trabajo. Al respecto, el ex minero evoca un altercado que tuvo con el gerente general de la mina, a quien Toño debía

⁸⁹ De acuerdo a Huerta (1999) el consumo de alcohol y comida durante los partidos es parte de lo que denomina “la fiesta del juego”, lo cual entiende como la fragmentación del orden establecido, una forma de lidiar con el desgaste físico, mental y económico. Expresa las contradicciones de lo “prohibido-permitido”, abriendo paso a la convivencia colectiva masculina donde en ocasiones se incorpora también a los miembros de la familia (Huerta, 1999: 207).

entregar un telegrama por encomienda de los directivos de la mina, en el cual se le avisaba de la enfermedad de su madre. Sin embargo, Toño bajó de la mina, se fue a un baile a la cabecera municipal, se emborrachó y perdió el telegrama. El ex minero recuerda las consecuencias de su descuido, los reclamos y maltratos de parte del gerente, quien le guardaba rencor al asegurar que, debido a su irresponsabilidad, su madre había muerto. A raíz de este suceso, las humillaciones y castigos en contra de Toño se exacerbaron. Finalmente, según narra el ex minero, todo terminó cuando, harto de las ofensas y vejaciones padecidas, agarró a golpes al gerente, razón por la cual fue despedido luego de estar laborando durante 8 años en la mina El Conjuero. Tal como lo expresa Toño:

De ahí me agarró tirria el hombre. Un día no llegué de buenas, bajó de la oficina y saqué la lámpara de carburo, le pegué en el caso y se lo tumbé. Y en la cabeza ya peloncita, le puse otro, lo tumbé y con eso hubo para que me corriera. No tenía una experiencia, todo se le hace a uno fácil, pues me dio coraje. Me castigaron un año, al año volví, pero lo que me hicieron es que cada semana cambiaban de turno, y yo no, de las doce de la noche a las siete de la mañana, todos cambiaban y yo no, al último vine corriendo solo porque aguanté seis meses, todos los días, y mero abajo yo cuidaba la bomba que estaba al final de la mina a los 363 metros, el nivel así se llama, trescientos sesenta y tres porque ahí había mucha agua y ahí estaba la bomba todo el tiempo trabajando, y tenía que estarla cuidando (Toño, 71 años, ex minero).

El pasaje de Toño nos permite reflexionar sobre las formas en que los dominados buscan resistir e inconformarse frente a una situación de explotación e injurias insoportable. Empero, es importante recalcar que, como producto de su subordinación, la pelea se da dentro de las reglas y parámetros que establecen otros, los patrones, los dirigentes, el Estado, el capitalismo: la hegemonía. Por ende, aunque Scott (1990) propone que los dominados lejos de aceptar pasivamente su dominación, buscan formas para resistir y contrarrestar las desigualdades de poder, es fundamental señalar que esta lucha se da dentro de condicionantes impuestas por los grupos dominantes y están moldeadas dentro de un “campo de fuerza” (Roseberry, 1990)⁹⁰. Así, aunque Toño desquita su coraje y logra

⁹⁰ Roseberry (1994: 360, mi traducción) propone entender este término como la forma en que funciona la hegemonía, no solo como consenso sino como una batalla constante, “como la manera en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos usados por las poblaciones subordinadas para hablar, confrontar, adaptarse, o resistir su dominación, están formados por el mismo proceso de dominación”.

perjudicar momentáneamente al gerente, más tarde sufre las consecuencias de intentar igualarse a su jefe, quien se encarga de castigarlo, al punto de hacerlo desertar del trabajo.

En correspondencia con el vínculo entre las cantinas y la mina, Esteban relata que durante los años sesenta, cuando él se contrataba como minero, Chalchihuites era un pueblo de borrachos donde había unas 15 cantinas. Dada la muchedumbre de hombres alcoholizados, el ex minero recuerda con humor, que una estrategia usada por el gobierno para sacar provecho de ese tropel de hombres embrutecidos por el alcohol, era llevarse a la cárcel a los borrachos y penalizarlos con un día de cárcel y 10 pesos de multa. De acuerdo a su versión, esta fue la forma en que se construyó el kiosko del zócalo municipal. Así lo narra:

¿No sabe la historia del kiosko? El kiosko lo hicieron los borrachos, les daban tarea a los policías, los lunes tenían que amanecer 100 presos para pagarle al maistro del kiosko. La multa eran 10 pesos. En veces entraban a la cantina y ya los veían medio dormidones allí, llegaban y le daban un piquete así (en las costillas) y les decían: “¡Mira! ¡Hasta bravo me saliste!” Y se los llevaban (Esteban, 71 años, ex minero).

Afín con el espectáculo de los sábados por la noche en Chalchihuites, vale la pena rememorar el paisaje en el que Frederick Engels describe las zonas industriales en Inglaterra en 1840, espacios donde los trabajadores bebían enloquecidamente, de manera que el Sheriff Alison reportaba que más de 30,000 trabajadores estaban alcoholizados en Glasgow cada sábado por la noche. Los sábados, establecidos como los días de pago y de mayor libertad para los trabajadores, son días en donde las clases trabajadoras aprovechan para disfrutar, para intoxicarse, para romper con la rutina. En su texto, Engels expone las cantidades de dinero que gastaban los trabajadores en licor por año y las consecuencias que esto generaba, entre las que señala el detrimento de su situación personal, las afecciones en términos morales y de salud, así como el impacto negativo en sus hogares.

Durante la Revolución Industrial en los siglos XVII y XVIII, la burguesía creó “una máquina para hacer dinero con el alcohol industrial. Pero también lo habían convertido en la droga que sedaba a los obreros” (Hames, 2012). A partir de entonces, con la producción masiva de destilados de alcohol, nace una “cultura universal del alcohol” (Hames, 2012) que genera problemas de intoxicación y trae consigo la sanción moral de la ingesta en

exceso⁹¹. Por un lado, el alcoholismo se convierte en un problema de salud pública, mientras que, por otro lado, representa un eje fundamental para el desarrollo de la acumulación capitalista. En paralelo, “junto con la proletarización, el alcohol se convertirá en el producto simbólico de la clase popular” (Herrera, 2008). De tal forma, Steve Stern (1995) en su investigación del México de finales del siglo XVIII, apunta que para las masculinidades subalternas, existen códigos de competencia alternativos, como ingesta de alcohol, “recursos socioculturales” a través de los cuales los varones prueban su poder, resistencia y valor como hombres, en un contexto de opresión y falta de poder.

En última instancia, el alcohol ofrece una oportunidad para refrendar la masculinidad y competir por estatus. Contribuyendo a la reproducción de relaciones de poder desiguales, los debates en torno al alcoholismo en las clases trabajadoras abren paso al análisis de discursos en torno a los cuales se construye la mexicanidad. En México, al final del siglo XIX, ocurre una segregación espacial que demarca la separación de las élites y las clases populares, condensada en la diada cafetería-vinatería o pulquería. De esta forma, las cafeterías se designan para las élites, sitios que se encumbran como más ordenados y armoniosos, versus las vinaterías y pulquerías, destinadas a las clases bajas, las cuales pasan a los lugares periféricos y zonas más pobres de los márgenes de ciudades y poblados, especulados como lugares de perdición y desorden, espacios que comienzan a ser tratados por los intelectuales como el reflejo de la cultura popular mexicana, quienes se encargan de “mantener a la cultura popular y las clases populares en su lugar, es decir, en su lugar al fondo de la jerarquía social” (Toner, 2015: 72, mi traducción).

Si bien el alcohol se ha visto como una manera de socializar, como elemento ritual y curativo, también es importante señalarlo como una forma de “escapismo”, en los términos propuestos por Engels. En esta línea, el alcoholismo dentro del capitalismo, puede entenderse como una forma de escapar de una situación de miseria y explotación, una forma de aliviar los malestares físico-emocionales derivados de las condiciones de trabajo, una forma de “ahogar las penas”, un modo de desenfreno que permite huir

⁹¹ Como lo señala Schivelbusch (1992), desde el siglo XVII y XVIII, el alcohol ha tenido un lugar central entre el proletariado, lo cual no sucede en la burguesía, ya que mientras para la clase trabajadora el alcohol conlleva un estigma social, en la burguesía, la ingesta de alcohol se ve como un marcador de clase y no como un problema. Por consiguiente, durante el siglo XIX, la revolución industrial trajo consigo la polarización de las desigualdades sociales y la precarización de las clases trabajadoras.

momentáneamente de la disciplina y exigencias del trabajo, de la fragilidad e inestabilidad de sus vidas⁹². El alcoholismo como derivado de “la precariedad de su existencia, su dependencia de todas formas de contingencias y su incapacidad de introducir ningún grado de seguridad a su propia vida” (Engels citado en Schivelbusch, 1992: 149-52). Un cuerpo maltratado, desnutrición, necesidad de compañía que solo se logra en una cantina donde se reúne con sus amigos.

¿Cómo es que el trabajador no va a tener la más fuerte tentación hacia la embriaguez?, ¿cómo podría estar en condiciones de resistir la seducción de las bebidas? Por el contrario, es una necesidad física y moral que bajo estas circunstancias un gran número de trabajadores deben sucumbir a la bebida”⁹³ (Engels citado en Schivelbusch, 1992: 152).

Al igual que Engels, los socialistas consideraban la ingesta de alcohol como un enemigo que obstaculizaba su proyecto político, para el cual se requería gente en estado de sobriedad, con mentes claras y con cerebros sanos. En esta dirección, Viktor Adler (1922), un socialista austriaco, condenaba el uso de alcohol bajo el argumento que éste adormecía al proletariado, eliminando cualquier forma de resistencia y organización, conduciendo a los proletarios al conformismo, la indisciplina, la pasividad, la resignación frente a las desigualdades sociales y la explotación de las que eran presas. Por otro lado, no se puede dejar de lado las versiones que señalan el rol político de las tabernas o cantinas, sitios en donde los proletarios conviven, externan y debaten sus problemas, abriéndose la posibilidad de organizarse (Kaustky, 1891). Lo palpable con relación a las cantinas, es que desde el siglo XVII, éstas fueron sitios de reunión de las clases trabajadoras. Así, trabajos como el de Heron (2005), dan cuenta de la participación de las clases trabajadoras en estos círculos de bebida, o lo que denomina “*drinking cultures*”, espacios en los que se expresa y reafirma la masculinidad⁹⁴.

⁹² En la misma temporalidad que aparece el alcohol, surge el café, una bebida con cualidades opuestas al alcohol, el cual se considera una bebida para la burguesía, en tanto el licor se asocia con el proletariado (Schivelbusch, 1992).

⁹³ Como lo señala Holmes (2013), refiriéndose a los trabajadores agrícolas, las condiciones hostiles de trabajo y vivienda en las que se desenvuelven, recaen directamente en el cuerpo del trabajador, quien tarde o temprano encarna el dolor físico y emocional, la violencia estructural y las jerarquías sociales propias del sistema capitalista.

⁹⁴ Véase Heron, Craig (2005) *The Boys and their Booze: Masculinities and Public Drinking in Working Class Hamilton, 1890-1946. The Canadian Historical Review* 86(3): 411-452.

Las masculinidades, plagadas de exigencias y contradicciones, pueden estudiarse dentro de nichos laborales donde circulan definiciones particulares de masculinidad y feminidad, que a su vez, como instituciones generizadas, crean condiciones específicas para la práctica social que delinear patrones de práctica particulares (Connell, 2000). Como una identidad que requiere de la validación homosocial constante, en determinados momentos, en la vida de los varones se presentan desafíos que oscilan entre la ambivalencia de cumplir con sus obligaciones de esposos y padres responsables, y la resistencia o imposibilidad de abandonar las prácticas juveniles liminales que los alejan de sus responsabilidades y de las versiones más acabadas de hombría. En suma, tal como lo plantea McDowell (2003) y otros investigadores del tema, la masculinidad plantea una separación entre masculinidades inmaduras y masculinidades logradas. Es decir, la masculinidad supone trascender el desorden de la época juvenil y someterse al orden doméstico, en vías de consagrarse como “verdaderos hombres”.

Para algunos de los entrevistados como Toño y Chuy, el alcohol se tornó en un vicio que los persiguió durante años, el cual tuvo costos en sus vidas y en su salud. “Hacerse hombres” conlleva encarnar ciertos atributos y roles, pero también, alejarse de otros, dependiendo de cada etapa. En general, la ingesta de alcohol en exceso, se concibe como falta de responsabilidad y autocontrol, asociada a una etapa liminal que se supone, debe trascenderse con miras a ser un “hombre maduro”. Permanecer en la liminalidad, afectando directamente a su familia, se entiende como una “sinvergüenzada”. Es decir, alcohol se presenta como un ente que subordina y llega a dominar a los varones, razón por la cual, quienes sucumben en sus garras, dejan de lado sus obligaciones. La tentación y las oportunidades de sucumbir y seguir a los demás son muchas. Por ende, el alcohol y el alcoholismo son algo contra lo que muchos hombres tienen que luchar, a raíz de las prescripciones genéricas de compañerismo y camaradería, donde el alcohol se pondera como un elemento central de socialización. Pero como dice Lupe, un hombre debe buscar siempre alejarse de la “sinvergüenzada”.

Queriendo uno con sacrificio se hacen cosas. Si quiere uno agarrar la sinvergüenzada de echarse sus copitas, no hace uno nada. Yo allá cuando me quedé yo solo, trabajaba, agarraba mi chequesito, pero todavía ganaba poco, 250 o 260 dólares a la semana, y lo que me ganaba sobando, a veces 300 o 400 dólares, y eso era lo que le mandaba, y pagar renta y eso (Lupe, 89 años, ex bracero y ex minero).

Ya en la etapa final de sus vidas, a manera de reflexión, los ex mineros concuerdan que un “verdadero hombre” es aquel que tiene el carácter de apartarse de los vicios para atender y mantener a su familia. Reconocen que hay contextos más propicios para apartarse de influencias perjudiciales, así como trabajos menos demandantes y mejor pagados que la minería. En consecuencia, con excepción de Agustín, de quien uno de sus hijos y dos de sus nietos trabajan en las minas, ninguno de los ex mineros heredó su trabajo como obrero de mina a sus hijos, que en su mayoría emigraron para Estados Unidos, insertándose en el sector servicios.

3.4 “Con lágrimas y hambre”. Las “casas de ensueño” de los migrantes

Una tarde de julio del 2017, visité el poblado de El Pino, una localidad que se encuentra a 15 minutos de la cabecera municipal de Chalchihuites. Mi objetivo era buscar a Beto Ríos, un ex bracero a quien Ramón me sugirió entrevistar, en atención a que fueron “compañeros de bracereada”, como él decía. Estando en El Pino, me dirigí a la dirección que Ramón me había señalado, pero el portón blanco que daba a un patio grande, en cuyo fondo se avistaba una casa de dos pisos, estaba cerrado con candado. Además, sobre la tierra no había rodadas que indicaran que alguna camioneta hubiera entrado a la casa recientemente. Al percatarme de eso, un tanto decepcionada, volví a tomar la carretera. Pronto me topé con un hombre que caminaba por la orilla. Me detuve para preguntarle si realmente la casa a donde me había acercado era la de Beto Ríos. “Sí, es ahí, pero anda nortiao”, respondió. Según me contó, el señor Beto visita por temporadas a sus familiares en Estados Unidos. Seguimos platicando y al contarle el objetivo de mi visita me confesó que él también había sido bracero. “Uh tantas veces fui y vine, yo pasé mi vida en Estados Unidos”, exclamó Joel, de 79 años, quien pasó la mayor parte de su vida en Estados Unidos, país del que le concedió la residencia permanente y donde logró pensionarse a los 62 años de edad.

Me sentí satisfecha al darme cuenta que mi visita a la comunidad no había sido en vano. Joel parecía muy entusiasmado de compartirme su experiencia y en pocos minutos ya me había contado a grandes rasgos su historia. Entonces acordamos una entrevista al día

siguiente. Al despedirnos, me llamó la atención la manera en que con insistencia y júbilo, Joel me indicaba cuál era su casa. “Esa es mi casa, mire, ahí vivo. Esa es, ¿ya la vio? Mire, es ésa del barandal”, repetía una y otra vez mientras nos despedíamos. Y volvía a indicarme con el brazo la ubicación de su casa.

Al día siguiente, comprendí la importancia que representaba para Joel que viera su casa, a la cual se refiere como “el logro de su vida”, una evidencia de su trabajo en Estados Unidos, la recompensa a sacrificios y penas que vivió desde temprana edad debido a su orfandad. Poniendo énfasis en las carencias y sufrimientos de sus años de infancia y juventud, Joel narra que al haber perdido a su padre y al no contar con el apoyo de su madre, careció de una casa, de propiedades, de tierras y animales que lo respaldaran, por lo que tuvo que salir adelante “a brazo limpio”, trabajando como pizcador desde los 12 años de edad en diferentes lugares de México: Tamaulipas, Chihuahua, Ciudad Obregón, Sinaloa, Sonora. En el año de 1956, Joel logró enrolarse por primera vez como bracero y a partir de ahí continuó yendo hasta el final de Programa. Posteriormente, siguió yendo como “mojado” hasta que obtuvo su residencia en 1986 por medio de la Amnistía. A sus 62 años se jubiló. Todo el tiempo trabajó como pizcador, aunque en su último trabajo, su experiencia le permitió dirigir a otros recolectores de fruta en una huerta en Grand Junction, Colorado.

Orgullosa de haber salido adelante solo y haber podido construir una casa bonita, Joel (79 años, ex bracero) expresa: “yo voy y me hinco en la iglesia, le doy gracias a Dios, mire ese niño huérfano de 6 años y ¡mire lo que tiene!”. El ex bracero recuerda que cuando se casó, en el año de 1960, a la edad de 25 años, solo tenía unos cuartos de adobes, por lo que la gente le advertía a su esposa: “¿y ese de qué te va a mantener? Ese ni padre, ni madre, ni en qué caer muerto”. Y sobreponiéndose a las predicciones de la gente, mostrándome orgullosa su casa dice: “y mírela”.

Con detenimiento y lleno de emoción, Joel narra cómo es que pudo ir construyendo la casa de la cual ahora se siente orgullosa, “la casa de sus sueños”: una casa amplia, de ladrillos, con dos pisos, un patio grande, alfombrada, con muebles en buen estado, con decorados que indican su estancia en Estados Unidos, y, por supuesto, la bandera norteamericana engalanando su hogar.

Seguí yendo y yendo para Estados Unidos y le mandaba dinero a mi mujer, hicimos otro cuartito. El que tiene tierras o animales pos ahí se aliviana algo, pero uno de dónde. ¡A comprar todo! Y aun así, mire. ¡Bendito Dios! Y como yo tenía hijas pues mandaba dinero y un año hacíamos otra pieza, y al siguiente año lo amueblaba la mujer y mire. ¡Gracias a Dios! Mire, no tenía ni en qué caerme muerto (Joel, 79 años, ex bracero).

El testimonio de Joel remarca esa habilidad para salir adelante, criar y mantener a sus hijos, al mismo tiempo que va invirtiendo en el mejoramiento de su casa, lo cual implica un esfuerzo mayor, mayores sacrificios, pero además, demanda una buena administración del dinero, lo cual quedaba a cargo de su esposa quien permanecía en México, mientras él se iba a trabajar por temporadas a Estados Unidos. Entre otras cosas, exaltando las cualidades de su casa y las reacciones que ésta produce en quienes la observan, Joel me contó que meses atrás se había enterado que en la presidencia municipal estaban regalando material de construcción, por lo que decidió ir a pedir cemento para arreglar uno de sus cuartos. Ante su petición, de acuerdo con la versión de Joel, el presidente municipal respondió: “No, usted es el que tiene una casa muy bonita! No lo necesita”. Habiéndole negado el apoyo bajo el argumento de que “no lo necesita”, Joel (79 años, ex bracero) se defendió diciéndole: “el día se te va a llegar. Al cabo no te vas a llevar nada”.

Joel señala que el tener una casa bonita le ha acarreado habladurías y envidias, ya que a la gente le cuesta creer que alguien tan pobre pudo lograr tanto. En este tenor, afirma: “pero aquí no me han podido ver, imagínese, de los más pobres y mire, ¡qué casa!, mejor que eso, de la pura voluntad de Dios y mi trabajo”. La construcción y prosperidad de la casa, no solo habla del trabajo arduo de Joel y sus capacidades como proveedor de familia, sino que además, informa de la capacidad de su esposa para hacer rendir el dinero, para ahorrar y para encargarse de la crianza y cuidado de sus hijos mientras él estaba ausente. En resumen, criar y mantener a los hijos, mejorar y construir una casa, implica mucho trabajo, astucia, sacrificios y privaciones de ambas partes. En la parte final de su vida, Joel se muestra orgulloso de sus logros, en particular de su casa, mismos que atribuye a su trabajo y a Dios.

De acuerdo a esta lógica, para que haya una recompensa, debe haber una “ética de trabajo” que conlleva sacrificios, carencias, padecimientos, pobreza, acompañados de valor

y decisión para afrontar las contradicciones de la vida. Esta es la forma en que se obtiene respeto y se logra “salir adelante”.

Siguiendo a Max Weber, Richard Sennett (2003: 116) subraya la manera en que “la ética del trabajo indujo a la gente a demostrar su valor, a mostrar que era independiente, decidida y tenía un fin determinado, pero a demostrarlo negándose placeres”. Es así que, desde la primera fase del capitalismo industrial, se gesta la idea de que el respeto personal y colectivo emana del trabajo, que es lo que dignifica a los seres humanos. Entretanto, el ocio, la pereza, la falta de ambición, aparecen como cualidades indeseables con las que hay que acabar. Como resultado de la instauración de esta idea fraguada en concordancia con los intereses capitalistas, el respeto, la integridad de las personas, se fundamentan en el trabajo asalariado y sus frutos. Justamente, sobre el valor del trabajo asalariado se basa el Estado de Bienestar para crear una separación y jerarquización tajante entre trabajadores y dependientes, que infantiliza y denigra a las mujeres, a los indigentes, a los nativos (Fraser, 2015). Entre los hombres, el trabajo es fuente de autoestima y el sistema se encarga de infundir vergüenza a través de la competencia, que va siempre acompañada de envidia y de ese miedo de ser disminuido a un ser “menos íntegro”, menos funcional, menos capaz que los otros (Sennett, 2003). Debido al incumplimiento o la falla en el trabajo, se pierde el rostro, la cara se “cae de vergüenza”, la hombría se debilita, se tambalea, se vuelve susceptible de ser cuestionada.

Aunque durante el tiempo que los chalchihuitenses entrevistados trabajaron como braceros no lograron hacer grandes cosas, más allá de comprarse ropa y mantener a su familia con su raquítico sueldo, varios de ellos, con el paso del tiempo, fueron logrando la casa de sus sueños. Así, al final de sus vidas, su casa es el orgullo que les queda, aunado al reconocimiento de la gente, por toda una vida de trabajo, esfuerzos, sacrificios. En consonancia con el testimonio de Joel, a través de los años, el señor Lupe y su esposa Licha construyeron una casa de la cual hoy se sienten orgullosos. La remodelación de su casa comenzó desde que Lupe se fue de bracero para Estados Unidos en 1957 y empezó a mandar dinero para mejorarla. Su esposa Licha permanecía en México cuidando a sus ocho hijos, pero además, se desempeñaba como curandera-huesera y durante temporadas viajaba a Estados Unidos, donde también trabajaba curando gente, aportaciones que, en conjunto, fueron dando forma a una sólida construcción que cambió la forma de percibirse y ser

percibidos por la gente del pueblo. En esta tesitura, Licha (79 años, curandera) comenta: “a mis hijas las trataban que mendigas pa’ allá, mendigas, pa’ acá. Oiga pues si a veces las mandaba hasta descalzas a la escuela. Y ahora me dicen, ay Licha, ¡mira nomás qué bonita casa tienes! Bendito sea Dios, a mucho orgullo”.

Las experiencias de vida y relatos de Joel, como los del señor Lupe y su esposa Licha, muestran similitudes. Al igual que Joel, Licha y su esposo Lupe atribuyen a su trabajo y a Dios los resultados favorables en sus condiciones de vida, siempre remarcando los sacrificios y sufrimientos que tuvieron que vivir con el fin de conseguir un objetivo: la casa bonita. En sus testimonios, el trabajo y el sacrificio se erigen como la fuente de respeto, de dignidad y de éxito. De manera análoga a las vivencias de Joel, Lupe narra las desventajas a las que se enfrentó al tener que salir adelante solo, huérfano, sin unos padres que lo apoyaran. En ambos casos, el sufrimiento aparece como una constante en su vida, una vida caracterizada por los sin sabores, padecimientos, privaciones; por la búsqueda constante de “ganar un centavo más” para su familia. Tal como lo narra Lupe:

Lo que gané como bracero lo gasté en construir mi casa y cuando venía aquí hacía adobes. No me estaba de oquis. Dos tareas diarias, como aquí no ha habido. Sí, sí, ¿pos de qué iba a mantener? Imagínese ocho de familia y yo ni mamá, ni papá, abuelos sí, pero qué ganaba. Es mucho muy triste porque aquí no hay ninguno que haya sufrido como yo. Pero yo sentía aquel gusto porque el trabajo no me faltó nunca. Una semana le comprábamos el cambio a una criatura, la siguiente semana a otra, y ya con las cinco hijas y el hijo (Lupe, 89 años, ex bracero y ex minero).

Por todo lo que le tocó vivir, desde su orfandad, hasta sus trajinares en Estados Unidos, Lupe asegura que no cree que exista alguien que haya sufrido tanto como él. Como lo señalan Veena Das, Margaret Lock y Arthur Kleinman (1996) el sufrimiento puede entenderse como las laceraciones que la sociedad impone sobre los seres humanos. De tal manera, desde el enfoque antropológico, el sufrimiento puede ser entendido como el resultado de la violencia estructural que impone un determinado orden social a nivel local, nacional y global, violencia que recae directamente sobre los cuerpos de las personas y se manifiesta en términos de enfermedad, dolor físico emocional y muerte (Kleinman, 1997), como un resultado directo de las desigualdades sociales, la pobreza, el desempleo, la carencia educativa, la falta de oportunidades y la explotación (Schepper-Hughes 1992).

Dicho de otra manera, las lesiones de la clase, son heridas ocasionadas por las desigualdades sociales y las jerarquías estructurales que actúan naturalizando la violencia. En términos de Kleinman (1997: 238) “la violencia es crucial en el proceso de rutinización, legitimación, esencialización, normalización y simplificación por medio del cual el mundo social ordena el flujo de experiencia dentro y entre los cuerpos” (Kleinman, 1997: 238). De esta manera, la violencia enraizada en las instituciones y prácticas sociales, va moldeando y configurando de una forma particular la vida de las personas.

Conviene recordar la construcción fordista del salario familiar que postula al hombre como proveedor único y responsable de la manutención de la familia, cuyo desempeño se concibe en términos de sacrificios en torno a las necesidades de sus dependientes. Trabajar, ganar dinero, es una experiencia de masculinización trascendental (Connell, 2000; Fuller, 2001). La eficacia de un hombre se mide por su fortaleza, por la acción en el dominio público, por sus logros (Davis, 1977), por la puesta en escena que es evaluada por otros hombres (Kimmel, 1997). Trabajar se legitima y justifica por la responsabilidad de dar de comer, criar, vestir y dar un techo seguro a su familia. Como lo remarca Gilmore (1997: 91), “la reputación de un trabajador, como ciudadano y como hombre, está estrechamente unida al bien definido servicio a la familia” que es lo que le concede honor, respetabilidad y hombría. De esta forma, el trabajo y el sacrificio se legitiman en función del bienestar de la familia y el bienestar de la comunidad, que pasa por encima del bien personal. De acuerdo a Davis (1977: 77), el honor masculino no solo tiene que ver con las relaciones sexuales, sino con el aprovisionamiento económico, que resulta primordial.

Con el fin de cumplir con su papel como proveedores, los chalchihuitenses necesitaron moverse, enrolarse en diferentes actividades: como jornaleros migrantes, en la minería y la producción, en la agricultura. Fue necesario improvisar, buscar distintos caminos, alejarse de su familia, idear estrategias, tomar retos, afrontar situaciones extremas y soportar cargas de trabajo excesivas. Así por ejemplo, en el testimonio del señor Lupe, el trabajo se erige como un eje fundamental en su vida que le otorga honorabilidad, que lo dignifica como hombre, como esposo y como padre de familia. Por su parte, su esposa Licha, se dice agradecida porque todo lo que tienen y lo que ambos lograron hacer, fue gracias a lo que trabajaron en “el norte”. Tal como lo expresan:

Licha.- Dicen el norte no deja nada y yo si tengo recuerdos, mire, aquí donde estoy y ese techo, siempre me fue bien. Yo fui haciendo mi alcancillita y mire, Dios se los pague a los Rosales, ellos me hicieron favor de fiarme el material. Y yo cuando estaba allá, les decía a mis hijas, ¡llévenle el abono, no se atrasen! Y mire bendito sea Dios. Por eso mucha gente, mire qué bonita tiene su casa. Y yo les digo: si vieran lo que nos costó.

Lupe.- Este terreno estaba todo para la fregada, puros adobillos viejos y todo caído. Adobes y láminas. El aire la hizo echarle loza, se cayeron 4 vigas, antes no me mataron mis hijas. Queriendo uno con sacrificio se hace. Si quiere uno agarrar la sinvergüenzada de echarse sus copitas, no hace uno nada. Y ahora dicen que me metí a vender droga.

“Mire”, “mire”. La evidencia de su trabajo se alzaba ante mis ojos: su casa. Los “mire” estuvieron latentes tanto en las entrevistas a Joel, como en mis visitas a la casa de Licha y Lupe. Esa invitación a ver, a presenciar, a valorar, a juzgar. La necesidad de reafirmación de ese otro que te permite ser, el que observa y reconoce. El que elogia y aplaude, pero en otras ocasiones, critica y resiste. Los logros generan admiración, pero, tal como lo expresan los entrevistados, también suscitan sospecha, envidias, chismes, rumores y calumnias. En la exhibición de los logros y habilidades, no se trata solo de enmarcar superioridad o recibir aplausos con la finalidad de obtener prestigio, sino que, como lo explica Sennett (2003), las exhibiciones también pueden encaminarse a enseñar el camino del éxito y fungir como un ejemplo a seguir para los demás. Por lo tanto, estas acciones representan “un código de conducta encarnado, ingrediente esencial del honor social” (Sennett, 2003: 96).

El establecer patrones de conducta que otros se ven atraídos a imitar, suscita inexorablemente competencias, pues siempre se busca ser el mejor, lo que puede dar lugar a que el imitador, en su intento de competir, se sienta agredido o menospreciado (Sennett, 2003). De esta manera, surgen antagonismos, fragmentaciones propias que el capitalismo engendra y promueve. La envidia y el chisme entremezclan un deseo compulsivo de ser como el otro, o más bien, mejor que el otro. Resistir al honor social de una exhibición aplastante conlleva hacer una exhibición mayor, o buscar estrategias para menguar o poner en duda la integridad moral de la persona que las realiza. La resistencia en sí encierra el anhelo de convertirte en el otro, de estar en su lugar, al mismo tiempo que ratifica las desigualdades de poder entre quien seduce a través del ejemplo y quien resiste y/o trata de imitar.

En Chalchihuites, es común que cuando repentinamente una persona del municipio muestra un ascenso económico notable, realiza una construcción sobresaliente o hace una compra valiosa, suscite rumores de estar inmiscuido en el negocio de las drogas. El progreso económico y su exhibición pública genera envidias, y, frente a esto, se buscan maneras de menguar el respeto que puede generar el producto del trabajo honrado, de lo que se ganaron “con lágrimas hambre”, como dice Licha, que dentro del discurso de los envidiosos, se convierte en “trabajo sucio”, “dinero mal habido” o “dinero fácil”, como se dice popularmente⁹⁵.

El prestigio y la respetabilidad son capitales simbólicos que pueden acrecentarse, pero también perderse. Así, en las explicaciones y habladurías de la gente, los sacrificios implicados en la obtención de los bienes materiales se invisibilizan, siendo reemplazados por explicaciones que aluden a formas fáciles de ganar el dinero, de manera ilícita, sin tanto trabajo. Como aclara Licha (79 años, curandera), la mejoría en el modo de vivir y las condiciones de vivienda provocan confusiones, envidias y tergiversaciones: “que no ve que lo conocieron a uno como vivía. Nadie sabe, pero a mucho orgullo, con el sudor de las manos, con el sudor de la frente, pero un centavo mal buscando no. Con lágrimas y hambre”.

En torno a las “casas bonitas” o “lujosas”, el chisme más común es que se diga que fueron adquiridas con dinero proveniente de la participación en el narcotráfico. Este tipo de chismes contienen explicaciones destructivas que intentan generar un daño moral, deteriorar la reputación de las personas y demeritar un logro. El chisme puede ser entendido como un acto de resistencia (Ali, 1982), una manera de disciplinar, de ejercer poder y controlar (Vázquez, 2008), una agresión directa a la integridad de una persona, horadando la integridad moral del injuriado. En general, las casas grades y bonitas pertenecen en su mayoría a migrantes, aunque también destacan las construcciones de algunos comerciantes, profesionistas, servidores públicos y políticos del municipio. No obstante, no es fácil hacer

⁹⁵ En mi tesis de licenciatura *“Mi troca y yo”*. *Masculinidad y Migración en Chalchihuites, Zacatecas* (2013), noto las resistencias, rumores y chismes que suscitan las “trocas” grandes y vistosas de los “norteños”, de las cuales se dice que no son propiedad de quien las maneja, sino que solamente las rentan en la frontera con el fin de presumir y aparentar que les ha ido bien en Estados Unidos. O bien, se alude a la mala vida que llevan los migrantes que trabajan en Estados Unidos, como “bestias de carga” o como sirvientes de los gringos, la cual es una narrativa que aparece recurrentemente entre los “roqueros”, los hijos de los comerciantes y profesionistas del pueblo, es decir, un discurso con un marcado sesgo de clase que intenta menguar el prestigio y favoritismo del que gozan los migrantes frente a las mujeres del municipio.

una división tajante entre estos grupos, dado que varios de ellos suelen trabajar por temporadas en Estados Unidos.

En el municipio de Chalchihuites, en los últimos años se ha intensificado la construcción de casas que destacan por su dimensión, por sus diseños novedosos, por su arquitectura llamativa y el tipo de materiales utilizados, edificaciones y estilos constructivos que van cambiando el panorama del municipio como resultado de la migración a Estados Unidos, marcando diferencias notables entre migrantes y no migrantes. A esto es a lo que Mata (2014: 264) llama “arquitectura migrante” refiriéndose a los cambios en las construcciones de las casas a raíz de las remesas de los migrantes, que por su parte, Lynn Lopez (2010) las denomina *remittances houses*. Indudablemente, los migrantes tratan de que su casa exprese parte del capital cultural y económico que han acumulado en Estados Unidos, de modo que sus éstas se distingan de las construcciones sencillas de la mayoría de los chalchihuitenses.

A raíz de lo anterior, se suscita una especie de competencia por tener la casa más grande, elegante, llamativa, vistosa. Solo los migrantes, algunos políticos y comerciantes de la región, logran alcanzar los nuevos estándares de poder materializado en estos indicadores de consumo y prestigio. Cabe subrayar que, en su mayoría, las casas de los migrantes⁹⁶ permanecen deshabitadas, es por ello que Mata (2014) se pregunta cuál es la finalidad de construir estas casas que en su investigación en Ecuador denomina “casas botadas”, “casas desperdiciadas” o *wasted houses*, aludiendo a que representan un desperdicio de dinero. Siguiéndole la pista a este asunto, tuve la oportunidad de entrevistar a César, de 52 años de edad, un chalchihuitense que trabajó durante diez años en Canadá, donde aprendió a elaborar herrería artesanal, quien, luego de ser deportado años atrás, regresó a Chalchihuites decidido a usar sus conocimientos y habilidades para sobrevivir en México. Pronto montó un taller de herrería artesanal y empezó a promover sus artesanías en eventos

⁹⁶ Con respecto a las casas de “los que se fueron al norte”, resaltan dos casos que contrastan. Uno de ellos es el de las casas abandonadas de los migrantes, los que no han podido mandar dinero, o los que no tienen expectativas de regresar y simplemente se desatienden de sus casas, en las cuales no vuelven a invertir un solo peso. Muchas de esas casas abandonadas con el tiempo se derrumban, dejando a la vista los vestigios de las viviendas. La contraposición, son las “casas bonitas” de los migrantes, que pertenecen a los que posiblemente sí vuelvan, los que han seguido mejorando e invirtiendo en sus casas, o realizaron nuevas construcciones que hablan del “éxito” alcanzado en el extranjero y de la posibilidad o expectativas de regresar en algún momento. De esta manera, el panorama de Chalchihuites muestra un escenario polarizado entre casas nuevas y casas en decadencia.

masivos y a través de las redes sociales. Hoy en día, César dice estar “lleno de trabajo”. Explica que la mayoría de los trabajos que realiza son en casas y ranchos de migrantes chalchihuitenses que residen en Estados Unidos, quienes cuentan con el poder adquisitivo para pagar el valor de su trabajo y lo contratan para añadir barandales, pasamanos, puertas y ventanas a sus construcciones, buscando darles un toque novedoso y distintivo.

A partir de mi investigación previa en este municipio, considero pertinente resaltar diferencias intergeneracionales de particular interés. Por un lado, mientras que para los hombres jóvenes solteros del municipio la “troca” es un objeto de valor que genera competencias, cuya posesión los confirma como hombres trabajadores, viriles, exitosos, con altas posibilidades de conseguir una novia, en el caso de los hombres ya casados, la casa es el símbolo de una hombría madura, una proyección de su eficiencia como jefes de familia: trabajadores, proveedores y protectores. Así, mientras que poseer una “buena troca” los vuelve consortes codiciados, los ayuda a conseguir pareja y formalizar una relación, la casa, por su parte, da cuenta de la concreción del vínculo marital y de su capacidad como hombres para brindar a su familia un techo seguro, cómodo y agradable para vivir o vacacionar.

¿Por qué los migrantes deciden invertir su dinero en construir o remodelar casas en su lugar origen? Sobre todo para quienes viven en Estados Unidos, construir una casa en México es de capital importancia, aunque solo pocos pueden lograrlo. Las casas de los migrantes además de ser fuente de prestigio y reconocimiento, son sitios para vacacionar, por ejemplo, en el caso de lo que tienen documentos legales. Tener una casa en su pueblo, es también la posibilidad de tener un refugio seguro para aquellos que saben que en cualquier momento corren el riesgo de ser deportados. De igual manera, las casas son la ilusión materializada de quienes forjan sueños que, una vez jubilados, regresarán a vivir a su lugar de origen. En suma, las casas son una especie de alivio psicológico para quienes viven en Estados Unidos y añoran regresar a su país. El solo hecho de construir una casa, es un marcador de éxito en sí mismo.

En esta vertiente, varios estudios refieren que uno de los principales usos de las remesas que los migrantes envían a sus comunidades de origen es la construcción y mejoramiento de casas (D’Aubeterre, 2000; Fletcher, 1999; Goldring, 1996; Mata, 2014; Vidussi, 2016). Las *remittances houses* o casas de remesas (Lynn Lopez, 2010) son

construcciones que aportan un nuevo panorama, destacando por una fuerte inversión de dinero que las convierte en casas llamativas y de amplias dimensiones. Las casas de remesas son la encarnación del trabajo, del “éxito” de los migrantes, del conocimiento adquirido, de los lugares visitados. Conjuntan los deseos, las aspiraciones, las ambiciones de los migrantes. A la vez, pretenden informar acerca de su potencial económico, de un nuevo estilo de vida, de una mejoría en sus condiciones. Los migrantes no solo van transformando sus casas, sino también otros espacios en sus comunidades. Lynn Lopez (2010) alude a los *remmitances landscapes*, espacios públicos modificados por las remesas de los migrantes que intentan demostrar a sus compatriotas “que ellos son héroes que regresan y pilares en la comunidad, en lugar de desertores”⁹⁷ (Lynn Lopez, 2010: 31).

De acuerdo a D’Aubeterre (2000) son los hombres los más interesados en transformar el pueblo y los espacios domésticos, quienes a través de los años, mantienen expectativas de regresar a vivir a su pueblo y tener un sitio cómodo donde pasar sus últimos años. Como observa Louin Goldring (1996) en Las Ánimas, una comunidad zacatecana, los migrantes perciben el pueblo como un sitio para descansar, para vacacionar, para recuperar energías, para relajarse y divertirse después de haber trabajado en Estados Unidos. Por eso, los migrantes envían remesas para ir transformando el panorama, mejorando los espacios domésticos acorde con sus expectativas. Es importante precisar que ambas autoras realizaban estas reflexiones en un contexto en el que la amnistía promovida por IRCA (*Immigration Reform and Control Act*) en 1986, había legalizado la estancia de grandes contingentes de trabajadores agrícolas y que, al regularizar su situación migratoria, podían circular sin restricciones entre ambos países. Este panorama ha cambiado drásticamente en las dos últimas décadas.

⁹⁷ En 2002, durante el gobierno del presidente Vicente Fox, se puso en marcha el programa 3 X 1, que destaca la centralidad de las aportaciones de los migrantes, involucrándolos en proyectos educativos y deportivos, servicios comunitarios, proyectos productivos y proyectos de infraestructura social básica. Enlazando las aportaciones de los migrantes con las del gobierno federal, estatal y municipal, esta iniciativa aumentó el gasto federal de 15 millones de pesos a 50 millones, durante el periodo de 2002 a 2009 (Truong, 2015). Desde los clubes de migrantes hasta el programa llamado “Cero por Uno”, el estado de Zacatecas, de larga tradición migrante, es pionero en vincular a los migrantes que residen en Estados Unidos con sus zonas de procedencia, con la finalidad de perpetuar lazos identitarios, promover actividades, aportaciones y obras de infraestructura social en beneficio de sus lugares de origen. El “Cero por uno”, en donde la aportación del gobierno estaba ausente y el migrante financiaba las actividades y obras en beneficio de su comunidad, dio paso al Programa 2 X 1 que surge en 1993, en el que participan el gobierno estatal con un dólar y el gobierno federal aporta otro dólar, por cada dólar donado por los migrantes (García, 2005). En 2002, el Programa se convierte en 3 X 1 y se institucionaliza a nivel federal, quedando a cargo de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL).

En el contexto chalchihuitense, los sueños de los migrantes se plasman en la compra de terrenos, en la construcción de casas y ranchos, en sus camionetas, en sus fiestas, en sus motos y cuatrimotos que les permiten disfrutar su estancia en México. La demostración pública de los logros en Estados Unidos, es “un acto de producción cultural” (Goldring, 1992) a partir del cual se afianzan y refrendan sus identidades. México se presenta como el lugar privilegiado para exhibir sus logros, para divertirse, para festejar, para parrandear, lo cual va acompañado de resistencias e incomodidades por parte de los no migrantes (Flores, 2013). Notablemente, es su posición de clase y las desventajas que enfrentan en Estados Unidos lo que los mantiene atados a su comunidad (Smith, 1998; Glick, 1996). El terruño es el lugar donde obtienen reconocimiento y logran subsanar las laceraciones de la clase, del racismo y la xenofobia que experimentan en Estados Unidos, donde independientemente de su estatus legal, siguen siendo “extraños desechables”, inasimilables (Oboler, 2014).

Como trabajadores insertos en una fuerza laboral segmentada, racializada, condenada a vivir en los márgenes debido a su nacionalidad y clase social, muchos de ellos en atención a su estatus indocumentado, forjan lazos y expectativas de edificar un hogar seguro y cómodo en su país de origen. *La casa de mis sueños: Dreams of Home in a Transnational Mexican Community*, tesis doctoral de Peri Fletcher (1999), muestra de manera clara la ambigüedad en la que se ubican los migrantes de la comunidad de Napízaro, un pueblo en el estado de Michoacán, quienes sueñan con tener un hogar, estar presentes con su familia y en la comunidad, pero al mismo tiempo, se ven en la necesidad de trabajar en Estados Unidos para sobrevivir y tratar de ahorrar dinero para construir la casa de sus sueños en México.

Como observa Goldring (1992: 333), “los pueblos se han convertido en asentamientos en los cuales los migrantes y sus familias pueden traducir sus ganancias en estatus social entre sus iguales, algo que ha sido mucho más difícil de lograr en Estados Unidos, cuando menos hasta el momento”. Este reordenamiento y cambio espacial es una extensión de los cambios en la organización social, en la economía, en vida diaria y los nuevos estándares de prestigio que la participación en la migración transnacional impone, pero además, son reflejo de las dificultades y las condiciones desventajosas que los mexicanos de clase trabajadora afrontan en Estados Unidos. Las casas son el resultado

material de la migración, pero a la vez, hablan de las condiciones inestables y de la imposibilidad de forjar lazos sólidos en Estados Unidos. Por ello, Lynn Lopez (2010), en su estudio de la comunidad de San Miguel Hidalgo, Jalisco, sugiere que estas casas son el reflejo de las desigualdades que caracterizan la vida de los migrantes.

3.4.1 El cuerpo masculino como sede de significaciones y proyecciones

Para hablar de masculinidades, es necesario abordar el cuerpo masculino como la sede de significaciones culturales en un extenso sentido, acercándonos a las proyecciones, ansiedades, exigencias, constricciones y contradicciones que recaen sobre éste. Las normas, expectativas y prácticas que dan materialidad al cuerpo masculino están moldeadas por la heterosexualidad, el capitalismo y el consumismo, los cuales establecen formas privilegiadas de encarnar un cuerpo masculino y proyectar hacia el exterior sus cualidades. En la construcción de la masculinidad hegemónica, los medios masivos de comunicación, el cine, la televisión, el deporte, el arte, la medicina, la religión, el Estado, van determinando patrones ideales de personificación del cuerpo, en pocas palabras, masculinizándolo.

Como se ha expuesto en el capítulo dos en la sección 2.4.2 “El cuerpo de los braceros como alegoría de la nación”, la construcción de la nación está estrechamente vinculada con la masculinidad y con el cuerpo masculinizado, como un eje sobre el que se edifica, recrea y problematiza el género, la noción de ciudadanía y la nación. El cuerpo es sede de inscripciones culturales (Foucault, 1997), donde se proyectan y plasman deseos, demandas, ansiedades, obligaciones. El cuerpo es disciplinado y constreñido, dócil a las exigencias del capitalismo que va modelando formas ideales, cimentando paradigmas de cómo debe ser y lo que debe hacer un cuerpo masculino, de cómo debe portarse y comportarse.

La masculinidad se construye a partir del cuerpo, un lienzo sobre el que los hombres proyectan su masculinidad. La masculinidad, al no emanar del cuerpo, es una práctica social que se fundamenta en el cuerpo y en el uso de éste, sin ser una práctica social que se limite al cuerpo (Connell, 1997). En este sentido, el género “existe en la medida que la biología no determina lo social”, por lo que al hablar de género, nos referimos a un proceso

histórico que ha moldeado subjetividades y prácticas usando como base el cuerpo. De acuerdo a la definición del Raewyn Connell:

La masculinidad, si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura (Connell: 1997: 35).

Las prácticas ritualizadas van dando materialidad al cuerpo. El género masculino se vincula directamente con el cuerpo, con ciertas posturas, músculos, gesticulaciones, habilidades y posibilidades de ejercer la sexualidad (Connell, 2005). Estas configuraciones de prácticas de género, proveen un sentido común de lo que es la masculinidad y la femineidad que devienen en prácticas ritualizadas, comportamientos, personalidades y psiques genéricas.

Cada sociedad promueve la conformación de una psique genérica a partir de las prescripciones, valores y atributos en concordancia con los intereses del capitalismo y el patriarcado. En el caso de los hombres, “su psique se proyecta en el cuerpo, lo que significa que su cuerpo es más acerca de la psique que alguna realidad objetiva en carne y sangre” (Reeser, 2010). La psique trasfigura el cuerpo y sus capacidades hacia objetos de valor que fungan como representaciones del cuerpo. De esta forma, se observa cómo un automóvil, o una casa, se perciben como proyecciones del cuerpo masculino, de las capacidades físicas y la virilidad. Como es característico, la masculinidad se proyecta hacia entidades o cualidades vinculadas con poder. Para ilustrar mejor, una casa grande, un auto potente, hablarían de la potencia física y sexual de un hombre. Por consiguiente, las cualidades y dimensiones de éstos, se toman como cualidades del cuerpo del hombre que dan soporte a su masculinidad. En el caso del automóvil y la casa, éstos fungen como una extensión y reafirmación del poder masculino, “falos intangibles” que expresan la capacidad de trabajo y potencia del cuerpo masculino (Flores, 2013; Resser, 2010).

Dado que la masculinidad hegemónica se asocia con el poder, la competencia, el control, ser fuerte y exitoso, “la hombría llega a ser una búsqueda de toda la vida por demostrar su logro” (Kimmel, 1997: 52), una demostración constante que exige acaparar símbolos que expresen virilidad. La hombría es medida y legitimada por otros hombres. Como validación homosocial, deviene en una demostración y competencia incansable con otros hombres. El temor que rige la vida de los hombres “no es miedo de las mujeres sino

de ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, o de ser dominados por hombres más fuertes” (Leverenz, 1986: 451).

3.4.2 ¿Vivir en México o en Estados Unidos? Preferencias a partir del género

Meño y Flori, ambos de 78 años, nativos de la comunidad de Ojo del Toro, en Chalchihuites, son una pareja que fue a trabajar a Estados Unidos desde muy jóvenes. Meño se enroló como bracero en 1957, apenas se habían casado, y dejó a su esposa Flori con sus padres. Luego de contratarse varias veces como bracero, Meño y Flori se fueron como “mojados” a Estados Unidos. Por años, iban a trabajar “al norte” y luego volvían por temporadas a descansar a México, hasta que, con el paso de los años, la seguridad en la frontera se fue incrementando y cada vez fue más difícil moverse de un lado a otro. Después de un tiempo, con las reformas a las leyes de inmigración de Estados Unidos en 1986, obtuvieron su residencia permanente. En total, vivieron y trabajaron durante 58 años en Estados Unidos, hasta que a sus 65 años de edad, se jubilaron y regresaron a su lugar de origen en México.

El sueño de Meño siempre fue que, luego de jubilarse, regresarían a vivir a México, razón por la cual no vendió su casa en la comunidad de Ojo del Toro, tampoco vendió sus tierras y durante algún tiempo seguía pagando alguien que cuidara de sus animales. Además, durante el tiempo que trabajaron en Estados Unidos, fueron depositando sus ahorros en una cuenta bancaria que les permitió comprar otra casa en la ciudad de Durango, donde residen actualmente. Flori se dice contenta de vivir en una casa cómoda, donde pasarán los últimos años de su vida descansando, luego de haber estado trabajando la mayor parte de su vida en Estados Unidos. Así lo expresa Flori (78 años): “fuimos ahorrando en el banco en Sombrerete, ya luego sacamos el dinero para comprar esta casita. Estamos contentos porque tenemos aquí cerquita la iglesia y las tiendas”.

Conforme fue avanzando la entrevista, Flori externó que el haberse regresado a México fue una decisión de su esposo, en la que ella no pudo interferir y prefirió ceder, aunque en realidad ella hubiese querido vivir en Estados Unidos, donde encontró una vida más cómoda y, donde además, están sus familiares. Para Flori, regresar a México fue complicado, porque la vida de “este lado” le parece más difícil. Al regresar de Estados

Unidos, la pareja llegó a vivir a la casa que habían dejado en Ojo del Toro, sin embargo, Meño enfermó y les resultó complicado permanecer en “el rancho” debido a la falta de servicios y las dificultades para encontrar quién los trasladara con el médico. Según explica Flori (78 años): “se nos hizo imposible vivir en el rancho porque a la hora que se enfermaba no había quién nos moviera, quien nos trajera y aquí estamos viviendo en esta casita”. Por su parte, Meño dice que quedó aburrido de Estados Unidos, harto de tanto trabajar y que lo único que añoraba era regresar a su país.

Es importante señalar que Meño sufrió una embolia cerebral, primero cuando vivía en Estados Unidos y otra cuando regresaron a vivir a México, lo cual le dejó secuelas, entre ellas, presenta cierta dificultad para articular palabras. Si bien la embolia cerebral viene de la liberación de un embolo ya sea de sangre (personas en quienes no funciona bien la válvula cardíaca o con problemas circulatorios en las piernas), o bien, por un embolo de colesterol que se desprende de alguna arteria, es necesario subrayar que las condiciones de vida, del trabajo y el estrés son detonantes sobre todo en el segundo caso (Papadakis, McPhee & Rabow, 2015). Además, el señor Meño padece de presión arterial, por lo que resulta pertinente enfatizar que el estrés es determinante en el padecimiento de la hipertensión.

Asimismo, Marcial y Elvira muestran preferencias disímiles con relación a residir en México o en Estados Unidos. Pese a que Marcial fue a trabajar desde los 21 años a Estados Unidos contratado como bracero por primera vez en el año de 1961, y siguió yendo hasta el año de 1990, tiempo en el que enfermó gravemente de herpes zóster, asegura que nunca pensó quedarse a vivir en Estados Unidos. Al igual que Meño, Marcial está enfermo, además, dice estar cansado y aburrido de andar rodando lejos de su tierra: “ahora ya no me gusta nada”, enfatiza. Marcial explica que Estados Unidos solo fue un lugar donde podía ganar dinero, pero nunca logró verlo como su hogar. Su testimonio muestra con claridad la ambigüedad en la que se ubican los migrantes quienes pese a que anhelan estar presentes en su comunidad y sueñan con una vida cómoda en su tierra natal, se ven obligados a salir de su país en busca de mejores oportunidades que les permitan mantener a su familia (Fletcher, 1999). Marcial estuvo trabajando en Estados Unidos cerca de 30 años, por lo que tuvo varias oportunidades de obtener la residencia en Estados Unidos, pero asegura que nunca le interesó “arreglar papeles”.

Estaba muy fácil, pero yo nunca quise. Porque más antes le daban a uno una carta el patrón, que carta 60-20. Cuando fui a trabajar en Michigan me decían: “si quieres te arreglamos para que te quedes a trabajar aquí y ya no te vas como bracero”. Y les dije: “no, mejor vengo de vuelta”. “Bueno, pos aquí tienes trabajo de vuelta”. También me dio un papel y de ese ni caso hice. Me iba a otra parte, y así había muchas oportunidades, con todos los patrones, estaba yo nuevo y no quise yo porque no me gustaba para vivir allá (Marcial, 76 años, ex bracero).

Por su parte, su esposa Elvira no deja de reclamarle que haya desaprovechado las oportunidades que tuvo de legalizar su estatus en Estados Unidos. Igualmente, le recrimina que luego de andar “vagando” por años fuera de su casa ahora ya no quiera salir “ni siquiera a Durango”, y lamenta que debido a su inmadurez, haya desperdiciado las facilidades que tuvo en sus años de juventud.

Pues estaba joven, no le interesaba. Le guardaron su carta. Su patrón que tenía le guardó su carta. Y no fue por ella, duró diez años, todavía no estaba enfermo del herpes. Duró diez años sin ir y le tenían su carta guardada para lo de la Amnistía, pero pues como no fue, ya no le dieron nada (Elvira, 72 años, ama de casa).

Con el paso del tiempo, Elvira y Marcial obtuvieron visa de turista, lo que les permite cruzar la frontera sin tantos problemas. La pareja tiene cinco hijos, de los cuales cuatro viven en Estados Unidos, por lo que Elvira pasa temporadas con su familia en el extranjero, mientras que Marcial, por su parte, dice que ya no desea salir de Chalchihuites, además, su enfermedad le ocasiona muchas limitantes. Con la finalidad de visitar a sus hijos, Elvira cruza la frontera varias veces al año: “ya casi voy para 40 años yendo y viniendo”, dice. Luego de cerca de 30 años trabajando en Estados Unidos, Marcial enfermó en 1990 de herpes zóster⁹⁸, una enfermedad producto del estrés, la edad y las condiciones extremas de trabajo que provocan una baja en el sistema inmunológico. A partir de las explicaciones de un especialista, Marcial entiende que su enfermedad surgió a raíz de su trabajo y de las

⁹⁸ De acuerdo a la definición de Papadakis, McPhee & Rabow (2015), el herpes zóster es una erupción cutánea vesicante (ampollas) y dolorosa producida por el virus varicela zóster. La propensión y gravedad del herpes zóster aumenta con la edad debido a una baja en el sistema inmunológico, por ello la mayoría de los enfermos de herpes sobrepasan los 60 años. La incidencia anual de esta enfermedad en Estados Unidos es de 1 millón de casos, una cifra que se espera que aumente conforme la población va envejeciendo. Las personas expuestas continuamente a situaciones de estrés sufren afecciones en el sistema inmunológico que potencian la posibilidad de desarrollar herpes zóster.

presiones a las que estuvo expuesto. Así lo refiere: “me dijo el especialista que eso me dio a mí porque andaba yo trabajando demasiadas horas, y andaba yo bajo de defensas, porque tenía mucho trabajo y pensaba yo mucho por los nervios y ataca a los nervios” (Marcial, 76 años, ex bracero).

Luego de enfermarse, un abogado en Estados Unidos se encargó de llevar el caso de Marcial, con el fin de que recibiera una compensación por su trabajo. Sin embargo, debido a su enfermedad, Marcial ya no pudo viajar. Al final, recibió 15,000 dólares como compensación, no obstante, la pareja asegura que debió recibir 70,000 u 80,000 dólares, pero, a raíz de su negativa a viajar e imposibilitado en parte por su enfermedad, el abogado se quedó con la otra parte del dinero. Como sea que haya sido, lo cierto es que la pareja mantiene el sentimiento de que el pago no fue justo y no se le recompensó debidamente por las largas jornadas de trabajo, por los años de trabajo, por el estrés, por las consecuencias que las condiciones laborales produjeron en la salud y el cuerpo de Marcial. En 1990, Marcial regresó a Chalchihuites, donde siguió trabajando como jardinero y encargado del vivero, contratado por parte de la presidencia municipal, hasta que llegó el día que lo jubilaron. Éste fue uno de los sucesos más tristes de su vida. Según relata el ex bracero, a raíz de su jubilación y de una prótesis que tuvieron que colocarle en una de sus piernas por el desgaste de un hueso, entró en depresión.

Entré en depresión, porque como ya no hacía nada y estaba impuesto a trabajar, viera que feo lo resentí. Y mire esta pierna, pos ya la tría suelta diatiro, ya por el desgaste del hueso. “¿En qué trabaja?”, dijo el especialista. Trabajo en vivero y trabajo en jardín. “¿Qué herramienta usas?” Uso sierra, wiro. “Pues ¿cómo va a poder? Se te va a safar el pie. ¡No, ya no! Solo cosas pequeñas”. Pues definitivamente, ya esta pierna ya no sirvió para nada. Si no, le aseguro que todavía trabajaba. Pero con prótesis y todo, entré en depresión de vuelta. Ya no comía, la depresión de la prótesis, y luego el trabajo, y luego que se murió una hija en Estados Unidos (la voz se le corta). La hija esa (apunta hacia una fotografía sobre la pared) se nos murió allá y pos más depresión. Ahora tomo pastillas para la depresión (Marcial, 76 años, ex bracero).

Actualmente, Marcial solo sale de su casa para ir al rosario y se comunica con sus hijos por teléfono. Todas las veces que lo visité, lo encontré con el teléfono en la mano y tuve que esperar unos minutos hasta que finalizara la llamada. Marcial pasa sus días aislado y triste, luce flaco y demacrado, el no poder trabajar parece haberle arrebatado los deseos de vivir.

Como lo muestran algunas investigaciones, el trabajo es central en las identidades masculinas, por lo que puede ocasionar profundo dolor y frustración carecer de empleo o verse imposibilitado a realizarlo. Una vez que se deja de trabajar, cuando se van acabando las fuerzas, las ganas de vivir se van perdiendo (Leal, 1997). De acuerdo a la investigación de Ondina Fachel Leal entre los gauchos de la región sur de Brasil y norte de Uruguay:

Domar, del latín *domus*, que significa tener dominio sobre, condiciona su existencia y es un requisito para ser hombre. Cuando pierde su fuerza y ya no es capaz de domar la naturaleza que lo rodea, pierde su masculinidad y su identidad [...] Este es, de hecho, el momento de su muerte cultural. Y él experimenta su muerte cultural como su muerte individual (Leal, 1997: 119-120).

Entre los trabajadores manuales, la masculinidad está fuertemente enraizada en la fuerza física, en el trabajo y en los frutos de éste como aquello que otorga valía y honor a la vida de un hombre. Cuando la fortaleza y la capacidad de trabajar mengua con los años, este suceso se experimenta como una feminización, un debilitamiento o fragmentación de la masculinidad. La dependencia es motivo de pena y vergüenza, puesto que se asocia con la falta de virilidad. El sentirse “hombres” tiene que ver con el desempeño de ciertas prácticas a través de las cuales los hombres construyen una imagen de sí mismos que se mide socialmente, entre las cuales destacan el trabajo y la sexualidad como elementos centrales que les permiten “sentirse ya hombres” (Flores, 2013; Nuñez, 2007). Trabajar, ganar dinero, ser útiles, significa independencia, capacidad de control y la posibilidad de proteger a otros, y, a través de ello, ser queridos, apreciados, respetados. En consecuencia, enfermos, limitados o dependientes, no pueden realizar su papel viril. En una división sexual del trabajo que concibe que la principal tarea de la mujer es atender y la del hombre mantener, el ser hombres proveedores les hace acreedores de atención, cuidados y privilegios diferenciales con respecto a las mujeres.

Masculinidad es la huida de la feminidad y de aquellos rasgos asociados con las mujeres. Y eso, como lo demuestra la investigación de Fachel (1997), al igual que lo afirma Michael Kimmel (1997), es cuestión de vida o muerte. Así por ejemplo, el suicidio es monopolio del género masculino y un resultado de sus exigencias, reglas y valoraciones. La imposibilidad de trabajar, de acumular dinero y símbolos de prestigio, por cuestión de edad, de enfermedad, de accidentes o problemas en los negocios, se viven como un fracaso,

deshonra, vergüenza, humillación y frustración, lo cual muchas veces conduce a los hombres a la depresión, e incluso, en algunos casos, al extremo de suicidarse. En palabras de Willard Gaylin:

Los hombres se deprimen por la pérdida de posición social y de poder en el mundo de los hombres. No es la pérdida de dinero, o de las ventajas materiales que el dinero puede comprar lo que produce la desesperación que conduce a la autodestrucción. Es la “vergüenza”, la “humillación”, el sentimiento de “fracaso personal”. Un hombre se desespera cuando ha dejado de ser un hombre entre los hombres (Gaylin, 1992: 32).

El hecho de ya no poder trabajar, proveer, mantener, genera temor, porque significa no ser hombre, perder poder y ver fragmentarse una auto imagen que se construye a través de los años. El dolor, la dependencia, la falta de fuerza y autonomía producen miedo, porque se han significado como “no ser hombre”. Por eso, frente a un ideal de masculinidad que privilegia la fortaleza como su cualidad máxima, los dolores, las inseguridades, las emociones reprimidas de los hombres, se manifiestan en términos de frustración, adicciones, enfermedades, suicidios y muerte (Kaufman, 1997).

Más adelante, al preguntarle a Marcial sobre su participación en el beisbol, su rostro cambió por completo. Como prueba de sus años de gloria, me mostró algunos recortes de periódicos, trofeos y fotos, una de ellas boxeando al lado de su primo Ricardo “Pajarito” Moreno. Marcial (76 años, ex bracero) recuerda con orgullo sus logros y hazañas deportivas: “tengo mucha historia en el deporte, es una satisfacción para mí”, exclamó mostrándome el trofeo que recibió por sus 59 años como jugador de beisbol. Tiempos de fortaleza, éxito, de amigos, de fiestas, que contrastan con su situación actual, con su enfermedad, su soledad, su depresión.

Es importante notar que al preguntarles a los ex braceros sobre falta de interés por quedarse a vivir en Estados Unidos, todos remarcan el amor a la patria, a su tierra, sus raíces, a su gente, su familia, como aquello que no les permitiría residir de manera permanente en el extranjero. Según explica Marcial (76 años, ex bracero): “no, la mía sí es una historia muy grande. Yo siempre quise regresar a mi patria y me venía a trabajar aquí también. Estados Unidos nunca me gustó”. De este modo, aunque algunos como Marcial y Meño pasaron la mayor parte de su vida trabajando en Estados Unidos, nunca forjaron

sueños de quedarse a vivir allá, contrario a sus esposas, quienes esgrimen argumentos vinculados a la familia, la comodidad, las oportunidades en Estados Unidos, para plantearlo como un mejor lugar para vivir. Al mismo tiempo, es pertinente señalar que ninguna de las esposas de los ex braceros mencionó a la patria, la tierra natal o las raíces, como una razón de peso para preferir vivir en México.

En torno a las preferencias a partir del género, de acuerdo a la investigación de Hondagneu-Sotelo (1994) que incluye a 26 familias de migrantes mexicanos, la mayoría de ellos indocumentados, residentes del barrio Oakview, en San Francisco, California, se advierte una propensión de las mujeres a quedarse a vivir permanentemente en Estados Unidos. En contraposición, el anhelo de los hombres está puesto en trabajar en Estados Unidos y, en algún momento de su vida, regresar a México para disfrutar los frutos de su trabajo. Así, las aspiraciones de los hombres a largo plazo están puestas en regresar a México, razón por la cual deciden invertir en casas y terrenos, en negocios, siempre con miras a ese anhelado día en el que podrán retirarse del trabajo y por fin volver a su país para vivir cómodamente, según se piensa. Notablemente, el sitio preferido para vivir es México, pero la falta de trabajo es la razón que obliga a los varones a emigrar, por lo que una vez que han reunido el dinero suficiente para vivir de “este lado”, vuelven a su localidad. Baste, como muestra, la trayectoria de vida Meño y Flori expuesta páginas atrás.

De acuerdo a la investigación de Hondagneu-Sotelo (1994), las mujeres muestran una preferencia marcada por quedarse a vivir en Estados Unidos. Según su disertación, en Estados Unidos se produce un debilitamiento del poder patriarcal, lo que abre paso a un “empoderamiento” femenino que va acompañando de una mayor participación de las mujeres en la esfera pública. De igual manera, el trabajo de Pessar (1986) entre inmigrantes dominicanos en Nueva York, resalta estas diferencias en las preferencias de hombres y mujeres. De acuerdo a Pessar (1986), la decisión de las mujeres de permanecer en Estados Unidos tiene que ver con el “empoderamiento” que experimentan debido a su inserción en el trabajo asalariado, el cual les proporcionan mayor autoestima y autoridad en la familia, lo que además sienta las bases para relaciones de género más equitativas. Al mismo tiempo, su preferencia está motivada por el cuidado del bienestar de la familia, ya que ellas consideran que en Estados Unidos se obtiene una mejor calidad de vida y educación para sus hijos.

Conclusiones

Regresé a Chalchihuites a principios de noviembre del 2016, donde una triste noticia me aguardaba. El señor Lupe, ex bracero y ex minero de 89 años, a quien planeaba visitar nuevamente, acababa de fallecer. Desafortunadamente, había llegado lo que tanto temía, ver morir a mis entrevistados con quienes de una u otra manera, forjé lazos afectivos de amistad. Al enterarme de la noticia, conmocionada, me puse en contacto con Fabián, su nieto, mi amigo y compañero de voleibol, quien me dio información acerca del velorio, la hora de la misa de cuerpo presente y el entierro. Momentos de tristeza y confusión me embargaron por días, sentimientos que me condujeron a reflexionar sobre la transitoriedad de la vida, la forma de hacer antropología, los lazos y relaciones que forjamos con nuestros informantes.

Durante la misa de cuerpo presente del señor Lupe, recordaba su historia de vida y los sufrimientos que la envolvieron hasta sus últimos días. Las lágrimas no dejaban de brotar de mis ojos. Apenada, volteaba disimuladamente alrededor para ver quién me veía. ¿Por qué lloraba? ¿No había sido la nuestra una corta relación con fines meramente académicos? Pensando en el poco tiempo de haber conocido al señor Lupe y, que ni siquiera era mi familiar, me preguntaba hasta qué punto me había encariñado con mis entrevistados y hasta qué punto sus historias me habían llevado a descubrir una nueva visión de la vida, las desigualdades sociales, las injusticias y la perversidad del capitalismo.

Entrevistar a hombres en la etapa final de su vida me confrontó con realidades de vida y muerte que regularmente no solía hacer conscientes. Este segundo trabajo de campo en Chalchihuites me mostró que, como antropólogos, no solo nos llevamos las historias y parte de la vida de la gente, sino que somos partícipes de ellas, las (re)construimos en conjunto, y, a nivel personal, emocionalmente, me confrontó con situaciones distintas a las que viví durante mi primer trabajo de campo, en el cual entrevisté a hombres jóvenes del municipio. Entrevistar a varones de 70 años y más, varios de ellos enfermos, tratando de detallarme sus años de juventud, enalteciendo su fortaleza, sus logros, sus penas, describiendo los abusos y las condiciones deplorables de sus trabajos, contándome sus

andanzas en busca de “ganar un centavo más”, resultaba siempre en una mezcla de asombro e irritación, admiración y desconsuelo, agradecimiento y tristeza.

Los lentes teóricos con los que vamos al trabajo de campo son determinantes en lo que vemos o dejamos de ver. Nos acercan de cierta forma a la vida de las personas y a la realidad que pretendemos analizar. Por ello, esta vez, lejos de romantizar, exotizar o exaltar el punto de vista de los entrevistados, busqué escabullirme del giro culturalista que caracteriza hoy en día a la antropología y el feminismo. Esta vez, acercándome al campo de estudio con un enfoque de clase y género, pude palpar con mayor claridad el sufrimiento y la explotación, los abusos, las desigualdades, la miseria y la enfermedad, los sin sabores y penurias en las vidas de los entrevistados, así como la forma en que éstos se enmascaran o maquillan en sus testimonios. Pude percibir cómo los entrevistados enfrentan y son movidos por fuerzas estructurales que van determinando márgenes de movilidad, que los mueven de un lado a otro, empujándolos de un trabajo a otro. Además, pude identificar la violencia estructural manifiesta en desigualdades y jerarquías, explotación, enfermedades y sufrimiento, siempre marcada con un sesgo de clase y género. En este sentido, comparto la idea de Bourgois (2013: 195), al considerar que la verdadera utilidad de la etnografía reside en su capacidad de “representar el sufrimiento de un grupo de personas”, como una forma de “dar testimonio”.

Esta investigación da continuidad a mi primer trabajo en Chalchihuites, “Mi troca y yo. Masculinidades y migración en Chalchihuites, Zacatecas” (2013), aunque, en realidad, es una marcha en retroceso hacia una época pasada, la de los años cincuenta, cuando aún estaba vigente el Programa Bracero. Esta indagación me permitió reparar en otras dimensiones de la vida de los habitantes de Chalchihuites, un pueblo minero cuya población y economía cambian en consonancia con los ciclos de auge y depresión de la producción minera. Junto con las sequías, los desastres naturales y las malas cosechas, históricamente, los altibajos que han caracterizado a la minería, han sido determinantes en la movilidad laboral y los movimientos demográficos de la región (Langue, 1999). Así, a partir de los años noventa, cuando la mayoría de las empresas mineras cierran, en el contexto de la crisis económica del país, el municipio experimenta un despoblamiento importante: de 14,665 habitantes que registra el censo de 1990, la cifra se reduce a 11,927

habitantes en el 2000, en tanto que, según el conteo del 2010, la población del municipio baja a 10,565 personas (INEGI, 2010).

Asimismo, pude constatar cómo el Programa Bracero fue un parteaguas de la migración chalchihuitense hacia Estados Unidos, normalizándose en la vida de los pobladores, visible en el continuado ir y venir al norte. De este modo, algunos braceros decidieron seguir yendo a Estados Unidos como “mojados”, un hecho que, aunado a la reforma migratoria de 1986 y la crisis mexicana de los años noventa, genera un fuerte despoblamiento en Chalchihuites (Smith, 2010), hasta el punto que, hoy en día, hay más chalchihuitenses residiendo en Estados Unidos, que en el municipio (Gallegos, 2011). Visitar a Chalchihuites seis años después de aquellos días violentos de la guerra contra el narcotráfico en México en los que realicé mi primer trabajo de campo, tratando de reconstruir una época pasada e hilarla con el presente, hizo posible registrar cambios y continuidades en la dinámica del municipio, en las prácticas e ideologías de género.

Enfocar las masculinidades en momentos históricos específicos y fases del capitalismo distintas, me ha permitido ver cómo los cambios estructurales impactan a nivel local, cómo las fuerzas estructurales, las instituciones y las transformaciones históricas moldean y reconfiguran la vida de las personas, al crear (im) posibilidades de acción y márgenes de movilidad. Usar el “realismo histórico” como una forma de hacer etnografía que privilegia la categoría de clase como herramienta central de análisis, examinando procesos globales y sus respuestas locales, ha sido de utilidad para analizar el Programa Bracero desde un enfoque de clase y género, viendo cómo las conexiones entre lo local y lo global, el pasado y el presente de Chalchihuites, se manifiestan en las prácticas cotidianas. En este caso, pude ver cómo el capitalismo fordista y la segunda guerra mundial, tienen efectos en Chalchihuites, un sitio donde el Programa Bracero aterriza tempranamente.

En el desarrollo de esta tesis, el enfoque teórico del feminismo marxista fue clave para evidenciar el sexismo de la economía política y el androcentrismo cultural los cuales se funden en un pacto fraternal entre el Estado y el capitalismo que institucionaliza la subordinación de las mujeres y produce una acumulación por género. Entre otras cosas, el feminismo marxista ha evidenciado que las esferas de producción y reproducción no se encuentran separadas. Ha mostrado que los sujetos de género son producidos, de la misma manera que la separación de trabajo masculino y femenino no son naturales, sino una

construcción histórica. Por lo tanto, este enfoque fue útil para analizar el Programa Bracero desde una óptica diferente a la literatura que ha tratado el tema. ¿Por qué se interpelaba solamente a los hombres? ¿Por qué solo podían enrolarse ellos? ¿Por qué se apelaba a cierto tipo de hombres con características corporales específicas? Pude observar entonces, cómo la movilización del trabajo durante el Programa Bracero que apuntaló procesos de acumulación, tomó como bases la jerarquía de clases y los preexistentes regímenes de género que, fundamentados en la división sexual del trabajo, permitieron naturalizar la movilidad de unos y la inmovilidad de otras.

Al enmendar la carencia del marxismo ortodoxo con respecto al enfoque de género, el feminismo marxista facilita entender dentro del contexto del capitalismo fordista, la participación activa del Estado en la consolidación del modelo del “salario familiar”, el cual se centra en el trabajo asalariado masculinizado, legitimando la diada “hombre proveedor – mujer de hogar”, que coloca a las mujeres en condiciones de desventaja, al ser encadenadas en el trabajo de reproducción y cuidados no remunerado. Bajo este modelo que atiende a un orden de género, los braceros y mineros chalchihuitenses fueron interpelados en su condición de hombres y proveedores de familia, para acudir al llamado del capital en los campos agrícolas y las vías férreas en Estados Unidos.

Si bien el Programa Bracero ha sido ampliamente estudiado, la perspectiva de clase y género ha estado ausente. El análisis del Programa Bracero desde un enfoque de clase y género, empleando el concepto de masculinidad hegemónica, basado a su vez en la idea de hegemonía de Antonio Gramsci (1986), permite descubrir la complicidad del capitalismo, el patriarcado y el Estado en la instauración de una estructura de género que asegura la subordinación de las mujeres. Así, durante el Programa Bracero, en el contexto del fordismo o Estado de Bienestar, el Estado institucionaliza el “salario familiar” como un dispositivo fundamental que regula las relaciones de género (Fraser, 2005). En atención a este modelo que se soporta en los pilares de la familia nuclear y del hombre como proveedor único, los varones chalchihuitenses son interpelados como “hombres”, ciudadanos y “embajadores de la modernidad” (Cohen, 2011) que acuden al llamado del capital encauzados por el Programa Bracero, para realizar trabajos de “hombres”, apuntalando la economía estadounidense en tiempos de guerra, como parte de ese ejército que defendió la retaguardia. A la par del varón como cabeza de familia, proveedor único y

sujeto político, se institucionaliza el modelo de la “mujer doméstica” o “mujer de hogar”, dependiente del salario del esposo, responsable de las labores de crianza y cuidado de la familia (Cobo, 2015).

La configuración de las subjetividades está atravesada por el género. En Chalchihuites, observo cómo se configuran las subjetividades de ex braceros y ex mineros en la convivencia cotidiana, más allá de los lugares de producción, donde se reproducen como clases: en los centros de contratación, las cantinas, los campos de beisbol. Apoyándome en Connell (2000), relevo la centralidad de las masculinidades de protesta, esas masculinidades de los grupos subalternos, configuraciones de prácticas que se producen en contextos de dominación. Masculinidades que, desprovistas del poder y privilegios de clase, en busca de ganar respeto y reconocimiento, explotan el cuerpo y sus habilidades como su mejor y única carta de presentación, exagerando los atributos más duros de la masculinidad: fortaleza física y emocional, rudeza, agresividad, resistencia, aguante, violencia, potencia sexual, consumo de alcohol. Las posiciones, el lugar de trabajo y las condiciones laborales que el capitalismo dispone para las clases trabajadoras, intervienen en la modelación de las masculinidades y las prácticas de clase.

Considerando que la clase va más allá del ingreso o de un lugar dentro del proceso productivo, he analizado la forma en que se construyen las subjetividades de clase y las maneras en que se experimenta la clase, las prácticas, las competencias y resistencias que se generan entre los ex braceros chalchihuitenses en el trabajo y en el deporte, como fuente de reconocimiento y respeto. Es importante notar que los atributos sobre los que se erigen las masculinidades en las clases trabajadoras, contribuyen al ocultamiento de la explotación, así como al silenciamiento del dolor, la enfermedad y los abusos. La conciencia de explotación es subsumida por la subjetividad de clase que deriva de la masculinidad de protesta. Noto además, que la experiencia de clase de los entrevistados está marcada por la inestabilidad, por una proletarización irregular, intermitente, no lineal.

Chalchihuites es un municipio cuya riqueza mineral lo ha convertido en presa de saqueos a lo largo de la historia, al servicio de intereses imperialistas, colonialistas y capitalistas: primero, durante la época prehispánica; luego, con la llegada de los españoles y, actualmente, a manos de los grandes monopolios mineros de capital mexicano y extranjero. Ubicado al noroeste de Zacatecas, un estado minero por excelencia, despunta

como una región nodal para la expansión del capitalismo moderno a través de su producción de plata. De esta manera, luego de una revisión histórica de la minería como eje articulador de la economía del municipio, siguiendo la tesis de John Tutino (2016), planteo la doble importancia de esta región en el apuntalamiento del capitalismo. Primero, con las aportaciones de plata extraída de esta región de México (Nueva España), las cuales fueron fundamentales en el despegue de la primera economía mundial, dada la creciente demanda de Europa y Asia a finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Durante este periodo, la Nueva España, específicamente el Bajío (las regiones de Guanajuato hasta Querétaro) y la Norteamérica española (de Zacatecas hacia el norte) fueron “la principal fuente de plata para la economía mundial” (Tutino, 2016), un proceso interconectado y paralelo al desarrollo del mercantilismo, la trata de esclavos y la economía del azúcar. Posteriormente, en el siglo XX, a partir del Programa Bracero, esta misma área de México destaca como expulsora de mano de obra hacia Estados Unidos, siendo considerada como una región de fuerte intensidad migratoria (García, 2004) que ha transferido intermitentemente mano de obra al país vecino, apoyando así la consolidación de la hegemonía estadounidense durante la fase ampliada del capitalismo. Por consiguiente, planteo la importancia y las conexiones históricas de esta región de México con el surgimiento y consolidación del capitalismo.

No es posible entender el presente de Chalchihuites sin analizar críticamente la historia del municipio, escudriñando en los orígenes de la desigualdad. En estas regiones que han sido definidas como lugares de “tradición minera” o donde ha anidado una “cultura de migración” (Kandell & Massey, 2002), es importante ver los procesos que se esconden detrás de esos conceptos, las contradicciones, las perversiones, la complicidad, las fricciones, las tergiversaciones. En dado caso, desde una lectura crítica marxista, transferir, entregar, ceder, rendirse, serían conceptos que nos acercan al trasfondo y los orígenes de una tradición (Sider, 2003), en tanto que cultura, yendo a contracorriente de las definiciones de la antropología clásica, “refiere a la manera de experimentar y vivir la clase” (Crehan, 2002:91). Por ende, al analizar la migración y la minería en la localidad es imprescindible reconocer que estas prácticas se gestan en contextos de dominación, están vinculados directamente con la transferencia de riquezas y mano de obra hacia centros hegemónicos, amoldándose al capitalismo y sirviendo a los fines de su reproducción. La idea de que las remesas son desarrollo y que la migración mexicana hacia Estados Unidos es la salida más

fácil frente a la falta de oportunidades en México, como lo plantean algunos investigadores sociales, no hace más que legitimar la explotación temprana de los jóvenes mexicanos.

Históricamente, en Zacatecas se observa la conexión entre el trabajo minero y agrícola, como una forma de hacer frente a las constantes crisis (Langue, 1999). Entre los ex braceros chalchihuitenses, la pluriactividad resulta fundamental para entender el continuo transitar de la minería al trabajo estacional agrícola regulado, a la vez que se complementa con otras actividades que reportan ingresos a las familias. Las trayectorias laborales de los chalchihuitenses muestran que, contrario a la idea del trabajador que se proletariza, la clase es dinámica y su configuración errática. En Chalchihuites, la clase se configura en un vaivén, de un sector económico a otro, es decir, ni la gente vivió solo del campo ni solo de salarios. La conciencia de clase no arranca con el Programa Bracero, esto venía gestándose ya desde el siglo XIX, cuando México empieza a proveer de mano de obra a Estados Unidos y con su trabajo en las minas; en dado caso, el Programa Bracero es solo un eslabón más dentro de un proceso de proletarización que venía gestándose desde tiempo atrás.

Desempeñando temporalmente actividades distintas, los ex braceros chalchihuitenses se movían de un lado a otro, en aras de cumplir con su papel de proveedores dentro de una fase de acumulación particular, el fordismo, en avenida maridaje con el Estado de Bienestar, promotor de la familia nuclear, heterosexual, dependiente de un salario “remunerador”. Puesto que los tiempos y la fase del capitalismo han cambiado, vale la pena considerar que, hoy en día, en el contexto del modo de acumulación flexible, el prototipo del hombre como único proveedor del grupo familiar se ha desmoronado, no sin estrepitosas consecuencias, lo que ha dado pie para que se hable de una “crisis de la masculinidad” (Burin, 2007), a la vez que el ideal de familia nuclear, que el Estado apuntalaba durante el período fordista, está siendo suplantado por nuevas formaciones familiares: homoparetal, monoparetal, entre otras.

El capitalismo moldea a los sujetos que necesita y durante el fordismo el Estado colaboró activamente en la elaboración de “un nuevo tipo humano” (Gramsci, 1986: 67, Q22 §11) moldeando y normando cuerpos, produciendo subjetividades acordes con las demandas del momento histórico y en concordancia con las necesidades del proceso productivo. En la teoría marxista, el trabajo se vincula con la explotación y es esa

experiencia de explotación compartida lo que forma una identidad o subjetividad de clase. Es a través de la producción de subjetividades colectivas, que la hegemonía logra la dominación. Es así como una élite cultural reafirma, reproduce y perpetua la dominación (Sider, 2003).

El capitalismo fordista apuntaló la creación de un trabajador a partir de la centralidad del cuerpo y de la disciplina física del obrero. Las minas son espacios donde se trata de imponer un modelo ideal de cuerpo y de uso del cuerpo; trabajadores cuyas capacidades corporales representan su único “activo económico” (Connell, 2005) y cuya vulnerabilidad los lleva a definir su masculinidad por medio del aguante y deterioro del cuerpo en el trabajo, el deporte, las enfermedades y el alcohol, encarnando una masculinidad de protesta, como un medio de refrendar su masculinidad frente a otros hombres y, afirmar así, su superioridad frente a las mujeres, dentro de relaciones de explotación de clase. El análisis del beisbol entre los mineros chalchihuitenses, elucida el deporte como una práctica de clase promovida por el Estado, una estrategia para disciplinar y entrenar al ejército industrial de reserva, anclado a competencias y jerarquías entre hombres, que deja de lado las mujeres (Connell, 2005). El boxeador y ex minero chalchihuitense, Ricardo “Pajarito” Moreno, es erigido como un emblema nacional que sintetiza un proceso, un momento histórico, una cohorte generacional que comparte una identidad colectiva basada en su experiencia de explotación, en los acontecimientos y el momento histórico que les tocó vivir.

La localidad y el trabajo juegan un papel central en la construcción de identidades colectivas (Smith, 2002), de manera que las experiencias compartidas en el trabajo, - minería y experiencia bracera- , y la localidad, son ámbitos donde se constituye una identidad colectiva. Explotación y sufrimiento compartidos, abusos y vejaciones, corrupción y humillación, un adeudo histórico. El Programa Bracero, lejos de ser un Programa funcional, es un Programa que estuvo lleno de irregularidades, injusticias y corrupción; un “régimen moderno de esclavitud bajo contrato” (Bauer, 2013:2) logrado a través de un convenio binacional que se valió de trabajadores temporales, duramente disciplinados y desechables, a través del cual México transfiere mano de obra barata a Estados Unidos, contribuyendo así, con la acumulación capitalista.

En contracorriente a las investigaciones que priman sobre el Programa Bracero, esta tesis ha intentado mostrar cómo se conjugan las fuerzas estructurales, el orden de género y el Estado en un momento histórico específico, moldeando las prácticas y la vida de un grupo de hombres de un pueblo minero al noroeste de Zacatecas. Indagar en las experiencias de los ex braceros/mineros nos abre un panorama donde se avistan proyectos globales. Si hubiese que resumir los testimonios de mis entrevistados en dos palabras que caracterizaran su trayectoria de vida, serían “sufrimiento” y “centavos”, los sufrimientos por ganar un centavo más, absorbidos, intermitentemente, en el engranaje de la industria minera capitalista, inherentemente injusta y predadora y, de manera eventual, como trabajadores baratos en un programa que transfirió mano de obra por debajo de su costo de reproducción a la economía estadounidense.

Debo reconocer que esta investigación se centró, principalmente, en las experiencias de los ex braceros y ex mineros. Aunque también entrevisté a las esposas de los ex braceros y a otras mujeres de la comunidad y, en la medida de lo posible, traté de integrar sus testimonios en el análisis de las masculinidades, una investigación posterior podría prestar mayor atención a las feminidades, o bien, profundizar en el vínculo inter genérico, es decir, analizar la íntima relación entre las masculinidades y feminidades en el municipio, viendo cómo estas se construyen a la par, cambian y se modifican articuladamente.

Esta investigación ha descubierto vetas para ulteriores indagaciones. Específicamente, quiero remarcar mi interés por incursionar en el estudio de la minería actual en Chalchihuites, en renovada expansión a raíz de la llegada de las compañías mineras canadienses. El 31 de enero del 2017, el periódico *La Jornada* publicó una nota titulada “Minera canadiense desaloja con armas a vecinos de Chalchihuites”, en la cual se expone la forma ilícita y violenta en la que 47 familias de la comunidad de La Colorada, son desalojadas de sus hogares y obligadas a irse a vivir a una colonia construida por la empresa *Pan American Silver Corporation*, misma que con maquinaria pesada destruyó sus hogares. Es de mi interés darle seguimiento al impacto sociocultural y económico que las empresas canadienses están teniendo en la región, así como examinar presumibles transformaciones en las relaciones de género, a partir de la incorporación de mujeres al trabajo minero.

Bibliografía

- Absi, P. (2005). *Los ministros del diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí*. La Paz: Instituto de Investigación para el Desarrollo/ Embajada de Francia en Bolivia/ Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Absi, P. (2006). La enfermedad no solo enferma. Enfermedades e identidad profesional entre los mineros de Potosí, Bolivia. En *Salud e interculturalidad en América Latina. Antropología de la salud y crítica intercultural* (págs. 229-244). Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Acuña, M. (2001). *La cordillera como lugar de memoria. Ponencia presentado al IV Congreso Internacional de Antropología Chilena*. Chile: olegio de Antropólogos- Escuela de Antropología, Universidad de Chile.
- Adler, V. (1922). *Gesammelte Reden und Schriften zur Alkoholfrage*. Viena: Wien, Buchhandlung des Arbeiter-Abstinentenbundes.
- Agamben, G. (2006). *Homo Sacer. El poder soberano y la vida nuda*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2010). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
- Agua, C. N. (2014). *Política Pública Nacional para la Sequía. Documento rector*. Recuperado el 2 de enero de 2017, de <http://www.pronacose.gob.mx/pronacose14/Contenido/Documentos/Documento%20Marco.pdf>
- Alanís, F., & Roque, C. (2007). *Nos vamos al traque. La contratación de braceros ferroviarios en el ámbito regional durante la Segunda Guerra Mundial*. México: El Colegio de San Luis.
- Alarcón, R., & Mines, R. (2002). El retorno de los solos. Migrantes mexicanos en la agricultura de los Estados Unidos. En M. E. Anguiano, & M. Hernández, *Migración internacional e identidades cambiantes* (págs. 43-69). Zamora y Tijuana: El Colegio de Michoacán / El Colegio de la Frontera Norte.
- Ali, S. (1982). Peasants in Malaysia: Problems, Movements and Resistance. *Akademika*(20-21), 99-113.
- Amacháustegui, A., & Szasz, I. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre. Relatos y reflexiones sobre los hombres y masculinidades en México*. México: El Colegio de México.

- Amador, E. (1943). *Bosquejo histórico de Zacatecas*. Zacatecas: Talleres Tipográficos Pedroza.
- Amin, S. (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: Siglo Veintiuno editores.
- Amorós, C. (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias...para las luchas de las mujeres*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Amorós, C. (2008). *Mujeres e imaginarios de la globalización. Reflexiones para una agenda teórica global del feminismo*. Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Anderson, P. (1981). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Barcelona: Editorial Fontamara.
- Anta, J. L., & Lagunas, D. (enero-abril de 2011). Antropología y teconología social. Mitos, saberes y realidades en torno a la mina de Real del Monte, Hidalgo. *Cuicuilco*(50), 229-244.
- Aragonés, A. M. (2000). *Migración internacional de trabajadores. Una perspectiva histórica*. . México: Plaza y Valdes.
- Aranda, J. (10 de marzo de 2016). *Más de \$5 billones, la cantidad que el gobierno deberá devolver a ex braceros*. Recuperado el 2017 de junio de 10, de La Jornada en línea: <http://www.jornada.unam.mx/2016/03/10/politica/013n1pol>
- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Arias, P. (2014). La etnografía y la perspectiva de género: nociones y escenarios en debate. En C. Oehmichen, *La etnografía y el trabajo de campo en las Ciencias Sociales* (págs. 173-194). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arias, P. (2014). La etnografía y la perspectiva de género: nociones y escenarios en debate. . En C. Oehmichen, *La etnografía y el trabajo de campo en las Ciencias Sociales* (págs. 173-194). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arlegui, J. (1851 [1737]). *Crónica de la provincia de N.S.P San Francisco de Zacatecas*. México: Cumplido.
- Arteaga, E. (17 de noviembre de 2013). *¿Por qué luchan los ex braceros?* Recuperado el 8 de junio de 2017, de La Jornada en línea: <http://www.jornada.unam.mx/2013/11/17/opinion/015a1pol>
- Aveni, A., Horst, H., & Kelley, C. (1982). Altavista. Un centro ceremonial en el trópico de Cáncer. *Interciencia*, 7(4), 200-210.
- Badinter, E. (1992). *XY On Masculine Identity*. New York: Columbia University Press.
- Ballard, C., & Banks, G. (2003). Resource Wars: The Anthropology of Mining. *Annual Review of Anthropology*(32), 287-313.

- Barbero, J. I. (1993). Introducción. En J. I. Barbero, *Materiales de sociología del deporte* (págs. 9-38). La Piqueta: Madrid.
- Barragán, E. (1990). *Identidad ranchera. Apreciaciones desde la sierra sur "jalmichana" en el occidente de México*. Recuperado el 9 de septiembre de 2017, de <http://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/043/EstebanBarraganLopez.pdf>
- Basave Benítez, A. (1992). *México mestizo: análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauer, M. (2013). *Close to Slavery: The U.S. Guestworker Program*. . Southern Poverty Law Center.
- Becerril, A. (4 de julio de 2007). *Gobernación paga de modo sesgado a ex braceros: PRI*. Recuperado el 2017 de julio de 15, de La Jornada en línea: <http://www.jornada.unam.mx/2007/07/04/index.php?section=politica&article=016n3pol>
- Becklake, M. (1994). Pneumoconiosis. En J. Murray, & J. Nadel, *Textbook of Respiratory Medicine* (págs. 1955-2001). Philadelphia: WB Saunders.
- Benavides, M., Valdivia, N., & Torero, M. (2007). *Exclusión, identidad étnica y políticas de inclusión social en el Perú: el caso de la población indígena y la población afrodescendiente*. Recuperado el 12 de febrero de 2017, de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Peru/grade/20100513031739/InvPolitDesarr-14.pdf>
- Bonfil Batalla, G. (1989). *México profundo: una civilización negada*. México: CIESAS / SEP.
- Bosch, A. (2010). *Los violentos años veinte: gánsters, prohibición y cambios sociopolíticos en el primer tercio del siglo XX en Estados Unidos*. Recuperado el 2017 de abril de 3, de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3891674.pdf>
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourgeois, P. (2001). The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador. *Ethnography*, 2(1), 5-34.
- Brohm, J.-M. (1993). *20 Tesis sobre el Deporte*. Recuperado el 3 de marzo de 2017, de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/brohm_-_20_tesis_sobre_el_deporte.pdf
- Bunzel, R. (1940). The Role of Alcoholism in Two Central American Cultures. *Psichiatry*, 3, 361-387.

- Bunzel, R. (1976). Chamula and Chichicastenango: A Reexamination. En M. W. Everett, J. O. Waddell, & D. B. Heath, *Cross-Cultural Approaches to the Study of Alcohol: An Interdisciplinary Perspective* (págs. 21-22). Mouton: The Hague.
- Burin, M. (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. En M. Burin, L. Jiménez, & I. Meler, *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*. (págs. 87-120). Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.
- Burin, M. (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. . En M. Burin, M. L. Jiménez, & Irene Meler (Edits.), *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género* (págs. 87-120). Buenos Aires: Unidad de Ciencias Empresariales y Sociales.
- Burnes, A. (2008). *La agenda zacatecana ante el reto de la economía globalizada*. Recuperado el 7 de julio de 2016, de http://forosfyd.conago.org.mx/Zacatecas/Documentos/I_3_Las-regiones-de-Zacatecas-ante-el-reto-de-la-globalizacion.doc.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter*. New York: Routledge.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Cano, G. (2007). Las mujeres en el México del siglo XX. Una cronología mínima. En M. Lamas, *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX* (págs. 21-78). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Canterbury, D. (2013). *Capital Accumulation and Migration*. Chicago: Haymarkets Books.
- Carbonella, August; Kasmir, Sharryn;. (2015). Dispossession, Disorganization and the Anthropology of Labor. En J. Carrier, & D. Kalb, *Anthropologies of Class* (págs. 41-52). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Castles, S., & Davidson, A. (2005). *Citizenship and Migration: Globalization and the Politics of Belonging*. Nueva York: Routledge.
- Castles, S., & Kosack, G. (1985). *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*. London: Oxford University Press.
- Cazés, D. (1998). Metodología de género en los estudios de los hombres. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*(8), 100-121.
- Chávez, S. (2007). *The Making of a Border Labor Migration System: Government Policies, Labor Markets, and Social Networks in Tijuana*. Tesis de Doctorado. México: Cornell University.
- Chávez, S. (2015). Remembering the Bracero Selection Process. En A. Grijalva, & R. Arriaga, *Tras los pasos de los braceros* (págs. 265-285). México: Juan Pablos Editor.

- Cobo, R. (2006). Prólogo. En E. Bosch, V. Ferrer, & A. Alzamora, *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres* (págs. 11-20). España: Anthropos.
- Cobo, R. (2015). *El cuerpo de las mujeres y la sobrecarga de la sexualidad*. Recuperado el 21 de junio de 2017, de <https://revistas.ucm.es/index.php/INFE/article/viewFile/51376/47656>
- Cobo, R. (s.f.). *Género*. Recuperado el 2017 de febrero de 17, de http://portales.te.gob.mx/genero/sites/default/files/G%C3%A9nero%20Rosa%20Cobo_0.pdf
- Cohen, D. (2005). *Masculinity and Social Visibility*. Recuperado el 15 de enero de 2016, de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4004084>
- Cohen, D. (2011). *Braceros. Migrant Citizens and Transnational Subjects in the Postwar United States and Mexico*. Chapel Hill: University of California Press, Berkeley.
- Cohen, G. (2000). *Karl Marx's Theory of History. A Defence*. Oxford: Clarendon Press.
- Collier, R. (1998). *Masculinities, Crime and Criminology: Men, Heterosexuality and the Criminal (ised) Other*. London: Sage.
- Collinson, D., & Hearn, J. (2000). Men at Work: Multiple Masculinities/ Multiple Workplaces. En M. Mac an Ghaill, *Understanding Masculinities: Social Relations and Cultural Arenas* (págs. 61-76). Buckingham: Open University Press.
- Comaroff, J., & Comaroff, J. L. (Edits.). (2000). *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*. Durham & London: Duke University Press.
- CONACULTA. (2010). *Sistema de Información Cultural*. Recuperado el 18 de abril de 2013, de Patrimonio Ferrocarrilero, Canutillo, Chalchihuites: http://sic.conaculta.gob.mx/ficha.php?table_id=107&estado_id=32
- Connell, R. (1987). *Gender and Power*. Oxford: Basil Blackwell.
- Connell, R. (1989). Cool guys, swots and wimps: The interplay of masculinity and education. *Oxford Review Education*(15), 291-303.
- Connell, R. (1990). An iron man: The body and some contradictions of hegemonic masculinity. En M. Messner, & D. Sabo, *Sport, Men and the Gender Order: Critical Feminist Perspectives* (págs. 83-96). Champaign, IL: Human Kinetics.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, R. (1997). La organización de la masculinidad. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades. Poder y crisis* (págs. 31-48). Chile: Isis Internacional y FLACSO Chile.

- Connell, R. (1997). *La organización social de la masculinidad*. Recuperado el 1 de noviembre de 2016, de <http://documents.mx/documents/la-organizacion-social-de-la-masculinidad-connel-robert.html>
- Connell, R. (2000). *The Men and the Boys*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, R. (2002). *Gender*. Cambridge: Polity Press .
- Connell, R. (2002). The History of Masculinity. En R. Adams, & D. Savran , *The Masculinities Studies Reader* (págs. 245-261). USA: Blackwell Publishing.
- Connell, R., & Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 19(6), 829-859.
- Connell, R., & Pearse, R. (2015). *Gender in World Perspective*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, R., Hearn, J., & Kimmel, M. (2005). Introduction. En R. Conell, J. Hearn, & M. Kimmel, *Handbook of Studies of Men and Masulinites* (págs. 1-12). Thousand Oaks: SAGE Publications.
- Córdoba, D. (2015). Las contrataciones de braceros en el estado de Chihuahua. En A. Grijalva, & R. Arriaga, *Tras los pasos de los braceros* (págs. 203-226). México: Juan Pablos Editor.
- Corporation, P. S. (2016). *Mina La Colorada*. Recuperado el 18 de octubre de 2016, de <http://www.platapanamericana.com.mx/proyectos.htm>
- Covarrubias, S. (1977). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Turner.
- Cravey, A. (2003). Toque una ranchera, por favor. *Antipode*, 35, 603-662.
- Crehan, K. (2002). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra.
- Cuvelier, J. (2011). *Men, Mines and Masculinities: The Lives and Practices of Artisanal Miners in Lwambo*. Tesis de Doctorado. Katanga: Katholieke Universiteit Leuven.
- Cuvelier, J. (2014). Work and Masculinity in Kaanga's Artisanal Mines. *Africa Spectrum*, 49(2), 3-22.
- D'Aubeterre, M. E. (2000). *El pago de la novia*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- D'Aubeterre, M. E., & Rivermar, L. (2009). *Aquí en Pahuatlán, el pez gordo se come al chico: migración en la Huasteca poblana*. Recuperado el 12 de febrero de 2017, de <https://alhim.revues.org/3150>
- D'Aubeterre, M. E., & Rivermar, L. (2015). *Lo que dejamos atrás...lo que nos venimos a encontrar*. . Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Velez Pliego" . .

- Dávila, J. I. (1939). *La sociedad de Zacatecas en los albores del México Colonial*. Zacatecas: Archivo Histórico del Estado de Zacatecas, colección Arturo Rommo, sección libros, número 14.
- Davis, J. (1977). *People of the Mediterranean*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- De Alba, P. (1954). *Siete artículos sobre el problema de los braceros*. México: Edición del autor.
- De la Fuente, J. (1954). *Comisión de estudios del problema del alcoholismo en Chiapas*. México: Gobierno del Estado de Chiapas - Instituto Nacional Indigenista.
- De Santiago, R. (19 de abril de 2015). *Anuncian ex braceros manifestación en Palacio de Gobierno este lunes*. Recuperado el 2017 de junio de 10, de La Jornada Zacatecas en línea : <http://ljz.mx/2015/04/19/anuncian-ex-braceros-manifestacion-en-palacio-de-gobierno-este-lunes/>
- Delgado, R., & Del Pozo, R. (2001). Minería, Estado y gran capital en México. *Economía e Sociedad, Campinas*(16), 105-127.
- Delgado, R., & Moctezuma, M. (abril-julio de 1993). Metamorfosis migratoria y evolución de la estructura productiva en Zacatecas. *Regiones, Revista Interdisciplinaria en Estudios Regionales*, 1(1), 107-120.
- Delgado, R., & Ramírez, H. (2005). *Los dilemas de la migración y el desarrollo en Zacatecas. El caso de la región de alta migración internacional*. Recuperado el 7 de abril de 2016, de <http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/modules/documentos/6.pdf>
- Delgado, R., Márquez, H., & Rodríguez, H. (2004). *Organizaciones transnacionales de migrantes y desarrollo regional en Zacatecas*. Recuperado el 2016 de enero de 3 , de <http://www.redalyc.org/pdf/151/15102406.pdf>
- Desastres, C. N. (2014). *Serie fascículos. Sequías*. Recuperado el 2 de enero de 2017, de <http://www.cenapred.gob.mx/es/Publicaciones/archivos/8-FASCCULOSEQUAS.PDF>
- Dietz, G., & Mateos, L. S. (2011). *Interculturalidad y educación intercultural en México: un análisis de los discursos nacionales e internacionales en su impacto en los modelos educativos mexicanos*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Dimas, T. (2004). *Sucesos y aparecidos en Zacatecas*. Durango: Imagen Creativa.
- Domínguez, H. (2013). *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Driscoll, B. (1996). *Me voy pa' Pensilvania pa no andar en la vagancia: los ferrocarrileross mexicanos en Estados Unidos durane la SEGunda Guerra Mundial*. México: CONACULTA / UNAM.

- Durand, J. (1994). *Mas allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*. . México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Durand, J. (2007 b). Origen y destino de una migración centenaria. En M. Ariza, & A. Portes, *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (págs. 55-82). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Durand, J. (2007 c). *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*. México: Miguel Angel Porrúa.
- Durand, J. (2007). *El Programa Bracero (1942-1964). Un balance crítico*. Recuperado el 2 de octubre de 2015, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=660009022007>
- Durand, J. (2007). *Programas de trabajadores temporales. Evaluación y análisis del caso mexicano*. Recuperado el 3 de diciembre de 2015, de <http://www.omi.gob.mx/work/models/OMI/Resource/474/Durand2007.pdf>
- Eisenstein, Z. (1979). *Capitalist Patriarchy and the Case for Social Feminism*. New York: Monthly Review Press.
- Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Enciclopedia, N. W. (2013). *Ernest Gellner*. Recuperado el 15 de octubre de 2016, de http://www.newworldencyclopedia.org/entry/Ernest_Gellner
- Espinosa, A. (2 de julio de 2014). *Ricardo el "Pajarito" Moreno Vs. Hogan "Kid" Bassey*. Recuperado el 4 de marzo de 2017, de <http://terranoca.blogspot.mx/2014/07/ricardo-el-pajarito-moreno-vs-hogan-kid.html>
- Espinoza, V. (1999). El día del emigrante y el retorno del purgatorio: Iglesia, migración a Estados Unidos y cambio sociocultural en un pueblo de los altos de Jalisco. *Estudios Sociológicos*, 16, 375-418.
- Fletcher, P. (1999). *La casa de mis sueños: Dreams of Home in a Transnational Migrant Community*. Boulder, CO: Westview.
- Flores, J. (2013). *"Mi troca y yo". Masculinidades y migración en Chalchihuites, Zacatecas*. . Tesis de licenciatura. Puebla: Universidad de las Américas.
- Flores, J., de Vega, M., Kuntz, S., & del Alizal, L. (1996). *Breve Historia de Zacatecas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Florescano, E., Sancho, J., & Pérez, D. (1980). *Las sequías en México: historia, características y efectos*. Recuperado el 2 de enero de 2017, de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/421/9/RCE9.pdf>

- Florescano, E., Sancho, J., & Pérez, D. (1980). Las sequías en México: historia, características y efectos. *Comercio Exterior*, 30(7), 747-757.
- Foerster, R. (1925). *The Racial Problems Involved in Immigration from Latin American and the West Indies to the United States*. Washington: Government Printing Office.
- Fontana, B. (1993). *Hegemony and Power: On the Relation between Gramsci and Machiavelli*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*. Londres: Penguin.
- Foucault, M. (2003). *Los anormales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (1997). *Iusticia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Fraser, N. (2003). ¿De la disciplina a la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 46(187), 15-33.
- Fraser, N. (2005). *Fortunas del feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fraser, N. (2015). *Fortunas del feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Galarza, E. (1964). *Merchants of Labor*. Charlotte-Santa Bárbara: McNally & Loftin, Publishers.
- Galarza, E. (1964). *Merchants of Labor. The Mexican Bracero Story: an Account of the Managed Migration of Mexican Farm Workers in California, 1942-1960*. California: McNally and Loftin Publishers.
- Gallegos, A., & García, S. (2003). Ricardo "Pajarito" Moreno. Entre el marro y el cristal. Documento inédito.
- Gallegos, M. (2006). *Chalchihuites, lugar de piedras verdes*. México: Arte Gráfico.
- García, B. (2008). *Alta Vista, Chalchihuites, Zacatecas*. . México: Coordinación Nacional de Difusión, INAH.
- García, R. (2004). Migración internacional y desarrollo local: una propuesta binacional para el desarrollo regional del sur de Zacatecas. En R. Delgado, & M. Favela, *Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México - Estados Unidos* (págs. 175-194). México: Miguel Ángel Porrúa.

- García, R. (2005). *Comunidades Transnacionales México - Estados Unidos. Circuito Zacatecas - Estados Unidos*. Recuperado el 15 de agosto de 2015, de http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/rimd/e-pagina_tipo_uno.php?seccion=e-investigacion
- García, R. (2005). *Las remesas colectivas y el Programa 3x1 como proceso de aprendizaje social transnacional*. Recuperado el 2017 de agosto de 9 , de <https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Garcia%20Zamora%20-%20Collective%20Remittances%203x1%20%28Esp%29.pdf>
- Gauss, S. (2009). La masculinidad de la clase obrera y el sexo racionalizado. En G. Cono, M. K. Vaughan, & J. Olcott, *Género, poder y política en el México posrevolucionario* (págs. 281-305). México: Fondo de Cultura Económica / UAM- Iztapalapa.
- Gellner, E. (1983). *Naciones y nacionalismo*. México: CNCA / Alianza Editorial.
- Geografía, I. N. (2010). *El territorio, la población, la economía por entidad federativa*. Recuperado el 2016 de octubre de 15, de <http://cuentame.inegi.org.mx>
- Gilbert, J. (1998). Forging the Regional Pastime: Baseball and Class in Yucatan. En J. Arbeno, *Sport and Society in Latin America: Diffusion, Dependency, and the Rise of Mass Culture* (págs. 33-35). New York: Greenwood Press.
- Gilman, S. (1992). Freud, Race and Gender. *American Imago*, 49(2), 155-183.
- Gilmore, D. (1997). Cuenca Mediterránea: la excelencia en la actuación. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades, poder y crisis* (págs. 82-101). Chile: Isis Internacional.
- Godelier, M. (mayo-junio de 1981). Male Domination. *New Left Review*(127), 4-17.
- Godoy, M. (2003). Fiesta, borrachera y violencia entre los mineros del Norte Chico (1840-1900). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*(7), 81-117.
- Goldring, L. (1992). La migración México-EUA y la transnacionalización del espacio político y social: perspectivas desde el México rural. *Estudios Sociológicos*, X(29), 315-340.
- Goldring, L. (1996). Gendered Memory: Constructions of Rurality Among Mexican Transnational Migrants. En *Creating the Countryside, The Politics of Rural and Environmental Discourse* (págs. 303-329). Philadelphia: Temple University Press.
- Gómez, F. J., & Saucedo, F. J. (2010). *Beisbol en el laberinto. Formación del Estado, ciudadanías (no) disciplinadas y trabajadores en el suroeste de Puebla*. Recuperado el 19 de marzo de 2017, de http://revistas.uv.mx/index.php/ulua/article/viewFile/1295/pdf_84

- Gómez, M. (s.f.). Masculinidad en la "sociedad de riesgo". En L. Jiménez, & O. Tena, *Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (págs. 33-58). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- González, G. (1988). *El sistema de contratación de los trabajadores migrantes en la región costa-centro de Sonora, Hermosillo, Empalme, 1949-1962*. Tesis de licenciatura. Sonora: Universidad de Sonora. .
- González, G. (2006). *Guest Workers or Colonized Labor? Mexican Labor Migration to the United States*. Boulder: Paradigm Publishers.
- Gonzalez, G. G. (2006). *Guest Workers or Colonized Labor? Mexican Labor Migration to the United States*. Boulder: Paradigm Publishers.
- González, J. M. (2006). "Esa gente que vive de sus brazos...". Trabajadores agrícolas en la Andalucía del siglo XVIII. *Historia Social*(56), 3-29.
- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.
- Grant, R. (1991). The Sources of Gender Bias in International Relations Theory. En R. Grant, *Gender and International Relations* (págs. 8-26). Bloomington: Indiana University Press.
- Grätz, T. (2009). Moralities, Risk and Rules in West African Artisanal Gold Mining Communities: A Case of Study in Northern Benin. *Resources Policy*, 34(1-2), 12-17.
- Griffith, D. (2003). Rural Industry and Mexican Immigration and Settlement in North Carolina. En V. Zuñiga , & R. Hernández-León, *New Destinations: Mexican Immigration in the United States* (págs. 50-75). New York: Sage Foundation.
- Grijalva, A., & Arriaga, R. (2015). *Tras los pasos de los braceros. Entre la teoría y la realidad*. (A. Grijalva, Ed.) México: Juan Pablos Editor.
- Guillén Romo, H. (1988). De la crisis financiera a la austeridad hayekiana en México. En E. Gutierrez, *Testimonios de la crisis. Austeridad y reconversión* (págs. 17-56). México: Siglo XXI Editores.
- Gutmann, M. (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. México: El Colegio de México.
- Guzmán, F. (2012). *Rostros del despojo en Zacatecas*. Recuperado el agosto de 21 de 2016, de <http://www.estudiosdeldesarrollo.mx/observatorio/ob6/10.pdf>
- Hahamovitch, C. (2011). *No Man's Land: Jamaican Guestworkers in America and the Global History of Deportable Labor*. United Kingdom: Princeton University Press.
- Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. Chicago: Chicago University Press.

- Hall, J. (1998). *The State of the Nation: Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*. United Kingdom: Cambridge University Press.
- Hames, G. (2012). *Alcohol in World History*. London: Routledge.
- Hartmann, H. (1987). El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista. *Cuadernos del Sur*(6), 113-159.
- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal Ediciones.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Heath, D. (2000). *Drinking Occasions: Comparative Perspectives on Alcohol and Culture*. Philadelphia: Psychology Press.
- Heemskerck, M. (2000). *Gender and Gold Mining: The Case of the Maroons of Suriname*. Ann Arbor: Michigan State University.
- Hernández, C., & Sepúlveda, J. (26 de Junio de 2008). *Ricardo Pajarito Moreno, otro ídolo del boxeo que terminó en desgracia*. Recuperado el 8 de marzo de 2017, de La Jornada: <http://www.jornada.unam.mx/2008/06/26/index.php?section=deportes&article=a24n1dep>
- Heron, C. (3 de septiembre de 2005). The Boys and Their Booze: Masculinities and Public Drinking in Working-class Hamilton, 1890-1946. *The Canadian Historical Review*(86), 411-452.
- Herrera, C. (2004). Purificando la frontera: Eugenesia y política en la región El Paso-Juárez, 1900-1930. En H. Salas, & R. Pérez-Taylor, *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales* (págs. 429-446). México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Plaza y Valdés.
- Herrera, L. A. (2010). Historias de braceros: olvido y abandono en el norte de México. *Guaragua*(34), 51-64.
- Hicks, W. (1967). Agricultural Development in Northern Mexico, 1940-1960. *Land Economics*, 43(4), 393-402.
- Hobsbawm, E. (1995). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona : Crítica.
- Hobsbawm, E. (2002). Introducción: la invención de la tradición. En E. Hobsbawm, & T. Ranger, *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

- Holien, T., & Pickering, R. (1978). Analogues in a Chalchihuites Culture Sacrificial Burial to Late Mesoamerican Ceremonialism. En E. Pasztory, *Middle Classic Mesoamerica A.D. 400-700* (págs. 145-157). New York: Columbia University Press.
- Holter, Ø. G. (1997). *Gender, Patriarchy and Capitalism: A Social Forms Analysis*. Oslo: Work Research Institute.
- Howson, R. (2006). *Challenging hegemonic masculinities*. New York: Routledge.
- Huerta Rojas, F. (1996). *A todos los que quieren y aman al juego del hombre. El juego: una forma de expresión de la masculinidad de los obreros de la Volkswagen*. México.: Colegio de Antropología Social, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Huitzinga, J. (1984). *Homo ludens*. España: Alianza Editorial.
- Jiménez, Á. (2001). Tradición o modernidad. Los alcaldes mayores y los subdelegados en Nueva España. *Estudios sobre Estado y Sociedad*, 7(21), 150.
- Jones, R. (1946). *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el período bélico. El Programa mexicano-estadounidense de prestación de mano de obra*. . Washington, D.C.: Oficina de Información Obrera y Social.
- Jones, R. (2007). Los braceros mexicanos en Estados Unidos durante el período bélico. El programa mexicano estadounidense de prestación de mano de obra. En J. Durand, *Braceros. Las miradas mexicanas y estadounidense. Antología (1945-1964)* (págs. 85-154). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Kalb, D. (2015). Introduction: class and the new anthropological holism. En J. Carrier, & D. Kalb, *Anthropologies of Class. Power, Practice and Inequality* (págs. 1-27). United Kingdom: Cambridge University Press.
- Kandel, W., & Massey, D. (2002). The Culture of Mexican Migration: A Theoretical and Empirical Analysis. *Social Forces*, 80(3), 981-1004.
- Katz, C. (2001). Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction. *Antipode*, 33(4), 709-728.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidades, poder y crisis* (págs. 63-81). Chile : Isis Internacional.
- Kautsky, K. (1891). Der Alkoholismus und seine Bekämpfung. *Die Neue Zeit*, 2(2).
- Kelley, J. C. (1983). *El centro ceremonial en la Cultura Chalchihuites*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kimmel, M. (1987). *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*. California: Sage.

- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés, & J. Olavarria, *Masculinidades, poder y crisis* (págs. 49-62). Chile: Isis Internacional.
- Klein, A. (s.f.). *Little Big Men: Bodybuilding Subculture and Gender Construction*. Albany: State University of New York Press.
- Kleinman, A. (1997). The Violences of Everyday Life. The Multiple Forms and Dynamics of Social Violence. En V. Das, A. Kleinman, M. Ramphela, & P. Reynolds, *Violence and Subjectivity* (págs. 226-241). Berkeley: University of California Press.
- Klubock, T. (1995). *Hombres y mujeres en el Teniente. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951*. Recuperado el 17 de enero de 2017, de <http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=2754>
- Krishnaswamy, R. (2002). The Economy of Colonial Desire. En R. Adams, & D. Savran, *The Masculinity Studies Reader* (págs. 292-317). USA: Blackwell Publishing.
- Kristeva, J. (1988). *Poderes de la perversión*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Lahiri-Dutt, K. (2011). *Digging Women: Towards a New Agenda for Feminist Critiques of Mining*. Recuperado el 11 de abril de 2017, de Los ex mineros recuerdan la dificultad y los riesgos que implicaba escalar por una especie de postes de madera a los que les abrían pequeños espacios en donde cabía solo una parte del pie, por las cuales los obreros de mina subían cargando el metal, lo cu
- Langue, F. (1999). *Los señores de Zacatecas. Una aristocracia minera del siglo XVIII novohispano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lau, A. (2006). Expresiones políticas femeninas en el México del siglo XX: el Ateneo Mexicano de Mujeres y la Alianza de Mujeres de México. En M. T. Fernández, C. Ramos, & S. Porter, *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX* (págs. 93-124). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)/ Universidad de Guadalajara.
- le Grand, E. (2008). Renewing Class Theory? Exploitation, Individualization and Culture. En A. Olsson, *Thinking with Beverly Skeegs* (págs. 21-28). Stockholm: Stockholm University.
- Lerner, S. (Ed.). (1998). *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*. México: El Colegio de México/Somede.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós.
- Liguori, G. (2009). Common sense in Gramsci. En J. Francese, *Perspectives on Gramsci: Politics, Culture and Social Theory* (págs. 122-133). New York: Routledge.
- Luxemburgo, R. (1967). *La acumulación del capital*. México: Grijalbo Editores.
- Machillot, D. (2013). *Machos y machistas. Historia de los estereotipos mexicanos*. México: Paidós.

- Macuixtle, J. (1992). La importancia del consumo de alcohol en Magdalena (Veracruz). En E. Menéndez, *Prácticas e ideologías "científicas" y "populares" respecto del "alcoholismo" en México* (págs. 43-62). México: Ediciones de la Casa Chata.
- Mangan, J., & DaCosta, L. (2002). *Sport in Latin American Society: Past and Present*. London: Frank.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*(62), 193-242.
- Manuel, S. J. (2015). El Programa Bracero, los Programas de Trabajadores Temporales (PTT) y el mercado mundial de fuerza laboral. En A. Grijalva, & R. Arriaga, *Tras los pasos de los braceros* (págs. 77-138). México: Juan Pablos Editor.
- Márquez, H. (2010). *Desarrollo y migración. Una lectura desde la economía política crítica*. Recuperado el 7 de diciembre de 2015, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-75992010000100004&script=sci_arttext
- Martin, K. (marzo de 2007). *The chemistry of silica and its potential health benefits*. Recuperado el 2017 de septiembre de 10, de <https://www.orgonosilica.com/img/cms/Scientific%20Studies%20USA/nu-0127.pdf>
- Martin, P. (1998). Why can't a man be more like a woman? Reflections on Connell's masculinity. *Gender & Society*, 12(4), 472-474.
- Martín-Estudillo, L. (2007). El hacha en la sangre. Nacionalismo y masculinidad en Vacas, de Julio Medem. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 8(3), 341-355.
- Martínez, E. (3 de octubre de 2016). *Programa del 07 octubre 2016. Oiremos cantar al Pajarito Moreno*. Recuperado el 9 de marzo de 2017, de <http://www.elcuerpoaguanteradio.com.mx/programa-del-07-octubre-2016-oiremos-cantar-al-pajarito-moreno/>
- Martínez, G. (2007). Los braceros. Experiencias que deben aprovecharse. En J. Durand, *Braceros. La mirada mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)* (págs. 231-248). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Martínez, M., Roig, J., Vidal, R., Morera, J., & Bernardo, L. (1983). *Silicosis con afectación pleural y síndrome de C.R.S.T*. Recuperado el septiembre10 de 2017, de file:///C:/Users/usuario1/Downloads/S0300289615322900_S300_es.pdf
- Marx, C. (1974). La llamada acumulación originaria. En C. Marx, & F. Engels, *Obras escogidas, tomo II*. Moscú: Progreso.
- Marx, K. (1887). *Capital. A Critique of Political Economy*. Recuperado el 13 de enero de 2017, de <https://www.marxists.org/archive/marx/works/download/pdf/Capital-Volume-I.pdf>

- Marx, K. (1981). Renta de solares, renta de minera, precio de la tierra. En *El Capital, tomo III* (Vol. 8). México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2001 [1859]). *El capital: crítica desde la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Masías, T. (1856). *Documentos explicativos sobre la división territorial del Estado de Zacatecas*. . Zacatecas: Archivo Histórico del Estado de Zacatecas, Colección Arturo Romo Gutiérrez, Sección Libros, número 37.
- Mata, D. (2014). *From "Mud Houses" to "Wasted Houses": Remittances and Housing in Rural Highland Ecuador*. Recuperado el 19 de julio de 2017, de <http://www.scielo.br/pdf/remhu/v22n42/16.pdf>
- McDowell, L. (2003). *Redundant Masculinities? Employment Change and White Working Class Youth*. Australia: Blackwell Publishing.
- McPhee, S., Papadakis, M., & Tierney, L. (2007). *Current Medical Diagnosis & Treatment*. New York: McGraw Hill.
- McWilliams, C. (abril-junio de 1954). Los cuervos vuelan hacia el norte. *Problemas agrarios de México*, 6(2).
- Medina, J. H., & García, B. (2010). *Altavista. A 100 años de su descubrimiento*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Medina, R. (2009). Ser hombre en un pueblo minero. Representaciones de masculinidad en la educación, la familia, el trabajo. En O. M. Hernández, A. A. García, & K. I. Contreras, *Educación y género en el México posrevolucionario* (págs. 81-113). Tamaulipas: Universidad Autónoma de Tamaulipas.
- Menéndez, E. (1988). El proceso de alcoholización. Revisión crítica de la producción antropológica, histórica, sociológica y biomédica en América Latina. En E. Menéndez, *Aportes metodológicos y bibliográficos para la investigación del proceso de alcoholización en América Latina* (págs. 13-48). México: Ediciones de la Casa Chata.
- Menéndez, E. (1991). Alcoholismo y proceso de alcoholización, la construcción de una propuesta antropológica. En E. Menéndez, *Antropología del alcoholismo en México* (págs. 13-34). México: Ediciones de la Casa Chata.
- Messner, M. (1992). *Power at Play: Sports and the Problems of Masculinity*. Boston: Beacon.
- Messner, M. (2005). Still a Man's World? Studying Masculinities and Sport. En M. Kimmel, J. Hearn, & R. Connell, *Handbook of Studies on Men and Masculinities* (págs. 313-325). London: SAGE Publications.

- Mills, C. (1998). *The Racial Contract*. Ithaca: Cornell University Press.
- Mills, C. (1998). *The Racial Contract*. Ithaca: Cornell University Press.
- Minería, S. d.-C. (2010). *Portafolio de proyectos mineros. México*. Recuperado el 2016 de octubre de 8, de www.economía.com.mx
- Mitchell, D. (2012). *They Saved the Crops*. Georgia: University of Georgia Press.
- Mize, R., & Swords, A. (2011). *Consuming Mexican Labor. From the Bracero Program to NAFTA*. Toronto: University of Toronto Press.
- Moctezuma, M. (2013). *La migración internacional de Zacatecas y su relación con el desarrollo y la biodiversidad*. Recuperado el 8 de octubre de 2015, de http://rimd.reduaz.mx/documentos_miembros/361CONTINUIDADESRUPTURASMIG.pdf
- Mollona, M. (2015). Working-class politics in a Brazilian steel town. En J. Carrier, & D. Kalb, *Anthropologies of Class* (págs. 149-163). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Morgan, D. (2005). Class and masculinity. En M. Kimmel, J. Hearn, & R. Connell, *Handbook of Studies on Men and Masculinities* (págs. 165-177). Londres: Sage Publications.
- Mosse, G. (1985). *Nationalism and Sexuality: Middle Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Muñoz, J. (2008). Notas sobre la relación entre alcohol y trabajo en la frontera sur de la Araucanía. Segunda mitad del siglo XIX. En M. Fernandez, E. Godoy, P. Herrera, J. Muñoz, H. Venegas, & J. C. Yáñez, *Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales*. (págs. 37-62). Chile: Editorial Universidad de Los Lagos.
- Nagel, J. (1998). Masculinity and Nationalism: Gender and Sexuality in the Making of Nations. *Ethnic and Racial Studies*(2), 242-269.
- Nagel, J. (2005). Nation. En M. Kimmel, J. Hearn, & C. Robert, *Handbook of Studies of Men & Masculinities* (págs. 397-413). London: SAGE Publications.
- Nair, T. (1979). El Jano moderno. En T. Nair, *Los nuevos nacionalismos en Europa: la desintegración de la Gran Bretaña* (págs. 303-353). Barcelona: Península .
- Narotzky, S. (2015). The Organic Intellectual and the Production of Class in Spain. En J. Carrier, & D. Kalb, *Anthropologies of Class* (págs. 53-71). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Navarrete, D. (1995). *La minería en Zacatecas 1546-1950*. Recuperado el 7 de octubre de 2017, de <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=4722>
- Neumeyer, K. (2004). *Acquisition of the Perseverancia Silver Mine and other mining properties in Chalchihuites, Zacatecas, Mexico*. Recuperado el 15 de agosto de 2010, de

- http://www.firstmajestic.com/s/NewsReleases.asp?ReportID=82365&_Title=Acquisition-of-the-Perseverancia-Silver-Mine-and-other-mining-properties-in,
- Neumeyer, K. (2007). *Update of the Chalchihuites Group of Properties*. Recuperado el 12 de noviembre de 2010, de http://www.firstmajestic.com/s/NewsReleases.asp?ReportID=275482&_Type=News-Releases&_Title=Update-on-the-Chalchihuites-Group-of-Properties
- Nuñez Noriega, G. (1994). *Sexo entre varones: Poder y resistencia en el campo sexual* (Primera ed.). México: Universidad de Sonora y el Colegio de Sonora.
- Nuñez, G. (2004). Los "hombres" y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de "los hombres" como sujetos genéricos. *Desacatos*(15-16), 13-32.
- Nuñez, G. (2007). Vínculo de pareja y hombría: "atender y mantener" en adultos mayores del Río Sonora, México. En A. Amacháustegui, & I. Szasz, *Sucede que me canso de ser hombre...Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (págs. 141-184). México: El Colegio de México.
- Nuñez, V., Couturier, P., & Concheiro, L. (2012). *Las mineras en México: ¿desarrollo para quién?* Recuperado el 15 de agosto de 2016, de http://148.206.107.15/biblioteca_digital/capitulos/412-5621jfn.pdf
- O'Connell, J. (2001). The Sex Tourist, the Expatriate, His Ex-Wife, and Her "Other": The Politics of Loss, Difference, and Desire. *Sexualities*, 4(1), 203-215.
- Oboler, S. (2015). Extraños desechables: raza e inmigración en la era de la globalización. *Interdisciplina*, 2(4), 75-96.
- Oddone, M. J., & Lynch, G. (2008). *Las memorias de los hechos socio-históricos en el curso de la vida*. Recuperado el 2017 de marzo de 3 , de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000100009
- Offe, C. (1996). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. España: Colección Politeia.
- Overmyer-Velazquez, M. (2002). *Visions of the Emerald City: Politics, Culture, and Alternative Modernities in Oaxaca City, Mexico, 1877-1920*. Tesis de Doctorado. New Haven: Yale University.
- Pankhurt, E. (1909). *Memoria Administrativa del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Zacatecas, cuatrienio1904-1908 del Gobernador Constitucional*. Del acervo documental Archivo Histórico del Estado de Zacatecas. Zacatecas: Tipografía del Hospicio de Niños en Guadalupe, Zacatecas.
- Papadakis, M., McPhee, S., & Rabow, M. (2015). *Current Medical Diagnosis & Treatment*. United States of America: McGraw-Hill Education.

- Parthasarathi, P. (2011). *Why Europe Grew Rich and Asia Did Not: Global Economic Divergence, 1600-1850*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pateman, C. (1988). *The Fraternal Social Contract*. Cambridge: Polity Press.
- Pateman, C. (2002). The Fraternal Social Contract. En R. Adams, & D. Savran, *The Masculinity Reader* (págs. 119-134). Australia: Blackwell.
- Pequeño, I., & Villaverde, T. (2016). *Mujeres del agujero*. Recuperado el 17 de enero de 2017, de <http://www.pikaramagazine.com/2016/09/mujeres-mineras-vascas/>
- Pessar, P. (1986). The Role of Gender in Dominican Settlement in the United States. En J. Nash, & H. Safa, *Women and Change in Latin America* (págs. 273-294). South Hadley; Mass: Bergin & Garvey.
- Petsich, J., & Marrota, V. (2009). Bauman, Strangerhood and Attitudes Towards Immigrants Among The Australian Population. *Journal of Sociology*, 45, 187-200.
- Pierrete, H.-S. (1994). *Gendered Transitions: Mexican Experiences of Immigration*. Berkeley: University of California Press.
- Piore, M. (1979). *Birds of Passage: Migrant Labour and Industrial Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pleck, J., & Sawyer, J. (1974). *Men and Masculinity*. Nueva York: Englewood Cliffs.
- Porter, S. (2006). Espacios burocráticos, normas de feminidad e identidad de clase media en México durante la década de 1930. En M. T. Fernández, C. Ramos, & S. Porter, *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX* (págs. 189-214). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/ Universidad de Guadalajara.
- Portes, A. (s.f.). *Convergencias teóricas y evidencias empíricas en el estudio del trasnacionalismo de los inmigrantes*. Recuperado el 10 de diciembre de 2015, de <http://www.redalyc.org/pdf/660/66000401.pdf>
- Pozas, R. (1991). El alcoholismo y la organización social. En E. Menéndez, *Antropología y alcoholismo en México* (págs. 189-197). México: Ediciones de la Casa Chata.
- Preibisch, K. (2000). La tierra de los (no) libres: migración temporal México-Canadá y dos campos de reestructuración económica liberal. En L. Binford, & M. E. D'Aubeterre, *Conflictos migratorios trasnacionales y respuestas comunitarias* (págs. 45-65). Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Prevention, C. f. (1998). *Silicosis Deaths Among Young Adults - United States, 1968-1994*. Recuperado el 10 de septiembre de 2017, de <https://www.cdc.gov/mmwr/preview/mmwrhtml/00052482.htm>
- Prevention, C. f. (2002). *New CDC Report Looks at Attention-Deficit/ Hiperactivity Disorder*. Recuperado el 20 de abril de 2017, de www.cdc.gov/nchs/releases/02news/attendefic.htm
- Puleo, A. (1993). *La Ilustracion olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*. Barcelona: Anthropos.
- Puwar, N. (1999). *Embodying the Body Politic: Race and Gender in the British State Elite*. PhD thesis, University of Essex.
- Ramírez, J. (2004). *El muy noble y muy leal Real y Minas del Señor San Pedro de los Chalchihuites*. México: Ciudad de los Niños A.C.
- Ramírez, J. C. (2004). De acomplejado a arrollador. Semiótica de la masculinidad. *Desacatos*(15-16), 33-51.
- Reeser, T. (2010). *Masculinities in Theory. An Introduction*. United Kingdom: Wiley-Blackwell.
- Rivera, M. Á. (1985). *Crisis y reorganización del capitalismo mexicano: 1983-1985*. Recuperado el 22 de agosto de 2016, de <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.43/CP43.5.MiguelAngelRiveraRios.pdf>
- Rivera, M. A. (2005). *Capitalismo informático, cambio tecnológico y desarrollo social*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rocco, R. (2014). *Transforming Citizenship: Democracy, Membership and Belonging in Latino Communities*. Michigan: Michigan State Press University.
- Rosas, C. (s.f.). El desafío de ser hombre y no migrar. En A. Amacháustegui, & I. Szasz, *Sucede que me canso de ser hombre* (págs. 275-308). México: El Colegio de México.
- Roseberry, W. (1994). Hegemony and the Language of Contention. En G. Joseph, & D. Nugets, *Everyday Forms of State Formation* (págs. 355-366). Durham: Duke University Press.
- Roseberry, W. (2014). *Antropologías e historias. Ensayos sobre cultura, historia y economía política*. México: El Colegio de Michoacán.
- Rubin, G. (1975). The Traffic in Women. Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. Reiter, *Toward an Anthropology of Women* (págs. 157-210). Londres: Monthly Review.
- Rubin, G. (s.f.). The Traffic in Women. Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. Reiter, *Toward an Anthropology of Women* (págs. 157-210). Londres: Monthly Review.

- Ruccio, D. (2009). Rethinking Gramsci. Class, globalization and historic bloc. En J. Francese, *Perspectives on Gramsci: Politics, Culture and Social Theory* (págs. 145-162). New York : Routledge.
- Ryder, N. (1965). The cohort as a concept in the study of social change. *American Sociological Review*, 30(6), 843-861.
- Sabo, D. (2005). The study of masculinities and men's health. En M. Kimmel, J. Hearn, & R. Connell, *Handbok of Studies on Men & Masculinities* (págs. 236-252). London: Sage.
- Sabo, D., & Jansen, S. (1994). Seen but not heard: Images of black man in sports and media. En J. McKay, M. Messner, & D. Sabo, *Masculinities, Gender Relations and Sport* (págs. 127-146). Thousand Oaks: SAGE.
- Salguero, A. (2007). El significado del trabajo en las identidades masculinas. En L. Jiménez, & O. Tena, *Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (págs. 429-448). México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Sanchez, A. (1998). *Diferencias en las denominaciones de la comunidad México-americana*. Recuperado el 23 de marzo de 2017, de file:///C:/Users/usuario1/Downloads/Dialnet-DiferenciasEnLasDenominacionesDeLaComunidadMexicoa-1047404.pdf
- Saravia, A. (1979 [1938]). *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*. . México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sarricolea, J. M. (2014). *Cuerpos masculinos en tránsito. Una etnografía de hombres, mujeres y familias migrantes en Jerez, Zacatecas, 1940-1964*. Tesis doctoral. Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Sassen, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Scheper-Hughes, N. (1992). *Death withouth Weeping: The Violence of Everyday Life Brazil* . Berkeley: University of California Press.
- Schippers, M. (2007). Recovering the feminine other: masculinity, femininity and gender hegemony. *Theoretical Sociology*, 36, 85-102.
- Schivelbusch, W. (1992). *Tastes of Paradise. A Social History of Spices, Stimulants, and Intoxicants*. New York: Vintage Books.
- Schnapper, D. (2001). *La comunidad de ciudadanos*. Madrid: Alianza.
- Schryer, F. (1990). *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*. New Jersey: Princeton University Press.
- Schultz, R. (2004). *El Rey de los Deportes: A History of Baseball in Northwestern Mexico*. Tesis de Maestría. San Diego: University of California.

- Scott, J. (1990). *Domination and the Arts of Resistance*. London: Yale University Press.
- Scott, R. (2010). *Removing Mountains. Extracting Nature and Identity in the Appalachian Coalfields*. University of Minnesota Press: Minneapolis.
- Segal, L. (1997). *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*. Londres: Virago.
- Segato, R. (2014). *Las nuevas formas de guerra y el cuerpo de las mujeres*. México: Pez en el Árbol.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: Paidós.
- Sennett, R. (2003). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Sider, G. (2003). *Between History and Tomorrow. Making and Breaking Everyday Life in Rural Newfoundland*. Canada: Broadview Press.
- Sider, G. (2033). *Between History and Tomorrow. Making and Breaking Everyday Life in Rural Newfoundland*. Canada: Broadview Press.
- Siverts, H. (1973). *Drinking Patterns in Highland Chiapas: A Teamwork Approach to the Study of Semantics Through Ethnography*. Bergen-Oslo-Tromso: Universitetsforlaget.
- Smith, G. (2002). Out of Site. The Horizons of Collective Identity. En W. Lem, & B. Leach, *Culture, Economy, Power. Anthropology as Critique, Anthropology as Praxis* (págs. 250- 267). Albany: State University of New York Press.
- Smith, G. (2003). Selective Hegemony and Beyond-Populations with no Productive Function: A Framework for Enquiry. *Identities*, 1(18), 2-38.
- Smith, G. (2014). *Intellectuals and (Counter-) Politics: Essays in Historical Realism*. . New York: Berghahn.
- Smith, G. (2015). Through a Class Darkly, but then Face to Face: Praxis through the Lens of Class. En J. Carrier, & D. Kalb, *Anthropologies of Class* (págs. 72-88). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Smith, G., & Binford, L. (2014). Leer a Roseberry. En W. Roseberry, *Antropologías e historias. Ensayos sobre cultura, historia y economía política* (págs. 7-17). México: El Colegio de Michoacán.
- Smith, J. (2008). The Impact of Transnational Migration and Remittances on Quality Life in Chalchihuities, Zacatecas. *The Journal of Latino-Latin American Studies*, 3(1), 104-121.
- Smith, J. (2010). An Updated Look at the Three Types of Rural Mexican Migrants to the U.S. En E. Souza, J. Treviño, & A. Tamez (Edits.), *Análisis espacial y políticas públicas de casos seleccionados* (págs. 8-29). México: Universidad Autónoma de Nuevo León.

- Smith, R. (1998). *Mexicans in New York: Membership and Incorporation in a New York Immigrant Community*. En G. Haslip-Viera, & S. Baver, *Latinos in New York, Communities in Transitions* (págs. 57-103). South Bend, IN: University of Notre Dame Press .
- Taylor, C. (2004). *Modern Social Imaginaries*. Durham: Duke University Press.
- Tedlock, B. (1992). *Dreaming: Anthropological and Psychological Interpretations*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Tena, O., & Jiménez, L. (2007). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM: México.
- Toner, D. (2015). *Alcohol and Nationhood in Nineteenth-Century Mexico*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Torns, T. (2007). El tiempo de trabajo y las relaciones de género: las dificultades de un cambio ineludible. En C. Prieto, *Trabajo, género y tiempo social* (págs. 269-278). España: Editorial Complutense.
- Truong, M. (s.f.). *Remittances in a Continuum of Space and Place*. Recuperado el 2017 de julio de 21, de <http://blogs.cuit.columbia.edu/jia/files/2015/05/Truong-Book-Review.pdf>
- Tutino, J. (2016). *Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Valcárcel, A. (1991). *Sexo y filosofía. Sobre mujer y poder*. Barcelona: Anthropos.
- Valero, E. (2 de marzo de 2011). *Permanece latente la tragedia del "Pajarito" Moreno*. Recuperado el 3 de marzo de 2017, de <https://edgarvalero.wordpress.com/2011/03/02/permanece-latente-la-tragedia-del-%E2%80%9Cpajarito%E2%80%9D-moreno/>
- Varese, S. (1982). Notas para una discusión sobre la educación bilingüe y bicultural en Latinoamérica. *América Indígena*, XLII(2), 301-314.
- Vargas, G. (2007). El problema del bracero mexicano. En J. Durand, *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)* (págs. 407-459). México: Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Vázquez, V. (2008). El chisme y la violencia de género. En búsqueda de vínculos. En R. Castro, & I. Casique, *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres* (págs. 139-172). México: Universidad Autónoma de México.
- Venegas, H. (2008). Trabajo y alcohol: una relación conflictiva. La experiencia minera de Atacama en el siglo XIX. En M. Fernández, E. Godoy, P. Herrera, J. Muñoz, H. Venegas, & J. C. Yáñez, *Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de identidades en Chile Siglo XIX y XX* (págs. 9-36). Chile: Editorial Universidad de Los Lagos.

- Ventura, T. (2012). El beisbol en el sector textil poblano. Un patrimonio de la cultura industrial. En M. Á. Alvarez, *Patrimonio inmaterial e intangible de la industria. Artefactos, objetos, saberes y memoria de la industria* (págs. 363-370). España: INCUNA.
- Vidussi, C. (julio-diciembre de 2016). Posibles cambios de perspectiva en los estudios sobre las remesas y espacios domésticos: el caso de los mayas yucatecos. *Península*, 11(2), 35-48.
- Villalpando, R. (7 de marzo de 2016). *Ex braceros ganan amparo para recibir retención de pago*. Recuperado el 14 de julio de 2017, de La Jornada Baja California en línea: <http://jornadabc.mx/tijuana/07-03-2016/ex-braceros-ganan-amparo-para-recibir-retencion-de-pago>
- Wallis, W. (1929). The Prejudices of Men. *American Journal of Sociology*, 34(5), 804-821.
- Walsh, A. (2003). "Hot Money" and Daring Consumption in a Nothern Malagasy Sapphire Town. *American Ethnologist*, 30(2), 290-305.
- Walsh, C. (2008). *Building the Borderlands. A Trasnational History of Irrigated Cotton along the Mexico-Texas Border*. United States of America: Texas A&M University Press.
- Wechler, H., Davenport, A., Moeykens, B., & Castillo, S. (1994). Health and behavioral consequences of binge drinking in college: A narional survey of students at 140 campuses. *Journal of the American Medical Association*, 272(21), 1672-1677.
- Weigand, P. (1968). The Mines and Mining Techniques of the Chalchihuites Culture. *American Antiquity*. *American Antiquity*, 33(1), 45-61.
- Whitehead, S. (1998). Hegemonic masculinity revisited. *Gender, Work and Organization*, 6(1), 58-62.
- Williams, R. (1983). *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. Londres: Fontana Paperback.
- Wolf, E. (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wollstonecraft, M. (1977). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Debate.
- Wysocki, D. (2011). *Ancient Games: Baseball, Modernization, and Identity in Oaxaca*. Tesis de Maestría. California: San Diego State University.
- Young, I. (1992). Marxismo y feminismo, más allá del "matrimonio feliz" (una crítica al sistema dual). *El cielo por asalto*(4), 1-17.
- Yuval-Davis, N. (2004). Género y nación. En N. Gutierrez, *Mujeres y nacionalismos en América Latina* (págs. 67-81). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Zapata, V. (2015). Cruzar la frontera. Los braceros y la reconstrucción del recuerdo. En A. Grijalva, & R. Arriaga, *Tras los pasos de los braceros. Entre la teoría y la realidad*. (págs. 287-314). México: Juan Pablos Editor.

Zenteno, A. (2014). *El "Pájaro" Moreno, del éxtasis al ocaso*. Recuperado el 8 de marzo de 2017, de <http://suljosblog.com/suljos/armandozenteno/2014/03/18/el-pajaro-moreno-del-extasis-al-ocaso/>